LA POLÍTICA EXTERIOR DE

IRÁN

PODER Y SEGURIDAD EN ORIENTE MEDIO

Paloma González del Miño
Juan Carlos Pastor

CATARATA

LA POLÍTICA EXTERIOR DE

IRÁN

PODER Y SEGURIDAD EN ORIENTE MEDIO

Paloma González del Miño
Juan Carlos Pastor

CATARATA

LA POLÍTICA EXTERIOR DE

IRÁN

PODER Y SEGURIDAD EN ORIENTE MEDIO

Paloma González del Miño
Juan Carlos Pastor

CATARATA

Paloma González del Miño

Profesora titular de universidad de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales. Directora del Departamento de Relaciones Internacionales e Historia Global de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Profesora del Doctorado de Investigación "Public Cohesion and Convergence Policies in the European Scenario", University of Napoli Federico II. Directora del Grupo de Investigación Relaciones Internacionales Siglo XXI. Miembro del Programa de Doctorado en Ciencia Política, Ciencia de la Administración y Relaciones Internacionales de la UCM y referente de la línea de investigación: "Relaciones Internacionales. Dinámicas de cambio en la sociedad global". Coordinadora de los grados en Relaciones Internacionales (septiembre 2012-enero 2016), así como del doble grado en Relaciones Internacionales y Sociología mención Desarrollo (septiembre 2014- diciembre 2016), ambos de la UCM.

Juan Carlos Pastor

Doctorando en Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid y graduado en Relaciones Internacionales por la misma universidad. Se ha especializado en el análisis geoestratégico y de seguridad de Medio Oriente, concretamente de la República Islámica de Irán, así como en la política exterior rusa en Asia Central durante su estancia en la Universidad Rusa de la Amistad entre los Pueblos-Patrice Lumumba de Moscú, donde cursó el máster en International Security and Cooperation. También ha realizado el máster en Política Internacional: Estudios Sectoriales y de Área de la Universidad Complutense de Madrid.

Paloma González del Miño y Juan Carlos Pastor

La política exterior de Irán

Poder y seguridad en Oriente Medio

CATARATA

© Paloma González del Miño y Juan Carlos Pastor, 2020

© Los libros de la Catarata, 2020

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

La política exterior de Irán.

Poder y seguridad en Oriente Medio

isbne: 978-84-1352-066-7

ISBN: 978-84-1352-020-9

DEPÓSITO LEGAL: M-19.823-2020

thema: JP/1FBN

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Introducción

Irán, por razones históricas, políticas, económicas y culturales, es un actor clave en una región compleja caracterizada por múltiples focos de inestabilidad, creciente complejidad y diversas crisis sistémicas, que afectan al orden establecido durante décadas quebrando el sistema de equilibrios tras la invasión de Iraq, las primaveras árabes como trasformaciones sociopolíticas y los cambios de la política exterior de Estados Unidos en la zona. En esta lógica, a medida que Irán se ha convertido en un jugador regional esencial con creciente presencia en su periferia, se ha incrementado la inseguridad y las amenazas condicionadas por el contexto en el que está inmerso Oriente Medio, cuya distribución del poder es multipolar por la variedad de actores estatales y no estatales, lo que desdibuja las divisiones clásicas entre los niveles de análisis local, regional e internacional.

Irán es el resultado de una construcción histórica e identitaria en torno a la contraposición entre "lo persa" y "lo árabe", con tradición y vocación de potencia regional inevitable para desplegar su influencia a nivel multisectorial. Cuenta con una ubicación privilegiada, aunque enraizada en la problemática geográfica frente a las pequeñas petromonarquías, una importante dimensión poblacional, amplias capacidades (ideológicas, culturales, religiosas, petroleras, militares, políticas) y una poderosa mezcla de orgullo nacional asentado en su historia milenaria y en el determinismo que Sariolghalam denomina iranocentrismo: la predisposición por sus condiciones a posicionarse como una nación hegemónica en la región, si bien es consciente de las percepciones negativas que provoca en muchos de los actores del área al ser catalogado como un adversario disruptivo. Siempre que un Estado cuestiona el balance de poder, como busca este actor revisionista, pone en peligro los intereses de otros agentes beneficiarios del statu quo imperante.

La política exterior de la República Islámica de Irán se ha posicionado como un elemento definidor no solo de esta zona geopolítica sino a nivel internacional, por sus relaciones con

diversos actores centrales del sistema internacional (Estados Unidos, Unión Europea, China o Rusia). Irán desde 1979 mantiene unos objetivos constantes en política exterior afrontando el reto de equilibrar dos dimensiones fundamentales: la ideología revolucionaria islámica (idealismo) y los intereses geopolíticos del país (pragmatismo), en el intento de preservar la seguridad nacional, en una primera fase, y evolucionando hacia posiciones mucho más activas e intervencionistas, disponiendo de "profundidad estratégica" en países del entorno para reforzar su proyección regional y capitalizando los vacíos de poder en su periferia, así como contrarrestando la influencia de Estados Unidos, Arabia Saudí e Israel, principales adversarios.

La aproximación metodológica al análisis de la política exterior de la República Islámica de Irán demanda ser abordada con carácter multidimensional, ya que la aplicación de una sola teoría no define correctamente la toma de decisiones, que como señala Morgenthau (1965), "cualesquiera que sean los fines últimos de la política internacional, el poder es siempre el fin inmediato". Este estudio se asienta como marco general en la teoría realista que, con continuas revisiones teóricas, sigue siendo un paradigma representativo de las relaciones internacionales, dado que su base recae en el poder y en el interés nacional en un régimen internacional de Estados-nación soberanos e independientes y que, en el caso de Irán, busca el estatus de potencia regional mediante un concepto de reinterpretación propia que podría denominarse como "realismo contrahegemónico" en una región caracterizada por un sistema multipolar desequilibrado.

Diversas etapas se suceden en la política exterior de Irán. Si durante el periodo imperial y monárquico fue de corte clásico, desde la proclamación de la República en 1979 vive una década de mayor idealismo sin desatender la supervivencia del nuevo régimen bajo el marco de "ni Oriente ni Occidente, sino la República Islámica", para evolucionar hacia tendencias más reactivas, pero siempre bajo el paraguas del pragmatismo regional. A partir de 1990, Irán comienza a asentar las bases de su política exterior en función de los intereses nacionales de un "Estado revisionista" de ideología islamista antiimperialista y revolucionaria con fuerte predisposición a ampliar su influencia en la esfera vecinal y erigirse como potencia

regional mediante la instrumentalización de actuaciones combinadas que abarcan desde alianzas para la formación de un eje antiestadounidense y antiisraelí, al apoyo a grupos chiitas, a la utilización de variados actores proxy, a la implementación del soft power y hard power.

Esta investigación estudia mediante un enfoque integral la dimensión estratégica que posee la política exterior de Irán en Oriente Medio, la zona con mayor importancia para este actor. Se parte de una evolución histórica con la constitución estatal de Irán, aunque el eje principal de análisis abarca desde la Revolución de 1979 hasta la actualidad. Para ello, las dos corrientes de pensamiento del establishment iraní (conservadores o revolucionarios frente a los moderados o internacionalistas) son objeto de análisis encuadradas en tres dimensiones correspondientes con los mandatos de los líderes supremos de la Revolución Islámica y los presidentes de la República: la situación interna, la acción exterior regional y los estudios de casos. Sin embargo, hay dos variables que tienen su propio tratamiento y que adquieren un carácter transversal por la importancia que suponen en la acción exterior, es decir, las relaciones con Estados Unidos y el programa nuclear.

Irán mantiene constantes los objetivos en política exterior dando muestras de pragmatismo para mantener una política activa, efectiva y de influencia en la esfera vecinal, aprovechando también los espacios de oportunidad que genera el propio sistema regional en transformación. Acorde con este planteamiento, esta obra cuenta con dos partes diferenciadas, estableciendo en la primera un marco general de análisis de la política exterior implementada por el tándem líder supremo-presidentes de la nación desde la constitución de la República Islámica hasta la actualidad y, una segunda parte donde se abordan estudios de caso. En esta lógica, se analiza la política de Irán con actores no estatales con los que tiene intereses comunes, principalmente chiitas, aunque no de manera exclusiva, pues también incluye a sunitas en sus alianzas, y actores estatales (Iraq, Siria, Líbano, Yemen, los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo e Israel). Por la importancia que tiene en la pugna por la hegemonía regional se dedica un capítulo autónomo a Arabia Saudí, un modelo político-religioso contrapuesto al de la

República Islámica, que busca liderar la región contando con algunas de las pequeñas monarquías del Golfo y otros actores no estatales para hacer frente a Irán.

Somosaguas, julio de 2020

CAPÍTULO 1

UNA EVOLUCIÓN HISTÓRICA COMPLEJA:

HACIA LA REPÚBLICA ISLÁMICA DE IRÁN

Irán se asienta en una excelsa superficie y en una compleja historia. Desde una concepción amplia territorial, el Gran Irán comprende de oeste a este del Eúfrates a los ríos Indo y Jaxartes, y de norte a sur, a partir de los mares Caúcaso, Caspio y Aral a los Golfos Pérsico y de Omán. Si se traduce a naciones modernas, esta región incluiría Irán, Azerbaiyán, Afganistán, Turkmenistán, Tayikistán, Uzbekistán, y las zonas orientales de Turquía e Iraq, además de la parte de Pakistán que queda al oeste del Indo. El nombre Persia, que proviene de la región sur iraní Pars, zona de origen del Imperio persa, fue sustituido por el de Irán en 1935 para referirse a la nación iraní, su pueblo y sus imperios.

De las diversas dinastías que ocuparon el trono de Persia, es la safávida (1501-1736) la que logra construir un Estado unificado por primera vez desde la conquista musulmana de Oriente Medio y Próximo, siendo considerada por muchos historiadores como la dinastía que da pie a la historia moderna de Irán. Serán los reyes de este linaje quienes impongan el chiísmo duodecimano o imaní como religión oficial del Estado persa, produciéndose uno de los mayores cambios en la historia del islam, así como son los primeros en comenzar a usar el término “Irán” en el sistema burocrático imperial para definir una identidad cultural propia y unificada de los habitantes de Persia.

Posteriormente, será con la dinastía Qadjar —que gobierna Irán desde 1785—, cuando el Imperio persa acabe perdiendo, a favor de Rusia, grandes extensiones de los territorios más importantes en el Cáucaso y Asia Central. A medida que Irán se debilita en los planos político y económico, las tecnologías occidentales penetran en el país derivando en su lenta modernización y apertura occidental que, a la postre, supone la instauración en la cultura iraní de un claro resentimiento hacia la dependencia exterior. En este periodo, se reduce el poder de los clérigos chiíes respecto a la sociedad, así como un hito crucial de oposición al linaje Qadjar con el asesinato

del sah Nasreddín por un clérigo chií en 1896, provocando la incipiente revolución liberal.

En 1906, las protestas conducidas por comerciantes, élites chiíes y las incipientes clases burguesas persas tomaron el control de las calles comandadas por dos ayatolás: Seyyed Abdollah Behbahaní y Seyyed Mohammad Tabatabaí[1]. Los gobernantes Qadjar acaban cediendo a las pretensiones populares y firman un decreto por el cual se crea la Asamblea Consultiva Nacional, que limita estrictamente los poderes del monarca. Esta Asamblea, aprovechando el vacío de poder que deja la muerte del sah ese mismo año, instaura unas moderadas libertades civiles, de prensa, asociación, opinión y propiedad privada.

Los Qadjar acuden a las potencias occidentales para evitar la pérdida de su poder absoluto, siendo Rusia y Gran Bretaña quienes consiguen repartirse el país en zonas de influencia a través del tratado anglo-ruso de 1907. A su vez, Gran Bretaña logra la creación de la Anglo-Persian Oil Company, que permite a Londres controlar gran parte de la producción petrolera persa. Ahmad (1909-1921), el último monarca de la dinastía Qadjar, mantendrá fuera de la Primera Guerra Mundial a Persia, aunque no consigue evitar que tropas rusas e inglesas usen el territorio para el desplazamiento de tropas. Finalizada la contienda bélica, la posición del monarca cada vez se debilita más y, finalmente, en 1921 es depuesto por el comandante de la Brigada de Cosacos Persas, Reza Pahlavi, quien inaugura la dinastía Pahlavi.

REZA PAHLAVI: NUEVO ESTADO, CAUDILLISMO

Y CONTENCIÓN DE OCCIDENTE

La llegada al poder de Reza Savad-Koohi, un militar muy hábil y con escasa formación, supone un cambio radical en la historia del país. El golpe de Estado, en 1921, para acabar con el gobierno de los Qadjar, crea un interregno en el que pasa de carismático caudillo militar propio de la época a ser coronado en 1925 como Su Majestad Imperial. En principio nombra a un primer ministro como mero títere, desempeñando los cargos de ministro de Guerra (1921-1923) y primer ministro (1923-1925) y negociando la evacuación de las tropas rusas y británicas de territorio iraní. En 1925 derroca definitivamente a un ausente monarca que llevaba en el exilio cerca de dos años, forzando a la Asamblea a elegirle como nuevo sah de Persia bajo el nombre de Reza Pahlavi, un apellido hasta entonces inexistente en la cultura persa, e instaurando una nueva dinastía, la de los Pahlavi.

La personalidad del nuevo sah de Irán, semejante a la de la mayoría de caudillos militares de la época, se caracteriza por la megalomanía, el interés por la modernización, la industrialización y cierta tendencia a la creación de grandes proyectos civiles financiados a través del aumento de las cargas impositivas. Durante la primera década en el poder, Reza Pahlavi puso todo su empeño en convertir al país en un centro industrial y productivo, que estuviera a la cabeza económica de la zona. También quiso renovar el sistema educativo nacional convirtiéndolo en público, así como el sistema judicial y la red sanitaria nacional. Revocó la concesión petrolera a la Anglo-Persian Company con la finalidad de obtener mayores beneficios para crear el macroproyecto que unía las principales ciudades del país a través de una vía férrea. En 1935 prohíbe el uso del velo como signo de mejora de la situación de la mujer, con el rechazo de la élite clerical chií, además de minar el poder de las instituciones religiosas y cambiar oficialmente el

nombre del país a Irán (Ghasemi, s. f.)

En cuanto a política exterior, intenta usar la influencia soviética como contrapeso del poder británico, aunque esta operación resulte frustrada cuando ambos deciden invadir Irán en agosto de 1941, violando la neutralidad del país en la Segunda Guerra Mundial a fin de que Gran Bretaña pueda proveer de material bélico a una Unión Soviética que a duras penas podía contener a las tropas nazis en su propio territorio. Ante esta situación, y bajo presión de Stalin y Churchill, el sah Reza Pahlavi abdica en su hijo por su proximidad hacia el bando fascista y se pone en manos de las autoridades británicas, quienes lo exiliaron a las Islas Mauricio primeramente, para acabar confinado en Johannesburgo, donde moriría en 1944. El nuevo monarca, Mohammad Reza Pahlavi, tendrá que adaptarse a los nuevos tiempos y preservar la dinastía recién inaugurada.

MOHAMMAD REZA PAHLAVI: NACIONALISMO, 'POLÍTICA DE GENDARMES' Y HEGEMONÍA

La llegada al poder de Mohammad Reza Pahlavi (16 de septiembre de 1941) estuvo marcada por la postguerra y la Guerra Fría. El joven monarca, que sucedió a su padre con 21 años, tuvo que hacer frente al nuevo reparto mundial de zonas de influencias entre las potencias surgidas de la derrota del Eje. En la Conferencia de Teherán (1943), Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos ratificaron la independencia de Irán, recuperando poderes absolutos el nuevo sah bajo la influencia británica. Sin embargo, tuvieron que transcurrir dos décadas para que el bisoño sah afianzara su poder interior y se dedicara plenamente a desplegar una política exterior tendente a obtener el liderazgo regional. En el ámbito doméstico la puesta en marcha de las primeras medidas occidentalizadoras se vio ensombrecida por el surgimiento de la figura política de Mohammad Mosaddeq, un miembro del Frente Nacional de Irán, un partido político similar a los surgidos durante la descolonización en todo Oriente Medio. Mosaddeq puso en jaque las relaciones del Mohammad Reza Pahlavi con sus aliados y principales soportes políticos: Gran Bretaña y Estados Unidos.

MOHAMMAD MOSADDEQ: LA REVOLUCIÓN NACIONALISTA

Mohammad Mosaddeq ocupa un espacio político importante en un corto periodo de la historia de Irán, desde su designación como diputado por Teherán a partir de 1943, pasando por la presidencia del Comité del Petróleo y la presidencia del país. En 1951, el primer ministro Sa'ed negocia con Gran Bretaña la ampliación del Tratado del Petróleo (Tratado Gas-Golshayan) de 1933 para la Anglo-Persian Oil Company, con grandes concesiones para el país y la empresa en relación con la explotación de materias primas; pero el

parlamento iraní rechaza la ratificación de este acuerdo, filtrándose algunos términos de esta negociación a la población y teniendo que renunciar. Los dos primeros ministros que le sucedieron, Ali Mansur y el militar Ali Ramzara, también insisten en la ratificación de este acuerdo presionados por Londres. Fue entonces cuando Mosaddeq, como presidente del Comité del Petróleo, decide declarar nulos los tratados de 1933 y la ampliación propuesta, anunciando además la nacionalización del petróleo iraní.

Gran Bretaña y su primer ministro, Winston Churchill, no aceptan tales medidas, amenazando a Irán con destruir la economía nacional mediante un bloqueo económico —especialmente a través del cierre de dos grandes bancos británicos y la devolución de la deuda iraní—, así como la promoción de la independencia de la provincia iraní del Juzestán. El problema de la no ratificación y la posterior nacionalización deriva de que Gran Bretaña prometió mejoras salariales, que incumplió, a los trabajadores de la Anglo-Persian Oil Company (APOC), además de un conjunto de inversiones en hospitales y escuelas para los trabajadores en un clima general de nacionalismo contrario a las injerencias extranjeras.

Ali Ramzara, hasta entonces primer ministro, es asesinado durante un ataque terrorista llevado a cabo por un grupo islámico aliado de diversos miembros de la cámara de representantes iraní, como el ayatolá Abolqasem Kashaní, quien apoya fervientemente a Mosaddeq y la insurrección popular que estaba provocando. Tras la derogación del Tratado Gas-Golshayan, Mosaddeq es elegido primer ministro por el parlamento. La primera medida que adopta es la nacionalización definitiva de la Anglo-Persian Oil Company (20 de marzo de 1951), a la que siguen el servicio telefónico y la actividad pesquera. La estimación del precio de esta nacionalización por los propios británicos es inexacta, pero en el mismo año el New York Times sostiene que “el valor de las propiedades en Irán es difícil de estimar. En los precios actuales, la producción de los pozos crecerá a casi 500 millones de dólares al año. […] Esta producción está entre las más baratas del mundo. En el caso del estallido de una guerra entre el Este y el Oeste las reservas de petróleo iraníes serían incalculables para el lado que las controle” (Carmical, 1951). Junto a estas nacionalizaciones comienza un periodo de profundas

transformaciones canalizadas a través de unas 80 leyes sobre seguridad, corrupción, justicia, presupuesto nacional, vivienda, sanidad, fuerzas armadas y libertades civiles.

Para Gran Bretaña resulta de suma importancia mantener el control sobre Teherán y, a su vez, pende sobre Occidente la posibilidad de que la Unión Soviética se proyecte sobre Irán y sus materias primas, lo que pone sobre aviso a Estados Unidos. El presidente Dwight Eisenhower, quien se muestra inicialmente reacio a cualquier tipo de intervención en Irán, se ve presionado por su contraparte británica y aliado en la guerra, Winston Churchill, para realizar una acción conjunta contra Mosaddeq. Gran Bretaña incrementa las presiones hacia Teherán, escalando el conflicto al prohibirle las exportaciones de petróleo y amenazando con enviar a la armada británica al Golfo Pérsico. Además, impugna la nacionalización del petróleo iraní ante la Corte Internacional de la Haya y el Consejo de Seguridad de la ONU.

Ante esto, Mosaddeq acude al Tribunal de La Haya para defender la legalidad de su acción en un discurso que, sin duda, es un histórico alegato contra el agónico imperialismo británico: “Nuestras largas negociaciones con países extranjeros […] no han llevado a ningún resultado a estas alturas. Con los beneficios del petróleo podemos cubrir todo nuestro presupuesto y combatir la pobreza, las enfermedades y el atraso de nuestra gente. Otra consideración importante es que, a través de la eliminación del poder de la compañía británica, también podremos combatir la corrupción y la intriga, por medio de las cuales se ha influido en nuestros asuntos internos. Una vez que ese tutelaje se acabe, Irán logrará esa independencia política y económica” (Iranian Review, 2016). Pero, también deja claro que Irán responderá económicamente a sus deberes: “El Estado iraní prefiere tomar el control de la producción del petróleo por sí mismo. La compañía no puede hacer otra cosa sino devolverle la propiedad a su legítimo dueño. La ley de nacionalización estipula que el 25% de las ganancias netas sobre el petróleo se reservará para cumplir con todos los reclamos legítimos de la empresa en concepto de compensación” (Iranian Review, 2016).

La monarquía sufre continuas presiones de las potencias

occidentales y el creciente movimiento nacionalista impulsado por Mosaddeq cada vez adquiere mayor auge. El propio Mosaddeq tiene el suficiente poder político para preguntarle a Mohammad Reza Pahlavi si goza de las responsabilidades legales para elegir el cargo de ministro de Guerra, ante lo que el monarca exclama: "¡Bueno, entonces pregúntame directamente que haga las maletas y abandone el país!" (Mossadegh.com, 2012). Las tensas negociaciones entre ambos suponen la renuncia de Mosaddeq (16 de julio de 1952), provocando el descontento popular, traducido en amplias manifestaciones con notables bajas civiles. El nuevo primer ministro electo, Ghavam-o-Saltaneh, también abandona su cargo tras días en el poder, pero el sah rechaza el requerimiento de disolver el Parlamento, que de nuevo elige a Mosaddeq por amplia mayoría absoluta, con 61 votos a favor y 3 en contra (Mossadegh.com, 2012).

Los enfrentamientos entre los dos principales poderes políticos del país son cada vez más fuertes. Mohammad Reza Pahlavi firma la destitución de su primer ministro y, a su vez, es reemplazado por el general Zahedi. El servicio de inteligencia británico, MI6, convence a la CIA para desarrollar una operación que cercene de raíz los deseos antimperialistas de Mosaddeq, a quien se acusa de comunista y de utilizar las redes internas del Partido Tudeh[2], además de nacionalizar la industria petrolera (The New York Times, 2000). El resultado es la puesta en marcha de la Operación Ajax. El golpe de Estado con el consentimiento del sah comienza oficialmente el 15 de agosto de 1953, según el calendario persa, continúa con el exilio de Mohammad Reza Pahlavi a Bagdad y a Roma y termina con el derrocamiento del primer ministro elegido democráticamente, Mosaddeq. Esta maniobra garantiza tres cuestiones: un poder afín en Irán, un dique de contención frente al bloque comunista y el afianzamiento de la CIA en un elemento de peso en Estados Unidos y en su política exterior.

Por otra parte, Mosaddeq se convierte en un icono del antiimperialismo en Irán, pero también en el mundo islámico. Su figura y su revolución nacionalista quedarán insertas para siempre en la sociedad iraní como factor de insumisión ante las injerencias y sumisión a las potencias externas. Condenado a tres años de prisión y posterior arresto domiciliario hasta su muerte, en febrero de

1967, deja al indomable movimiento comunista iraní sin un líder fuerte al que sumarse, así como huérfano al nacionalismo antimonárquico que tanto apoyo había sumado entre la población durante los primeros años de la década de 1950, pero que con posterioridad se unificará en torno a la figura del clérigo Ruhola Musavi Jomeini. No era el momento de Irán para líderes revolucionarios.

La concepción que tiene Mosaddeq de la independencia y de la libertad deriva de la era constitucional de principios del siglo XX. La libertad, como él mismo sostiene, implica que el rey "reinase, pero no gobernase". A su periodo político se le conoce como "la revitalización del periodo constitucional" o "ehya-ye mashootiyat" (Ramazani, 2008), una etapa donde se busca el poder de las personas frente al de la corona. Convertido en una de las figuras más populares de la historia de Irán, su legado queda para siempre impregnado en el imaginario colectivo de la sociedad de este país, con una denodada tendencia hacia la lucha contra el imperialismo occidental y, desde principios de siglo XX, con la oposición a mandatarios sostenidos por potencias extranjeras. Mosaddeq se convierte en el mártir del antiimperialismo y en un ser deificado por aquellos que perciben al sah como el culpable de todos los males.

EL REGRESO DEL SAH Y LA TENDENCIA

HACIA LA AUTOCRACIA ILUSTRADA

La victoria del golpe de Estado posibilita el regreso de Mohammad Reza Pahlavi de Roma y, a pesar de su decepcionante actuación durante el complot, Estados Unidos decide convertirlo en la figura política para construir todo un sistema autoritario y represivo a fin de mantener el control de las pretensiones occidentales sobre el petróleo y la posición geoestratégica de Irán, tanto en las políticas del Golfo como en la lucha contra el comunismo. Después de su vuelta a Teherán, el monarca negocia la mejora de las condiciones de explotación del petróleo con intermediación de Estados Unidos,

que forma parte del nuevo consorcio internacional que explotará el petróleo iraní durante 20 años más (Encyclopaedia Britannica, 2005). Esto supone la restauración de las relaciones con Gran Bretaña, así como el acercamiento casi completo de Irán al bloque occidental de la Guerra Fría, especialmente porque el sah recela de los intereses soviéticos para aprovecharse de la situación interna del país y animar a la población a sublevarse de nuevo contra un régimen monárquico que ya se había tambaleado dos veces en apenas 30 años.

Con asistencia estadounidense, el sah se centra en consolidar su poder interno mediante dos grandes políticas: la llamada "Revolución Blanca" y el resurgimiento de un nuevo absolutismo imperial a través de medios de coerción como la Policía secreta y el Ejército. La primera gran reforma es la unión por decreto de todos los partidos políticos en un sistema bipartidista. El parlamento se divide entre el Partido Melliyun —conservador y fiel al monarca— y el Partido Mardom —liberal y monárquico, pero que hará una oposición suave al régimen—. Dichos partidos van a estar liderados por oficiales del Ejército y del círculo cercano al sah. Estos cambios son posibles gracias a la continua aplicación de la ley marcial y se saldan con la prohibición del Partido Tudeh —cuyos miembros serán encarcelados, asesinados, torturados o deportados— y del Frente Nacional de los seguidores de Mosaddeq, sometidos a gran represión por parte de la recientemente creada SAVAK, la policía secreta iraní.

Este gran instrumento de consolidación del poder interno del sah, la temida SAVAK, Sazeman-e Ettela'at va Amniyat-e Keshvar (Organización de la Inteligencia Nacional y la Seguridad de la Nación), está formada y entrenada tanto por la CIA como por el Mossad israelí, y contará hasta con 60.000 miembros. Su principal foco de acción durante el periodo 1953-1960 son los miembros del Partido Tudeh, a los que se aplicaron duros métodos de tortura. Miembros de este partido declararon cómo fueron vejados mediante "palizas indiscriminadas, latigazos en la espalda y las extremidades, aplastamiento de sillas en la cabeza, fractura de dedos y palmadas en los tímpanos" (Abrahamian, 1999: 89). Además de afiliados al partido comunista y a movimientos izquierdistas, la policía secreta amplía su cerco a escritores, intelectuales o familiares de élites

clericales de pensamiento cercano al de Mosaddeq, pero también a cualquier oposición, nacionalista o estudiantil.

La SAVAK no solo se dedica a torturar y encarcelar, además de infiltrarse en las redes secretas de los grupos opositores y a actuar como una especie de milicia callejera bajo la hipótesis de Estados Unidos de que solo la supresión total de los elementos revolucionarios acabaría con el problema interno del régimen monárquico. La CIA sostenía la teoría de que únicamente el progreso económico no ayudaría a eliminar los impulsos revolucionarios de la población y de los elementos desestabilizadores, especialmente porque provenían de los estratos de clase media, pequeñoburguesa y de la intelectualidad iraní (Abrahamian, 1999: 89-90). Las detenciones, ejecuciones y purgas entre 1953 y 1958 adquirieron tal magnitud que incluso abarcaron a miembros de las fuerzas armadas.

Las elecciones al Majlis en 1960 no logran disipar las dudas sobre el fraude electoral. Tanto es así que el sah se ve forzado a cancelarlas y a elegir él mismo al primer ministro, el lealista Jafar Sharif-Emami, quien restringe aún más las elecciones al parlamento. Los problemas económicos no favorecen las políticas de este Gobierno y el descontento social crece, lo que provoca su destitución y la elección, por decreto, de Ali Amimi, un rico terrateniente encargado del Gobierno durante seis meses tras la disolución del Parlamento. Amimi reduce el control sobre los medios, permite al Frente Nacional volver a retomar sus actividades e intenta encarcelar a miembros corruptos de la administración. Por ser un Gobierno reformista, Amimi tiene que hacer frente a los recelos de la cúpula militar y del propio sah al practicar un modelo de gobernanza más independiente, cercano al de Mosaddeq. Sin embargo, en el terreno económico la situación sigue siendo débil, lastrada por el enorme déficit presupuestario derivado especialmente del veto del sah a recortar el presupuesto militar y, en el terreno político, se topa con la negativa de Estados Unidos de dotar de credibilidad a su Gobierno. Esto conduce, otra vez, a la nueva dimisión de un primer ministro iraní (Iran Chamber Society, 2001).

Tras su renuncia le sucede Asadollah Alam, un fiel seguidor del sah que cuenta con el plácet de Estados Unidos, compensando esta

elección con un nuevo crédito para afrontar los delirios desarrollistas del monarca y de su Gobierno. Será entonces cuando Mohammad Reza Pahlavi decida poner en marcha la "Revolución Blanca" o "Enghelab-e Safid", que intenta ser una revolución desarrollista desde arriba sin derramamiento de sangre. Esta revolución pretende contentar a la población cada vez más concienciada políticamente, así como a la clase media-alta que reclama compartir los beneficios económicos que hasta ahora ostentan la nobleza y las cúpulas militares (Ansari, 2001). Con esta iniciativa, Mohammad Reza Pahlavi emula a su padre en la construcción de grandes obras públicas, pero sobre todo en la occidentalización de Irán y la modernización de la sociedad, dejando a un lado los preceptos que había seguido hasta entonces, en un país con grandes diferencias socioeconómicas entre el campo y la ciudad.

La Revolución Blanca pretende dos objetivos: evitar una nueva sublevación derivada de los graves problemas latentes, soterrados por el régimen, y poner en marcha reformas nuevas y otras no concluidas. El sah se negaba aceptar ser el emperador de un país atrasado y sin reformar. Por esto, forja un periodo de grandes cambios durante la década de 1960, cuando la situación interna empezaba a ser estable y su mandato absoluto casi incontestable. La Revolución Blanca se basa en seis pilares fundamentales, aunque posteriormente se ampliarían a casi 19 puntos en la década de 1970:

La reforma agraria, una de las presiones más fuertes por parte de la Administración Kennedy a fin de asentar la popularidad del sah en el campo iraní. Estados Unidos temía profundamente que se produjera en el país una revolución comunista similar a la ocurrida en China durante la Segunda Guerra Mundial o en Iraq en 1958, por lo que proponen esta reforma como fundamental e imprescindible para proveer ayuda financiera al monarca. El Gobierno iraní compra a los terratenientes la tierra a precio considerado como justo, lo vende a los campesinos a un 30% menos del valor de mercado, a la vez que estos pueden optar a créditos con tasas de interés muy bajas. Esto supone que casi 1,5 millones de campesinos

puedan ser propietarios de las tierras que trabajan.

Privatización de algunas fábricas estatales y de empresas nacionales para financiar la reforma agraria. La finalidad es que no recaiga el peso de la financiación solo en la ayuda estadounidense. Se venden las empresas a la antigua nobleza iraní y a burgueses de la pequeña clase media, lo que se traduce en la generación de una nueva clase industrial que contribuye a la industrialización del país.

La emancipación de la mujer a través del derecho a voto, recibiendo las críticas de los sectores clericales más conservadores.

Nacionalización de bosques y pastos a fin de protegerlos de la explotación, pero también para mejorar los cultivos y las explotaciones agrícolas. Muchos planes de desarrollo urbano incorporan "cinturones verdes" a las afueras de las ciudades o en las grandes vías de circulación.

Formación de los "cuerpos de alfabetización" ante la falta de maestros. Esta ley, inscrita en el III Plan de Desarrollo (1962-1968), obliga a todos aquellos que hayan obtenido un diploma escolar servir al Estado, casi como un cuerpo militar, que combata el analfabetismo en Irán, especialmente en las zonas rurales, ante las altas tasas de analfabetismo, que suponen dos tercios de la población en el año de creación de estos cuerpos de alfabetización.

Reparto de los beneficios entre los trabajadores de las empresas privadas, que empezaron a obtener la participación de un 20% de las ganancias de las empresas en las que trabajan.

Las reformas fueron sometidas a referéndum, arrojando el abrumador resultado de casi el 99% a favor de las mismas. Este primer paquete de medidas, que comienza en enero de 1963, es en realidad el resultado del trabajo de tres figuras muy importantes del círculo de sah. El primero, Asadollah Alam, líder del Partido Mardom, quien realmente recoge la exégesis de una revolución reformista que evita un nuevo resurgir de la lucha antimonárquica; Amimi, el verdadero ideólogo de las reformas, pero que fue repudiado por el monarca al percibir en él a un nuevo Mosaddeq; y

Hasan Arsajani, ministro de Agricultura durante el corto mandato de Amimi, cuyo planteamiento de la Revolución Blanca supone la imposición de las reformas socioeconómicas de arriba hacia abajo favoreciendo la figura del monarca, que pasaba a gobernar en vez de reinar (Ansari, 2001: 2).

La Revolución Blanca es el resultado del expreso deseo del sah no solo de parecer democrático, progresista y magnánimo con su pueblo, sino también un monarca revolucionario capaz de emular las conquistas sociales y económicas que reclaman los revolucionarios comunistas en Iraq y el resto del mundo. Por ende, la Revolución Blanca es una manera de preservar la monarquía a todo coste, aunque suponga realizar reformas propias del socialismo. La base en la que se asientan estas políticas aprobadas por el sah es la apropiación de los planteamientos de la izquierda iraní y del Frente Nacional de Mosaddeq para neutralizarlos, a la vez que la monarquía se convierte en la defensora del nacionalismo persa y de las reivindicaciones históricas del mismo (Ansari, 2001: 3). Los conceptos modernismo y monarquía se entremezclan, generando una nueva noción denominada pahlavismo, novedosa forma de desarrollar políticas públicas mediante la unión de desarrollo social y economía próspera.

Al igual que años después hará el ayatolá Jomeini cuando llega al poder, Mohammad Reza Pahlavi plantea un nuevo ideario, que abarca los ámbitos interno y externo, que une las viejas tradiciones y glorias de los monarcas persas con la modernidad y el desarrollo en una nueva potencia regional. El sah también tiene como ensoñación la utopía cultural y social, basada en los principios de la "Gran Civilización", que a su vez estaba inspirada en la "Gran Sociedad" ideada por Lyndon B. Johnson, que pretendía instaurar en Estados Unidos la lucha contra la pobreza y contra la desigualdad entre blancos y afroamericanos, la seguridad social —la conocida como Medicare o Medicaid— y, en definitiva, convertir la sociedad en un modelo más justo y equitativo (Feueherd, 2017). Pero esto también contiene cierta trampa, pues esta Revolución Blanca no nace del interés magnánimo del monarca por mejorar las condiciones de vida de su pueblo, sino como una manera de eternizar, universalizar y legitimar la monarquía, no solo dentro de Irán sino en todo el entorno islámico.

Este intento de consagrar la figura del monarca le lleva a enfrentarse con los ulemas chiíes, la antigua clase adinerada del llamado "bazar", y los nobles iraníes, a los que en muchas ocasiones se les calificaba de "reaccionarios" y "feudales" por el Gobierno y el monarca. Por ello, la década de 1960 continúa siendo sumamente turbulenta, especialmente porque los estudiantes comienzan a poder salir de Irán, a estudiar en Europa y Estados Unidos, lo que supone la llegada al país de ideas progresistas incubadas en las universidades extranjeras. La mayoría de estos estudiantes pertenecen a las clases media y alta y se diploman en Arquitectura, Política, Economía o Periodismo. Posteriormente, estos universitarios y los formados en el país se convertirán en los verdaderos reformistas y revolucionarios que participan en la Revolución Islámica de Jomeini (Ansari, 2001: 5).

Mientras la Revolución Blanca daba exiguos resultados para la mayoría de la población, el sah decide coronarse emperador en 1967 en unos fastuosos festejos a los que asistirían más de 600 dirigentes de todo el mundo. Hasta entonces, Mohammad Reza Pahlavi rechazaba la posibilidad de la coronación porque no quería ser el "rey de una nación pobre". La megalomanía de la coronación tiene como ejemplo la corona del monarca, que engarza en una pieza de orfebrería de oro 27.000 piedras preciosas, así como una corona similar para la emperatriz y shabanou de Irán Farah Diba, la primera mujer coronada en los 2.500 años de la historia de Persia. Esta coronación, considerada como una de las más majestuosas de la historia, también tiene un significado político plasmado en el discurso del monarca declarando que convertiría al país en el más avanzado del mundo, además de coronarse como shahansha o "Rey de Reyes". Poco antes de esta coronación el sah decide nombrarse aryamehr o "Luz de los Arios", ligando la dinastía Pahlavi a un destino histórico de primacía sobre todo Oriente Medio.

La Revolución Blanca fue ideada para evitar un golpe de Estado, y como toda revolución necesita un enemigo y el resurgimiento del nacionalismo patrio. Para comenzar esta nueva etapa histórica en Irán, que se puede entender como un "pan-iranismo", Asadullah Alam propone al sah el reemplazo de las élites intelectuales y de poder por personas más jóvenes y formadas durante su mandato. Parte de las viejas élites dirigentes recelan de los entusiasmos

expansionistas y revolucionarios de Alam, por lo que en esta tesitura es necesaria su sustitución, dado que no sirven para los intereses de Irán en esta etapa. El Partido Mardom se puede utilizar como vía para la purga intelectual, y es necesario disolver el Majlis, convocando nuevas elecciones en las que este partido político debía perder. Tras los comicios se acusa a las viejas élites de vivir en "el viejo orden", iniciando una renovación política sin precedentes. Pero Alam se topa con serias dificultades para convencer al monarca de estos planteamientos, considerados entusiastas y peligrosos para la estabilidad que se había conseguido gracias a la SAVAK.

De nuevo, y como ocurrió en 1951, el sah pierde la iniciativa política, aunque la Revolución Blanca forme parte del discurso oficial y monárquico, presentando a Reza Pahlavi como un líder progresista apoyado en un Gobierno devoto que cuida del bienestar de la población, si bien resulta difícil creer en esta imagen tan dulcificada, porque los réditos de esta revolución no eran extensivos a las clases más bajas, que presencian la megalomanía monárquica y los beneficios de las élites. Además, las reformas del nuevo presidente Amimi suponen que muchos ulemas —que a la vez eran pequeños terratenientes— pierdan sus propiedades, a pesar que la propiedad privada es inviolable en la ley islámica. Esto provoca que el estamento clerical chií comience a percibir la monarquía como un elemento disruptivo en la ley divina y en los mandatos de Alá, así como en sus intereses propios. En definitiva, el sah y sus Gobiernos iban ganando la enemistad de ciertos sectores de la población que, si bien se perciben como poco poderosos, se tornaron en un problema de seguridad al servicio de las élites revolucionarias.

Los ulemas comienzan a criticar estas reformas argumentando tanto la inconstitucionalidad de las mismas como la contradicción con la ley islámica, además de un inexistente Majlis que pueda votar estas propuestas, siendo establecidas por decreto. Tanto los grandes terratenientes como los propios ulemas elaboran un discurso, en periódicos y lugares públicos, sobre la base de que la reforma agraria no traería un mayor aumento del patriotismo entre el campesinado, sino la expansión del descontento y el comunismo, debido al pésimo funcionamiento de las nuevas cooperativas

campesinas y a la resistencia de muchos terratenientes a aceptar la disminución de su patrimonio y su poder.

El sah se percibe como una figura secundaria carente de iniciativa política, pese a las numerosas campañas de saneamiento de su imagen pública. Mohammad Reza Pahlavi busca apropiarse del éxito de las reformas, chocando con figuras políticas clave de su Gobierno y con el Majlis. En esta lógica disfuncional, el sah considera que la monarquía constitucional quizás no sea válida para Irán y que sería conveniente virar hacia otra manera de gobernar, con poderes absolutos. Protestas estudiantiles surgen durante el periodo 1962-1967 con lemas a favor de la vuelta de Mosaddeq o contra la figura del monarca, siendo duramente reprimidas por la SAVAK y la policía. Durante estos años se agudiza la política represora hacia los opositores, como los ayatolás Jomeini y Jamenei, quienes tienen que partir al exilio para continuar con su activismo desde fuera.

Ruholá Jomeini construye un relato que le permite erigirse como el mayor representante de los opositores. Proviene de una familia poderosa de estudiantes islámicos y ayatolás, en la que su abuelo Mirza Ahmad y su padre Jayed fueron ayatolás que venían participando en la política y que contaron con amplia legitimidad. Además, esta familia era de las más destacadas entre la sociedad clerical chií, especialmente al ser sayyid, es decir, descendientes por vía paterna de Mahoma a través de uno de los doce imanes duodecimanos, Musa al-Khazim. En 1963, Jomeini critica duramente al sah al haber "violado su juramento de defender el islam y la constitución" (Iran Review, 2014). También le acusa de su conversión en un dictador autoritario, de la corrupción patente por parte de las élites de poder y de la propia monarquía, por la censura de prensa y de los partidos políticos, por destruir la independencia de pensamiento en la universidad, por descuidar las necesidades económicas de comerciantes, trabajadores y campesinos, por socavar las creencias islámicas del país, por capitular ante los intereses empresariales de Occidente y por vender petróleo a Israel. Pero los ataques más contundentes se dirigen a las relaciones de Irán con Israel y con Estados Unidos.

Las manifestaciones y protestas siguen siendo una de las

características de este periodo, especialmente en las zonas agrícolas como Qom, Shiraz, Tabriz, Isfahán o Mashhad (Iran Review, 2014), que son duramente reprimidas por el Ejército y que también suponen el incremento constante en cuanto al número de víctimas. El descontento social también se traduce en saqueos en los bazares del país, mientras que los comerciantes, trabajadores y estudiantes se suman a las protestas alentados por el partido comunista. Tanto Jomeini como otros líderes tendrán que exiliarse tras actuar como agentes contestatarios que incitan a la insurrección. Sin embargo, se va a ir fraguando una relación entre la élite clerical chií y la población descontenta, teniendo unos y otros un poderoso objetivo: la lucha contra la monarquía absoluta del sah Mohammad Reza Pahlavi.

Por otra parte, hacia finales de los años sesenta, el sah comienza a desarrollar una vorágine de megalomanía personalista basada en su visión utópica sobre el futuro del país. Desarrolla el concepto de "Gran Civilización" y sus discursos se caracterizan por el tono de utopía y falta de concreción, difícil de sostener. Sirva a modo de ejemplo el discurso pronunciado en Isfahán en 1964: "Con respecto a la agricultura, la industria y actividades sociales, el efecto de este movimiento [el de la modernidad] será palpable en el futuro y será tan grande que creo que la necesidad de este movimiento resultará obvia para todo el mundo. Las siguientes generaciones vivirán en un entorno el cual creo que será equitativo y comparable a los más mayores estándares sociales en cualquier lugar del mundo […]. Así, en esta vía, los hombres y mujeres libres de Irán deben mirar hacia el futuro. Y esta visión no solo es un paraíso ideológico, sino material. […] Tendréis ropas caras y tendréis casas de calidad" (Ansari, 2001: 13). El sah pretende llevar a Irán a un escalafón comparable con Europa o con los Estados Unidos, no solo en lo interno, sino también en el plano internacional.

TIEMPOS DE CAMBIO EN IRÁN: EL PERIODO PRERREVOLUCIONARIO Y LA INCAPACIDAD DE LA MONARQUÍA PAHLAVI

La década de 1970 va a ser un periodo clave en la historia de Irán. Se alcanza un punto álgido en 1971, con los delirios de grandeza y poder del sah en la conmemoración de los 2.500 años del Imperio persa, con un coste de 300 millones de dólares y con la asistencia de mandatarios mundiales. Para ello, se recurre a un crédito que empeora la situación financiera e inflacionaria del país (BBC, 2017), provocando un triple efecto: las finanzas del reino quedan muy debilitadas, aumentan las movilizaciones y manifestaciones contra las celebraciones que fueron retrasmitidas por la televisión y se une la oposición en torno a la figura del ayatolá Jomeini, quien desde su exilio manifiesta "que todo el mundo sepa que estas celebraciones no tienen nada que ver con el noble y musulmán pueblo de Irán. Todos aquellos que asistieron son traidores al islam y al pueblo iraní" (BBC, 2017).

Mientras al sah los árboles de su bosque utópico no le dejan ver la realidad, la represión sigue creciendo durante los años setenta, donde miembros recientes de la intelligentsia tienen nuevas aspiraciones y entran en los servicios de seguridad, entrenados y preparados por el Mossad y la CIA. A su vez, los jóvenes revolucionarios no entienden las estrategias de los viejos miembros de la resistencia nacionalista partidaria de la guerra de guerrillas, el martirio o el sacrificio por la causa revolucionaria, provocando enfrentamientos políticos entre sindicatos, partidos políticos y estrategias extraparlamentarias (Abrahamian, 1999: 101). La oposición revolucionaria está dividida en tres clases de luchadores: los fedayi (los mártires), los mujahedeen e-jalq (muyahidines del pueblo) y los denominados peykar (la lucha), más extremistas (Abrahamian, 1999: 103). En respuesta, la monarquía y el Gobierno reforman la SAVAK y amplían sus servicios creando un Comité contra el Terrorismo (Komiteh) para acabar con la guerrilla cada vez más activa entre población joven, estudiante y obrera.

Si en 1953 la agricultura supone más del 50% del PIB del país iraní, en 1970 había decaído hasta el 20% con la migración del campo a la ciudad (Esfahani y Pesaran, 2009). Durante la Revolución Industrial, el éxodo rural se contrarresta con la creciente industrialización y el aumento de la masa obrera. Sin embargo, en el caso iraní, al producirse en un periodo de apenas 20 años, el crecimiento industrial supone el 10%, mientras que en el sector

servicios —en auge mundial durante estas dos décadas— pasa a un 20% más. La masa campesina, que tuvo que ser reconvertida en clase obrera, soporta todo el peso productivo del crecimiento económico del país durante este periodo. Hacia 1960, el PIB de Irán crecía en torno a un 3% y con la llegada de la Revolución Blanca el PIB aumenta considerablemente, hasta ser en 1970 el 12%. Pero este crecimiento admirable no se traduce en el reparto de estos beneficios entre la población (Esfahani y Pesaran, 2009). Por el contrario, la población durante los años setenta soporta el aumento de la inflación derivada de la caída del precio del petróleo en la crisis de 1973 y el exponencial aumento del gasto militar.

Los años setenta también suponen la expansión de la política exterior iraní, especialmente enfocada a los vecinos del Golfo y a contrarrestar el nacionalismo árabe que podía poner en peligro los intereses monárquicos de convertir a Irán en el actor eje de Oriente Medio. El régimen tuvo que hacer frente al nacionalismo árabe encabezado por Egipto, país que juega el papel de líder en la lucha contra la hegemonía iraní (Marshall, 2003). Los indicios de que el Gobierno británico tenía intención de retirarse del este de Suez y de Adén, región que rápidamente se independiza y se autoproclama marxista-leninista, llevó a Estados Unidos a interesarse por Irán como pilar de su política de contención del comunismo. Si bien Estados Unidos no tuvo intención de sustituir el imperialismo británico, la aparición de la flota soviética en el Índico y el Golfo a través de sus aliados yemeníes y el alzamiento cada vez más constante de la oposición baazista en muchos países de la región (Marshall, 2003) llevan al presidente Nixon a formular la doctrina que lleva su nombre. Esta Doctrina Nixon permite al sah ver cumplidas sus ambiciones regionales a través de miles de millones de dólares de financiación y, a cambio, Irán se convierte en uno de los pilares de la lucha anticomunista en el área junto con Arabia Saudí (Guittard, 2010).

En 1971 se produce la retirada definitiva de Gran Bretaña del Golfo y marca el comienzo del poder iraní en la región de manera efectiva. La principal obsesión del sah es la posibilidad de que surja algún movimiento revolucionario en cualquier país del Golfo que impida la salida del petróleo iraní por el Estrecho de Ormuz (Marshall, 2003). Para lograr el control de esta región esencial, es

necesario desarrollar y mejorar las fuerzas armadas, especialmente la Marina, para poder destacar por encima de otros ejércitos de la región. De 1965 a 1975, el gasto en defensa se multiplica por 10 y la importación de armas de los Estados Unidos pasa a ser el principal gasto dentro de la balanza de pagos.

Tabla 1

Aumento del gasto militar entre 1965 y 1975

AÑO	1965	1975
Gasto en Defensa	217 millones de dólares	De 4.000 a 5.000 millones de
Aviones	91	500
Barcos	32	41
Tanques	500	1.260

Fuente: Frederick, 1977.

Mohammad Reza Pahlavi necesita mantener alejados a los Estados Unidos del Golfo, así como a la Unión Soviética, evitando cualquier intervención directa que le impida desplegar sus intereses en la región. Para ello, se sirve de los cuantiosos créditos y ayudas recibidos por la Administración estadounidense, que en el periodo entre 1950 y 1970 suponen cerca de 1.800 millones de dólares. En 1974, Irán había aumentado la compra de armamento a Estados Unidos, con un monto de 6.000 millones de dólares, lo que representa el 70% de las ventas totales de armamento de Estados Unidos en ese año (Guittard, 2010). Irán, en vez de invertir estas compras de armamento en material para el Ejército de Tierra, se centra en aumentar las capacidades aéreas y marítimas del Ejército con la finalidad de preservar su poderío en el Golfo.

En paralelo, el Gobierno iraní, por empeño del sah, pone en marcha la segunda fase de la Revolución Blanca y se establecen 13 nuevos objetivos de la revolución:

Formación de los Cuerpos de Salud, a fin de extender la sanidad pública a los pueblos y aldeas más recónditos y pobres de Irán. Casi 10 millones de casos graves fueron tratados por estos cuerpos de médicos.

Formación de los Cuerpos de Reconstrucción y Desarrollo para enseñar a los campesinos nuevas técnicas de cultivo y recogida de las cosechas. Esto supone la segunda fase de la Reforma Agraria.

Creación de las Casas de Equidad. Esta ley va destinada a que cinco ancianos de cada pueblo sean elegidos por los ciudadanos por un periodo de tres años para que medien en las disputas menores entre ciudadanos.

Nacionalización de los recursos hídricos, bastante limitados en Irán. Se planificaron grandes proyectos hidráulicos, así como la construcción de presas para aumentar las hectáreas de cultivo por todo el país.

Ley de Modernización y Reconstrucción Urbana y Rural, que sería aplicada por los Cuerpos de Reconstrucción y Desarrollo. Se construyen baños públicos, escuelas y librerías por todo el país, así como pozos en las zonas más pobres y necesitadas de agua.

Reformas didácticas en la educación, con el objetivo de mejorar la calidad de la educación nacional, reformando los estudios universitarios para adecuarlos a la nueva realidad del mundo y del país.

Derecho de los trabajadores a poseer acciones en los complejos industriales. El 99% de las acciones de las empresas estatales y el 49% de las privadas se ponen a la venta para que las puedan adquirir los propios trabajadores.

Ley de Estabilidad de Precios. Al comienzo de la década de 1970, la inflación comienza a crecer, pero en especial la crisis del petróleo supone la quiebra de la economía iraní y el exponencial crecimiento de los precios. También se imponen sanciones a la especulación por parte de empresas y pequeños comerciantes.

Educación gratis y obligatoria. Se intenta aumentar la ratio de niños escolarizados para desarrollar la educación de los ciudadanos iraníes.

Comida gratis para madres con necesidades, como método de mejora de la calidad de vida de las madres en periodo de embarazo.

Introducción de la Seguridad Social y de los planes de retiro.

Costo estable y razonable en el alquiler o en la compra de propiedades residenciales. Se establecen los precios de compra para tierra cultivable y construible.

Medidas contra la corrupción de la burocracia iraní y del Gobierno.

Sin duda la Revolución Blanca estaba dando ciertos frutos en materia de educación y formación. Entre 1963 y 1979, la matriculación en las universidades aumenta de 24.885 a 154.215 alumnos; en universidades extranjeras, de 18.000 a más de 80.000;

y en colegios de formación técnica y profesional, de 14.240 a 227.497. El número de universidades creció de 4 a 16; las escuelas técnicas, de 36 a más de 800; y las escuelas secundarias, de 527 a 1.714 (Abrahamian, 1999). El problema deriva de que estos nuevos graduados piden una participación cada vez más activa en la política y mayor redistribución de la renta nacional, por lo que las universidades se convierten en epicentros de activismo político. La llegada de la clase obrera a las universidades provoca en la intelligentsia iraní mayor tensión. La expansión de la radio y el teléfono hacen cada vez más difícil el control de estos jóvenes críticos con una realidad sumergida al cuestionar la legitimidad de la monarquía, que cada vez es más débil.

El uso de la intelligentsia y la SAVAK como vía represiva va perdiendo su efecto dominador sobre el activismo político, por lo que el sah y los sucesivos Gobiernos intentan opciones más favorables de cara a la opinión pública para contentar a la nueva generación ilustrada. La oposición crece en el extranjero, especialmente en Gran Bretaña y Francia, países en los que grupos como la Confederación de Estudiantes Iraníes o la Organización Maoísta Revolucionaria del Partido Tudeh ganan cada vez más adeptos y están dispuestos a financiar las guerrillas en su país de origen. Los clérigos chiíes en el exilio expanden un discurso crítico contra las políticas antiislámicas del sah, llegando a la población a través de vías subversivas.

El ayatolá Jomeini estuvo exiliado en Iraq desde 1965 tras pasar un año en Bursa (Turquía). Se establece en la ciudad de Najaf y comienza un mayor activismo a través de la escritura de textos políticos y filosóficos. Saddam Hussein le permite la enseñanza en la mezquita de Sheik Ansari, donde en 1970 enseña Gobierno Islámico, que se convierte en su principal disciplina y que concita la atención de estudiantes de todo el mundo. El Gobierno iraquí le restringe las posibilidades de comunicación con el exterior de Iraq, pero gradualmente recibe visitas de críticos al régimen del sah con la permisividad de Saddam Hussein, que lo considera un instrumento útil para socavar la legitimidad del monarca Pahlavi, uno de los principales enemigos a batir por el movimiento baazista.

La oposición cada vez está más fortificada en el exilio, mientras los

frutos de la Revolución Blanca se estancan debido a la crisis del petróleo de 1973, que hizo aumentar el número de personas en situación de pobreza por la inflación desmesurada a la que se enfrentaba el país y la negativa del sah a disminuir la importación de armas (Esfahani y Pesaran, 2009: 36). En 1975 no solo existen ya los Muyahidines Islámicos y los Muyahidines del Pueblo (marxistas), sino que estos partidos se ramifican en otros pequeños grupos más radicalizados, dispuestos a lanzarse abiertamente a la lucha armada, a pesar de contar con el rechazo inicial de la oposición clerical chií. Algunos clérigos progresistas comienzan a percibir a estos grupos como la punta de lanza de la revolución en ciernes. Estas organizaciones se esconden en zonas montañosas o trasladan sus actuaciones a franjas rurales, resultando más compleja la localización. Estas redes se van a ir expandiendo no solamente dentro del país, sino con movimientos revolucionarios de la región y comenzando a desarrollar lazos con el Gobierno baazista de Saddam Hussein o con la Unión Soviética.

En 1976, la Revolución Blanca deja patente que sus objetivos están produciendo un efecto no previsto. Las reformas económicas y políticas multiplican el tamaño de la intelligentsia y de la clase obrera. Estas clases sociales, especialmente la obrera, están desprovistas de capacidad asociativa al prohibirse sus partidos políticos, sus sindicatos, sus organizaciones civiles, así como periódicos y radios independientes. Las promesas de distribución de la riqueza quedan en el enriquecimiento de la familia real, de los altos cargos políticos y funcionariales del país, mientras que tres cuartas partes de la población continúa siendo pobre. La gran masa desfavorecida pasa a alinearse con el estamento clerical chií y con Jomeini, al ser considerados como los únicos que se preocupan por el bienestar social y no por su enriquecimiento personal. La Revolución Blanca, ideada para prevenir una revolución comunista, allana el camino para una revolución islámica. Los dos años comprendidos entre 1975 y principios de 1977 se pueden considerar como el periodo de consolidación y alianza de la oposición islamista, marxista y liberal-constitucionalista.

LA ACUMULACIÓN DE PROBLEMAS INTERNOS

COMO GERMEN DE LA REVOLUCIÓN DE 1979

En 1975 se firma el Tratado de Argelia entre Irán e Iraq para definir las fronteras y el problema de la delimitación de aguas en el canal de Shatt al-Arab. La escalada de tensiones es cada vez mayor y la guerra entre ambos se percibe como plausible. El sah, consciente de la superioridad militar de Irán, especialmente porque cuenta con el respaldo de Emiratos Árabes Unidos y de Israel, mantiene una postura inteligente para evitar un tratado deshonroso y humillante para un Saddam Hussein en desventaja cuantitativa (Ruiz Figueroa, 1984: 417). El monarca establece tres puntos elementales para la firma del tratado, entre los cuales está la delimitación del canal de Shatt al-Arab a la mitad del mismo y la negociación de fronteras que quedaron sin negociar desde la retirada de Gran Bretaña de Iraq. Si se cumplían los puntos anteriores, Irán se comprometía a terminar con la financiación y el apoyo a los grupos kurdos opositores al Gobierno iraquí. En las negociaciones de este tratado se asegura la retirada de Jomeini de territorio iraquí, teniendo que exiliarse el ayatolá a una población muy cercana a París.

Jomeini se reúne con numerosos miembros de la oposición a los que casi se les puede considerar el germen del posteriormente llamado "Consejo Revolucionario" (Montero, 2011). Comunistas, socialistas y socialdemócratas estiman que el líder religioso tiene la capacidad para lanzar a la calle a los iraníes cuando llegue el momento perfecto para la revolución que ya se palpa en la calle, especialmente por parte de los liberales constitucionalistas que aún se amparan bajo el Frente Nacional que antaño lideró Mosaddeq. El Frente Nacional tiene sus bases en las clases medias urbanas seculares que prefieren que el sah acepte la constitución de 1906 en vez de la implantación de una república de corte islámico. Dentro de este grupo de oposición destaca la figura de Mehdi Bazargan, gran activista en las protestas y en la posterior revolución, como oposición moderada dentro del republicanismo islámico teocrático.

El liderazgo de Jomeini se refuerza como núcleo de la oposición, alineando de manera inconcreta casi todas las reclamaciones de estos grupos que le muestran su apoyo —excepto los marxistas ateos—. Desde la etapa final de su exilio, el ayatolá lanza discursos

muy amenazantes al sah en temas de política interna y economía: "El parlamento se creó por las armas en ese momento (tras el golpe de Estado contra Mosaddeq), y los miembros fueron elegidos por la fuerza, no por votos. Se vieron obligados a votar por Reza Sah, y por lo tanto el reino fue ilegítimo desde el principio […]. Esta es otra razón por la que el reinado de Mohammed Reza Pahlavi es ilegal" (Seyedin, 2015: 125). También critica duramente la gestión económica del sah en los últimos años: "Toda la economía está en ruinas y en caos. Mientras las personas no se ayuden entre sí, no podremos reconstruir esta economía. Mohammad Reza Pahlavi ha devastado nuestra agricultura. Obligó a las personas a abandonar sus tierras y terminar el cultivo, porque quería que Irán se convirtiera en el mercado de salida de Estados Unidos e Israel, [Estado] que fue creado por Estados Unidos, para vender trigo, arroz y huevos en el país" (Seyedin, 2015: 125).

La elección de Jimmy Carter como presidente de Estados Unidos en 1976 es un varapalo para la política represiva contra los movimientos opositores de Irán. La agenda pro derechos humanos del nuevo presidente no encajaba con el momento político que vive el país. Mohammad Reza Pahlavi, que tenía experiencia al tratar con presidentes más liberales, como John F. Kennedy, comprende que debe jugar esta vez a favor de los intereses estadounidenses (Ritter, 2010: 193) y decide apuntarse el tanto político en vez de dejar que Estados Unidos forzase las reformas, iniciando un proceso de cambio y liberalización de diversas leyes. En esta política liberalizadora se inscribe la mayor flexibilidad hacia censura de prensa y el sistema judicial, que se desmilitariza (Ritter, 2010: 193). En 1975, la compleja situación interna de Irán parece insostenible, mientras que el ego del monarca continúa impidiendo cualquier tipo de decisión acertada. Tanto es así que Mohammad Reza Pahlavi amenaza varias veces a los Estados Unidos con aumentar los precios del petróleo. El "bebé" que habían criado estaba crecido y no dudaba en rebelarse contra sus padrinos políticos y económicos. El sah convirtió a Irán en el principal importador de armas del mundo, mientras que la sociedad iraní era cada vez más reacia a sus políticas militaristas y represivas (Guittard, 2010).

Tanto los seguidores del sah como la oposición sabían que el monarca era intocable siempre y cuando contase con el respaldo

explícito de Washington, por lo que miraban hacia Estados Unidos con impaciencia. En 1977 estallan protestas callejeras instigadas activamente por Jomeini, que incita a la población para que se negara a pagar impuestos y boicoteara la compra de productos. A su vez, la mayor parte de la oposición comienza a reunirse en secreto para gestar una estrategia definitiva contra el monarca. Si bien al principio las protestas fueron reprimidas fácilmente por la policía y la SAVAK, la muerte en extrañas circunstancias del hijo mayor de Jomeini, Mustafá Jomeini, en Najaf por un "ataque al corazón", levantaría las sospechas de que había sido un asesinato por parte de la policía secreta del sah. Aunque Jomeini guardó silencio, las calles decidieron vengar la muerte del nuevo mártir de la causa opositora.

Mientras el Gobierno del sah se centraba en intentar deslegitimar a Jomeini tratando de acusarle de vender Irán a las potencias por sus lazos con Francia e Inglaterra, los estudiantes islámicos de Qom se lanzaban contra la policía tras una manifestación por las calumnias vertidas al ayatolá, que dejó un saldo de decenas de muertos y heridos. La tradición islámica dicta que se deben guardar 40 días de luto —la chehelom— por la muerte del primogénito del ayatolá, pero la oposición decide organizar durante estos días el grueso de sus actividades contra el sah. Tanto Jomeini como otros líderes opositores sabían que el Ejército y la SAVAK estaban especialmente entrenados para combatir protestas urbanas, por lo que el enfrentamiento directo no daría un resultado positivo para la causa. Además, Jomeini y sus allegados comprenden que las capacidades de intervención de Estados Unidos a través de la CIA habían de ser anuladas, apelando a Carter y su política a favor de los derechos humanos (Ritter, 2010: 199).

No era tarea fácil, por tanto, combatir ni al ejército mejor armado de Oriente Medio ni a la policía secreta entrenada por la CIA y el Mossad, ni mucho menos extraer a Estados Unidos de la posible intervención en favor del sah, pero Jomeini estaba altamente instruido en la lucha no violenta y en estrategias de movilización callejera y desgaste político, lo que se convierte en clave favorable en la guerra contra el sah. También Mehdi Bazargan y otros líderes opositores de izquierda e islámicos moderados ven en la llegada del Gobierno liberal de Jimmy Carter el freno a los desmanes tiránicos de Mohammad Reza Pahlavi y el retorno a la ansiada y querida

constitución iraní de 1906 y no dudan en explotar los límites del apoyo de Washington al monarca, que cada vez son menores. La debilidad de la monarquía resulta evidente pese a ofrecer elecciones libres en un corto plazo, pero la oposición utiliza el discurso de los derechos humanos como vía para poner contra la espada y la pared tanto al monarca como a Washington (Ritter, 2010: 204).

A finales de diciembre de 1977, un grupo de activistas y juristas conducidos por Mehdi Bazargan envían una carta al secretario general de Naciones Unidas, Kurt Waldheim, y a Jimmy Carter para presionarles sobre la situación en Irán. La oposición más liberal era consciente de que el presidente estadounidense estaba comenzando a ahogarse en su nuevo paradigma pro derechos humanos, especialmente con Irán, país fundamental en la estrategia de la Política de Gendarmes en Oriente Medio. Con una pericia sorprendentemente, Jomeini, ayudado por sus aliados moderados y seculares, logra la máxima fundamental divide et impera: fracciona a tu enemigo y enfréntale. Confrontando al sah con Washington, la oposición conseguía crear mayor incertidumbre dentro del propio Ejecutivo iraní y de la opinión pública tanto nacional como internacional. Reorientando a Estados Unidos hacia la neutralidad, Jomeini logra ventajas al asegurarse que la CIA no actuaría. La planificación estratégica de las manifestaciones que se convocaban cada 40 días simbolizando el periodo de luto por la muerte de los mártires de la causa, si bien era predecible para el sah y la policía, desgastaba enormemente la imagen del régimen monárquico (Ritter, 2010: 207).

Hasta mediados de 1978, la revolución aún tenía grandes tintes moderados y democráticos, pero progresivamente, con la acumulación de errores por parte de la monarquía, la oposición religiosa gana protagonismo y poder a través de los partidarios de la línea dura. Mohammad Reza Pahlavi visita a Carter, siendo recibido con protestas de los ciudadanos norteamericanos, pero vuelve relativamente confiado del apoyo de Estados Unidos a su Gobierno. Esta seguridad se percibe como reforzada cuando el presidente estadounidense acude como invitado a celebrar el Año Nuevo en Teherán, donde pronuncia un discurso que, sin duda, busca un efecto tranquilizador: “Irán bajo el gran liderazgo del Sah es una isla de estabilidad en una de las zonas más problemáticas del

mundo. Este es un gran tributo a usted, a su majestad, a su liderazgo y al respeto, la admiración y el amor que su gente le otorga" (Ritter, 2010: 208). Los problemas derivados de la Guerra Civil en Líbano o la Revolución Socialista de Saur en Afganistán concitan mayor atención para la política exterior de Washington.

Pero la euforia revolucionaria cae a mediados de 1978 debido a la poca efectividad en cuanto al derrocamiento del monarca. Esta falta de resultados promociona a los islamistas hasta la primera línea de la revolución, ganando la partida a los liberales y moderados que han perdido la fuerza necesaria para dirigir las protestas desde la vanguardia, mientras que los ulemas usaban las mezquitas para dar sus sermones revolucionarios y coordinar las protestas desde ellas (Ritter, 2010: 211). Tampoco ayudaba la desconfianza de las promesas de la monarquía, pese a haber fijado el año 1979 como fecha para la celebración de elecciones "completamente libres".

Debido a la insistencia del sah, la CIA opta por realizar una investigación para evaluar la situación política interna del país iranio, que concluye negando la existencia de riesgo, lo que es traducido por la monarquía como que el peligro ha pasado. Lo que ni el sah ni la CIA pasan por alto en esos informes es la peligrosa y progresiva unión entre el bazar y la Mezquita, una alianza que solo se daba en ocasiones en las que los intereses de ambos estaban en grave peligro, como así ocurrió en 1891 (Ritter, 2010: 125). Curiosamente, los agentes contrarrevolucionarios clásicos —burguesía y estamento religioso— estaban propiciando ellos mismos una revolución en contra de lo que se presuponía como su aliado histórico: la monarquía. El caso de la unión de estas fuerzas de oposición al sah es paradigmático, ya que se han producido pocas revoluciones en las que la burguesía y la Iglesia tomaran una iniciativa revolucionaria de tal calibre.

En verano de 1978, sucede uno de los acontecimientos que supone el golpe definitivo a la monarquía Pahlavi. El 19 de agosto la muchedumbre se aglomera en el Cinema Rex de la ciudad de Abadán para ver la película Gavaznha, "el ciervo", una producción bastante crítica que narra la realidad de la Revolución Blanca. Mientras la película se proyecta, agentes no identificados atrancan las puertas de emergencia del cine y prenden fuego a bidones de

gasolina que arden rápidamente. Cerca de 250 personas resultan heridas de gravedad, mientras que se estima que entre 350 y 500 fallecen por asfixia o las llamas (Assadollahi, 2019).

Hasta los atentados del 11 de septiembre, el incendio del Cinema Rex estaba considerado como el atentado con mayor número de víctimas mortales. A pesar de que los perpetradores no han sido identificados a día de hoy, tanto los medios internacionales como la oposición lo achacaron a agentes de la SAVAK. El sah y el primer ministro Amuzegar declararon que era una tragedia nacional sin precedentes y acusaron a radicales islamistas de perpetrar el acto para socavar la credibilidad del régimen monárquico. El efecto que provoca este relato manido es el hundimiento total de la credibilidad de la monarquía y la crítica internacional, a la vez que permite que la oposición tenga la oportunidad de aferrarse a la hipótesis de la autoría no demostrada de la SAVAK para derribar al monarca y acelerar su caída. Las manifestaciones masivas y la errática respuesta del sah empujan a que la única clase social que queda aún neutral, la clase obrera, se manifieste junto a los ulemas y la burguesía.

Al sah no le queda más remedio que recurrir al antiguo primer ministro Jafar Sharif-Emami, quien, haciendo gala de una gran visión holística, logra adelantarse a las demandas de la oposición antes siquiera de que se realizaran: ordena que Irán abandone el calendario imperial que había instaurado el sah para volver a imponer el islámico; decreta la disolución del Partido Rashtakiz, que engloba a todos los partidos monárquicos de cara a las siguientes elecciones; y permite la campaña electoral de otros grupos políticos a fin de que las futuras elecciones de 1979 se perciban como libres y democráticas. Sus acciones se demuestran muy efectivas al principio, pero quedan opacadas por el resurgimiento de las protestas y el Viernes Negro, que tiene lugar el 8 de septiembre de 1978, también conocido como la masacre de la plaza Jaleh y la aplicación de la ley marcial.

Desde su exilio, el discurso de Jomeini se ha ido transformando en más agresivo, declarando, en primer lugar, que no descansaría hasta que el sah abandonara el país y, en segundo lugar, que el pueblo iraní se encontraba en un estado de guerra hasta que llegara la

república islámica (Seyedin, 2015). A la vez, la clase obrera se moviliza contra la precaria situación económica organizando huelgas en fábricas a escala nacional, lo que paraliza la industria del petróleo durante meses. El sah opta por no tomar ninguna medida contra los huelguistas, ofreciéndoles una subida generosa de sus salarios a cambio de que se queden en su puesto de trabajo. En paralelo, los medios de comunicación internacional publicitan a Jomeini como un "místico" que no busca el poder sino la liberación del pueblo iraní, permitiéndole dar entrevistas desde su exilio en Neauphle-le-Château. Las acciones de la prensa a favor de la figura del ayatolá erosionan la credibilidad de otros clérigos más moderados, que se oponen con mayor o menor fuerza a la creación de la república islámica.

El contexto interno aumenta el nivel de complejidad cuando los manifestantes comienzan a armarse progresivamente, realizando asaltos a las dependencias policiales de numerosas ciudades, los estudiantes se enfrentan a la policía de manera continuada y Sharif-Emami es nuevamente relevado como primer ministro por el general Gholam-Reza Azari, quien opta por un Gobierno militar que tampoco consigue frenar los tumultos y manifestaciones, máxime las convocadas en el mes islámico del muharram, cuarto mes sagrado del calendario islámico, concitando el 6 de diciembre de 1978 entre seis y nueve millones de personas por todo Irán, lo que supone casi el 10% de la población total (Rosenfeld, 2011). Como resultado de las protestas, el sah abandona Irán argumentando la "necesidad de descanso" y dejando a Shapur Batjiar como primer ministro plenipotenciario. Apenas un mes después, Jomeini regresa a Irán (Seyedin, 2015).

Al primer ministro le queda poca capacidad de respuesta a fin de evitar la caída del Gobierno. Jomeini responde con la creación en la clandestinidad del Consejo de la Revolución, compuesto por siete miembros afines, entre los que destacan el ayatolá Taleghani, Morteza Motahhari, Javad Mohonar, Jamenei, Rafsanyaní o Seyyed Mohammed Beheshtí, y otras siete figuras políticas seculares, como Hossein Musaví —reformista e izquierdista—, Mehdi Bazargan, Sadr Javadi, Abolhasán Benisadr o Sadegh Ghotbzadeh, quienes actúan como un verdadero Gobierno en la sombra del legítimo Ejecutivo de Bajtiar. La inestabilidad política del "Gobierno del sah sin sah" es

irresistible para los ciudadanos y el movimiento revolucionario que daban la espalda al antiguo régimen, bajo el lema In beravad va har cheh mikhahad beshavad ("dejad que él se vaya y haya un diluvio después") (Katouzian, 2009). El 4 de febrero de 1979, Jomeini nombra a Mehdi Bazargan como primer ministro del Gobierno de transición, ante la resistencia del primer ministro con un relato amparado en la legitimidad. Siete días después, Bajtiar refuerza la ley marcial e impone el toque de queda con tan escaso éxito que, apenas un día después, el Ejército declarara su neutralidad ante el conflicto para evitar un derramamiento de sangre, lo que colapsa definitivamente el Gobierno monárquico (11 de febrero) con el exilio de Batjiar, asesinado en 1992 por agentes iraníes.

Se afianza así la revolución más importante de la segunda mitad del siglo XX. Jomeini había logrado su objetivo primario, pero aún quedaba un enorme camino por delante para el septuagenario ayatolá: la conversión de un proceso revolucionario en una estructura política funcional. El primer incidente al que se enfrenta el Gobierno del ayatolá es la tentativa de los jóvenes revolucionarios más extremistas de tomar la embajada de Estados Unidos en Teherán, que finaliza con detenciones y expulsiones por orden de Ibrahim Yazdi, el ministro de Exteriores de Irán en el Gobierno de transición. Este acto es el prólogo de lo que después se conocería como la Crisis de los Rehenes.

Marzo de 1979 es un mes sumamente complicado para los remanentes que aún quedan de la estructura monárquica, así como para las intenciones de la Administración Carter y del nuevo líder espiritual de Irán, quien tampoco se salva, a pesar de su enorme popularidad, de ciertas críticas. El idilio entre Jomeini y Washington apenas dura unos meses, aunque el propio Carter bendice públicamente la postura del ayatolá cuando centenas de miles de mujeres salen a la calle contra la imposición del velo, ante lo que el ayatolá muestra sus simpatías a este colectivo, al considerar a las mujeres como la base de la revolución y el pilar de la futura república islámica. Los dos siguientes pasos son la convocatoria del referéndum sobre la república islámica (30 de marzo de 1979) y la creación de un cuerpo policial y de inteligencia que reemplace a la SAVAK como instrumento para preservar la revolución. Así pues, el Consejo de la Revolución firma la creación

del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica o Sepah-e Pasdaran-e Enghelab-e Islami, ampliamente conocido como pasdaran. Su función, a diferencia del Ejército, es salvaguardar la estructura, la ideología y los fundamentos institucionales de la Revolución, así como prevenir la intervención extranjera. Esta Guardia de la Revolución controlará posteriormente la milicia basij o Sāzmān-e Basij-e Mostaz'afin (Organización para la Movilización de los Oprimidos), una agrupación de jóvenes revolucionarios que conformaran la primera línea de batalla en la guerra con Iraq.

EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN DE 1979

A NIVEL REGIONAL

La Revolución Islámica es uno de los acontecimientos de mayor impacto en la segunda mitad del siglo XX, con suma intensidad en Oriente Medio, especialmente en el este mediterráneo, que ha experimentado una profunda transformación. Liderada ideológicamente por el ayatolá Jomeini, supone, en primer lugar, la consolidación del clero chií como élite del sistema republicano y, en segundo lugar, la asunción del poder por parte del establishment religioso, que se apropia de una revolución popular contra el monarca iraní. Aunque siempre se suele primar el factor religioso de la misma, no conviene obviar que el origen no fue religioso, es decir, no se apuesta por una "revolución religiosa". Tras no pocos ajustes internos, el régimen que se acabará instaurando en Irán es el de la vigilancia sobre la actividad de los poderes políticos por parte del jurisconsulto supremo, asociando elementos propios de la democracia, como el funcionamiento y la elección del parlamento, con un control vertical por parte de las instituciones religiosas.

La triunfal revolución apenas estaba dando los primeros pasos cuando los líderes se topan con los problemas que se derivan de toda revolución: la dirección del país hacia el normal funcionamiento de la economía y la sociedad. Los ministros monárquicos, que ocuparon sus carteras durante largos periodos de tiempo, habían huido del país, así como gran cantidad de técnicos y expertos en muchos ámbitos de la economía. Los propios revolucionarios en el poder no son capaces de dar una solución inmediata a la destrucción que ellos mismos habían causado en su fase anti-establishment. Irán se enfrenta así a un proceso postrevolucionario con la industria estancada, el Ejército en proceso de purga y varios sectores de la economía reducidos al mínimo de producción, todo ello sumado a la conversión en un Estado paria en los mercados internacionales (Halliday, 1981: 51-52).

En el plano externo, en primer lugar la Revolución de Irán marca un antes y un después en la configuración política de la región y, especialmente en dos zonas: Levante-Río Éufrates y el Golfo Pérsico. En segundo lugar, se quiebra la Doctrina Nixon en Oriente Medio, basada en mantener el control sobre los intereses de Estados Unidos en el Golfo Pérsico a través de dos países que funcionan como pilares estratégicos que Washington refuerza a través de préstamos y tecnología militar: Arabia Saudí y el Irán del sah Reza Pahlavi. La superpotencia norteamericana desde 1950 impulsó diversas alianzas regionales para crear un cordón sanitario contra el comunismo. Una de estas alianzas es la Organización del Tratado Central (CENTO), conocida como "Pacto de Bagdad", formada por Gran Bretaña, Irán, Turquía, Pakistán e Iraq, y cuyo objetivo se centra en mantener alejado el comunismo del Golfo Pérsico y, a su vez, impedir la expansión del baazismo y el nasserismo. Esta alianza demuestra ser una de las menos productivas entre las construidas durante la Guerra Fría, ya que cada uno de los países tiene intereses y concepciones distintas sobre quién debe ostentar la hegemonía regional y la vanguardia de la organización. La revolución jomeinista quiebra definitivamente esta alianza y, por primera vez, los países árabes suníes comienzan a ver a Irán como una amenaza real para sus intereses no solo regionales, sino para la existencia de sus propios Estados.

La política exterior en la etapa revolucionaria puede resumirse en la implementación de un enfoque realista, pragmático, ideológico y, al final, un periodo reformista (Soltani y Amiri, 2010: 199). Estas orientaciones explican las repercusiones de la Revolución Islámica en una región que comienza a sufrir una espiral de acontecimientos que desembocan, primero, en una guerra, y posteriormente en el recelo perpetuo y mutuo entre Irán y su vecindad próxima. Si bien en los inicios del Gobierno revolucionario la figura del moderado Mehdi Bazargan lleva al país iranio a anteponer una política exterior más orientada al nacionalismo que al islam, lo que confronta directamente los propios objetivos que se había marcado Ruholá Jomeini, pronto se reorienta hacia posturas con mayor carga ideológica y concretamente dirigidas contra Washington y el resto de potencias europeas a las que el ayatolá tachaba de imperialistas e intervencionistas (Soltani y Amiri, 2010: 199).

Los militantes jomeinistas comienzan a tomar el control de la política exterior de la República Islámica a finales de 1979, sin que las otras fuerzas políticas puedan hacer mucho al respecto. Esto provoca que los eslóganes religiosos se asienten en esta política de Estado y, por ende, la exportación de la revolución —la sudur e-enghelab— adquiere un papel de mayor relevancia en los asuntos exteriores. El propio Jomeini alaba esta estrategia política en un discurso de 1980, donde sostiene que "debemos exportar nuestra revolución al mundo, sin dejar a un lado que no exportamos nuestra revolución, porque el islam no hace diferencias entre países y apoya a todos los oprimidos. [Pero] si permanecemos en un ambiente cerrado, nos enfrentaremos a la derrota. Debemos asentar nuestras posiciones frente a las superpotencias, debemos confrontar el mundo con nuestra ideología" (Middle East Research and Information Project, 1980: 22).

En 1980, las repercusiones de la Revolución Islámica se hacen patentes en los países de la región del Golfo. En ese mismo año, Jomeini envía a los conocidos como "líderes de la oración del viernes" a Kuwait, Bahréin, Emiratos Árabes o Arabia Saudí. Estos clérigos son los encargados de dar el sermón de los viernes, que siempre suele hacerse en nombre del gobernante, que, en este caso, es el ayatolá Jomeini, lo que es visto por los reyes y emires de estos países como un elemento que socava los pilares de su poder tanto político como religioso. A esta situación se le suma la creación de la Oficina de la Guardia de los Movimientos de Liberación, cuya función es contactar, apoyar y coordinar cualquier tipo de elemento subversivo dentro de sus vecinos del Golfo para expandir la revolución fuera sus fronteras naturales (Marshall, 2003: 30).

La toma del poder en el Ministerio de Exteriores por parte de los islamistas también propicia la constitución del Ministerio de la Guardia Revolucionaria, cuyos miembros están directamente involucrados en misiones en Siria, Arabia Saudí y, especialmente, en Bahréin, donde logran activar y financiar al Movimiento Islámico de Liberación en Bahréin (FILB, en inglés) (Marshall, 2003: 30). Mientras tanto, la Suprema Asamblea de la Revolución en el Mundo, organizada por Jomeini como un elemento coordinador de otros clérigos chiíes revolucionarios en el mundo, es reconvertida en el Consejo de la Revolución Islámica, cuyo primer y principal

acto fue la construcción de la Suprema Asamblea de la Revolución Islámica en Iraq (SIPRI), que desempeña un papel fundamental durante los años de la guerra contra Saddam Hussein y tras la invasión estadounidense de 2003.

La presencia de minorías chiíes en países de mayoría suní del Golfo, sumada a que la guerra civil libanesa había propiciado el acceso de células revolucionarias iraníes tanto a Líbano como a Siria, da lugar a que Irán sea señalado directamente por parte del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) como un elemento disruptivo de la paz en Oriente Medio. La guerra entre Irán e Iraq, que comienza en 1980 y que se prolonga durante ocho años, genera una espiral de caos en las orillas del Golfo Pérsico y abre una etapa de desconfianza entre los países monárquicos suníes debido al carácter ideológico y expansionista del nuevo régimen revolucionario. Irán, a través de sus células revolucionarias, consigue movilizar a amplios sectores del estamento clerical chií en el Golfo para animar a las minorías chiíes a manifestarse en contra de las "monarquías opresoras", como así ocurre en Bahréin, Kuwait y Arabia Saudí, principalmente, aunque también se dan ciertos altercados en Qatar y Emiratos Árabes, a pesar de que la población chií es sumamente minoritaria en comparación en los países mencionados.

Por otro lado, la oposición chií en Iraq y la recientemente surgida "Yihad del Islam", que causa graves problemas a franceses y estadounidenses en Líbano y deteriora gravemente las relaciones del Estado iraní con sus vecinos del Golfo, se traduce en 1985 en una resolución de la ONU impulsada por el CCG a través de la cual se encomia a Irán a buscar una vía de resolución pacífica en la guerra Irán-Iraq, propuesta que es rechazada por Teherán al no haber una condena explícita a los actos del Gobierno iraquí durante los años de conflicto. A su vez, Riad encomienda a Háfed al-Assad la mediación entre Teherán y el resto de países del Golfo (Capehart, 1985), siendo el viceministro iraní Khaddam quien convoca una reunión entre Kuwait e Irán, en la que se logran promesas por ambas partes en materia de protección de plataformas petrolíferas y barcos de mercancías (Capehart, 1985).

Los intentos sirios por alcanzar compromisos entre las partes condicionan posteriormente la estrecha relación de cooperación

entre Damasco y Teherán, especialmente porque Siria es el único país que decide adoptar medidas contra Saddam Hussein, llegando a cerrar incluso el paso al petróleo iraquí que circula hasta la costa libanesa en el Mediterráneo, lo que se convierte en un factor fundamental para que Iraq no tenga las capacidades económicas necesarias para redoblar su esfuerzo bélico contra Irán. Tanta es la repercusión de la medida adoptada por el dirigente sirio que Estados Unidos, a través de un informe de la CIA, se plantea urgir a Saddam a declarar la guerra a Siria con apoyo de Israel y Turquía (Central Intelligence Agency, 1983).

A pesar de que las negociaciones para lograr un acuerdo de paz se suceden desde 1985 hasta el fin de la guerra —con gran presencia siria y con apoyo de Argelia o Francia— son rechazadas por parte del Irán más ideológico, bajo el doble discurso de no reconocimiento explícito de la culpabilidad iraquí en el conflicto y los daños cometidos contra la población iraní en el mismo. Si bien Irán mantiene un perfil conciliador con sus vecinos, en la práctica azuza a la Guardia Revolucionaria a la desestabilización de muchos de los regímenes monárquicos con los que intentaba llegar a acuerdos. Es indudable, también, el valor de Emiratos Árabes Unidos como agente conciliador durante esta etapa, manteniendo contactos con Teherán y con su presidente Alí Jamenei (Marshall, 2003: 83), lo que posteriormente y hasta la actualidad ha propiciado un entendimiento entre las partes en diversos conflictos surgidos en Oriente Medio.

La relación con Estados Unidos se verá gravemente dañada con la toma de la embajada estadounidense en Teherán y el secuestro de 66 diplomáticos y ciudadanos norteamericanos durante 444 días, desde el 4 de noviembre de 1979 hasta el 20 de enero de 1981. La lectura que se hace desde Estados Unidos se ciñe a la violación del Derecho Internacional, mientras que para Irán supone el intento por parte de la potencia norteamericana de socavar la Revolución y conseguir la extradición del sah (que después de su derrocamiento viaja a Estados Unidos por cuestiones de salud y para solicitar asilo) para juzgarlo por crímenes cometidos durante su mandato. Sin embargo, a partir de 1985-1986 se producen reuniones secretas entre Washington y Teherán porque es necesaria la cooperación iraní en Líbano para mediar con Hezbolá en la liberación de rehenes

estadounidenses secuestrados por este grupo. Esta actuación se engloba en el Caso Irán-Contra, uno de los mayores escándalos de corrupción en Estados Unidos, en el que funcionarios de este país idean una operación que cubre un doble objetivo: la venta de armas a Irán para financiar a la Contra nicaragüense y la persuasión de las autoridades iraníes para la liberación de rehenes estadounidenses en Líbano.

Se facilita a Israel la venta de armas a Irán, país sobre el que pesaba un embargo armamentístico y que tiene dificultades para adquirir armamento en la guerra contra Iraq, a cambio de que presione a Hezbolá, recibiendo misiles antiaéreos TOW así como material para la construcción de misiles MIM-23 HAWK (The New York Times, 1987). Por otra parte, se desvían los beneficios de estas ventas a la financiación de la Contra nicaragüense, la guerrilla de derechas que se opone al partido en el poder, el Frente Sandinista. Ambas operaciones, la venta de armas a Irán por un importe de 47 millones de dólares y la financiación de la Contra, estaban prohibidas por el Congreso.

Si bien el Caso Irán-Contra merma la reputación de Ronald Reagan, contradice la política oficial estadounidense de venta de armas a Irán y conduce a Estados Unidos a uno de los escándalos más emblemáticos de su historia, para Irán se convierte en una vía fundamental de resistencia en los estadios finales de la guerra contra Iraq, ya que se le había impuesto prohibiciones a la exportación de armas por parte de la mayoría de Estados mientras que Iraq continuaba recibiendo armamento de otras potencias interesadas en mantener a los dos gigantes orientales en una guerra de desgaste. Sin embargo, el “incidente del Hajj” de 1987 no favorece tampoco los intentos de acercamiento de Irán con sus vecinos del Golfo, ya que Teherán es acusada de enviar a Guardias Revolucionarios para provocar altercados en la Kaaba durante el tradicional Hajj anual, acto que se salda con 400 muertos y el grave aumento de las tensiones (Marshall, 2003: 45) iniciadas, en este caso, mediante el enfrentamiento entre peregrinos manifestantes chiíes y las fuerzas de seguridad de Arabia Saudí, que desde 1981 celebraban una manifestación política anual contra Israel y Estados Unidos.

La guerra con Iraq, extremadamente costosa en vidas y en material bélico, provoca un cambio tanto teórico como práctico en la política exterior iraní y ha dejado secuelas que siguen siendo visibles en la sociedad. En el plano internacional, Irán comienza a buscar su independencia en lo político y en lo económico y la autosuficiencia frente a los que Jomeini tachó de enemigos de la revolución: las potencias occidentales, el baazismo iraquí y las monarquías del Golfo. Los bombardeos indiscriminados iraquíes contra objetivos civiles y el uso de armas químicas contra población iraní, que se calcula que acabaron con las vidas de 600.000 personas, generan enormes recelos entre los ciudadanos sobre Occidente y sus intenciones, los intereses como pueblo, el fervor hacia la Revolución y la capacidad de sus líderes, mientras sumergen al país en una grave situación demográfica y económica, puesto que fueron seleccionados como blancos estratégicos vitales instalaciones petroleras que afectaron notablemente a la capacidad de producción.

Irán lograría de este modo contener a una de las mayores potencias regionales en esta guerra de desgaste y desigual, en la que, además, uno de los actores implicados recibe constante financiación y apoyo por parte de un amplio número de aliados y socios como la URSS, Estados Unidos, Francia y los países árabes, proveedores de armamento al régimen iraquí, mientras que Irán dispone de sus milicias, el armamento heredado de la etapa del sah y lo que algunos países aliados pueden proveerle por encima de los embargos impulsados desde Naciones Unidas, Europa o Estados Unidos. Por otro lado, los Estados del Golfo sufren el poder iraní mediante los movimientos de los clérigos chiíes, lo que no refuerza un ambiente de confianza, sino más bien de temores sobre los intereses de Irán en la región, sin descartar la posibilidad de un conflicto futuro con Teherán (Takeyh, 2010: 370).

Los líderes iraníes, por su parte, traducen esta guerra de trincheras como un escenario en el cual se demostraba al mundo que esta nueva república estaba dispuesta a promocionar su ideología, el nacionalismo y la necesidad de supervivencia como Estado, dejando patente su intención de conseguir un rol de poder en la región a través del sacrificio humano y espiritual de los iraníes (Takeyh, 2010: 369). El Iraq de Saddam Hussein había sufrido la vergüenza

frente a otros Estados árabes y baazistas al no salir victorioso en un conflicto en el que contaba con ventajas competitivas y tecnológicas muy superiores a su rival, que, además, se hallaba en un proceso de purga interna y en el caos político durante la mayoría del conflicto. La Resolución 598, del 20 de julio de 1987, adoptada por el Consejo de Seguridad de la ONU, es aceptada por Irán un año más tarde, alcanzándose la paz el 20 de agosto de 1990, durante la guerra del Golfo, sobre la base del statu quo ante bellum, es decir, el mantenimiento de la situación territorial antes del enfrentamiento bélico.

CAPÍTULO 2

LA ‘DESJOMEINIZACIÓN’ DEL RÉGIMEN

Y LA CIMENTACIÓN DE IRÁN COMO POTENCIA REGIONAL

El final de la guerra Irán-Iraq y del periodo jomeinista abre una nueva etapa de incertidumbre tanto en la propia política interior iraní como en Oriente Medio, en donde se produce un vacío de poder que provoca la dura pugna entre los Estados de la región. Para Irán, la década de 1980 comenzó con la necesidad de reconstruir el país en todos los frentes, especialmente en los planos económico y político. Tanto el tejido productivo iraní como las relaciones con sus vecinos quedaron destruidos por la guerra con Bagdad, lo que urge a la nueva élite a tomar medidas para obtener la pronta recuperación en todos los sectores afectado por el conflicto. La muerte de Ruholá Jomeini el 3 de junio de 1989 allana el camino a aquellos sectores que argumentan que el sistema iraní necesita cambios fundamentales para proseguir con la construcción de la República Islámica y hacerla competitiva a nivel internacional.

Se convoca a la Asamblea de Expertos, el órgano más importante de la República Islámica, para la elección de un nuevo líder supremo. Jomeini había designado un sucesor en vida, el ayatolá Alí Montazerí, aunque sus relaciones se enturbiaron debido a la constante crítica de Montazerí por la deriva autoritaria que estaba tomando el proceso revolucionario, sosteniendo que el jomeinismo era demasiado intrusivo en las libertades constitucionales y sociales de los iraníes. En este contexto de enfrentamiento, Jomeini decide impulsar la revisión del artículo 109 de la Constitución de Irán, referente a que los candidatos al puesto de líder supremo deben ostentar, al menos, el rango de marya o “fuente de emulación”, lo que permite que el nuevo sucesor designado, Alí Jamenei, se convierta en presidente de la República Islámica.

El texto, reformado en abril de 1989, suaviza los requisitos para ostentar el cargo máximo de guía espiritual de Irán, siendo necesario “tener estudios, poseer los rasgos de justicia y equidad según el islam, tener perspicacia política y social, así como

prudencia y capacidad de liderazgo" (Constitución de la República Islámica de Irán, 1989). La Asamblea de Expertos recibe las candidaturas de Mohammad Reza Golpaygani, un clérigo chií con rango de marya, y la de Alí Jamenei, que posee el rango clerical de hoyyatoleslam, inferior al de su adversario. Jamenei, fiel seguidor de Jomeini y estudiante destacado con el propio ayatolá durante décadas, es una figura política muy activa en el periodo monárquico. Estuvo encarcelado desde 1963 por su ideario político que sufrió torturas tanto por la SAVAK como por el Mossad, lo que hizo que desarrollara gran animadversión hacia Israel y el sionismo, condicionándole de por vida este hecho (Sadjadpour, 2009: 13). Su relación con Jomeini le lleva a desempeñar cargos importantes desde los inicios de la Revolución, ostentando la Vicepresidencia de la Defensa, que supone el control de la Guardia Revolucionaria o ser la voz del propio Jomeini en el Consejo Superior de Defensa. Sufre dos atentados casi consecutivos por parte del grupo terrorista opositor Mojahedin e-Khalq (MKO, "Organización de Muyahidines del Pueblo de Irán"); el primero de ellos le deja secuelas físicas permanentes, y en el segundo, en 1981, presencia el asesinato del presidente Alí Rayaí y otros 100 altos cargos iraníes (Sadjadpour, 2009: 5).

Si bien en un principio Jamenei rechaza ser seleccionado para el puesto de presidente de Irán, cuando Jomeini se lo pide personalmente no duda en aceptarlo, pese al complejo momento político tanto del país como de la región. La imagen de Jamenei es la de un clérigo reformista y respetado por la población que hizo frente a Saddam Hussein en una guerra desigual. Mohammad Reza Golpaygani no cuenta con el apoyo expreso de una de las figuras de mayor peso político del momento: Hashemí Rafsanyaní, principal artífice del final de la guerra con Iraq y uno de los pocos miembros de la Asamblea de Expertos a los que Jomeini consultaba de manera directa. Rafsanyaní es un peso favorable en la elección de Jamenei como nuevo líder supremo, convenciendo a la Asamblea de Expertos de la idoneidad del candidato, no solo por su proximidad a él sino por su juventud y experiencia política.

Aunque algunos sectores del régimen republicano consideran a Jamenei como una figura política débil en comparación con el resto de ayatolás y altos cargos, también le caracterizaba su papel como

mediador entre los excesos políticos de Jomeini y los grupos más moderados dentro de la política iraní, llegando a criticar, incluso, la fatwa impuesta por el ayatolá Jomeini a Salman Rushdie[3], o intercediendo ante las penas de muerte a militantes comunistas (Eshraghi y Baji, 2010). Es por ello que la elección de Jamenei como líder, junto con Rafsanyaní en la presidencia, abrirá una nueva etapa mucho más realista y pragmática, menos ideologizada, en la que prima la nación iraní y su establecimiento como potencia por encima de la construcción de una república islámica universal con capital en Teherán.

Esta nueva etapa comienza con la crítica triple a Alí Jamenei. Por un lado, el frente conservador, que ve en su figura la desideologización del régimen jomeinista; por otro, el frente clerical revolucionario, que percibe al nuevo líder como una figura inconstitucional y poco preparada; y la sociedad, que no aprecia en Jamenei el carisma de su predecesor (Sadjadpour, 2009: 1). En este contexto, el nuevo presidente, Rafsanyaní, va allanado el camino para propiciar una era de reformas que tienen como objetivo final convertir a Irán en un país de referencia en Oriente Medio, tanto en lo económico como en lo político, aprovechando la coyuntura histórica por la que atraviesa el mundo, con la URSS en descomposición y el estallido de graves conflictos en la región en los que Irán puede desempeñar un papel relevante.

RAFSANYANÍ: DE LA NORMALIZACIÓN

A LA BÚSQUEDA DE LA INFLUENCIA DE IRÁN

EN EL ÁREA

La figura de Rafsanyaní simboliza para muchos sectores la desjomeinización del régimen y la construcción de un Irán funcional después de la guerra con Iraq. Pero el panorama para el presidente no era muy prometedor ni en el orden interno ni en el regional. Sus primeros pasos en la presidencia los agrupa en la creación de un plan político a dos escalas: en primer lugar, centrar toda la fuerza exterior de Irán para asegurarse un aliado cercano en Oriente Medio y, en segundo lugar, intentar normalizar las relaciones con los vecinos del Golfo y Asia Central. El final del aislacionismo de Irán coincide con el proceso aperturista y de globalización mundial desde finales de los años ochenta. En este marco geopolítico, Irán debe reconocer que no puede continuar como un país outsider dentro del sistema político internacional. Por tanto, la política exterior ideológica da paso al pragmatismo más puro, y el lema jomeinista de "ni Oriente ni Occidente" se transforma en "tanto Norte como Sur", es decir, un nuevo ciclo de política exterior iraní que deja abierto un amplio abanico de posibilidades como Estado puente y de gran flexibilidad de acción en una región que comienza a entrar en un proceso caótico (Soltani y Amiri, 2010: 208).

El país elegido para poner en práctica la primera parte del plan es Siria, que demostró ser un aliado fundamental para Teherán durante el conflicto con Iraq. Además, Damasco es esencial para mantener una relación directa entre Teherán y sus agentes proxy en Líbano, un país chií y controlado militarmente por Siria desde 1977 a petición del propio Gobierno libanés. Para Siria, la alianza con Irán le permite balancear la relación de poderes que forman Arabia Saudí-Jordania-Iraq, así como construir otro nuevo eje de poder compuesto por tres países sumamente dispares como Libia, Siria e

Irán (Riseeuw, 2018: 3). Tanto Irán como Siria pretenden aprovecharse de la erosión del movimiento panarabista y del baazismo tras el fracaso de Saddam Hussein con la invasión de Iraq y el declive del nasserismo en Egipto. Esto posibilita el impulso creador de un nuevo sistema de contrapesos regionales que se impongan por encima de antiguas formas de poder geopolítico. La alianza sirio-iraní parte de importantes diferencias ideológicas, especialmente porque el baazismo tiene inspiración socialista y rechaza la sharía como pilar social, aunque a ambos países les unan enemigos comunes como Israel, Iraq o Arabia Saudí.

El nuevo Ejecutivo, encabezado por Rafsanyaní, pretende hacer de Irán un actor clave en la configuración política y estratégica del Levante y, por supuesto, del Golfo Pérsico (Riseeuw, 2018: 4). Para ello, Irán solo necesita actuar como cerrojo en el conflicto entre Israel y Siria, impidiendo que se produzcan cambios en la estructura política del Líbano por medio de Hezbolá (2018: 4), que prácticamente se había convertido en un Ejército plenamente funcional para el Gobierno libanés que combate el integrismo cristiano de la Falange Libanesa. Por otra parte, Siria está muy necesitada de petróleo y otras materias primas que Teherán posee; además, Damasco ve en el presidente Rafsanyaní y su nuevo Gobierno un elemento clave para la supervivencia de la nutrida familia de Háfed al-Assad y la etnia alauita en las cúpulas de poder sirio.

Tantos eran los intereses comunes que unían a estos países que en 1990 la cooperación se institucionaliza por medio del Comité de Cooperación sirio-iraní. Este instrumento bilateral pone en contacto directo a los Ministerios de Exteriores de ambos países, que acuerdan crear un proyecto para la adquisición de material militar y producción balística conjunta, ese mismo año, entre las ciudades de Damasco y Hama (Riseeuw, 2018: 9). La quiebra del bloque soviético en 1991 supone la disminución de las relaciones entre estos dos países: Siria había perdido a su principal proveedor de armamento a la vez que quedaba aislada en el panorama internacional, mientras que Irán iniciaba una nueva revolución interna para reformar su sistema económico destruido durante la guerra de ocho años con Iraq.

La invasión iraquí a Kuwait es el nuevo intento de Saddam Hussein por apropiarse de la producción petrolera como motor económico de financiación de los megalómanos proyectos de dominio regional. Tras la primera guerra del Golfo, las capacidades militares y económicas de Iraq quedan duramente limitadas y mermadas, lo que permite a Siria e Irán mayor libertad regional para impulsar sus intereses comunes, mientras que la nueva unipolaridad internacional encabezada por Estados Unidos da espacio al resurgimiento de dos bloques regionales enfrentados entre sí, es decir, el de Turquía-Israel-Arabia Saudí-Estados Unidos, por un lado, y el bloque de Siria-Irán-Líbano por otro (Riseeuw, 2018: 10), con menores capacidades de acción.

La segunda fase del plan del cuarto presidente de Irán, Rafsanyaní, se forja tras la disolución de la Unión Soviética a finales de 1991. Irán se percibe a nivel internacional como el límite entre los conflictos del Cáucaso y Asia Central y la estabilidad regional. La política iraní se dirige a ejercer como un polo de poder regional, tanto en el aspecto teórico como el práctico, jugando un papel relevante en los conflictos que acechan a los nuevos Estados surgidos de la descomposición de la URSS. Rafsanyaní apuesta por utilizar los lazos culturales e históricos que unen a Teherán con sus vecinos exsoviéticos, especialmente con las repúblicas de Armenia y Azerbaiyán que, además, comparten un pasado de unidad nacional con el Imperio Persa; y usa el factor histórico-cultural del idioma farsi para aproximarse a países como Tayikistán, Uzbekistán y Afganistán, con los que también comparte lazos étnicos (Sáinz de la Peña, 2000).

La dupla Rafsanyaní-Jamenei, que disfruta de estrechas relaciones de cooperación y entendimiento, acuerda construir desde los cimientos una nueva política de diplomacia pública que haga de Irán un actor competitivo y llamativo en la esfera internacional. Además, ambos líderes iraníes ven en el soft power el cumplimiento del mensaje de Jomeini y de la propia constitución de la República, que se puede canalizar en una política exterior de “amistad fraternal entre todos los musulmanes” (Shoamanesh, 2015). Por otra parte, el Ejecutivo de Rafsanyaní decide unir esta diplomacia pública al Consejo General de Cultura y el Consejo Supremo de la Revolución Cultural, instituciones que son las que realmente gestan

las bases y principios en los que se basa este nuevo soft power iraní (Azadi, Maghsoodi, y Mehrpouyan, 2015: 668), que abarca desde la apertuera de embajadas en las ex repúblicas soviéticas, a la firma de tratados de cooperación económica y financiera necesarios para estos Estados que necesitan capital extranjero. A cambio, Irán lograba un canal de apoyo a los grupos islámicos en estos países a través de propaganda cultural y religiosa, más la posibilidad de crear delegaciones de la Universidad de Azad, un proyecto ideado por el propio Rafsanyaní en 1982, que termina desembocando en un referente actual de la diplomacia pública iraní.

Este nuevo aperturismo iraní da espacio y lugar para refundar una organización internacional que data de la época monárquica, fundada en 1964 para disolverse en 1979: la organización intergubernamental Regional Cooperation for Development, que en principio se denominó Organización de la Cooperación Económica (ECO, Economic Cooperation Organization). Compuesta por tres socios fundadores —Irán, Turquía y Pakistán—, a los que se les sumaran en 1992 Afganistán, Kirguizistán, Tayikistán, Uzbekistán, Kazajistán, Turkmenistán y Azerbaiyán, supone la reactivación de las relaciones culturales y del comercio regional. Irán adquiere el doble compromiso de activar flujos de financiación hacia los países menos desarrollados de la zona y el ofrecimiento de los puertos iraníes para dar salida a los productos de los países landlocked o "bloqueados por tierra".

Si bien las intenciones del nuevo Ejecutivo iraní se centran en la promoción de la nación como actor referencial, la realidad económica del país, que todavía se encuentra afectado por los efectos económicos de la guerra irano-iraquí, hace que la generalidad de los proyectos diseñados quede truncada, puesto que tanto las inversiones como los préstamos a otros países son muy limitados. Por otro lado, las repúblicas exsoviéticas, si bien en un principio demostraron rasgos de transición de sus regímenes comunistas a otras formas democráticas, tras el surgimiento de los conflictos internos cierran de nuevo sus sistemas políticos y comienzan a recelar de la supremacía regional iraní y sus intenciones con los nuevos Estados. Desgraciadamente para Teherán, la mayoría de las poblaciones de los antiguos Estados soviéticos no son chiíes, sino suníes de la escuela hanafí[4], lo que

provoca que la influencia religiosa resulte muy limitada, a excepción de Tayikistán, el único país de la región con similitudes étnicas y religiosas.

La desaparición de las presiones de la antigua Unión Soviética sobre Teherán para que le permita poseer puertos estratégicos en el Golfo le proporciona mayor libertad de acción, es decir, se convierte en "el grande entre los pequeños" en la región, desplegando una política exterior pragmática y orientada a atraer hacia su esfera de poder los países surgidos del vacío dejado por Moscú (Mesbahi, 2004: 109). La retirada de los soviéticos de Afganistán supone, por otro lado, el aumento del fundamentalismo pastún en las fronteras iraníes y en las de muchos países centroasiáticos, provocando que Irán financie y apoye a las facciones tayikas que combaten a las guerrillas pastunes (Lal, 2006: 12), lo que tendrá graves repercusiones durante la guerra civil tayika y desembocará en un proceso de desestabilización del Ejecutivo y de su presidente, Rahmon Nabiyev.

Los costes de oportunidad para Teherán eran bastante altos durante esta década y las élites iraníes son conscientes de que la región de Oriente Medio es una olla a presión a punto de estallar en infinidad de conflictos, a los que la política exterior iraní tendría que hacer frente más pronto que tarde (Ramezanzadeh, 1996). Irán, en su carrera como potencia regional a lo largo de la década de 1990 ha de afrontar:

El problema de la inestabilidad en los países surgidos de la descomposición soviética, divididos entre las élites comunistas y aquellos sectores que pugnan por la democratización de los regímenes y la liberalización de la economía. En el caso tayiko, donde la oposición al comunismo son los grupos islámicos, las relaciones con Teherán se enfrían considerablemente cuando los grupos comunistas retoman el poder.

La presencia de Turquía como una potencia regional también en alza, acompañada de su siempre poderosa fuerza militar y las favorables relaciones con Europa y los países OTAN.

El irredentismo demostrado por los nuevos líderes exsoviéticos que hace peligrar las fronteras iraníes debido a los grupos étnicos minoritarios dentro del propio país, como los turco-azeríes, los tayikos o los turkmenos, que podrían ser usados como milicias contra Teherán.

La escasa atracción que provocaba en los nuevos Estados exsoviéticos el sistema político de la República Islámica, ya que la totalidad de estos países centroasiáticos provienen de setenta años de Gobiernos comunistas, lo que hacía bastante imposible la exportación de la revolución.

Pero si Irán desempeña un papel clave en algún conflicto regional fue, sin duda, el enfrentamiento entre Armenia y Azerbaiyán por Nagorno-Karabaj, una región que aún pertenecía a la República Socialista Soviética de Azerbaiyán, pero rodeada de territorio armenio. La minoría azerí residente en Irán presiona a Teherán desde principios de 1988 para que intervenga en el conflicto a favor de Bakú. Rafsanyaní no se decide a que Irán forme parte, directa o no, del conflicto hasta 1992, cuando el Ejército armenio, apoyado por Moscú, derrota a las tropas azeríes y provoca una grave crisis política en el país (Ramezanzadeh, 1996). Las guerrillas turco-azeríes comienzan a usar el territorio iraní como base de operaciones contra los armenios, llevando a Teherán a mediar entre los dos bandos a fin de evitar problemas mayores dentro de su espacio interior. A su vez, Irán quiere alejar los intereses rusos de sus nuevas esferas de control, pues la presencia de tropas rusas en la frontera iraní podría provocar presiones desde Moscú usando este territorio como base de futuras operaciones. Si Armenia lograra la victoria, Irán no podría permitir el surgimiento de un país mayoritariamente cristiano tan cerca de sus fronteras, mientras que debía, por otro lado, contener los delirios irrendentistas del Azerbaiyán postsoviético (Ramezanzadeh, 1996).

En cuanto a la situación en el Golfo, Rafsanyaní logra, durante la primera guerra del Golfo (del 2 de agosto de 1990 al 28 de febrero de 1991), construir una política de confidence-building, esto es, desplegar una posición de neutralidad y búsqueda de soluciones conjuntas regionales, lo que lleva a la mayoría de países del Golfo a

volver a aceptar a Irán como un socio fundamental para la seguridad en la región (Marshall, 2003: 101). Rafsanyaní pretende con esto generar un ambiente de confianza entre la vecindad más próxima para volver a recuperar un rol de poder dentro de la región y en la OPEP, a fin de incrementar los réditos económicos de la exportación petrolera, así como el aumento de la seguridad en el Golfo, que significa un plus de seguridad para el propio Irán, que posee la mayoría de sus puertos comerciales —especialmente los dedicados a la exportación petrolera— situados en esas aguas (Marshall, 2003: 101).

Tras la invasión a Kuwait, Irán se convierte en la escala casi obligada para los representantes de Siria y Omán, siendo reconocida por el propio Gobierno de Kuwait la labor del Ejecutivo de Rafsanyaní en la solución del conflicto (Marshall, 2003: 107-109). La República Islámica, al igual que la Unión Soviética, se posiciona en contra de la presencia masiva de tropas estadounidenses y occidentales en el Golfo, pero, aun así, permite el acceso al espacio aéreo iraní para la aviación de la coalición militar, aunque con la condición de que al final del conflicto se anule esta concesión. Por otro lado, durante la Operación Tormenta del Desierto, tanto Rafsanyaní como el propio Jamenei y Alí Akbar Velayatí, canciller de la diplomacia de Irán, sostienen que la solución a este conflicto debe venir de los propios Estados del litoral y no de la imposición por parte de los países occidentales implicados (Marshall, 2003: 111).

Como alternativa, Irán se sentía con la suficiente capacidad exterior para plantear una “solución islámica”, trabajando extensamente con Turquía, Pakistán, el CCG y la Liga Árabe. Algunos clérigos chiíes llaman a la yihad contra Estados Unidos, pero será el propio Rafsanyaní quien adopte un tono moderado y de llamamiento a la calma, argumentando que un ataque contra las tropas estadounidenses podía suponer el fin de la República Islámica en esos momentos tan delicados para la región. Irán también demostró ser fundamental a la hora de suministrar ayuda humanitaria tanto a Iraq como a Kuwait conforme a las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, lo que resulta clave, una vez finalizado el conflicto, para acercar a la mayoría chií iraquí hacia los intereses iraníes.

En las etapas finales de la guerra del Golfo, los países del CCG se reúnen en Doha para discutir la seguridad regional y la reestructuración de la misma tras la resolución de la crisis. Los Estados miembros debatieron extensamente el futuro papel de Irán en la zona y como agente securitizador, pero estas esperanzas pronto se desvanecen cuando la mayoría de los miembros del CCG deciden permitir la presencia en sus territorios de tropas estadounidenses, británicas o francesas para reforzar su seguridad. Egipto, en coalición con Arabia Saudí, niega la necesidad de que Irán forme parte de la seguridad colectiva del Golfo, manteniendo la tesis que ha de ser el triángulo geopolítico compuesto por El Cairo-Damasco-Riad el que ejerza como garante de esta subregión. Tanto Háfed al-Assad como el sultán Qabus de Omán, quienes ejercían de líderes en las reuniones del CCG en materia de seguridad, prometieron a Irán que desempeñaría un papel importante en la futura construcción regional de Oriente Medio y Golfo (Marshall, 2003: 113). Con la invasión de Kuwait, el régimen iranio había mandado un mensaje al resto de vecinos: Irán estaba de nuevo en el tablero regional y poseía capacidades para ser un actor en la resolución de conflictos vecinales.

En el plano económico el país sufrió las consecuencias de casi 10 años de guerra con su vecino, con una economía de guerra basada en la centralización de la misma por parte del Estado, la subvención a los productos básicos y la racionalización. Con la llegada al poder de Rafsanyaní, Irán comienza a desmantelar los duros controles sobre la economía en una especie de perestroika paralela a la de Moscú, capitalizando los beneficios de la exportación petrolera y derivándolos a grandes inversiones estatales que, a su vez, generan un considerable aumento de la inflación. El control de la economía estaba en manos del Estado iraní, quien delega en las llamadas fundaciones —asociaciones de carácter privado, pero de capital público— que poseen la mayor parte del capital iraní y que no pasan por el fisco, lo que les ha permitido, desde entonces, intervenir en la mayor parte de la industria ligera (Merinero Marín, 2014: 11).

A esta fase de la economía iraní se la conoce como “tercera fase” y se corresponde con dos planes quinquenales (1989-1994 y 1995-2000) para atacar los problemas económicos del país en torno

a seis pilares fundamentales:

Reducir la dependencia del país de las fluctuaciones de los precios del petróleo, lo que hace sumamente débil a Irán en la esfera internacional.

Controlar los problemas de las capacidades de producción, concretamente en el sector industrial, así como encontrar una solución a la reducción del consumo doméstico y, por ende, al nivel de vida de los ciudadanos.

Vigilar el aumento excesivo del gasto público mientras se reduce la corrupción burocrática, derivada de la guerra con Iraq y el racionamiento, así como los bajos niveles de inversión y la inflación galopante.

Aumentar el crecimiento poblacional, especialmente en las áreas rurales, lo que provocará altas tasas de desempleo en el futuro.

Desarrollar las infraestructuras necesarias para el bienestar de la población, así como evitar la mala distribución geográfica de las mismas.

Reanudar todos aquellos proyectos paralizados por la guerra con Iraq, incluyendo, en este caso, la construcción de las plantas nucleares aún no finalizadas desde la etapa monárquica (Amirahmadi, 1995: 6-7).

La eliminación de subvenciones a los productos básicos (pan, trigo, leche o aceite) no ha sido posible por ninguno de los Gobiernos iraníes desde 1989, lo que ha supuesto —y supone— un enorme agujero para el presupuesto iraní que en el año 2000 sufraga el doble de subsidios que en 1996 lo que a su vez genera un incontrolable mercado negro de bienes de primera necesidad. A esto se sumará la nueva crisis del petróleo en 1993, que provoca en Irán un periodo de deflación muy costoso para las arcas y que lleva de nuevo a Irán a endurecer los controles sobre su economía,

generando distorsiones aún mayores en el sistema financiero y económico (Esfahani y Pesaran, 2009: 13). Las sanciones a Irán —Iran Sanctions Act— de 1996, empeoran aún más los pronósticos de la economía, que gravan duramente la exportación del petróleo que, por entonces, representaba el 60% del PIB del país. Estas sanciones, según la Administración de Estados Unidos, iban encaminadas a prevenir "la obtención de armas de destrucción masiva y la entrega de las mismas a grupos terroristas que actúan en contra de los intereses de los Estados Unidos de América" (Congreso de los Estados Unidos de América, 1996).

A finales del segundo mandato del presidente de la República Islámica Rasfsanyaní comienza una espiral de conservadurismo, dadas las desviaciones que iba adoptando en tres dimensiones: se aleja de las instrucciones de Jomeini, muestra interés por una entente de entendimiento entre Washington y Riad y, por entender que se pretende separar el poder religioso del civil. Por todo esto, Jamenei utiliza a la inteligencia iraní para entorpecer los proyectos liberalizadores del propio sistema. Además, Jamenei tenía un ideario próximo a una especie de "socialismo islámico conservador", en el cual el Estado debe ser el encargado de proveer el bienestar a sus ciudadanos, como así pensaba el propio Jomeini. El control del líder supremo, desde que fuera designado para suceder al ayatolá Jomeini en 1989, sobre las redes de poder en Irán y las propias fundaciones islámicas impide en gran medida las reformas liberalizadoras de Rafsanyaní hasta el final de su mandato.

JATAMÍ: REFORMISMO, DETENTE CON OCCIDENTE

Y CONVERSIÓN EN POTENCIA

Mohammad Jatamí simboliza la realidad política iraní como lucha constante entre las fuerzas conservadoras que se mantienen fieles al pensamiento jomeinista —por devoción o por interés político o económico— y el reformismo izquierdista encabezado por clérigos que consideran que el jomeinismo debe evolucionar acorde a la etapa histórica que está viviendo el mundo a finales de la década de 1990, para evitar así la quiebra del sistema republicano iraní y mejorar la vida de sus ciudadanos. Este presidente de Irán, ulema duodecimano, intelectual, filósofo y político, proviene de una destacada familia de clérigos y estudiantes del islam y, a su vez, es uno de los 600.000 iraníes que son considerados sayyid, es decir, descendiente de Mahoma por línea genealógica de Fátima, la hija del profeta; lo que le otorga legitimidad como miembro importante y respetado por la élite chií. Desde muy joven recibió instrucción religiosa, alcanzando el rango de mojtahed, convirtiéndose en un experto de Derecho islámico y formando, junto con Ahmad Jomeini, hijo del fundador de la República, la Asociación de Estudiantes Islámicos de la Universidad de Isfahán, e involucrándose activamente en el derrocamiento del sah Reza Pahlavi.

La proximidad al líder supremo se estrecha aún más cuando uno de sus hermanos contrae matrimonio con Zahra Eshraghi, nieta del ayatolá Jomeini y activa feminista iraní. Su elección como diputado del primer Majlis, sumada al afán por mantener el ideario jomeniano, le lleva a posicionarse rápidamente dentro del establishment revolucionario, convirtiéndose en director del periódico Kayhan, uno de los medios de comunicación más importantes del país y, en 1983, ministro de Cultura Islámica y Guía durante el Gobierno de Hosein Musaví, líder izquierdista y posterior jefe del Movimiento Verde durante el Gobierno de Ahmadinejad. En su cargo como ministro destacó por intentar instruir a la juventud

iraní mediante actividades culturales y educativas, lo que le granjea la aprobación de los jóvenes, quienes le consideran más abierto que el resto de líderes clericales (Ortiz de Zárate, 2010).

Durante la guerra con Iraq, desempeña cargos en el frente de batalla como jefe del Mando Conjunto de las Fuerzas Armadas, quedando además al cargo de la propaganda estatal. En 1992 fue acusado por las fuerzas conservadoras del régimen de ser demasiado permisivo con la censura, por lo que Rafsanyaní tuvo que desplazarle de la primera línea de la política al cargo de asesor personal, pero ya se había ganado la confianza de los jóvenes, el sector más liberal de la sociedad iraní y las mujeres, quienes vieron en él un soplo de libertad en una etapa de depresión económica y política tras la devastadora guerra, lo que le supondría unos réditos personales fundamentales para su victoria electoral de 1997.

Musaví, que había renunciado a presentarse a la elección presidencial, acordó con Rafsanyaní la necesidad de crear una candidatura que continuara la línea reformista del Gobierno anterior y evitara que los conservadores jomeinistas coparan de nuevo el poder en un momento sensible de recuperación económica y regional. Por ello, apoyaron a Jatamí en su victoriosa campaña electoral de 1997 bajo los lemas del imperio de la ley, la democracia religiosa y la inclusión de todas las tendencias políticas en la toma de decisiones aglutinando figuras clave del reformismo iraní y antiguos camaradas del ayatolá Jomeini, como Abdulkarim Ardabili, Yusef Sanei (presidente del Consejo de Guardianes de la Constitución y gran crítico del conservadurismo) y el propio gran ayatolá Alí Montazeri, quien fue designado sucesor de Jomeini hasta su caída en desgracia por desviaciones izquierdistas (Ortiz de Zárate, 2010).

Si bien Jatamí comienza su andadura con grandes apoyos sociales y políticos, tanto el líder supremo como los miembros de las élites militares y de inteligencia veían a este Gobierno como una amenaza para sus intereses y para la “integridad” de la revolución, por lo que Jatamí solo podía contar con su estatus, el apoyo social y el crecimiento económico del país como herramientas para contener a la conservadora oposición. Este primer presidente reformista de Irán consigue una oportunidad fundamental para poner en la zona

central del tablero político conceptos reformistas que, sin el trabajo anterior de Rafsanyaní, no se hubieran podido plantear, simbolizando definitivamente la etapa verdaderamente termidoriana de la Revolución Islámica, a pesar de que como presidente y de acuerdo con la Constitución está subordinado al líder supremo y no tiene autoridad legal sobre instituciones clave como las fuerzas armadas o la televisión estatal, entre otras.

Los movimientos internos de las élites iraníes habían provocado el acorralamiento de la facción más revolucionaria, mientras que, en la sombra, los que antaño eran convencidos jomeinistas e incansables revolucionarios se convierten en conservadores. La facción más revolucionaria, conocida como Maktabi, partidaria de un socialismo islámico, y los integrantes más primarios del jomeinismo, que se dividían entre tecnócratas secularistas y una facción clerical (Wells, 1999: 29) pasaron a integrar las filas de apoyo político del nuevo presidente, mucho más izquierdista que su predecesor. Sorpresivamente, la figura que sufría el rechazo abierto de los sectores conservadores, que reclamaban para sí el legado del ayatolá Jomeini, contaba con el apoyo de aquellos que lideraron las protestas y las manifestaciones masivas contra el sah, lo que ponía en un membrete moral y ético al sector más reaccionario de la política iraní.

Alí Jamenei, que había encontrado la estabilidad en la dualidad de poderes con Rafsanyaní, contempla a Jatamí inicialmente con recelo, para pasar a una hostilidad abierta al final de su presidencia. Será durante los mandatos de Jatamí cuando se conformen grupos conservadores y reaccionarios que acabaron uniéndose en torno a los radicales islámicos —la derecha conservadora—, denominada hujjatis (Wells, 1999: 30), los que torpedearan lo que algunos analistas consideran una “segunda revolución islámica”, mucho más reformista. A diferencia de los mandatos de Jomeini, los hujjatis promueven la economía liberalizada, sin intervención del Estado en la industria y pretenden desmontar el derecho secular implantado por la dinastía Pahlavi y suplantarlo por el código legal islámico (Wells, 1999: 30). Estos conservadores islámicos encontraron en la figura políticamente inestable de Jamenei la piedra angular de su oposición abierta al izquierdismo reformista de Jatamí.

El hecho de que Jatamí proviniese de la élite revolucionaria le otorga peso político para emprender su propia glasnost y perestroika en Irán, pero después de los intentos de Rafsanyaní por reformar el sistema político y de élites iraní, la euforia reformista disminuye entre los grupos más pragmáticos de la sociedad (Arjomand, 2012: 91). El choque que se venía produciendo entre la jerarquía tradicional chií de los llamados "fuentes de emulación" y "la tutela del jurista islámico" (vilayat al-Faqih) queda resuelto en el segundo mandato de Rafsanyaní, otorgando al estamento clerical la capacidad de veto sobre cualquier tipo de legislación del Majlis y entregando definitivamente a la élite clerical chií el Ministerio de Justicia y el Ministerio de Inteligencia, es decir, el poder judicial y la seguridad del Estado (Arjomand, 2012: 92-93).

A diferencia de otros países que han experimentado un proceso revolucionario, Irán pasó del personalismo rotundo a un Gobierno colectivo que siempre ha buscado una balanza entre los poderes fácticos del Estado y dejando, en la medida de lo posible, espacio a un sector ejecutivo-legislativo más o menos independiente, aunque limitado por el estamento religioso que supervisa la ortodoxia del sistema. Esta dualidad queda fijada y delimitada en el periodo Jatamí en dos niveles fundamentales: los cargos electos, cuyo poder emana de la voluntad popular, y los cargos no electos, cuya base de legitimidad es la ley de Alá y la capacidad de emulación del jurista islámico. Tanto la participación de los clérigos chiíes en política como el entramado institucional iraní suponen importantes innovaciones de la República. Desde 1983 los partidos políticos quedan disueltos, aunque la Constitución reconoce el derecho a formar partidos y asociaciones de carácter político, cuya tendencia es formar alianzas electorales de carácter dúctil y temporal para apoyar a los candidatos que se presentan a las elecciones. El "funcionamiento del sistema político ha dado carácter semi-formal a las alianzas electorales y diversas asociaciones creadas en torno a posiciones en común sobre determinados temas o alrededor de determinados personajes" (Zaccara, 2010: 86). El sistema al que Jatamí tiene que hacer frente en su intento de perestroika deja pocas capacidades al Ejecutivo o a la voluntad popular y está formado por las siguientes instituciones electivas, que estando limitadas en su acceso y en su actuación por la labor de las instituciones no electivas, tienen capacidad de decisión (Zaccara,

2015):

Asamblea de Expertos, compuesta por 88 expertos en leyes islámicas que tienen el cometido de elegir al nuevo líder supremo en caso de que este fallezca, así como su destitución por incumplimiento de las funciones constitucionales. La idea inicial de este consejo de expertos es crear la Constitución de 1979 y, una vez finalizada esta labor, queda disuelta ese mismo año (Irán Actual, 2016), pero en 1989 se restaura como única institución capaz de nombrar a un líder supremo.

Presidente de la República Islámica, designado por los electores en un proceso de elecciones semiabiertas entre una lista de candidatos aprobados y aceptados tanto por el líder supremo como por el Consejo de los Guardianes, una entidad conservadora y elegida por el líder supremo. Las capacidades de acción del presidente son amplias, aunque frecuentemente chocan con la jurisprudencia del líder supremo. El presidente es la segunda autoridad de la nación y, a pesar de tener amplias capacidades en materia de política doméstica, el artículo 113 de la Constitución estipula que las funciones ejecutivas del presidente están supeditadas a las decisiones del líder supremo (Council on Foreign Relations, 2009). El presidente nombra al Gobierno y el Majlisacepta o propone cambios a este gabinete.

El Parlamento iraní, Majlis o Majlis-e showra-ye Eslami (“la Asamblea Consultiva Legislativa”), cuyas funciones son las propias del legislativo supeditadas a los límites de la Constitución, por lo que no puede promover o aprobar leyes que atenten contra la religión oficial del Estado o la Constitución. Tanto los tratados internacionales como la petición y obtención de préstamos internacionales deben ser ratificados por esta institución. Toda legislación elaborada por el Majlis tiene que ser supervisada por el Consejo de los Guardianes, que aceptará o mandará a revisión dicha ley.

En cuanto a las instituciones no electivas, que vienen a ser las más

importantes, se encuentran:

El Consejo de los Guardianes, probablemente la institución más importante precisamente desde el segundo mandato de Jatamí, ya que fue un instrumento muy poderoso para este mandatario a fin de frenar los desvaríos reformistas de este presidente. Compuesto por seis clérigos, elegidos por el líder supremo, y seis juristas cuya designación recae en el presidente del Tribunal Supremo. Acorde con el artículo 96 de la Constitución, el Consejo de los Guardianes tiene la potestad de vetar cualquier ley del Majlis en base a dos motivos: atacar al islam o ir en contra de la Constitución. Esta institución está ligada al proceso legislativo de manera similar a lo que lo hacen los Tribunales Constitucionales en algunos países occidentales, aunque sujeto a la dualidad religiosa-secular que pervive en la República Islámica. También descalifica a todos los candidatos a las elecciones que no sean adecuados para el puesto, lo que se percibe por el electorado más progresista como una pérdida de legitimidad al no poder justificar de manera clara los motivos de veto a candidatos de izquierdas, reformistas o mujeres en varios de los procesos electorales.

El líder supremo, institución que condensa realmente la mayoría de poderes subrepticios en la República Islámica de Irán, aunque también los constitucionales. Entre las funciones principales se encuentra el nombramiento de seis miembros del Consejo de Guardianes, del presidente del Tribunal Supremo, del presidente de la televisión y radio nacionales, así como el Consejo del Discernimiento. A su vez, controla directamente a la Guardia Revolucionaria, al Consejo Supremo de Seguridad Nacional y al Ejército; mientras que supervisa las acciones de las bonyads o fundaciones de caridad y al resto de instituciones del Estado.

Consejo Supremo de Seguridad Nacional, cuerpo que tiene gran importancia durante los posteriores mandatos de Ahmadinejad y Rohaní. Creado en la reforma constitucional de 1989 como elemento de coordinación entre el líder supremo, que tiene la última palabra en la defensa de los intereses nacionales de Irán, el presidente del Gobierno, que preside la institución, y el secretario del Consejo, que es el encargado de formular políticas de seguridad

y defensa nacional, así como las cuestiones en materia nuclear. Su primer secretario fue Hasán Rohaní, que dejaría el puesto en 2005 tras el fin del mandato de Jatamí por diferencias con el Ejecutivo de Ahmadinejad.

Este sistema dual causa continuos enfrentamientos entre el Ejecutivo electo y el cortafuego sistémico de las instituciones no electas, que usan los vacíos de poder, las capacidades constitucionales y subrepticias para impedir cambios profundos en Irán. El proceso reformista de Jatamí y los intentos de revertir el signo general de la República Islámica derivan en que algunos académicos consideran a este periodo como una etapa innovadora (Wells, 1999), que desataría la reacción del poderoso bloque conservador islámico dentro de los círculos cercanos a Alí Jamenei. Más que un cambio de signo político, la llegada de Jatamí simboliza la vuelta al faccionalismo político de la etapa jomeinista.

Jatamí alcanza el poder político en 1997 con un bagaje mediático importante tras ser obligado a dimitir como ministro de Cultura Islámica y Guía en 1992 (Arjomand, 2012: 92), contando además con el apoyo fundamental de figuras políticas como Hadi Jamenei —hermano menor del líder supremo y crítico de su liderazgo, así como un destacado reformista—, llegando a ser su consejero desde 1997. El nuevo Ejecutivo es recibido por una población iraní que siempre espera resultados y habla continuamente de libertades y tiempos mejores, aunque los mandatos de Jatamí acabaron por convertirse en “no es oro todo lo que reluce” (Wells, 1999: 37). El volátil electorado de Irán espera que Jatamí combata la corrupción, los problemas económicos y el desempleo, pero si los intentos reformistas en materia económica y política son bloqueados desde otras esferas de poder, no iban a culpar a estas últimas, sino al reformismo y el izquierdismo que engloba el respaldo parlamentario de Jatamí (Wells, 1999: 38).

Jatamí introduce en la sociedad la semilla de reformismo que nunca se había planteado abiertamente. Esta cuestión de base fundamentalmente gira en torno a la pregunta de si los iraníes quieren el hokumat-e qanun (el imperio de la ley) o el hokumat-e eslami (gobierno islámico), que fue uno de los principales eslóganes

de la revolución (Arjomand, 2012: 93). A su vez, esta formulación de imperio de la ley va acompañada con la construcción de un "público objetivo" en vez de una "masa social movilizada", como se produjo durante el periodo revolucionario. Las asociaciones políticas crecen en el periodo 1997-2001 de 35 a 130, así como las ONG de 230 a 330 —incluyendo asociaciones de mujeres—. A su vez, se promueven periódicos de diversa ideología, así como se usó a la Oficina de Estudiantes de la Consolidación y la Unidad como un experimento gubernamental para crear la agencia de medios Iranian Students News Agency, considerada la agencia de medios más moderada y objetiva del país (Arjomand, 2012: 94 y ss.).

Este movimiento político permite a Jatamí desarrollar la corriente jatamista, que suponía una amenaza para los conservadores pero que logra frenar la lucha descarnada dentro del sector más reformista a cambio de generar dos bloques ideológicos irreconciliables que tratan de bloquearse continuamente en el parlamento, pero contando los conservadores con el apoyo de las instituciones no electivas más poderosas. En cambio, las revueltas estudiantiles de 1999 dejan patente una clara desconexión a tres bandas: los jóvenes estudiantes y feministas, el Gobierno de Jatamí, que no había logrado poner en marcha las reformas necesarias, y el líder supremo, que comprueba cómo por primera vez una manifestación popular pide abiertamente su renuncia a la jefatura del Estado.

Uno de los principales problemas con los que se topa tanto el líder supremo como las facciones fundamentalistas y conservadoras es la progresiva desaparición en el Majlis de los clérigos, lo que distancia inevitablemente a la Mezquita del Estado, perjudicando gravemente los intereses personales de Jamenei y de la facción Maktabí. La pluralidad es un elemento constitutivo del chiismo republicano iraní y los Gobiernos de Rafsanyaní y Jatamí refuerzan esta pluralidad religiosa en el Estado. Aunque la opinión pública occidental observe a Irán como un Estado monolítico, lo cierto es que la ausencia de partidos no ha imposibilitado la creación de facciones que surgieron, a su vez, del pensamiento religioso (Merinero Marín, 2014: 45). La progresiva presencia de elementos seculares en el legislativo y el ejecutivo hacía peligrar las bases fundamentales del sistema construido por las élites conservadoras y clericales desde la

Revolución Islámica.

Las elecciones parlamentarias del 2000 podían cambiar el color político del Majlis saliente, que había sido mayoritariamente conservador y logró frenar las políticas reformistas Muhammad Jatamí. Estos comicios y la posterior reelección de Jatamí en las presidenciales de 2001 dejan patente la falta de satisfacción con la Revolución tanto de la nueva generación nacida después de la misma como los que vivieron muy jóvenes la llegada de Jomeini. Por esto, Jatamí tiene la difícil responsabilidad de implementar las promesas reformistas que lanzó tanto en la campaña electoral como durante el anterior mandato, pero que no pudo cumplir por la férrea oposición conservadora.

Jamenei no podía permitirse un Majlis con mayoría absoluta reformista, por lo que el Consejo de los Guardianes pospone la constitución de la legislatura y anula en algunas circunscripciones el número de asientos obtenidos por los reformistas, lo que permite que los conservadores logren un porcentaje de escaños mayor por vía no democrática a fin de garantizar que el reformismo no amenace los pilares del sistema clerical. El nuevo Majlis reformista se mostró ineficiente y las promesas de Jatamí de hacer cumplir el imperio de la ley no se estaban transformando en hechos por el continuo boicot de las élites conservadoras, los pasdaran y los Maktabi (Arjomand, 2012: 99).

A pesar de las dificultades y la falta de confianza de gran parte del electorado, Jatamí logra llevar adelante su revolución integrativa, que aumenta la participación de la población en la política estatal al llevar a los más remotos rincones del país un sistema concejil basado en “consejos municipales”, donde los ciudadanos pueden acudir a reuniones abiertas para decidir sobre su propia comunidad. Por tanto, las elecciones se traducen como una victoria del movimiento reformista y un espacio de poder más flexible que posibilita un discurso revolucionario de democracia islámica basada en el gobierno popular (Arjomand, 2012: 100 y ss.).

Si algo sentenció al movimiento más reformista y al propio Jatamí fue el hecho de querer sobrepasar las escasas capacidades de que disponía el Parlamento para atacar directa y públicamente al líder supremo. El propio Jatamí encomiaría al Majlis la creación de una

Comisión de Implementación y Revisión de la Constitución, usando como base el artículo 113 de la Constitución Iraní que sostenía que "[…] el Presidente de la República es responsable de la ejecución de la Ley Constitucional y dirige el poder ejecutivo, excepto en los casos de responsabilidad directa de Guía" (Constitution of Islamic Republic of Iran, 1989). Este fue el comienzo de un nuevo giro de la revolución jatamista durante el segundo mandato del presidente, apelando al único y más poderoso resquicio legal que le quedaba como arma: la defensa de la Constitución iraní como instrumento para confrontar la interpretación ortodoxa islámica por parte del poder judicial (Arjomand, 2012: 101-102).

La perestroika iraní va a sufrir intentos de bloqueo desde todos los frentes posibles. Jatamí lanza dos leyes que quiebran definitivamente el precario statu quo del sistema político iraní: el establecimiento de límites al poder del Consejo de Guardianes y una enmienda directa aumentando las capacidades de acción por parte del Ejecutivo, siendo aprobada por el Majlis en 2003 pero vetada por el Consejo de Guardianes una vez más. En definitiva, el movimiento reformista de Jatamí y sus pretensiones estaban tan acotados que las promesas de "democracia religiosa" no despertaban interés en los iraníes. El movimiento más izquierdista dentro del reformismo iraní había explorado todas sus capacidades legales para enfrentarse al propio sistema y había perdido.

AHMADINEJAD: CONSERVADURISMO, CONFRONTACIÓN Y DESARROLLO NUCLEAR

La llegada al poder de Mahmoud Ahmadinejad es poco entendible si no se tienen en cuenta los factores que auparon a esta controvertida figura política de segundo nivel al Palacio de Saad Abad en las elecciones de 2005 y sin la intervención directa del propio ayatolá para favorecer su elección. Jamenei tratará de mantener una falsa neutralidad en dichas elecciones argumentado que tanto reformistas como conservadores son necesarios para el país, "como para un pájaro sus dos alas" (Sadjadpour, 2009: 12), aunque su inclinación por Ahmadinejad es clara debido a su filiación conservadora en la nueva derecha fundamentalista, cuyo discurso se centra en la recuperación de los principios y políticas del jomeinismo postrevolución de los años ochenta.

El ayatolá Jamenei maneja las fuerzas fácticas del sistema iraní a su favor, por lo que es conveniente el ascenso de un político caracterizado por su activismo soterrado, contrario al reformismo y carente de popularidad en la política iraní hasta que obtuvo la alcaldía de Teherán, pese a haber pertenecido a la Guardia Revolucionaria, actuar en operaciones secretas extraterritoriales y ser vicegobernador y gobernador. A diferencia de los anteriores presidentes provenía de una familia de clase media sin relación con la élite burguesa o clerical. En su juventud perteneció a la asociación estudiantil que promueve el asalto a la embajada estadounidense en 1980, a la Daftar-e Tahkim-e Vahdat ("Oficina para Consolidar la Unidad") y a la Guardia Revolucionaria, entrenando durante la guerra con Iraq a las milicias de jóvenes basij (Merinero Marín, 2014: 56). Si bien no era una figura política conocida en el país, escaló puestos rápidamente gracias a la adaptabilidad de su perfil político ultraconservador y a sus contactos dentro de estos sectores, llegando a gobernador de Ardabil (1993-1997) y, posteriormente, a alcalde de Teherán en 2003 de manera bastante inesperada, ya que la alcaldía de la capital

es un cargo que se reserva a miembros relevantes de la élite de la Guardia Revolucionaria. Su pertenencia social le permitía mantener contacto con las clases menos favorecidas de las ciudades y pueblos de Irán, lo que, sumado a su afiliación con los sectores militares, le decanta por desarrollar una ideología basada en el populismo conservador y el pretorianismo apoyado por el propio ayatolá Jamenei.

Si el enfrentamiento directo entre Jatamí y Jamenei favoreció el reformismo izquierdista en su intento de limitar los poderes del líder supremo en el propio Majlis de manera infructuosa, el populismo islámico de Ahmadinejad y su figura secular permitirán, tanto al ayatolá como a la Guardia Revolucionaria, recuperar el fervor político de las clases populares más afectadas por el desempleo, la economía y sin afiliaciones políticas concretas (Sadjapour, 2011), en un movimiento que aúne el islam —poderoso en las ciudades pequeñas y en las zonas agrícolas del país— y el poder político conservador, ofreciendo soluciones fáciles a problemas difíciles. Ahmadinejad aporta el fervor mahdista corriente ligada al chiismo popular alejado de las urbes y con gran presencia en el campo, que termina convirtiéndose en una nueva facción dentro de los conservadores y ortodoxos islámicos inscritos en la derecha más tradicional, menos revolucionaria pero más fundamentalista con los principios arraigados en la tradición iraní.

En las elecciones de 2005, Ahmadinejad aparece como un candidato con pocas posibilidades frente a su adversario Hashemí Rafsanyaní, más popular, y que se presenta de nuevo con el respaldo de los reformistas. Los conservadores pondrán en marcha la maquinaria del sistema, más que animando a la población a votar hacia un candidato, desanimando activamente al votante reformista, logrando que en dichas elecciones la abstención alcance el 49,4%. El beneficio que provoca la abstención logra la entrada en el Majlis de miembros de las milicias islámicas —pasdaran y basij—, así como el ascenso al poder de los assabiyas y miembros de las redes clientelares del establishment iraní (Merinero Marín, 2014: 49). Los reformistas se vieron lastrados por la coyuntura desfavorable del último año de mandato de Jatamí y el desapego hacia este Gobierno reformista carente de resultados tangibles. La composición del nuevo parlamento permite aislar a los reformistas y fraccionarlos

entre los más pragmáticos y los más izquierdistas, haciéndoles perder cohesión a la hora de enfrentarse al Guía Supremo y su élite (Merinero Marín, 2014: 47).

La victoria de Ahmadinejad en 2005 supone un proceso construido desde la Guardia Revolucionaria en connivencia con el líder supremo, trayendo el populismo ultratradicionalista que atrae a las masas populares descontentas por la falta de oportunidades, la recesión económica y la añoranza de tiempos pasados mejores. Igualmente, representa el populismo más místico, escenificado en discursos de la campaña electoral cuando compara los comicios "como la captura de una empinada colina [en un campo de batalla], lleguemos o no ya seremos considerados unos mártires, heridos o caídos en acción" (Arjomand, 2012: 152), o la diferenciación frente al periodo jatamista que se transcribe en un ideario disímil, argumentando que "algunos dicen que el objetivo de nuestra revolución es el establecimiento de una democracia. No. Ni siquiera en los discursos del Imam o en los mensajes de los mártires está contemplado" (Arjomand, 2012: 151).

El revivalismo, como podemos designar a esta etapa política, significa la reintroducción de términos revolucionarios jomeinistas en los discursos políticos de la gobernanza, incidiendo en conceptos como sacrificio, la justicia social, la lucha contra la corrupción, los valores antiimperialistas del islamismo chií, los exabruptos a Estados Unidos y argumentaciones polémicas en temas tan delicados como el Holocausto, el antisemitismo o la homofobia. De este ideario reduccionista y maniqueísta deriva la denominación que los propios seguidores de Ahmadinejad utilizan: los Abadarayan o "desarrolladores". Sería el propio Jamenei quien fije el nombre de este nuevo grupo conservador, en contra de los Osulgarayan o "principalistas". Con un mermado apoyo popular Ahmadinejad tuvo que apoyarse en este grupo, en los veteranos de la guerra de Iraq y de la guerra civil libanesa, que copan puestos de poder tanto en el orden interno como en la política exterior (Merinero Marín, 2014: 56-57), apartando a reformistas y pragmáticos en lo que se denominó como "una nueva fase de la historia de la República Islámica" (Hooglund y Stenberg, 2012: 25).

La política exterior durante sus mandatos adquiere un enfoque

diferente a la de su antecesor, asentado en el deterioro de las relaciones con los países occidentales frente a la implementación con los menos desarrollados, principalmente de África y América Latina, exponencialmente con los Estados de la Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe (ALBA) y en particular con los regímenes de Venezuela, Ecuador y Bolivia, constituyendo un vector novedoso en la política iraní hemisférica. La hostilidad y el deterioro de las relaciones con Estados Unidos, Reino Unido e Israel concentran parte de la agenda política exterior con Occidente. En este cuadro de política externa, un activo desafiante para garantizar la seguridad nacional y los intereses geoestratégicos es reanudar la opción nuclear, que, si había sido paralizada, se implementa bajo el argumento de que la Unión Europea incumplió la alternativa de presentar un plan de cooperación integral, con incentivos energéticos y económicos. Simultáneamente se notifica a la Organización Internacional de la Energía Atómica (OIEA) el carácter pacífico del programa nuclear y la decisión de levantar los sellos en la central de Isfahán para reemprender la conversión del polvo de uranio en gases de floruro, paso anterior a la producción de uranio enriquecido mediante centrifugado. Esta postura altamente retadora hacia la comunidad internacional y con una retórica combativa conduce al aislamiento de Irán por el efecto de las sanciones económicas.

En el orden interno, los Ministerios de rango político, es decir, Exteriores, Interior, Cultura, Orientación Islámica y Seguridad, van a ser asumidos por personas en las que prime la lealtad al presidente y el ideario ultraderechista, mientras que las carteras estratégicas como Petróleo, Economía y Finanzas o Energía se adjudican a conservadores moderados. En los primeros cuatro años de mandato, Ahmadinejad pondrá en marcha diversas medidas que provocan un pequeño crecimiento de la economía y la reducción de la inflación y el desempleo en un intento de controlar la mala gestión, el endeudamiento y el gasto descontrolado del Gobierno anterior. Sin embargo, la economía va a estar en manos de las élites burguesas iraníes, los hijos de los líderes religiosos y la red de assabiyas generada por su Ejecutivo (Arjomand, 2012: 155).

Las primeras medidas populares se implementan a través de los Equipos de Justicia Compartida, encargados de repartir entre la

población más pobre el 40% de los beneficios obtenidos en las empresas públicas y el petróleo, para posteriormente extenderse a toda la población (Hooglund y Stenberg, 2012: 26). Esta política de recuperar los valores de la Revolución Islámica y de socorrer a los necesitados más que cumplir el objetivo de empoderar a las clases bajas lo que genera es la asunción de mayor poder por parte de las élites que se reparten las empresas nacionales a través de inversiones y redes de influencia. Otro de los elementos clave de la política económica de Ahmadinejad es la congelación del precio de los productos básicos, así como la desviación del 30% de los beneficios petroleros para crear una especie de caja de ahorros islámica que otorgue préstamos a jóvenes y desempleados a interés cero. Estas dos medidas, a su vez, supusieron el incremento del poder de la burguesía iraní en el sector bancario y financiero, así como una vía de creación de redes clientelares en base a deudas económicas contraídas por las clases bajas.

Las medidas liberalizadoras, más que por iniciativa del sector conservador, son la obligación impuesta por el sistema internacional si Irán pretende entrar en la Organización Mundial del Comercio y se convierte en la tercera fase de la llamada "ampliación hacia el exterior" que planteó Rafsanyaní. Estas políticas económicas cuentan con el rechazo del sector bancario iraní, sosteniendo que provocan el aumento de la inflación y el crecimiento abrupto de la liquidez, disminuyendo el valor del rial. Esto, en combinación con la permisividad del Gobierno al permitir el aumento en las importaciones de bienes de consumo y manufacturas por medio de reducciones en las tarifas, bajo la creencia de que los iraníes necesitan aumentar los estándares de vida de acuerdo con los beneficios del petróleo, provoca que los productos importados sean más baratos que los bienes producidos en el país. Como resultado, las empresas que a su vez habían recibido sustanciosas subvenciones empezaron a ver reducidos sus beneficios, generando una situación insostenible a largo plazo (Habibi, 2016).

En 2008, Ahmadinejad reconoce públicamente que la situación del país no es la más favorable para mantener un sistema económico redistributivo de tal calibre. La crisis financiera mundial, sumada a la disminución de las inversiones extranjeras que ya de por sí

estaban limitadas por las sanciones económicas derivadas del programa nuclear iraní, hace que el Gobierno conservador anuncie un recorte presupuestario notable. Para evitar mayores problemas políticos, el Ejecutivo acuerda mantener las subvenciones al mismo nivel hasta las elecciones parlamentarias y presidenciales de 2008 y 2009, evitando perjudicar la campaña electoral (Merinero Marín, 2014: 24).

El periodo presupuestario comprendido entre 2010 y 2011 comienza con la reducción drástica de gastos derivados de las subvenciones a los productos básicos y el petróleo. Se acuerda la supresión durante cinco años de todas las subvenciones (que constituían un 30% del PIB nacional) y reinvertir estos gastos en intentar reducir el agujero financiero del Estado y el elevado gasto en materia de producción energética. A cambio, y para evitar un alzamiento popular similar a los que se estaban observando en algunos países de Oriente Medio, todos los iraníes recibirán ayudas —en líquido— por una cuantía de 400.000 riales al mes, lo que, en resumen, anula cualquier tipo de beneficio económico para el Estado que pudiera ofrecer la supresión de los precios subvencionados (Merinero Marín, 2014: 24).

La inflación en la economía iraní tiene sus raíces en el cambio brusco de la política de subvenciones, pero a su vez se deriva de las sanciones exteriores que en 2011 comienzan a imponerse sobre la República Islámica de Irán. Los embargos a la exportación de petróleo desplazan los beneficios petroleros hacia el mercado negro, donde operan agentes ajenos al Gobierno, especialmente la Guardia Revolucionaria, beneficiaria de grandes réditos económicos de la exportación a precios no regulados del crudo. La economía y el mercado financiero iraní se resentirán aún más cuando Ahmadinejad obligue al Banco Central Iraní a prestar cuantiosas sumas de dinero a los bancos iraníes para financiar un megalómano proyecto urbanístico para la construcción de viviendas de bajo coste que desencadena un nuevo aumento de la liquidez en el mercado (Habibi, 2016). El Ejecutivo iraní, aprovechando el momento internacional de incremento de los precios del petróleo, logra compensar ligeramente los costes de la inflación reinvirtiendo los beneficios petroleros en el sistema financiero, pero la situación inflacionaria llega a ser insostenible durante los dos últimos años

del mandato de Ahmadinejad, cuadruplicando el valor del rial con respecto al dólar en su pico más alto.

Las elecciones de 2009 cuentan con la particularidad de coincidir con el 30 aniversario de la República Islámica de Irán y, tras la experiencia del Gobierno de Ahmadinejad, despiertan gran atención en los medios de comunicación internacionales. Los reformistas recaban el apoyo entre la sociedad iraní perjudicada por las políticas del Gobierno Ahmadinejad y, especialmente, hacia el movimiento feminista con un discurso en pro de los derechos humanos. Las candidaturas de Hosein Musaví, uno de los más castigados por la represión antirreformista en 2005, y Mehdí Karrubí, clérigo y gran crítico del papel del Consejo de Guardianes en la política iraní, despiertan un nuevo sentimiento renovador entre el electorado reformista que hizo una demostración de fuerza en junio de 2009, cuando se reunieron 15.000 personas en un limitado recinto de Teherán para oír el discurso de Zahra Rahnavard, rectora de la Universidad Femenina de Al Zahra, prominente miembro del Consejo Cultural y Social de las Mujeres y esposa de Hosein Musaví (Hooglund y Stenberg, 2012: 49). Este golpe de efecto convierte la candidatura de Musaví en motor de todos aquellos que se abstuvieron en 2005. Se popularizan eslóganes como el saludo de la propia Rahnavard al inicio de sus mítines “¡Hola, libertad!” o el de “Si hay pucherazo, habrá revolución” (Merinero Marín, 2014: 64), poniendo el foco político en cuestiones de género dificiles de aceptar para reaccionarios y fundamentalistas. El colectivo femenino ha sido un sector clave en los procesos revolucionarios del país; ya en 1979, desafió al sah llevando el hiyab en las manifestaciones públicas, y en las elecciones de 2009 mantuvieron esta práctica como protesta (Hooglund y Stenberg, 2012: 49), aunque conciten la represión por parte de las fuerzas de seguridad nacional.

Estas protestas, que comenzaron el 9 de junio de 2009, pretenden convencer a la población de la importancia de las futuras elecciones, en las que los conservadores radicales proyectan consolidar su poder y aislar al sector reformista, que tuvo su mejor etapa en el periodo Jatamí (1997-2005). Para los reformistas los comicios suponían la posibilidad no solo de recuperar la presidencia de la nación, sino cercenar a Ahmadinejad y a los

ultraconservadores que estaban destruyendo las instituciones del país mediante populistas medidas económicas, la persecución a organizaciones liberales en el campo de los derechos humanos y en el ámbito internacional que solo lograban aislar a Irán del mundo. Hosein Musaví y Mehdí Karrubí, que, aunque pertenecían a las entrañas del régimen defendían programas de mayor apertura social o interacción con el mundo, pasan a ser los candidatos. Aunque aumentó sustancialmente la participación electoral al 70%, el resultado seguía siendo el mismo: la victoria de Ahmadinejad, sin que se produzca una segunda vuelta porque así lo prohíbe el Consejo de Guardianes.

Sin embargo, aquellas protestas que comenzaron en julio se extendieron durante nueve meses y cambiarían la relación con las redes sociales como elemento de información al mundo de lo que estaba pasando, a pesar de que el Gobierno redujo la velocidad de internet y Facebook y Twitter quedaron censurados. Este movimiento cívico o Movimiento Verde, también considerado como un inicio de la Primavera Árabe, supuso un punto de inflexión en la historia de la República, que, si en principio nació para protestar contra la manipulación de las elecciones de 2009, se convirtió tanto en un movimiento opositor ante la crisis política, económica y social generada por el Gobierno como en una lucha masiva a favor de las libertades civiles y la democracia (Castro Torres, 2019).

Pese al desprestigio del Gobierno de Ahmadinejad, se impone el temor a negociar con un nuevo presidente por parte de Jamenei y la Guardia Revolucionaria, reacios a perder relevancia y los beneficios de la oligarquía militar que se había impuesto. El nuevo Ejecutivo centra su actuación en un agudo despliegue de represión hacia la población y en una campaña de privatización de compañías estatales y de grandes proyectos de construcciones e infraestructuras, que tampoco mejoran ni las arcas del Estado, ni el desempleo, en una economía, como la iraní, asfixiada tanto por la mala gestión como por las derivadas de las sanciones internacionales.

A pesar de la intervención directa de Jamenei a favor de Ahmadinejad, esta relación se irá deteriorando progresivamente al quebrar la confianza del líder supremo por medio de actos de

insumisión, destinados a construir un entorno de seguridad con sus allegados por parte del presidente, que intenta exonerarse de las deudas personales con el "sistema". A su vez, el presidente, en un gesto de excesiva confianza en su reciente victoria electoral, comienza a sustituir a prominentes miembros del círculo de poder de Jamenei por familiares y amigos, lo que alcanza su clímax con la renovación ministerial de 2009 en la que se reemplaza a varios clérigos por ministros seculares y se niegan carteras ministeriales a mujeres propuestas, a excepción de Marzieh Vahid Dastjerdi, ministra de Salud y Educación Médica, que se convierte en la primera mujer que ocupa un cargo ministerial en la República Islámica de Irán. La gota que colmaría el vaso para el Guía Supremo es el cese por parte del presidente del ministro de Cultura y Guía Islámica, Mohammad-Hossein Saffar-Harandi, un hardliner indispensable para los intereses de Jamenei.

Este contexto lleva a una activa campaña de desprestigio por parte del líder supremo y su círculo contra Mahmoud Ahmadinejad, culminando en las elecciones parlamentarias de 2012, pospuestas por orden expresa de Jamenei para evitar la victoria de los reformistas en las ciudades más importantes del país. Los conservadores ganaron la mayoría parlamentaria, pero el desafío lanzado por Ahmadinejad en 2009 supone la guerra abierta entre las dos figuras más relevantes del panorama político iraní. Por un lado, el líder supremo volvía a comprobar cómo un presidente pretende disminuir su poder en la elección ministerial y en el propio funcionamiento del país pero, esta vez, por parte de "uno de los suyos" (Peterson, 2011). Irán había salvado el conservadurismo por medio de la represión y el apuntalamiento interno del sistema, pero tras esto, la Guardia Revolucionaria comienza a distanciarse de un presidente aislado, que contaba con el único apoyo de sus ministros y un círculo cercano de seguidores, en un mandato que arroja más sombras que luces, que pone al Estado y al país al límite de sus capacidades económicas, políticas e internacionales y a una población con deseos de modernización y cambio (Dehghan, 2011).

HASÁN ROHANÍ: TEORÍA DEL WAY OUT,

‘DIÁLOGO CONSTRUCTIVO’ Y RETORNO

AL SISTEMA POLÍTICO INTERNACIONAL

El populismo ultraconservador de Ahmadinejad da paso al reformismo pragmático y aperturista encabezado por una figura política de mayor nivel y reconocimiento social como Hasán Rohaní. Descendiente de una acomodada familia de la burguesía iraní —el bazar—, realizó estudios religiosos en su país, compaginándolos con la licenciatura de Derecho en la Universidad de Teherán, y continuando su formación académica en Glasgow Caledonian University, donde obtiene el doctorado en Derecho Constitucional. Este destacado intelectual cuenta con numerosos libros y artículos en materias como la cultura, la sociedad iraní y especialmente la política. Así mismo, destaca por su militancia política en contra de la monarquía y el papel jugado en la República Islámica donde desarrolla una próspera carrera política, llegando a la presidencia de la nación.

Este intelectual y político reformista defiende la necesidad de mantener el sistema republicano islámico como un valor fundamental de todas las sociedades islámicas en el mundo, siempre y cuando las reformas sean una “vía” y no un “fin” en sí mismo, que en el caso de Irán lo transformarían en un país moderno y competitivo a nivel internacional con un sistema político adaptado y adecuado a los tiempos actuales, pero manteniendo la pureza de origen. En su amplia producción académica, ya en 1995, Rohaní sostenía, en su dualidad como reformista y clérigo chií, que “si Irán se transforma en un Estado moderno y desarrollado, se convertirá en un país modelo para todos los musulmanes y abofeteará en la cara a todas esas malas interpretaciones del islam sostenidas por una gran cantidad de individuos sesgados a lo largo de la historia” (Ditto, 2013: 3). Además, mantendrá una postura más o menos

cercana a los valores fundamentales del jomeinismo, especialmente en la relación del país iranio con la potencia estadounidense, pues "el principio fundamental en las relaciones de Irán con Estados Unidos […] es la fuerza nacional. La fortaleza en política, cultura, economía y defensa (especialmente en el campo de la tecnología avanzada) es la base para la preservación y el desarrollo general del sistema y obligará al enemigo a rendirse" (Ditto, 2013: 2-3).

Poseedor de un largo historial como jurista, académico y hombre de Estado, esto le ha permitido cimentar una dilatada carrera en la Revolución iraní como diputado durante cinco legislaturas, miembro de la Asamblea de Expertos desde 1999 y del Consejo de Conveniencia —institución cuya función es asesorar al líder supremo en temas importantes y, a su vez, servir como mediador entre el Majlis y el Consejo de los Guardianes—, secretario del Consejo Supremo de Seguridad Nacional desde 1989 a 2005 y negociador jefe del programa nuclear. Este cargo le posibilita forjarse una visión favorable y pragmática de los países occidentales, en un marco negociador que pretende la construcción de una "atmósfera de confianza" para que la opinión pública internacional deje de considerar a Irán como un país disruptivo de la paz internacional y sea percibido como un actor concienciado con la paz regional.

Su concepción pragmática de la política y de la seguridad le posibilita análisis propios del realismo, tendentes a ampliar las capacidades tecnológicas y económicas del país que le permitan manejarse en unos estándares de igualdad con las naciones occidentales. Entonces, y solo entonces, Irán podrá pasar paulatinamente de un contexto de seguridad a un debate sobre la economía y la política, pues "hoy, en cada contrato que firmamos con una empresa extranjera, hay una discusión sobre los riesgos. Nuestra dificultad con la inversión extranjera es que el mundo ve a nuestro país como un riesgo de seguridad. Hemos pagado un precio muy alto económicamente hablando. La pregunta es: ¿cuánto tiempo tiene que pagar nuestro sector económico por nuestros sectores políticos y de seguridad? ¿No es hora de cambiar la atmósfera en el país y no pagar un precio tan alto por este ambiente de seguridad?" (Ditto, 2013: 42).

Su función como negociador se centra en ganar el tiempo suficiente para que Irán pueda disponer de las capacidades tecnológicas necesarias y pase al siguiente estadio del llamado conflicto nuclear, a costa de jugar con la paciencia de los Estados europeos, ya que la situación interna iraní no le posibilita mayor margen de acción en el que desenvolverse, siendo presionado constantemente por el Ejecutivo de Ahmadinejad en armonía con el ayatolá Jamenei[5] para que evite concesiones innecesarias en las negociaciones. Tampoco las posturas acusatorias y unilaterales de la Administración estadounidense y su secretario de Estado, Collin Powell, facilitan la labor de Rohaní al apostar por una línea dura contra la República de Irán.

El fundamento de la política de resistencia queda plasmado en sus memorias, publicadas en 2011, donde Rohaní mantiene: "Una de nuestras preocupaciones más importantes en esta etapa era proteger los secretos del país y el honor y la autoridad del sistema mientras, al mismo tiempo, crear confianza con la Organización Internacional de la Energía Atómica y varias naciones del mundo […] Los logros incluyeron la finalización de la instalación de conversión de uranio de Isfahán; el ensamblaje y construcción de centrifugadoras; el reactor de agua pesada Arak; actividad continua para construir un reactor de 40 megavatios; la finalización de la instalación subterránea de Natanz; […] y la construcción de la centrifugadora P2" (Ditto, 2013: 43).

Las negociaciones llegaron a un acuerdo de mínimos, por el cual Irán se compromete a reducir la producción de uranio y a congelar —al menos, hasta 2005, cuando Ahmadinejad lo reactiva— el programa nuclear como gesto de buena voluntad con la comunidad internacional. El periodo de distensión era favorable, con una Unión Europea buscando formar parte activa en la deconstrucción del unilateralismo estadounidense en base a lo que se denominó "diálogo constructivo" y que buscaba disminuir las tensiones en la región de Oriente Medio. Mientras, Estados Unidos presionaba a la Organización Internacional de la Energía Atómica para influir sobre Teherán, cuya respuesta permite el acceso de los supervisores de esta organización a las plantas nucleares del país proveyendo, además, la información requerida (Farahmand, 2016: 4).

Pero la credibilidad del país y del régimen queda tocada cuando esta organización internacional afirma públicamente el descubrimiento de uranio altamente enriquecido (HEU, en inglés), por lo que las negociaciones se tornan complicadas para Teherán y Rohaní opta por una postura pragmática conocida como el way out, esto es, la búsqueda de la salida de un conflicto sin posibilidad de victoria o éxito que suponga el menor daño posible para Irán, su política exterior y todo su sistema político. Con el foco internacional puesto en Oriente Medio tras la invasión de Iraq y con decenas de bases estadounidenses a unos kilómetros de las fronteras iraníes, no era el momento adecuado para provocar un aumento desmesurado de la tensión internacional. En el ámbito interno, el llamado "jeque diplomático" tiene que lidiar con los sectores más conservadores del régimen, que consideran esta política como pasiva frente a Occidente, siendo relevado por Alí Lariyaní, más conservador e inmovilista (Ditto, 2013: 26).

De las 868 candidaturas presentadas a las elecciones presidenciales de 2013, solamente ocho serán consideradas cualificadas, representando Rohaní el modelo progresista que cuenta con el apoyo expreso de Hashemí Rafsanyaní, los reformistas moderados y los hasta entonces oprimidos seguidores del Movimiento Verde encabezado por Mir Hosein Musaví y Mehdi Karrubí, la izquierda islámica. Sus principales rivales conservadores se concentran en torno a la figura de Mohammad Baquer Qalibaf, alcalde de Teherán y ex alto mando militar; Saeed Jalili, el preferido del ayatolá Jamenei y continuista de la línea de Ahmadinejad; y Alí Lariyaní, un jomeinista convencido y ministro de Exteriores de Irán entre 1981 y 1997. La victoria de Rohaní en la primera vuelta, con el 50,71% de los sufragios, ligeramente por encima del listón que evita la celebración de una segunda ronda de los comicios entre los candidatos más votados, supone el retorno a la Presidencia de un clérigo revolucionario con una visión economicista y pragmática de la Revolución Islámica.

La lectura que refleja la victoria electoral se inscribe en la condena a los dos mandatos de Ahmadinejad, la "era oscura", como la califica el nuevo presidente, caracterizada por la persecución a los disidentes, el auge del fundamentalismo chií, la confrontación por parte de los distintos sectores del régimen y entre el líder supremo y

el presidente, el aislamiento internacional del Irán y el fracaso económico. Rohaní hereda un sistema con estos déficits, a los que se suma la enorme presencia de pasdaran, basij, miembros de los servicios de la seguridad del Estado y la burocracia. Pero Rohaní también cuenta con un sector de contrapeso en su entorno más cercano, que abarca figuras de gran calado intelectual, político y social con dilatada experiencia política y gestora durante el mandato de Rafsanyaní.

Las tres líneas que definen el primer mandato del séptimo presidente de Irán se centran en sociedad, economía y en la interacción constructiva con las potencias occidentales. En cuanto a sociedad se apuesta por el giro aperturista, a través de un Gobierno "prudente y de esperanza", como lo califica el propio Rohaní, que proporcione mejoras sociales y en las libertades básicas, que son las dos demandas centrales de la población. El legado de Ahmadinejad en economía ha sido nefasto para la normalidad económica de un país con importantes recursos en hidrocarburos, al poseer las cuartas reservas petrolíferas y las segundas gasísticas del mundo. Las sanciones económicas han lastrado el panorama económico desde 2005 al comportar la drástica reducción de la producción de hidrocarburos, intensificándose su efecto desde el segundo periodo de 2012, al entrar en vigor las de la Unión Europea sobre productos energéticos y operaciones financieras[6], que acompañan a la falta de inversión y tecnología externa.

En cuanto a datos contables, en 2013 cuando accede Rohaní al poder el PIB se encontraba en −1,9%, mientras que la inflación rondaba el 39,3%. Las exportaciones de petróleo se habían reducido de 2.400 millones de barriles al día en el año 2009 a 1.400 millones en 2013 (The Iran Primer, 2015). La reducción de las exportaciones había hecho perder al país iranio cerca de 32.700 millones de dólares en 2012 y 44.070 millones de dólares en 2013 (Shirazi, Azaerbaiejani y Sameti, 2016), acentuada por una economía planificada agravada y por el mercado negro, que genera el 11% del PIB destinado a la subvención de productos básicos y su reventa de estraperlo a un precio tres veces mayor (Merinero Marín, 2014: 17). La depreciación del rial con respecto al dólar es de un 80% en el periodo 2012-2013, decayendo su cotización de 13.000 riales a 32.000 riales por dólar. Otro efecto importante es la elevada cifra

de paro, situada en 2014 en 3,5 millones según cifras oficiales.

El principal medio para levantar la crítica economía iraní pasaba, inevitablemente, por la negociación de un acuerdo en materia nuclear lo suficientemente aceptable por las partes, para revocar las sanciones sobre la economía iraní. Rohaní desplegaba numerosas declaraciones públicas en las que sostenía que la "amenaza iraní" era una falacia y que Irán había sido, y era, un actor clave contra el extremismo y para la seguridad internacional. Además, en su discurso en Naciones Unidas en 2013, Rohaní refrenda que las sanciones económicas lastran la situación económica de Irán y "[…] violan los derechos humanos inalienables, entre otros, el derecho a la paz, el derecho al desarrollo, el derecho al acceso a la salud y la educación y, sobre todo, el derecho a la vida. Las sanciones, más allá de cualquier retórica, causan beligerancia, belicismo y sufrimiento humano" (Misión Permanente de Irán en Naciones Unidas, 2013).

En este discurso, que da a conocer la figura de Rohaní al mundo, se establecen los dos pilares en los que han de basarse las futuras negociaciones nucleares a fin de garantizar el entendimiento mutuo y el respeto: "El programa nuclear de Irán, y para el caso, el de todos los demás países, debe perseguir fines exclusivamente pacíficos. Declaro aquí, abierta e inequívocamente, que, a pesar de las posiciones de otros, este ha sido, y siempre será, el objetivo de la República Islámica de Irán. Las armas nucleares y otras armas de destrucción masiva no tienen cabida en la doctrina de seguridad y defensa de Irán, y contradicen nuestras convicciones éticas y religiosas fundamentales. Nuestros intereses nacionales hacen que sea imperativo que eliminemos todas las preocupaciones razonables sobre el programa nuclear pacífico de Irán. El segundo objetivo, es decir, la aceptación y el respeto por la implementación del derecho al enriquecimiento dentro de Irán y el disfrute de otros derechos nucleares relacionados, proporciona el único camino para lograr el primer objetivo. El conocimiento nuclear en Irán se ha domesticado ahora y la tecnología nuclear, incluido el enriquecimiento, ya ha alcanzado escala industrial. Por lo tanto, es una ilusión, y extremadamente poco realista, suponer que la naturaleza pacífica del programa nuclear de Irán podría garantizarse impidiendo el programa mediante presiones ilegítimas" (Misión Permanente de

Irán en Naciones Unidas, 2013).

El encuentro histórico entre Barack Obama y Hasán Rohaní a finales de septiembre de 2013, aprovechando la visita de la delegación iraní a Naciones Unidas, que ambos calificaron de "cordial", supone un giño para impulsar las estancadas negociaciones sobre el acuerdo nuclear, que el propio presidente estadounidense tenía como objetivo en un alarde de diplomacia multilateral. La Casa Blanca había pedido una reunión formal a los representantes iraníes, pero al ser considerado como un encuentro "demasiado arriesgado", y que podía llevar a un enfrentamiento directo entre el nuevo presidente de Irán y la línea dura de las élites iraníes, se descarta (Marcus, 2013).

El Joint Comprehensive Plan of Action (JCPOA) firmado en 2015 es el reflejo de las difíciles circunstancias en las que tuvo que ser gestado el tema nuclear de Irán. Para Estados Unidos se juntaban tanto la amplia oposición de un sector del Congreso como la etapa final del mandato de Obama, que daría paso a unas nuevas elecciones, por lo que no se apostaba por un diseño claro. El respaldo de Rusia a Irán también complejizaba, a la vez que permitía mayor ambigüedad. Esta realidad se diluía frente al objetivo común de cerrar un acuerdo, que se había convertido en un reto para la diplomacia multilateral. El efecto más visible tras la firma del JCPOA fue el desbloqueo inmediato de 7.000 millones de dólares en concepto de rentas del petróleo por parte de Estados Unidos, lo que supuso un soplo de aire fresco para la economía del país. Durante el periodo negociador, el PIB de Irán estaba en −1,5%, mientras que en el año siguiente a la firma alcanza un 12,5%, manteniéndose en el 4,3% en 2017 (Fondo Monetario Internacional, 2018: V). Entre julio de 2016 y enero de 2017, coincidiendo con la aplicación efectiva del levantamiento de algunas sanciones por parte de Washington, el crecimiento en apenas siete meses llega al 16,8% (Trading Economics, 2018). El final del mandato de Obama le permite mayor flexibilidad con Irán al no poder volver a ser reelegido, mientras que para Irán posibilita crecimiento económico.

Estas previsiones halagüeñas impulsaron al Ejecutivo de Rohaní a diseñar una serie de reformas económicas para el desarrollo en base

a la explotación de las rentas petroleras y su redistribución al resto de sectores económicos del país. Este plan quinquenal (2016-2021) también abarca la reconstrucción del sector energético del país, que supone el 80% del PIB y se estructura en tres áreas diferenciadas: identificación y priorización de los campos petrolíferos necesitados de recuperación y desarrollo a fin de aumentar sus capacidades productivas y extractivas; creación de un nuevo contrato en materia petrolera que atraiga a nuevos inversores al mercado iraní, así como a expertos y tecnología, para lo que se plantea el nuevo contrato Iran Petroleum Contract (IPC); y recuperación de la cuota de mercado internacional perdida por las sanciones económicas (Ashwarya, 2016: 36-37).

Irán tiene en propiedad 102 campos de petróleo y 205 aún sin explotar, de los que 15 se consideran supergiant oil field, es decir, campos petrolíferos supergigantes, con una producción estimada de 10.000 millones de barriles al día. El problema es que la mayoría de estos campos petrolíferos han tenido una vida productiva de 50 años, estando muchos de ellos en su fase final de explotación, por lo que resultan necesarias las denominadas “técnicas y procedimientos avanzados de Recuperación Mejorada de Petróleo” (EOR) (Ashwarya, 2016: 37). La estructura de la economía iraní se caracteriza por su carácter extractivo del petróleo, aunque no sea redistributivo de manera generalizada entre la población; por ello, queda poco margen para dotarla de impulso político y que evolucione hacia una economía más inclusiva, en la que los incentivos individuales y el reparto de la riqueza estén menos polarizados.

Por otra parte, Irán necesita de unos 100.000 millones de dólares de inversión y comparte gran cantidad de sus campos petrolíferos con países como Kuwait, Qatar, Iraq, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí, lo que ha llevado al Gobierno iraní a diseñar una serie de nuevos proyectos concedidos a la National Iranian Oil Company (NIOC), que tiene a su vez otras compañías subsidiarias, y que ha subastado los derechos de explotación de estos campos a 29 empresas extranjeras. A la complejidad del sistema por el solapamiento de estructuras solapadas y redundantes, gestionadas por las facciones políticas de dominio cuyas desavenencias también se trasladan al ámbito económico, se suman estructuras comerciales

con fuertes vínculos con organizaciones gubernamentales y religiosas. El sector energético está supervisado por el Consejo Supremo Energético, dirigido por el presidente de la nación, y está formado en un primer nivel por distintos ministerios —Petróleo, Economía, Comercio, Agricultura, Minas e Industria—.

En cuanto a los nuevos modelos de contrato, se ofrece a los inversores facilidades y mayores periodos de pago y creación de empresas conjuntas o JVC con capital extranjero siempre y cuando la mayoría de las acciones sean de accionariado iraní. A su vez, se incentivaba la inversión en campos de riesgo y la transferencia de tecnologías, especialmente si las empresas iraníes estaban implicadas en dichas transferencias (Ashwarya, 2016: 41). Irán otorga la explotación de sus campos y la parte contratante debe hacerse cargo de los costes derivados de la explotación, incluyendo los cambios de divisa y el pago de una "tasa de explotación" al Gobierno. En esencia, la empresa incurre en la mayoría de los costes, pero el Estado iraní permite la exención de pagos hasta un periodo de 15 o 20 años, así como que la empresa disfrute del beneficio desde el inicio de la explotación (Sahebonar, Fard, y Farimani, 2016: 3-4). En definitiva, el Estado iraní ingresa entre el 64% y el 66% de los beneficios.

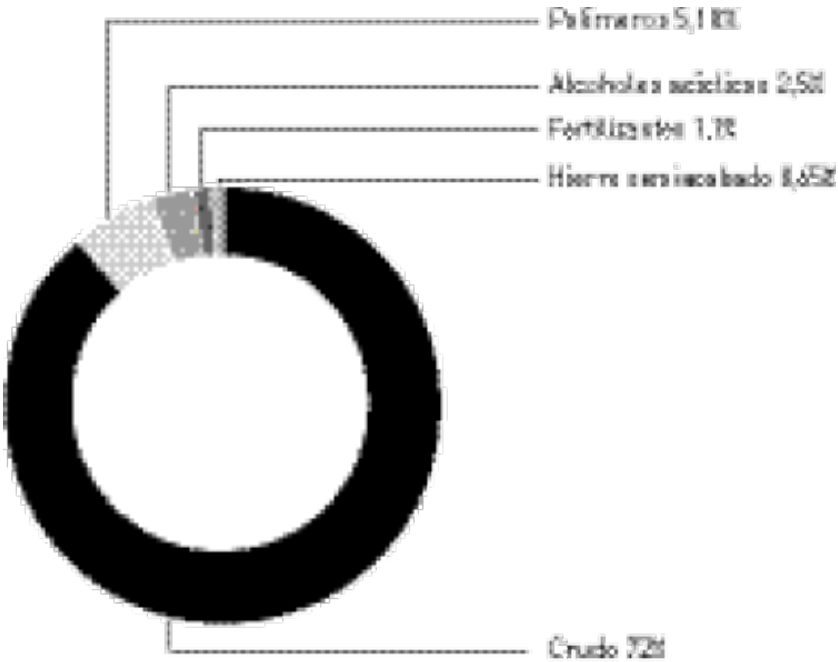
Por último, en cuanto al aumento y recuperación de la cuota de mercado, en enero de 2016 la producción petrolera iraní creció de 1,5 millones de barriles por día a 2,6 millones de barriles por día en 2017, siendo el pico de producción más alto en 2018 (Trading Economics, 2019), alcanzando los 4.000 millones y manteniéndose así hasta el anuncio de las nuevas sanciones por parte de Trump y la salida de Estados Unidos del JCPOA, a mediados de 2018. El descenso de la producción petrolera canadiense, los continuos ataques terroristas y guerrilleros de Boko Haram en Nigeria, el caos político libio y el sabotaje de campos petrolíferos de Iraq y Turquía en algunos puntos del oleoducto Kirkuk-Ceyhan favorecieron el aumento de la cuota de mercado para Irán, especialmente activa para los países del sudeste asiático, aumentando el número de barriles exportados a esta zona de 1,7 a 2,3 barriles por día en 2016 (Hellenic Shipping News, 2016). India, Corea del Sur y China son los más interesados en el petróleo iraní, pues solamente este último país adquiere el 50% de la producción petrolera iraní (Tasnim News

Agency, 2018).

GRÁFICO 1

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS PRINCIPALES

EXPORTACIONES IRANÍES EN 2017



Fuente: The Observatory of Economic Complexity, 2017.

Como se puede observar en el gráfico, la principal exportación de Irán es el petróleo no refinado (72% de las exportaciones), mientras que los derivados del petróleo —polímeros (5%) y alcoholes (3%)— copan prácticamente el resto de las exportaciones. A pesar de la disminución de las sanciones, Irán continúa dependiendo de la exportación petrolera, sin las capacidades necesarias para refinar su crudo, proceso que se realiza en los países de exportación, lo que a

su vez reduce los beneficios de la transacción si lo comparamos con el petróleo refinado y/o licuado. En cuanto a los países principales importadores, China es el principal socio comercial de Teherán, mientras que India, Corea del Sur y Japón suponen el 28% de las exportaciones. Pero se puede observar el repunte del comercio con los países europeos, siendo Italia quien más importa (un 7% del total), seguido de Francia (4,4%) y España (3%), que parece comenzar a destacarse como un socio comercial en alza para los iraníes. Las exportaciones del país, que alcanzaron su pico máximo en 2011 (180.000 millones de dólares), sufrieron una caída drástica durante la implantación de las sanciones de 2012, perdiendo 140.000 millones de dólares, situándose en 40.600 millones en 2016 y sufriendo un repunte durante el 2017 (53.700 millones de dólares) debido al alivio sancionatorio (The Observatory of Economic Complexity, 2017).

Pero si algo trastoca los planes del Ejecutivo iraní y, por consiguiente, los de sus socios comerciales fue la inesperada elección de Donald Trump en noviembre de 2016, con el remplazo en la Casa Blanca del sector obamista y de figuras políticas como John Kerry —ideólogo de la deténte con Irán y las negociaciones nucleares—, Hillary Clinton o Susan Rice por hardliners como Michael T. Flynn, Mike Pence o Rex Tillerson; aunque curiosamente todos estos miembros del gabinete republicano fueron relevados de sus cargos por diferencias en relación con el planteamiento rupturista de Trump con el JCPOA.

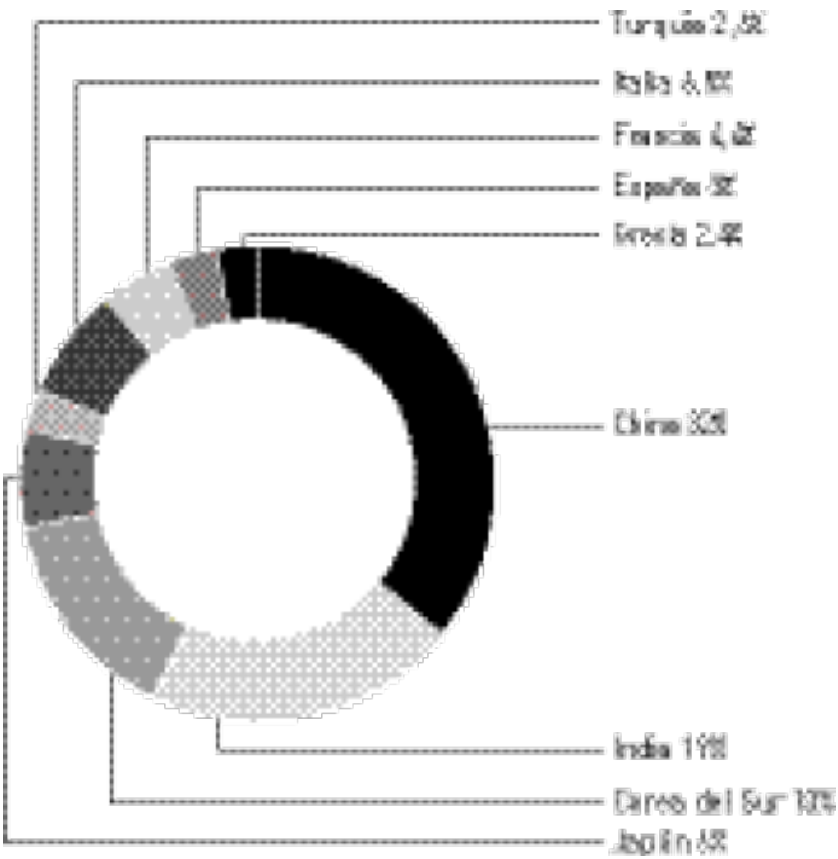
Desde su llegada efectiva al poder en 2017, Trump comienza a desafiar abiertamente tanto al Gobierno de Rohaní como al líder supremo Alí Jamenei, exigiendo la renegociación de un acuerdo que definía públicamente como “terrible”. Acusaba a Irán de beneficiarse de la “desesperación” de Obama y no descartaba la posibilidad de imponer, por alguna vía, un acuerdo más correcto según los intereses estadounidenses. Realmente Trump y su Ejecutivo detestaban abiertamente el JCPOA porque había sido negociado, con tremendo éxito y como un hito histórico del multilateralismo, por la Administración de Barack Obama, y esto no solo no le otorgaba al nuevo presidente réditos personales o de popularidad, sino que el acuerdo no ponía límites a la producción iraní, al programa balístico o al abierto rechazo de los países árabes

aliados y de Israel.

GRÁFICO 2

PRINCIPALES PAÍSES IMPORTADORES

DE PRODUCTOS IRANÍES



Fuente: The Observatory of Economic Complexity, 2017.

En octubre de 2017, Donald Trump anuncia un ultimátum tanto

para Europa como para Teherán, por el cual, si para el 12 de mayo de 2018 no se atendían sus peticiones de renegociación, Estados Unidos no prorrogaría las exenciones impuestas al comercio con Irán y se abriría la posibilidad de nuevas sanciones al país iranio. Este movimiento, claramente acorde con el sector más duro de los socios políticos que apoyaron su campaña, no contó con el apoyo de Rex Tillerson, ni de Herbert McMaster, el asesor de Seguridad Nacional de Donald Trump, siendo reemplazados por dos miembros de la alt-right estadounidense como Mike Pompeo y John Bolton, abiertamente contrarios al acuerdo nuclear y más proclives al enfrentamiento directo con Teherán.

Tanto Rohaní como Jamenei se muestran reacios a cualquier tipo de renegociación del JCPOA, que el propio presidente desafiaba porque había que conseguir un "acuerdo más justo". Estados Unidos abandona el acuerdo en mayo de 2018 y el presidente iraní da órdenes para que la Organización de la Energía Atómica de Irán reanude la producción de uranio, mientras que la Unión Europea, China y Rusia se mantendrán en el acuerdo y los informes emitidos por la Organización Internacional de la Energía Atómica corroboran que Irán estaba cumpliendo escrupulosamente con lo pactado. Los otros Estados firmantes han intentado poner en marcha medidas urgentes para paliar los efectos de las sanciones estadounidenses. Una de ellas, el INSTEX o Instrument in Support of Trade Exchanges, es un intento por parte de Bruselas para mantener vivo el comercio de medicinas y alimentos con Teherán, sectores que ambos consideran clave y que deberían quedar exentos de sanciones. Incluso Rusia ha manifestado interés por participar en el INSTEX, pero hasta ahora sus efectos paliativos no han tenido mucha repercusión en la economía iraní (Martin, 2019). Por otro lado, desde Teherán se ha estado presionando a la Unión Europea para que también se incluya en el INSTEX el petróleo y sus derivados, propuesta que ha sido tenido en cuenta por los socios europeos y que se han comprometido a estudiar a pesar de que Washington consideraría este gesto como hostil.

Las nuevas sanciones han generado la caída del PIB iraní, lastrando el crecimiento económico esperado por el Ejecutivo de Rohaní y disparando la inflación hasta un 71%, con un crecimiento negativo del −6% en 2019 (Fondo Monetario Internacional, 2019). A pesar

de los esfuerzos de la Unión Europea, que ha desplegado un paquete de ayudas por parte del Banco Europeo de Inversión con un monto de 18 millones de euros y ha intentado salvar a los bancos iraníes de la desconexión internacional por medio del pago interbancario SWIFT (Cimino-Isaacs, Katzman, y Mix, 2019), la economía iraní está en una grave situación económica, lo que ha dañado a su vez la balanza de poder dentro de la propia República Islámica.

Hasán Rohaní, que había logrado revalidar su segunda presidencia en las elecciones 2017, a pesar de las duras críticas de los hardliners iraníes, ha comprobado como el eje de la reactivación económica de Irán ligado al acuerdo nuclear se desvaneció. El presidente reelecto prometió a los iraníes que el JCPOA iba a abrir una nueva etapa de florecimiento económico, empleo y bienestar; así como la recuperación de los fondos congelados del petróleo, la llegada de inversión extranjera y la reinserción de Irán en el mercado mundial (Núñez Villaverde, 2017). La falta de resultados económicos del segundo mandato Rohaní producto de la reimposición de las sanciones por parte de Estados Unidos y los problemas políticos del régimen entre los sectores conservadores y los más progresistas han frenado el impulso político renovador al que se comprometió el presidente iraní en su segundo mandato y está dando como resultado una mayor desafección de la población.

Rohaní se enfrenta ahora a una situación extremadamente complicada debido a la eterna lucha entre las fuerzas conservadoras y las reformistas. Pero juega a su favor la campaña de reelección de Donald Trump en 2020 y la curiosa alineación de algunos importantes sectores conservadores que valoran la postura del presidente como una afrenta nacionalista contra Washington. El líder supremo ha mostrado su apoyo a Rohaní mediante el endurecimiento del diálogo con la Casa Blanca, otorgándole un margen de confianza siempre y cuando el orgullo nacional iraní quede intacto. Sin embargo, otros sectores radicales del régimen consideran la situación económica del país y la crisis del rial como símbolos de una derrota sin precedentes del sistema republicano y la pérdida de confianza de la ciudadanía en la Revolución Islámica.

Las masivas protestas en 100 ciudades de Irán entre diciembre de 2017 y enero de 2018, reivindicando mejores condiciones de vida,

ampliación de los derechos y libertades y nuevas oportunidades en un país económicamente asfixiado, que acabaron con actuaciones represivas por parte de las fuerzas de seguridad, evidencian la mayor desconexión entre el presidente, su Ejecutivo y el sistema iraní. Amplios sectores de clérigos reformistas veían en la figura de Hasán Rohaní el sucesor adecuado para el octogenario líder supremo, pero la situación económica, política y social del país suponen un revés, aprovechado por los jomeinistas y las élites conservadoras para cerrar filas sobre Alí Jamenei y el antiguo estamento revolucionario. Rohaní tiene de plazo hasta 2021 para dar un giro de 180 grados a nivel político y económico.

CAPÍTULO 3

POLÍTICA EXTERIOR DE IRÁN:

DEL IDEALISMO AL REALISMO HEGEMÓNICO

Históricamente, Irán se considera un país rodeado de enemigos con constantes amenazas sobre su propia existencia. Este adversario exterior ha variado a lo largo del tiempo, aunque el sentimiento de supervivencia permanece constante. Si algo caracteriza a esta nación es que goza de una idiosincrasia propia, milenaria y diferente a la de los vecinos regionales, que le proporcionan un legado existencial como imperio y reino, sustentado en una construcción estatal poderosa, un amplio territorio y una vasta economía basada en materias primas muy útiles para el desarrollo socioeconómico. Frente a este pasado ancestral, su vecindad se inscribe en Estados muy jóvenes surgidos del desmembramiento de los imperios otomano o británico, así como de la propia Unión Soviética, lo que le suministra una posición de ventaja en relación con los nuevos Estados.

Irán-Persia gozó de una tradición histórica marcadamente revolucionaria, consiguiendo ser el primer país musulmán en imponer una constitución tras la rebelión civil de 1906, dos años antes que la de Turquía. También es el único país de Oriente Medio que logró ser miembro de la Sociedad de Naciones y el primero en extraer petróleo del subsuelo, lo que le ha convertido en un país pionero y moderno en muchos aspectos (Merinero Marín, 2014: 169-170). De su historia se deduce la propensión a situarse en la vanguardia de la región y de la política internacional, aunque por circunstancias históricas no consolide el estatus de potencia mundial, que sí regional, sabiendo instalarse en la retaguardia de los países avanzados y afrontando los retos que supone su inserción en el sistema regional e internacional.

Los iraníes consideran que esta nación tiene un “destino manifiesto” por su milenaria civilización y su histórica condición como potencia hegemónica tanto en el Golfo Pérsico como en la cuenca del Tigris-Éufrates, a pesar de haber rivalizado con otros imperios. Este “destino manifiesto” provoca la constante sensación de desconfianza

y temor en su vecindario próximo, especialmente en las pequeñas petromonarquías del Golfo surgidas de la retirada de los británicos de la región. Esta fusión de desconfianza y supremacía histórica es el núcleo de la política exterior persa e iraní formulada en las distintas etapas, ya sea en la época imperial-dinástica o en la republicana, asentada en tres variables: una clara percepción de supremacía cultural respecto a sus vecinos —que se puede denominar iranocentrismo—, el orgullo nacional derivado de la supervivencia del pueblo persa a lo largo de los siglos (Shariolghalam, 2015) y el hecho de poseer una economía poderosa, así como ser un país pionero y con capacidades en muchos campos, lo que le convierte en un centro de poder regional por derecho propio.

Las élites iraníes son conscientes de estos sentimientos arraigados en la cultura popular y no dudan en evocar glorias pasadas para enfervorizar ese reconocimiento persa que pervive en la memoria colectiva por el pasado glorioso imperial que comprende distintas dinastías, abarcando desde Asia central y Pakistán hasta el norte de África y algunas zonas de Turquía y el Cáucaso, desde el siglo IV a. C. hasta finales del siglo XX: dinastía aqueménida (550-330 a. C), dinastía parta (247-224 a. C.), dinastía sasánida (224-651 d. C.), dinastía saffarí (861-1003), dinastía samánida (819-999), dinastía safávida (1501–1736), dinastía afsárida (1736–1747), dinastía zand (1750-1779), dinastía Qadjar (1785–1925), dinastía Pahlavi (1925-1979). Irán es heredero de una antigua civilización, en la que la cultura está muy arraigada en la memoria colectiva entendiendo como natural ese pasado glorioso de hegemón a lo largo de siglos de historia, que se traduce en supremacía y en singularidad.

Los iraníes conceden un valor fundamental a la historia y al sentimiento identitario nacionalista que se remonta a este pasado imperial. Estas características, sumadas a la constante evocación del esplendor ancestral como civilización, posibilitan que la actual República Islámica de Irán, por evolución propia, absorba esta retrospectiva combinada con principios realistas a la hora de constituir sus objetivos e intereses como nación (Halliday, 2007: 24-25). Irán posee reivindicaciones propias bien sustentadas y enraizadas en su propia cultura, al ser uno de los escasos cuatro países que puede reivindicar una ascendencia histórica de más de

3.000 años, junto con China, Yemen y Egipto, lo que le otorga un estatus que otras potencias actuales no pueden alegar.

El Golfo Pérsico es una extensión más de este poder ancestral iraní. Los países árabes han mantenido una disputa durante décadas por arrebatar la denominación "persa" y sustituirla por "Golfo Árabe" o "Golfo Arábigo", pero este esfuerzo ha sido en vano. Según la mayoría de los historiadores, su designación como Golfo Pérsico proviene de hace 2.500 años. Aquí de nuevo nos encontramos con el pasado histórico de Irán, en concreto, el Imperio Persa de Darío el Grande, quien denominó este mar como "el mar que surge de Persia" (draya tya hacha Parsa aity), jugando un rol clave en la construcción nacional. Naciones Unidas emitió dos directivas consagrando este nombre, al igual que la Organización Hidrográfica Mundial (que lo denomina Golfo de Irán) o la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual. Teherán, desde siempre, ha considerado a este Golfo más como un lago interno que como un mar, en el cual ostenta ventajas estratégicas dado que posee la mayor extensión de kilómetros de costa, controla casi la totalidad de las islas que lo componen, a lo que se suma la superioridad de población y poderío militar histórico sobre sus vecinos (Marshall, 2003: 5).

La zona del Golfo constituye una de las líneas geoestratégicas de la política exterior de Irán a lo largo de su historia. Con Mohammad Reza Pahlavi, las rentas del petróleo permiten posicionar a Irán como un "segundo Japón", atendiendo a la denominación de Fred Halliday (2007: 30), es decir, un imperio medio con capacidades para dominar una subregión tanto en lo económico como en lo militar. La política exterior monárquica obedece a consideraciones condicionadas por la geopolítica, la economía y, como toda política exterior, por los intereses nacionales (Katzman, 2019: 2), donde la seguridad y los hidrocarburos le dotan de alto valor estratégico en el sistema internacional, a la vez que un importante grado de complejidad y unos dilemas de seguridad que generan una mezcla intencionada entre la seguridad nacional y la seguridad de los regímenes locales.

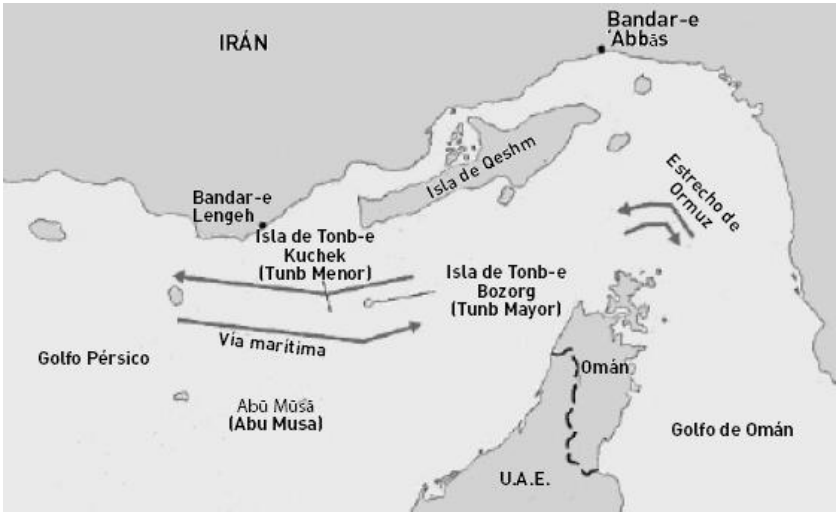
Irán diseña una política asentada en la seguridad y en el control del Golfo para preservar la libertad de navegación, máxime ocupando

el vacío que había dejado Gran Bretaña como potencia colonial, lo que le permite ejercer el papel de gendarme, respaldado por las políticas de contención de Estados Unidos que pretenden evitar que la Unión Soviética y sus aliados regionales puedan poner en peligro la distribución del crudo a Occidente. Para ello, Irán opta por la adquisición de material militar principalmente de procedencia estadounidense, con la finalidad de reforzar y aumentar su armada, destinada a proteger el Golfo del interés de otras potencias y que esto impida la lucrativa exportación petrolera. La retirada británica del Golfo en 1971 simboliza el principio de la era de poder iraní en la región, así como la construcción de una política exterior basada en la securitización del Golfo como elemento crucial para los intereses de Irán y su construcción estatal, como economía fuerte y como hegemón regional con capacidades (Marshall, 2003: 8).

Irán logra el registro de las tres islas en litigio —Tunb Menor, Tunb Mayor y Abu Musa—, ubicadas en la entrada del Golfo, a través del Memorándum de Entendimiento con Emiratos Árabes Unidos (1971) para el control conjunto, pero sin discutir la cuestión de la soberanía. Además, cuenta con el beneplácito de Londres, que le considera una potencia fiable encargada de mantener la estabilidad en una zona tan sensible como es el Estrecho de Ormuz, denominado así por la cercanía a la isla de Ormuz. Considerado uno de los pasos naturales más estratégicos e importantes del mundo como vía de transporte de petróleo y gas natural —exportado por Qatar—, conecta el Golfo Pérsico con el Golfo de Omán con el mayor volumen en cuanto a tráfico de petroleros del mundo a través de dos canales de tránsito de 3 km de anchura cada uno. En su punto más angosto cuenta con una anchura de 21 millas náuticas, siendo el canal de navegación de 100 millas náuticas, aunque la entrada y salida solamente sea poco más de una milla. Por su disposición geográfica supone un punto obligado de paso conformado por un cuello de botella o chokepoint.

mapa 1

ISLAS DEL ESTRECHO DE ORMUZ (TUNB MAYOR Y TUNB MENOR)



Fuente: Wikicommons.

Sin embargo, tras la Revolución Islámica el control de Irán sobre estas islas del Golfo supone el aumento de la inseguridad para la mayoría de petromonarquías y para Estados Unidos, al existir la posibilidad de bloquear el estrecho (López Martín, 2013) e impedir la salida de petróleo de la zona de Oriente Medio, el gran hub energético mundial, mediante una estrategia de "disuasión agresiva". A esta amenaza se había sumado, en primer lugar, la crisis del petróleo en 1973, que significa el aumento de la inflación para la economía iraní y la proyección global de los países del Golfo, que se convierten en potencias petroleras; y, en segundo lugar, que Egipto e Israel quedasen relegados a un segundo plano en cuanto a importancia estratégica tras los acuerdos de paz de Camp David, entre Anwar el-Sadat y Menájem Beguín, perdiendo interés por las potencias de la Guerra Fría en el Levante a favor del Golfo, especialmente por Irán (Sick, 1987), un pivote que sirve como base entre grandes áreas geográficas, además de ocupar una posición central en las principales cuencas petroleras del mundo. Por tanto, Irán ocupa una posición destacada en lo que Mackinder denominó el "corazón de la tierra", y Spykman, "rimland".

La política exterior de Irán en la etapa monárquica se caracteriza por relaciones estratégicas con Estados Unidos y Europa, principales respaldos externos de la monarquía Pahlavi, y no siendo Oriente Medio un escenario estratégico para la seguridad nacional al poseer mayores capacidades en la mayoría de los índices que sus vecinos y estar avalado por la superpotencia norteamericana. Por tanto, en esta subregión Irán mantiene relaciones positivas con la mayoría de los países y naturaliza los puntos de fricción con Iraq y Arabia Saudí sin descender al conflicto. Sin embargo, la Revolución iraní modifica el paradigma de política exterior mediante el establecimiento de una política islámica asentada en los principios chiíes, que incluye el mundo musulmán como centro geopolítico y la confrontación con Israel y Occidente, especialmente con Estados Unidos. Las dos escuelas de pensamiento —revolucionarios e internacionalistas—, surgidas tras la guerra con Iraq, constituyen los grupos principales del establishment iraní, buscando el equilibrio entre el idealismo revolucionario jomeiniano y el pragmatismo, manteniendo como rasgo esencial del poder la ideología, también en su política exterior, al adquirir mayor vigor como dispositivo de refuerzo y de sostenibilidad del sistema.

La política exterior iraní post-Revolución corrobora notable estabilidad y continuidad, tendente a lograr el estatus de potencia hegemónica en la zona del Golfo mediante un enfoque propio del realismo ofensivo en el sentido de adquisición paulatina de poder regional. Los distintos Gobiernos desde 1989 a la actualidad —a pesar de que han podido mantener distintas visiones, estilos diplomáticos y lenguajes— mantienen una línea constante en esta política en relación con la interconexión entre seguridad nacional e ideología. Irán no se ha ganado grandes apoyos estatales en Oriente Medio —a excepción de Siria— y tampoco exporta la revolución, lo que no significa que no haya influido en la islamización de algunos grupos sociales de los países vecinos. Gradualmente ha ido proyectando un sistema de alianzas, pese a ser un actor internacional relativamente solitario en términos estratégicos, ya sea por su propensión hacia la hegemonía, por su percepción de superioridad histórica respecto a otros Estados, o por su carácter persa chií restándole identificación étnica y comunitaria.

Asentado en cálculos geoestratégicos, se encuadra la política hacia

sus vecinos septentrionales y orientales de la compleja Asia Central basada en salvaguardar un equilibrio sólido y estable que no perjudique sus intereses nacionales, así como con otras potencias como Rusia y China con las que es indispensable mantener la ecuación costo-beneficios y el apoyo diplomático a los intereses iraníes, sobre todo en foros multilaterales. El antagonismo se manifiesta en las relaciones con Estados Unidos —debido a su política en la región—, con Israel —marcada por la oposición ideológica, la constitución como Estado frente a los territorios palestinos o su posición como potencia nuclear— y con otros Estados árabes de Oriente Medio —donde Irán representa una amenaza al statu quo regional—, teniendo como excepción a Siria, donde pervive una relación compacta y duradera asentada en la necesidad del respaldo mutuo.

La acción exterior de Irán se asienta en un marco referencial de identidad nacional, influenciada directa o indirectamente por el contexto geopolítico externo, reflejando a lo largo de los años tanto la continuidad como el pragmatismo (Zaccara, 2010), en un área regional y cultural de supervivencia del Estado y de las relaciones de poder con otros actores (Ehteshami y Zweiri, 2008). En esta lógica, quedan consagrados cuatro grandes principios en el preámbulo de la Constitución de 1979 —soberanía nacional, independencia, extensión de los principios y valores del islam fuera del territorio iraní y establecimiento de relaciones internacionales en una sociedad global islámica— y en el título X, donde se define a nivel constitucional la política exterior de Irán, que abarca cuatro artículos, del 152 al 154, cuyos objetivos son: a) negación de toda hegemonía o cualquier forma de dominación mundial; b) salvaguarda de la soberanía e integridad territorial; c) defensa de los derechos de todos los musulmanes; d) no alineamiento con las potencias dominantes; e) no intervención en asuntos internos de otros Estados, apoyo a las reivindicaciones legítimas de los países desarrollados frente a las superpotencias, mantenimiento de las relaciones pacíficas con otras naciones; f) prohibición de cualquier instrumento que suponga la dominación foránea sobre los recursos culturales, económicos o militares de Irán.

PRIMERA ETAPA DE LA POLÍTICA EXTERIOR:

DEL ÍMPETU REVOLUCIONARIO

AL REALISMO PRAGMÁTICO

Es indudable que la Revolución Islámica supone un antes y un después en los preceptos que regirán la política exterior, en una pugna constante entre el idealismo religioso revolucionario y el pragmatismo geopolítico más puro. Los nuevos pilares en los que se sustenta esta política no tienen por qué estar enfrentados con algunos de los objetivos de la política monárquica que la dinastía Pahlavi adoptó a lo largo de más de cinco décadas de reinado. Las principales salvedades se encuentran en: a) la soberanía nacional como premisa para la supervivencia del Estado y la independencia, evitando las interferencias extranjeras en las políticas internas y externas de Irán; b) la expansión de los principios y valores del islam en donde la República Islámica sea un foco político para el mundo musulmán y para liberar a "los oprimidos de los opresores"; c) el fomento de las relaciones internacionales y el apoyo humanitario en la sociedad global islámica; d) el establecimiento de una serie de prioridades en función de la importancia para los intereses nacionales, estando en el primer círculo los países vecinos, en el segundo y tercero los islámicos y los del tercer mundo y, por último, aquellos que aporten cobertura a las necesidades políticas, sociales, económicas y en el plano de la seguridad.

En febrero de 1978, Ruholá Jomeini regresa a Irán tras casi dos décadas. Se proclama la República Islámica de Irán y el vilayat al-Faqih, "la tutela del jurista islámico", una figura política que emana de los principios religiosos del chiismo duodecimano pero que, hasta entonces, no se había puesto en práctica debido a la inexistencia de un sistema de gobierno islámico chií funcional. El ayatolá durante su exilio concibe un Estado islámico basado en los principios chiíes, pero se topa con un problema principal, como es

la existencia de un imán que dictó los principios de la ley islámica chií: el Duodécimo Imán o Mahdi, que se hallaba desde hacía siglos desaparecido y esperando el momento adecuado para volver, según la tradición islámica. Es por esto que las figuras más altas del estamento clerical chií, los marya-e taqlid o "fuentes de emulación", podían dictar las leyes fundamentales de un Gobierno islámico en ausencia del ya mencionado Mahdi (Tamandonfar, 2015: 179). Jomeini en muchos de sus escritos aboga por la designación de un "representante de Dios", un vali, quien, por pura regla de meritocracia, pueda dirigir a la población en base a sus conocimientos del Corán y la ley islámica, teniendo que responder solamente ante Dios. Este planteamiento neoplatónico dual entre lo divino y lo terrenal entronca de nuevo con el pasado imperial del país iranio.

La Asamblea de Expertos que asesora a Jomeini incorpora esta doctrina a la nueva constitución republicana, otorgando al líder supremo, es decir, al vali, la capacidad de dictar por encima de los poderes legislativo y judicial si estos contrarían los preceptos fundamentales del islam. A su vez, la nueva Constitución concede la elección del sucesor del líder supremo a un consejo de tres o cinco clérigos, quienes decidirán qué hacer con el vilayat al-Faqih en caso de no encontrar a alguien capacitado para ostentarlo. Las funciones del líder supremo no solo se limitan a la política interior, sino que también incluyen delinear las políticas del país en el exterior y resolver las disputas generadas entre el poder político y el religioso, si se diese el caso.

El impacto de los cambios introducidos por Jomeini y la Constitución de Irán como un Estado revolucionario y chií en la región de Oriente Medio es enorme. Las nuevas élites clericales chiíes sostenían que la República Islámica era un sistema modélico para el resto de Estados, por el cual el mundo musulmán debía estar unido en torno a una nueva umma, es decir, una comunidad musulmana internacional, pero, esta vez, encabezada por un vali que podía convertirla en una República Islámica Mundial. El postulado supone que Irán debe establecer un nuevo sistema político-económico internacional, siendo este su "destino manifiesto" tras la victoria de la revolución. Al igual que pasó con la Revolución rusa y su intento de extender el comunismo, la

República Islámica Mundial no era un objetivo muy realista para gran parte de los líderes políticos iraníes[7], que apostaban por la proyección regional, aunque no perdiera por completo el factor internacionalista orientado a quebrar el sistema internacional imperante (Firooz-Abadi, 2011: 44).

El utópico sistema islámico mundial choca frontalmente con lo que se conoce en Relaciones Internacionales como sistema internacional westfaliano, que pone en el centro la supremacía del Estado-nación, agente fundamental de la comunidad internacional. En este orden internacional, los Estados-nación compiten unos con otros en base a sus intereses de predominio y supervivencia (Frankowski, 2010: 98). Para Jomeini, un sistema mundial basado en Estados-nación es "la creación de mentes humanas débiles" (Ramazani, 2008: 7) y, por ello, en la teoría jomeinista de las relaciones internacionales el capitalismo y el comunismo no tienen cabida al ser formas extintas y anticuadas, sin valor en el sistema islámico mundial. Al igual que Stalin concibió a la URSS como la responsable de guiar los designios de los países comunistas al ser la cuna de la revolución, Jomeini acuña un término fundamental para la política exterior iraní, que perdura hasta la actualidad: el chattr-e amniyat o "paraguas de seguridad" iraní, en el que los demás países islámicos deben ponerse a resguardo (Ramazani, 2008: 8).

Esto supone no solo un ataque a Occidente, sino a la estructura mundial de las relaciones internacionales en la que se ampara la totalidad del sistema. En esta lógica, Irán consigue numerosos enemigos en los albores de su revolución. Si bien Jomeini es un líder intrínsecamente religioso, su manera de ejercer el liderazgo, no solo durante los años previos a la Revolución Islámica sino también en la guerra contra Iraq, le crea una imagen de gran líder político por su capacidad para transformar la realidad política de Irán (Tamandonfar, 2015: 182). Por otra parte, el líder supremo también destaca por su pragmatismo, afirmando públicamente que los preceptos islámicos y chiíes podían quedar momentáneamente suspendidos si se dieran casos de extrema necesidad para el país iranio (Tamandonfar, 2015: 183).

El pragmatismo ha sido un pilar dentro del sistema republicano iraní y, concretamente, en su política exterior. En los inicios de la

revolución, Ruholá Jomeini proclamó como principios inalienables "independencia, islam y república islámica", que básicamente se refundan en la máxima de "ni Oriente ni Occidente", añadiendo la supervivencia de la República como fin último de todas las acciones del nuevo régimen. Estos márgenes, si bien parecen estrictos en principio, en realidad se han adaptado fácilmente a cada uno de los periodos de dificultad de Irán desde 1979, tanto en la política interna como en la exterior, convirtiendo al país iranio en un caso peculiar. Los líderes iraníes vienen invocando e interpretado el legado jomeinista para reafirmar los valores nacionales iraníes. Tanto es así que el propio Jatamí declararía los principios inalienables dictados por el ayatolá como javidan, "eternos" (Ehteshami, 2008).

Los principios universalistas del jomeinismo llevan al ayatolá a hacer llamamientos a los oprimidos para que se alcen contra los opresores. Estas clases dominadas, que él denomina mustaz'fin, son una masa sometida por las injusticias sociales de los regímenes opresores, teniendo la República Islámica el deber de su liberación (Marshall, 2003: 26). Para que esta emancipación se lleve a cabo, se necesita lo que Jomeini denomina como sudur al-enghelab, "la exportación de la revolución", que, si bien tiene un carácter pacífico y moral, no rechaza la posibilidad de expandirse por medios militares y/o violentos para liberar a los musulmanes sometidos por los regímenes absolutistas. Aunque Irán no ha exportado la revolución a los países vecinos, el temor a que esto aconteciera transformó la región desde los años ochenta del siglo pasado.

LA ETERNA REVOLUCIÓN: BANISADR, RAYAÍ, Jamenei Y LA GUERRA CON IRAQ

El periodo inmediatamente posterior a 1979 se considera como la "etapa ideológica" de la política exterior iraní, debido al impulso anímico y moral que supone el derrocamiento del sah y el apoyo masivo de la población ante las acciones y decisiones de Jomeini. Esta etapa inicial, sumamente caótica, se desarrolla durante la presidencia de tres líderes políticos de gran calado: Abolhasán Banisadr (1980-1981), Alí Rayaí (1981) y Alí Jamenei (1981-1989). Será en este periodo cuando se construyan los pilares del pensamiento jomeinista, con sus grandes aspiraciones expansionistas e internacionalistas, con dos potencias mundiales luchando por mantener su propia hegemonía en la región —aunque la Unión Soviética dé muestras de menor poder en el área que su adversario— y la aparición de un conflicto fronterizo con Iraq que lleva a Irán a combatir en solitario con uno de los países más armados de Oriente Medio.

La proclamación de dos principios clave, independencia y no alineación internacional, subraya la idea de que Irán busca una vía propia sin depender de las superpotencias mundiales, ligando la política exterior del país a su propia constitución revolucionaria (Marshall, 2003: 11). La década 1979-1989 tiene una clara vertiente ideológica y de contención de la posible intervención estadounidense en la región, si bien los actos cometidos por los pasdaran y los jóvenes estudiantes revolucionarios contra la embajada de Estados Unidos aumentan la tensión y el conflicto, generando un debate en la Administración norteamericana respecto a la necesidad de cortar de raíz la revolución por el bien de los intereses nacionales de esta superpotencia (Shariolghalam, 2015). Esto refuerza la idea de Jomeini de que la única vía factible para el triunfo de la revolución y la supervivencia del Estado-nación iraní es la rápida conversión en potencia regional por cualquier vía efectiva. Sería el propio ayatolá quien prescriba que cualquier

acción cometida por Estados Unidos será respondida por una operación igual o superior por parte de Irán, allá donde la Guardia Revolucionaria tuviera capacidad de acción[8].

El Gobierno interino de Mehdi Bazargan, que ágilmente será disuelto por Jomeini y por el propio Bazargan debido a diferencias irreconciliables entre el liberalismo demócrata que exalta y el liderazgo supremo de la figura del ayatolá, da paso por primera vez a unas elecciones libres en la historia de Irán, siendo el vencedor Abolhasán Banisadr, que había participado en las revueltas contra el sah de los años sesenta. Este Gobierno será el encargado de abrir una nueva etapa en Irán, que atraviesa uno de los periodos más caóticos y políticamente inestables de la historia del país. Las purgas del nuevo Ejecutivo de Jomeini comienzan pronto, respondiendo al deseo de venganza de la población iraní movilizada. Las primeras purgas recaen tanto en el SAVAK, organización que queda disuelta, como en el Ejército, que, a pesar de su neutralidad en la transición gubernamental, representaba lo peor del régimen imperial (Zabir, 2011: 115). Curiosamente, Jomeini decide no reemplazar a la cúpula militar por revolucionarios, sino que designa a militares purgados por el sah durante el Gobierno de Mosaddeq.

Por otra parte, en la política exterior no hay una directriz distinta al ferviente antiamericanismo y la mayoría de decisiones en este campo siguen siendo dictadas por el ayatolá, mientras que las decisiones más controvertidas se discuten en el seno del Consejo de la Revolución, no en el Majlis o con el Gobierno. Los clérigos chiíes toman las riendas de la política exterior en lo que ellos mismos denominan la etapa “de la ferviente revolución”, y prácticamente todas las figuras políticas que habían participado en el proceso revolucionario se consideran con potestad para dictar la política exterior a través de eslóganes religiosos o reuniendo a las multitudes en las oraciones de los viernes (Marshall, 2003: 16). Estos eslóganes, claramente alejados de cualquier tipo de función práctica, no son más que arengas dirigidas a la exacerbación del ímpetu revolucionario y a la llamada a las masas para exportar la revolución por cualquiera de los métodos disponibles.

Banisadr intenta, a lo largo de su corto mandato, recuperar el

control de la política exterior para el Gobierno civil, especialmente porque él había ostentado el cargo de ministro de Exteriores durante el Gobierno provisional de Bazargan, pero se encuentra con la resistencia de los sectores jomeinistas más fervorosos, que habían tomado el registro de la política exterior a finales de 1979. Estos grupos radicales llevan en su ideario político la guerra con Iraq para acelerar la exportación de la revolución a Oriente a través de un país mayoritariamente chií, a lo que Banisadr se opone abiertamente. Pero la Revolución Islámica proporciona la excusa necesaria a Saddam Hussein para iniciar el conflicto, ansioso de alzarse como el líder indiscutible del movimiento panarabista y convertirse en el pilar de Oriente Medio mediante la ayuda de su doble alianza con Estados Unidos y la Unión Soviética, con los que coqueteaba en términos diplomáticos y económicos a fin de obtener material bélico de última generación. A su vez, en Irán se está forjando un ideario prácticamente mesiánico en el que la política exterior de la República Islámica es "la voz de los musulmanes olvidados", término empleado por la élite clerical para designar a la población chií del mundo (Barzegar, 2008).

La guerra entre Irán e Iraq es un cúmulo de acontecimientos concatenados que llevan al estallido de un conflicto que condicionará Oriente Medio durante décadas, empezando por los problemas enquistados históricamente y continuando por los propios que traía la Revolución Islámica en la pugna por la hegemonía regional entre los dos colosos del momento: Saddam Hussein y el ayatolá Jomeini. Los problemas históricos posicionan la guerra Irán-Iraq como una etapa más del conflicto árabe-iraní por la supremacía regional que arranca en la etapa del sah. A su vez, la disputa entre el nacionalismo panarabista y el nacionalismo iraní genera que tanto Bagdad como Teherán asuman que ambas tendencias políticas eran un peligro para la supervivencia de sus respectivos Estados, a lo que hay sumar la eterna guerra entre el sunismo y el chiismo.

En cuanto a los problemas inmediatos, uno de los principales es la obsesión del baazismo panarabista de reprimir y asfixiar política y económicamente a la mayoría chií del país, que representaba el 60% de la población iraquí (Barzegar, 2008), considerándolos además como "quintacolumnistas" que Irán podía usar para

desestabilizar al Gobierno de Saddam Hussein. A su vez, Bagdad esgrime reclamaciones territoriales sobre la provincia iraní del Juzestán, cuya delimitación quedó en suspenso desde la retirada británica y que hábilmente Mohammad Reza Pahlavi logró aplazar y resolver momentáneamente gracias a los Acuerdos de Argel. Por último, las purgas realizadas en el alto mando iraní inspiran un ánimo de victoria en el régimen iraquí y en la cúpula de las fuerzas armadas, presuponiendo que sería una victoria fácil y rápida propia de una guerra relámpago que duraría muy poco.

En 1980, Saddam Hussein suspende los Tratados de Argel amparándose en que estos acuerdos se firmaron con el Imperio iraní, no con la República Islámica, por lo que se encuentra en pleno derecho para reclamar sus pretensiones territoriales. A su vez, los recelos de sus vecinos del Golfo y del resto de países árabes que, desde el principio de la Revolución, habían comprobado la presencia de células de la Guardia Revolucionaria en sus fronteras y, viendo la posibilidad de eliminar de raíz la causa revolucionaria chií, no dudan en mostrar su apoyo al régimen iraquí, no solo en el plano político sino también financiero, lo que se interpreta como el respaldo para acabar con la República Islámica, verdadero adversario para los Estados de la región.

Tanto la Crisis de los Rehenes como el giro antinorteamericano de los revolucionarios chiíes deriva en la creación de la Doctrina Carter, que supone un freno a la expansión del chiismo iraní, usando la fuerza militar si fuera necesario para defender los intereses nacionales de Estados Unidos en el Golfo. En esta lógica de "los enemigos de mis enemigos son mis amigos", hay que transformar la relación con Irán en apoyo diplomático y financiero a este nuevo aliado regional de Washington: Saddam Hussein, que veía el ascenso del nuevo régimen iraní como una amenaza para su propia supervivencia. En paralelo, Estados Unidos aumenta la propaganda antiiraní en las monarquías del Golfo mediante un discurso que enfatiza en el peligro que supone la expansión de la República Islámica, no solo para los intereses de estos Estados, sino para Occidente en sí, ya que podría ocurrir que Irán decidiese bloquear el estrecho de Ormuz y, por ende, cortar el suministro de petróleo a los países dependientes de este hidrocarburo (Marshall, 2003: 26).

La guerra Irán-Iraq, una de las más largas y destructivas del siglo XX, desarrollada en las postrimerías de la Guerra Fría, dinamita la relación de Irán con Occidente y con los vecinos del Golfo, a excepción de Omán, que siempre se ha mantenido relativamente neutral respecto a Irán. Hacia 1984, y a pesar de contar con armamento de última generación, Iraq pierde la capacidad ofensiva tras los fracasos de 1982 y la apabullante superioridad de la aviación iraní, el único cuerpo que no había sido purgado dentro del Ejército por el régimen, además de estar mucho mejor entrenado tácticamente que los iraquíes. Este conflicto bélico puede ser considerado como la última guerra de trincheras, incluyendo asaltos masivos con "oleadas humanas" por parte de Irán y el uso de armas químicas por parte de Iraq. Si bien el ejército iraní hacia el final de la guerra es superado en cinco a uno por parte del ejército iraquí, la mayor experiencia de los mandos militares y el apoyo clave de las milicias kurdas iraquíes en la frontera norte posibilita que las ofensivas conocidas como Fajr al-Nasr ("Amanecer Victorioso") pongan en jaque a las fuerzas iraquíes, que llegan a temer por la pérdida de un enclave fundamental para Bagdad como era Basora, el puerto más importante en el Golfo Pérsico.

A su vez, la Guardia Revolucionaria como vanguardia del Ejército iraní es fundamental para lograr la victoria, no solo por la capacidad de acción, sino por su flexibilidad, siendo capaz de actuar tanto en campo abierto como en operaciones de infiltración y contrainteligencia. A finales de 1984, el Gobierno iraquí pide a Jomeini iniciar las negociaciones de paz, que son rechazadas y pospuestas hasta finales de 1987, ya que el ayatolá considera que Iraq debe encargarse de pagar las reparaciones de guerra en su condición de "único responsable". Entre 1984 y 1987, el conflicto bélico arroja un saldo en cuanto a víctimas mortales de 250.000 iraníes y 150.000 soldados iraquíes, en una guerra que apenas tiene conquistas territoriales por ninguna de las partes. A finales de 1987, tanto Washington como Moscú deciden presionar a Saddam Hussein y al ayatolá Jomeini para llegar a un acuerdo, a raíz de la llamada "guerra de los petroleros"[9], que comienza a desgastar la economía mundial y aumentar exponencialmente el precio del crudo.

El resentimiento de los iraníes hacia la comunidad internacional, no solo por su apoyo manifiesto a la causa iraquí sino por su actitud de

pasar por alto el uso de armas químicas contra población civil iraní, sigue presente en el imaginario colectivo de los ciudadanos de la República Islámica y da forma a un nuevo principio acuñado por el líder supremo en el transcurso de la guerra: “Debemos aislarnos a fin de conseguir la independencia” (Ramazani, 2008: 9). Este aislamiento es más impuesto que buscado gracias a la propaganda de Estados Unidos y al temor de las monarquías del Golfo. La mayoría de estas petromonarquías acceden a formar parte del “paraguas de seguridad estadounidense” que abarca desde Omán a Arabia Saudí. Todavía se agudiza más esta ecuación cuando en 1987 Kuwait permite a Washington disponer de una base naval offshore para su flota, a fin de que esta se comprometa a defender a los petroleros y naves comerciales de los ataques iraníes e iraquíes. Por otro lado, Arabia Saudí ofrece las bases militares de Dhaharan y Hafr al-Batinen, en caso de emergencia, al Ejército estadounidense, mientras que aviones E-3A AWACS saudíes —de construcción estadounidense— cooperan tanto con la aviación norteamericana como con la del resto de estados del Golfo en operaciones de la zona.

Estas operaciones hacen que Irán se sienta amenazado por la presencia de tropas de Estados Unidos tan cerca de sus fronteras, a lo que se suma la condición de ser el enemigo principal de la política exterior estadounidense durante las próximas décadas. Por su parte, a la Casa Blanca le preocupa la posibilidad de que la Revolución Islámica se extienda a los países vecinos, provocando el surgimiento de regímenes contrarios a la presencia estadounidense en el Golfo, que virasen hacia la Unión Soviética, o que estrangularan la circulación del petróleo. La línea de fondo es que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética son conscientes de que Irán es una pieza clave del nuevo tablero de juego que se abre en la última etapa de la Guerra Fría, por lo que la CIA filtra información a la Guardia Revolucionaria iraní de que los soviéticos están proveyendo material y ayuda al Partido Tudeh, mientras que se permite a contratistas estadounidenses revender a Irán armas que habían quedado prohibidas en 1983 por la Administración Reagan.

Casi al final del conflicto, en concreto 1987 es crucial para el desenlace de la guerra y la nueva geopolítica de la región. Durante este año, los iraníes consiguen romper por superioridad numérica al

ejército iraquí, entrenado para guerras relámpago, no para guerras de trincheras. A su vez, los enfrentamientos entre Irán y Washington abandonan el plano dialéctico por el directo. La war on tanks comienza a afectar a los barcos estadounidenses en el Golfo y, aunque algunos de estos ataques provienen de la aviación iraquí, son utilizados por Washington para culpar a Irán de la inestabilidad de la región. Irán, por su parte, logra tomar la isla de Fao, lo que sitúa a las tropas iraníes a unos kilómetros de la frontera kuwaití, preocupando tanto a Washington como a Moscú, que se compromete a iniciar una ronda de contactos con los Estados del Golfo para llegar a un acuerdo de paz.

La retirada soviética de Afganistán abre la puerta a una política de relaciones diplomáticas entre Irán y la Unión Soviética para la solución del conflicto. Pero el acto decisivo que provoca el alto el fuego es el ataque a un avión civil iraní por un misil estadounidense, con 290 fallecidos. Jomeini accede a iniciar acercamientos con el enemigo en el seno de la ONU debido al impacto causado en la población en un momento en el que el agotamiento bélico es patente no solo en la sociedad iraní, sino también en la iraquí. Estos acercamientos dan como resultado la Resolución 598 (1987), en la que el secretario general de Naciones Unidas y los miembros del Consejo de Seguridad se comprometen a buscar una solución al conflicto, aunque no será aceptada por ambos países hasta agosto de 1988, cuando resulta evidente la imposible victoria de ningún bando.

El fin del conflicto simboliza no solo una nueva etapa para los países implicados, sino para toda la región de Oriente Medio. La exégesis que realiza Irán de esta contienda es una yihad encargada por Alá para extender la Revolución Islámica más allá de sus fronteras, aunque haya provocado uno de los perores y más difíciles periodos económicos y políticos de su historia. Irán había logrado en primer lugar la supervivencia del Estado revolucionario y, en segundo lugar, se insertaba en la comunidad internacional, pero lastrando un coste humano y económico que durará décadas. Con el fin del conflicto bélico se inaugura una nueva etapa tanto en el orden interno como en el externo: la institucionalización de la Revolución y la reconstrucción nacional.

Durante la guerra, la revolución alcanza las cotas más altas de idealismo y exaltación, pero también provoca la primera división visible en el seno del régimen chií. Esta brecha ideológica se ha mantenido como una constante entre los conservadores jomeinistas y aquellos que tienen una visión más moderada de la "misión divina" de Irán en el mundo islámico. Los conservadores ortodoxos consideran que se debe de anteponer la revolución a la propia construcción del Estado, es decir, son los partidarios de "el islam primero", mientras que los más pragmáticos sostienen que la revolución nació por el propio impulso nacionalista de los iraníes, siendo la construcción de la República Islámica una necesidad imperante por delante de la exportación de la revolución, lo que se traduce en "Irán primero". Benisadr, Barzargan y Alí Rayaí son adeptos de esta segunda línea de pensamiento, lo que les cuesta la renuncia de sus cargos o, en el caso de Rayaí, el asesinato.

La victoria de la tendencia "islam primero" defiende una política exterior vigilante frente a los intereses de las potencias imperialistas, por lo que es necesario la estricta no alineación y no participación en ninguna construcción regional (Uzun y Eksi, 2017: 207). Jomeini, en su tendencia universalista, había enviado a imanes para que dirigieran la oración de los viernes a Kuwait, Bahréin y Arabia Saudí. Estos líderes son realmente importantes dentro de la política revolucionaria, al alentar a las masas a rebelarse contra sus gobernantes (Marshall, 2003: 30), lo que se traduce por estos países en una clara injerencia en su política interna. En paralelo, el líder supremo encarga crear la Oficina de la Guardia para los Movimientos de Liberación, institución que organiza la exportación de la revolución y la concentra en un único cuerpo militar: la Guardia Revolucionaria, cuya misión es utilizar a los partidos cercanos ideológica o étnicamente a la causa chií, así como a los movimientos de oposición a los regímenes suníes como actores políticamente funcionales.

LA DÉCADA DE 1990: PRAGMATISMO

Y CONTRAHEGEMONÍA

Esta etapa supone la desjomeinización del régimen con la llegada al liderazgo supremo de Alí Jamenei, que, tras su paso por la presidencia del país, inicia un proceso de reformas tanto económicas como políticas conducentes a la reconstrucción y el desarrollo nacional. La figura de Rafsanyaní se convertirá en una de las más destacadas en la política regional e internacional, diseñando las bases de la política exterior de Irán con alto contenido pragmático, lo que caracterizará su mandato. Anteponer el desarrollo al rearme y evitar el conflicto serán vectores fundamentales en la etapa de este presidente, que coincide cronológicamente con la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética en el contexto internacional, y en el regional, con la guerra Irán-Iraq, que dejó un significativo vacío de poder en Oriente Medio. El ámbito internacional viene marcado por el inicio del unilateralismo de Estados Unidos o la etapa que Charles Krauthammer bautizó como "el momento unipolar", periodo que se inicia con el colapso de la Unión Soviética, momento en el que Estados Unidos se queda como única superpotencia global, en vez de ser la primera, lo que posibilita a Teherán rediseñar su política exterior, claramente diferenciada de la anterior.

En el discurso pronunciado en la ciudad santa de Qom en 1979, el propio Jomeini afirma que "la economía es un asunto de los burros (khar). Nuestro pueblo no hizo la revolución para obtener más melones (kharboza)" (Arjomand, 2012: 56). Este juego de palabras usado por el líder supremo es una clara declaración de intenciones respecto a que el proceso revolucionario antepondría la labor política y la sudur al-enghelab a la económica, relegada a un segundo plano. Cuando el cuarto presidente de Irán, Rafsanyaní, acede al poder, el precio del petróleo se había cuadruplicado a nivel internacional, pero el PIB per cápita iraní retrocedía a niveles de

1967. El pilar fundamental de la nueva política en Irán se asienta en fomentar las condiciones culturales y políticas necesarias para lograr el crecimiento económico a través de las reformas que sean necesarias, lo que supondrá el aumento del nivel de vida de los iraníes.

El propio Rafsanyaní denomina a su nuevo Gobierno "el gabinete de la reconstrucción", impulsando cambios tanto en la política interna como en la exterior, reemplazando la ideologización de la etapa anterior por la imposición de los intereses prácticos del Estado por encima de la ortodoxia revolucionaria. A este periodo en política exterior se lo considera como termidoriano, asociándolo al periodo revolucionario francés en que el propio ímpetu revolucionario, una vez asentado en el poder, genera una reacción contra el estamento más radical, que amenaza los logros conseguidos. El pragmatismo, el modernismo relativamente liberal y el acercamiento a los países de la sociedad internacional se presentan como los vectores para la conversión de Irán de un actor paria a un actor con relevancia internacional.

El cambio principal de esta etapa radica en el giro ideológico hacia la comprensión por parte de la élite conservadora de que la identidad revolucionaria y los principios ideológicos deben quedar, al menos por el momento, en un segundo plano tanto en lo interno como en lo externo (Friedman, 2010: 5). Esto supone la revisión por parte de los decision makers iraníes de los intereses nacionales una vez que ha fallecido Jomeini. De este modo, los valores culturales, religiosos e ideológicos pasan a quedar integrados en la idiosincrasia iraní en vez de ser un vector independiente del nuevo Estado republicano (Friedman, 2010: 5-6). Por tanto, queda postergado el factor ideológico de la política exterior, dotando de mayor flexibilidad a los sucesivos Ejecutivos.

A pesar que el poder militar y económico se encontraba reducido a un tercio en comparación con el periodo final del sah, el país aún retenía capacidades para constituirse como un poder hegemónico regional por tamaño, recursos y población, así como su posición geopolítica fundamental y sus capacidades para privar a Occidente de los recursos petroleros provenientes del Golfo por medio del control sobre el estrecho de Ormuz (Central Inteligence Agency,

1991). Tanto Rafsanyaní como su protegido, Alí Jamenei, son conscientes de que Irán no se halla en disposición de desplegar una política exterior orientada hacia el hard power y optan por desplegar una cuidadosa ofensiva diplomática a fin de reestablecer sus relaciones con los países de la región y con diversas instituciones internacionales, como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, para conseguir la confianza de los acreedores internacionales.

Los principales vectores que apuntalan la política interna de Irán en el periodo Rafsanyaní son (Central Inteligence Agency, 1991):

Una agenda política centrada en la sustitución de la pureza ideológica por la mayor flexibilidad tanto en la política interna como en la exterior, debido a que Rafsanyaní tiene una concepción mucho más nacionalista que revolucionaria. Para convencer a la oposición más jomeinista, sostiene que la consecución de mejores estándares de vida para los iraníes es un deber del islam.

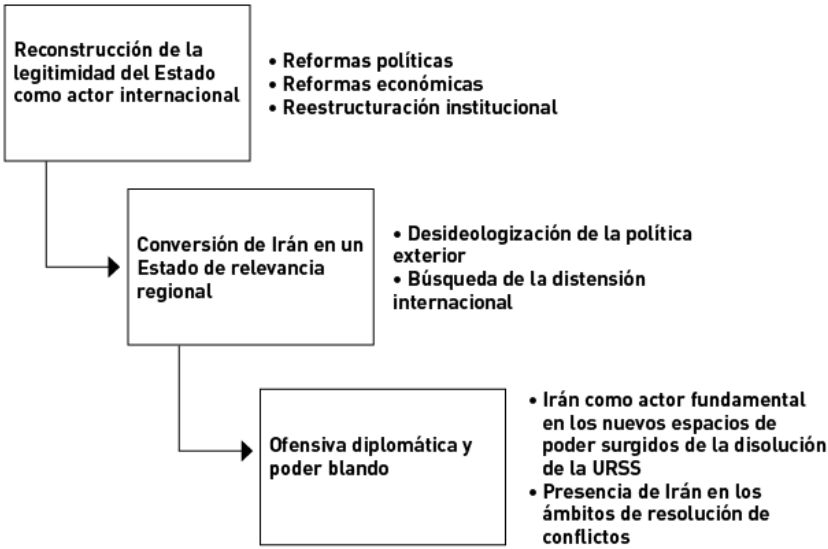
Reforzamiento de las instituciones del Estado frente al aumento de la presencia en los espacios públicos de las organizaciones revolucionarias. Tanto Jamenei como Rafsanyaní comprueban la existencia de cierta debilidad estatal al depender principalmente las instituciones de las fuerzas revolucionarias. Para solventar esta situación es necesario encubrir la desmovilización de la revolución a través de la institucionalización de estas fuerzas revolucionarias como, por ejemplo, la reconversión de los llamados komitehs, una especie de policía revolucionaria en la Gendarmería iraní. De este modo, se procede a la extracción de la revolución de la calle para integrarla en el sistema político con la finalidad de controlarla.

La centralización del poder en la Presidencia de nación y en el Ejecutivo, es decir, en Rafsanyaní y Jamenei, quienes dictan las políticas nacionales y, especialmente, la política exterior sin intervenciones de grupos radicales como ocurrió en el periodo 1979-1988. Para ello, se sustituye a los sectores revolucionarios y a los ortodoxos jomeinistas por allegados cercanos a Jamenei y al presidente iraní.

El oportunismo de Rafsanyaní, a pesar de estar es muchas veces ensombrecido por la propia precaución de la que hace gala el presidente a fin de evitar movimientos políticos en su contra, conlleva un cambio formal de la cosmogonía en política exterior, evolucionando del jomeinismo internacionalista al realismo pragmático basado en la construcción de un Estado poderoso que pueda hacer frente a las necesidades políticas del país en la arena internacional (Takeyh, 2009: 113), movido por la máxima de "si es bueno para el Estado, es bueno para Irán". En este sentido, durante los dos mandatos de Rafsanyaní se diseña un paradigma político a tres escalas: el nacional, orientado a la reconstrucción de la legitimidad de la República Islámica; el regional, centrado en crear las condiciones y capacidades necesarias para que Irán pueda desempeñar un papel como Estado-nación con intereses regionales definidos; y el internacional, mediante la creación de las bases del poder blando iraní como mediador y foco cultural en el espacio musulmán e internacional, política que luego retomará y ampliará Jatamí desde 1997.

figura 1

PARADIGMA DE POLÍTICA EXTERIOR EN EL PERIODO RAFSANYANÍ



Fuente: Elaboración propia.

El nacionalismo iraní del ayatolá Hashemí Rafsanyaní implementado durante su presidencia va paulatinamente insertándose en la política exterior, y es por esto que la dupla de poder junto a Jamenei parece ser un instrumento ad hoc para unir las dos posturas enfrentadas en una entente fundamental para el desarrollo del país. Jamenei supone el cerrojo por parte de la ortodoxia islámica chií sobre el reformismo impulsado desde la Presidencia, lo que se transforma en el no abandono total de las bases teóricas del jomeinismo, que, si bien admite la reducción del sostén del estamento más revolucionario, al menos no significa la pérdida del apoyo de grupos esenciales como la Guardia Revolucionaria Islámica de Irán o los basij (Central Inteligence Agency, 1991).

Rafsanyaní pretende explotar y exportar una política exterior de distensión y reincorporación al orden internacional establecido, por lo que actuaciones de “divide y vencerás” se van eclipsando en pro de un giro pragmático que comprende:

Evitar la creación de un frente regional común que pueda organizarse contra los intereses regionales del país iranio, así como jugar con los intereses económicos y geopolíticos de las potencias extranjeras en el Golfo para crear disensión entre los actores europeos y Estados Unidos.

Mantener el apoyo a grupos islamistas disidentes, tanto suníes como chiíes, siempre que no afecte gravemente a la integridad nacional de países frágiles o cuando suponga un riesgo para países de alto interés para Teherán, como son los casos de Afganistán (Irán apoyará a la Alianza del Norte), Tayikistán (Irán se abstiene de dar soporte a grupos islámicos por petición de Moscú) o el Cáucaso.

Demostrar a la comunidad internacional que Irán volvía a ser un país responsable de sus actos, abandonando planteamientos dogmáticos. Esto se refleja en el constante discurso implementado por el ministro de Asuntos Exteriores Alí Akbar Velayatí, defendiendo que "Irán es un país serio" (Central Inteligence Agency, 1991). La traducción de esta vertiente política supone la preocupación que genera la imagen exterior.

Los pronósticos informaban de que Irán no iba a disponer de capacidades políticas ni militares suficientes para hacer efectivos sus intereses regionales hasta finales de la década de 1990. Teherán esperaría pacientemente, como así hizo, los movimientos políticos que se producirían en el contexto regional, especialmente en los países del Golfo y el Levante. Rafsanyaní se posiciona como un tecnócrata tanto en lo económico como en la política internacional, dejando un legado positivo al nuevo presidente, Seyyed Mohammad Jatamí, que inicia su mandato en 1997, demostrando a los países occidentales que Irán dejó atrás su pasado combativo, y revocando la fatwa que Jomeini impuso a Salman Rushdie. Al mismo tiempo, el CCG retoma la posibilidad de entablar relaciones con Teherán, entendiendo que el mantenimiento de las políticas de contención aplicadas a Irán y Turquía, más la postura de negar su condición de potencias regionales, supone, a la larga, empeorar la estabilidad en el Golfo (Ehteshami, 2008: 133).

La política externa iraní durante el mandato de Jatamí se basa en

dos pilares principales: ligar los asuntos domésticos con la política exterior y mejorar las relaciones de Irán con el mundo por medio de la no confrontación y el respeto mutuo con todas las naciones (Zweiri, 2008: 121). Para su consecución es imprescindible crear una imagen positiva tanto de Irán como del chiismo y de los ayatolás; aunque esta política cuente con cierto rechazo por parte de los vecinos árabes, que perciben la euforia reformista del nuevo presidente como un ataque frontal a la propia estabilidad de sus regímenes, que habían bloqueado todo tipo de cambio democrático durante décadas. Además, Jatamí comienza a ganarse el respeto y la admiración de muchos intelectuales árabes, así como de una parte de la población árabe que ansía un cambio reformista en sus países, lo que será fundamental para sus planes políticos a largo plazo.

Una de las primeras crisis a las que ha de enfrentarse el nuevo Ejecutivo iraní es la soberanía de las islas Abu Musa y Tunbs, de gran valor estratégico para el control del estrecho de Ormuz por parte de Irán. Emiratos Árabes Unidos también posee intereses en relación con estas islas y los emires interpretan de manera errónea que el nuevo Gobierno de Jatamí abre la posibilidad de reformular las fronteras disputadas en el Golfo. Se establecen contactos entre Emiratos Árabes Unidos e Irán con mediación saudita, lo que conduce a un entendimiento conjunto entre ambos países y lleva a la firma de un documento oficial en el que ambos países se comprometen a retomar las inversiones y las relaciones comerciales "porque no hay ningún poder o problema que pueda destruir los lazos histórico-culturales entre ambos países", según afirma Jatamí en una reunión de la Organización de la Cooperación Islámica en 1998 (Marshall, 2003: 147).

Jatamí simboliza el abandono del culto a la confrontación por la conciliación, por lo que centra el foco de la política regional en limar asperezas con Arabia Saudí aprovechando el auge del precio del petróleo al comienzo de su mandato para lograr aproximar a los miembros de la OPEP, teniendo Teherán cierto protagonismo y recibiendo visitas de las casas reales, incluida la del propio Fahd bin Abdulaziz. Igualmente, esta política se refuerza con la gestación de un proyecto encaminado a crear un tratado colectivo de seguridad regional en el Golfo, que ya se había puesto sobre la mesa durante el mandato del sah, teniendo como partenaire dinamizador a Arabia

Saudí. Sin embrago, el reino Saúd está más interesado en desarrollar un acuerdo bilateral de seguridad que abra la puerta al entendimiento mutuo en esta materia.

El principal escollo para este tratado colectivo es el rechazo de las verdaderas intenciones de Irán por algunos Estados árabes del Golfo. El primer ministro de Bahréin, Abdulaziz bin Mubarak Al Khalifa, sostiene en 1998 que se puede incluir a Irán en un tratado de seguridad colectivo "una vez se solventen los problemas con las islas Tunbs y Musa, además de su interés por conseguir armas nucleares" (Marshall, 2003: 157). Lo cierto es que Irán es un Estado rodeado de países con serios problemas de estabilidad política interna (Pakistán, Afganistán, Tayikistán, e Iraq), así como otros que disponen de armas nucleares, como Israel, su adversario declarado (Stampa Piñeiro, 2007: 102).

Aunque Jatamí es considerado un presidente reformista, el rechazo regional a la proposición iraní de conseguir un tratado colectivo y la firma de acuerdos bilaterales y multilaterales con los países del Golfo y algunos países occidentales provocan el aumento del presupuesto militar de Irán porque, en palabras del ministro del Interior, Alí Besharati, "nuestros vecinos, uno tras otro, han firmado acuerdos de defensa con países Occidentales. Así que, ¿por qué nosotros no deberíamos adquirir material militar?" (Marshall, 2003: 158). En esta lógica, Irán compra armamento militar por valor de 5.263 millones de dólares al comienzo de la presidencia de Jatamí, mientras que al final de su mandato, en 2005, se triplica esta cifra, ascendiendo a 15.000 millones de dólares (SIPRI, 2019). Por tanto, se puede afirmar que la carrera armamentística iraní comenzó durante el mandato de Jatamí y ha continuado ascendente hasta la actualidad.

Los delirios de grandeza de Saddam Hussein benefician a Irán, como ya le sucedió a su predecesor Rafsanyaní, debilitando a la mayoría de países de ideología nacionalista árabe, a excepción de Siria. Por otro lado, la desestabilización del Gobierno afgano y la toma de Kabul por los muyahidines preocupa sobremanera al Gobierno de Jatamí por la posibilidad de que extremistas islámicos suníes se asienten en las fronteras entre los dos países. La invasión de Afganistán en 2001 por la coalición internacional ofrece a Irán

una ventana de oportunidad en la que controlar económicamente una parte del país afgano a través de inversiones económicas en las comunidades étnicas y religiosas ligadas al chiismo duodecimano o a la etnia persa. El papel de Teherán en el Afganistán postalibán está ligado a las infraestructuras, a la ayuda humanitaria, a materias relacionadas con la educación y al desarrollo agrícola, canalizadas especialmente hacia la etnia hazara, emparentada con los iraníes históricamente. Mediante esta cooperación Irán se asegura que las futuras élites intelectuales amplíen lazos con Teherán (Sadat, 2010: 31). Pero la relación Irán-Afganistán también contribuye a que Washington mejore sus capacidades para la creación del nuevo Gobierno afgano, así como para participar en la reconstrucción del país, como sucederá posteriormente en Iraq.

Jatamí asienta las bases del "espacio vital" iraní, que luego desarrollaría Mahmoud Ahmadinejad de manera más extensiva. Durante el Gobierno de Jatamí, Irán es visto como un actor estabilizador para el país afgano, lo que refuerza su capacidad exterior en su contorno regional. Si bien podemos decir que existe cordialidad entre Teherán y Washington desde 2001 hasta 2005, con el fin del Gobierno de Jatamí se comprueba que Irán juega a dos bandas: apoyando al Gobierno central y suministrando armamento a grupos talibanes que combaten a la OTAN y a la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) (Gohel, 2010: 14-15). Estados Unidos e Irán habían logrado establecer contacto directo únicamente enfocado en el tema afgano. En estas conversaciones denominadas Grupo de Contacto de Génova, Irán se compromete a facilitar información a las tropas estadounidenses, a capturar y extraditar a miembros de Al-Qaeda, a permitir utilizar algunos de sus aeropuertos para transporte de suministros a las tropas de la OTAN y a ser el principal mediador entre la Alianza del Norte, las milicias islámicas que combatían a los talibanes, y los países occidentales (Sadat, 2010).

Por otro lado, la segunda guerra del Golfo en 2003, tras la invasión de una coalición internacional encabezada por Estados Unidos, lejos de pacificar el territorio e intentar el control efectivo del Estado iraquí, deja a las minorías chiíes —que hasta entonces habían estado perseguidas y reprimidas por el Gobierno baazista iraquí— con las capacidades necesarias para hacerse con el poder,

aprovechando la división sectaria estatal. Esto beneficia al régimen iraní, que ve la oportunidad de extender el brazo de la revolución al país vecino. Las relaciones Washington-Teherán atravesaban uno de los periodos más tensos, por lo que el apoyo de Irán a los grupos insurgentes chiíes supone una baza para Irán, que también se siente amenazado por Estados Unidos (Western, 2006: 11) al estar la potencia estadounidense a la vez en Iraq y en Afganistán en una especie de pinza estratégica, aunque la caída de Saddam Husein había abierto una oportunidad para Irán, adquiriendo mayor poder al derrumbarse la capacidad militar iraquí y cambiar el sistema político.

La insólita alianza entre Washington y Teherán para financiar y armar a las milicias chiíes permite que Irán desbloquee 100 millones de dólares como la primera parte de un plan de desarrollo y cooperación con Iraq, cantidad que también es usada para estrechar lazos y apoyo político con los partidos y movimientos políticos afines y sometidos a represión como el Consejo Supremo de la Revolución de Iraq o el Congreso Nacional iraquí, lo que ya se venía haciendo en los últimos años de Gobierno de Saddam Hussein (Zweiri, 2008: 118-119). Teherán y Washington van a desarrollar algunos proyectos en materia de infraestructuras, telecomunicaciones y prevención del terrorismo, evitando el aislamiento regional en el que está sumido Iraq, sostenido únicamente por los Estados Unidos y los países occidentales, con el rechazo de la petromonarquías del Golfo (Zweiri, 2008: 118).

La cooperación con Estados Unidos arroja dos escenarios para el país iranio. El primero es la consecución de un antiguo objetivo, establecido durante el Gobierno del sah, y que se centra en mantener alejados a los países occidentales de la frontera afgano-iraní para evitar futuras pretensiones sobre territorio; y el segundo escenario, en el que 160.000 soldados estadounidenses quedan estacionados cerca de las fronteras iraníes, lo que presupone una amenaza para los intereses iraníes en la región. A esto se suma la desconfianza creciente entre los vecinos regionales, especialmente Arabia Saudita y Egipto, que encabezan las críticas hacia el nuevo empoderamiento de las minorías chiíes en Iraq, que podría provocar un efecto contagio en otras minorías asentadas en Líbano, Siria, Kuwait, Bahréin o Tayikistán (Yaphe, 2008: 49), quebrando

anteriores paradigmas de seguridad, lo que conlleva la reacción diplomática suní encabezada por Arabia Saudí con el apoyo de Washington.

Los países del Golfo temen la posibilidad de que se reproduzca la situación de Iraq, donde los norteamericanos habían diseñado un plan de repartición de poderes que, si bien parece contentar a todas las minorías, podía crear una realidad en la que tres zonas actúen de manera independiente y conlleve la partición del Estado conforme a planteamientos étnicos y religiosos. Mientras que en la teoría Iraq es un país unitario, tras la invasión estadounidense queda prácticamente dividido en tres: la provincia norte, dominada mayoritariamente por kurdos y con capital en Suleimaniya; la provincia central, compuesta por suníes y cuyo epicentro es Bagdad; y la provincia sur, dominada por los chiíes y con foco en Basora. Los temores de los Estados del Golfo se convierten en realidad tras la guerra contra el Estado Islámico, porque kurdos y suníes pretenden una separación de poderes casi total mientras que, paradójicamente, son las milicias chiíes y el Gobierno central chií quienes se esmeran en mantener la paz y unidad en el país (Carrión, 2015).

En definitiva, hacia el final de mandato de Jatamí se logran grandes avances en materia de confidence building, especialmente con Europa, gracias a la gran acogida que tuvo la propuesta del propio Jatamí en 1998 conocida como Diálogo entre Civilizaciones. Esta propuesta, que acaba convirtiéndose en una teoría dentro de la práctica de la política exterior de Irán a partir del 2000, es la contraposición a la Teoría del Choque de Civilizaciones de Samuel Huntington, manteniendo que el siguiente gran conflicto mundial no se dará entre ideologías diversas, sino entre las civilizaciones musulmana y cristiana europea. Jatamí propone el Diálogo de Civilizaciones como una manera de acercar y tender puentes entre el mundo arabo-musulmán y el occidental, encontrando respaldo en Naciones Unidas, en especial en el secretario general Ban Ki-Moon y en el presidente José Luis Rodríguez Zapatero, que formula su proyecto de Alianza de Civilizaciones. Para Teherán esta teoría supone la mejora de su imagen.

Estas dinámicas en política exterior durante el mandato de

Mohammad Jatamí se topan con el giro conservador del propio líder supremo Alí Jamenei en las elecciones de 2005, quien pone en marcha toda la maquinaria revolucionaria involucionista para impedir otra nueva victoria reformista que entorpezca los intereses de su figura y los del jomeinismo, valores que habían quedado en un segundo plano durante el mandato de Jatamí, quien, además, había osado cuestionar y rebatir la necesidad de un liderazgo supremo con grandes poderes de decisión, lo que parece inaceptable para los sectores más conservadores. El periodo Jatamí pone en evidencia que la revolución solo podía oscilar dentro de un margen estrecho, cuyos límites resultan inquebrantables, porque las propias instituciones gozan de mecanismos para evitar la apertura.

LA ETAPA NEOCONSERVADORA (2005-2013): 'CRECIENTE CHIÍ', 'EJE DEL MAL'

Y TRANSFORMACIÓN DE IRÁN

EN POTENCIA REGIONAL

Mahmoud Ahmadinejad, cuya política doméstica refleja un serio problema de racionalidad, implementará el neofundamentalismo desde el inicio de su mandato en 2005 y usará la política exterior para generar cohesión interna, teniendo que enfrentarse, al igual que todos los presidentes de la República y los Líderes Supremos, al reto de equilibrar las dos dimensiones fundamentales de esta política, es decir, la implementación de la ideología revolucionaria islámica (idealismo) o los intereses geopolíticos de Irán (pragmatismo). Esta política exterior parte de la crítica a los paradigmas de sus predecesores en pro de un mayor contenido de preceptos ideológicos, puesto que los acercamientos de Rafsanyaní mediante el despliegue diplomático y la implementación del poder blando resultaron un fracaso, así como ocurrió con Jatamí, que se alejó de los objetivos revolucionarios, disminuyendo el protagonismo de Irán en el mundo musulmán.

Si bien Ahmadinejad es un político muy ideologizado, se encuentra con el legado precedente en política exterior para garantizar los intereses nacionales, geoestratégicos y de seguridad de Irán, que terminan modulando su doctrina revolucionaria en pro del factor geopolítico. Una de las principales preocupaciones del Gobierno que representa en su primer mandato son los desafíos que plantea Estados Unidos en materia de seguridad por la presencia militar en la vecindad, principalmente en Iraq y Afganistán, aunque serán los cambios geopolíticos del área los que posterguen las principales amenazas regionales a la seguridad de Irán, posibilitando una mayor influencia de este país y facilitando un engranaje de alianzas intra-extra regionales en Oriente Medio y Asia Central, espacios

prioritarios de la política exterior iraní, y también en otros ejes alternativos como América Latina y África, que contribuyen a diversificar la política exterior.

Las constantes provocaciones verbales realizadas por el nuevo presidente de Irán le granjean fama internacional de ser el nuevo "chico problemático", especialmente para la opinión pública, en las cancillerías de algunos países y en el seno de las Naciones Unidas. Ahmadinejad, con una faceta discursiva desafiante, que también abarca descalificaciones a Israel y a diversos temas sociales sensibles, llega a afirmar que el colapso de los Estados Unidos está muy próximo y que esto provocará la caída del capitalismo a nivel mundial. También acusa directamente a George W. Bush de orquestar los atentados del 11 de septiembre de 2001 para evitar "el fin del régimen sionista y la caída de la economía de los Estados Unidos" (Beehner, 2006: 7), con un discurso agresivo que vigoriza la identidad nacional. Su concepción teórica de la política revisionista se asienta en lo que denomina "idealismo realista", con tres elementos: redefinición de los principios y valores de la comunidad internacional (paz, seguridad y derechos de las naciones), nueva arquitectura internacional y política antihegemónica y crítica hacia el unilateralismo (Simbar y Ghorbani, 2010).

En el análisis de la política exterior en los dos mandatos de Ahmadinejad destaca: a) la profundización de la looking East policy o "política de la mirada al este", que proporciona alianzas alternativas; b) el uso de agentes proxy que intentan influir en el poder político de otros países; c) la revitalización del programa nuclear iraní, a modo de refuerzo en política interna —rescatando el nacionalismo iraní y como elemento de cohesión doméstica que fortifica la legitimidad del presidente— y en política exterior, formando parte de la agenda internacional desde 2007 hasta nuestros días. Ahmadinejad y el ministro de Asuntos Exteriores, Manouchehr Mottakí, diseñan cuatro escalas de actuación en la nueva política exterior de Irán:

Una escala regional, para recuperar las relaciones de "fraternidad islámica" con algunos vecinos musulmanes. Ahmadinejad visitará

cuatro veces Arabia Saudí y se convertirá en el primer presidente de Irán que viaja a Emiratos Árabes Unidos y a diversos países de Asia Central, del Cáucaso y América Latina[10], zonas que muestran la necesidad de Irán de buscar socios, ya sea por amortiguar las sanciones occidentales, por mantener posiciones comunes en pro de un orden internacional multilateral, por motivos de aislamiento político (Fite y Coughlin-Schulte, 2013), por razones ideológicas antioccidentales o por ampliar los espacios de influencia.

Una segunda escala basada en la concepción contrahegemónica del mundo, buscando relaciones positivas con países que combaten el predominio de Estados Unidos y los países occidentales. Esto lleva a Irán a mantener contactos de alto nivel con países como Rusia, Venezuela, Libia, Bolivia o China, con los que formará una "entente antiimperialista" que evita que Irán quede aislado durante la crisis nuclear y las sanciones internacionales.

Una escala chií (Barzegar, 2008: 88), conocida como "creciente chií". Esta teoría se posiciona después de la invasión norteamericana que desmantela el Estado iraquí, aunque desde el conflicto sirio se ha alimentado la interpretación binaria de conflictos en Oriente Medio, mediante un bloque chií frente a otro suní. El primero en utilizar públicamente esta noción fue el rey Abdalá de Jordania en una entrevista en The Washington Post (diciembre de 2004), adoptada posteriormente por los neoconservadores estadounidenses, los países del Golfo e Israel. Este arco chií, bajo el influjo de Irán, también abarca diversos actores no gubernamentales y países como Siria, Líbano, Iraq, partes de Afganistán, zonas de Pakistán, la costa oriental de Arabia Saudí y Yemen.

Una escala "Sur-Sur", denominada tercermundismo, que Irán usa como plataforma para tener voz en organismos internacionales o en el Movimiento de Países No Alineados, del cual el propio Ahmadinejad será presidente entre 2012 y 2013, permitiendo a Teherán desarrollar lazos económicos y políticos con países fuera del área de interés cercana en África, América Latina y el Sudeste Asiático, especialmente en materia energética.

La invasión de Iraq había acercado posturas entre Irán y los países musulmanes vecinos, lo que también capitaliza el Gobierno de Jatamí y su reformismo en política exterior fomentando relaciones político-económicas. Pero la llegada al poder en Bagdad de la mayoría chií vuelve a activar los recelos de los países suníes sobre las intenciones iraníes en la región, así como la postura de las nuevas élites iraquíes que priorizan su política con Irán frente a otros países de la vecindad. Si el Gobierno de Jatamí activó las relaciones entre estos dos actores vecinos, durante el mandato de Ahmadinejad se acrecientan las securitarias, creando un corredor fundamental para el paso tanto de la Guardia Revolucionaria como de los milicianos de Hezbolá, es decir, un puente terrestre hacia dos actores fundamentales para la política exterior de Irán: Siria y Líbano (Ehteshami, 2008: 135).

Irán ha ido acrecentando su influencia en Iraq, en parte sustentando heterogéneos movimientos chiíes y por la presencia en este territorio de efectivos de las fuerzas especiales iraníes para apoyar a estas mayorías. Con la llegada de un Gobierno chií a Iraq, el número de efectivos de estas Fuerzas Quds se incrementa considerablemente y la designación del general Qasem Soleimani como comandante en jefe de estas milicias chiíes con asentamiento en Iraq supone la conversión del país vecino en una base de operaciones para las fuerzas proxy iraníes, siendo de gran utilidad tanto en Iraq como en Siria. La retirada en 2010 de las fuerzas estadounidenses y británicas, así como las elecciones parlamentarias en este mismo año, con unos resultados muy ajustados aunque con la victoria de Maliki en parte por el apoyo demandado por Irán a los partidos chiíes, incluidos los sadristas, producen la casi parálisis política y económica de Iraq, a la vez que un mayor foco de influencia, lo que deriva en la mayor aproximación del régimen iraquí a Irán en busca de seguridad.

Soleimani, considerado por la CIA como el efectivo más poderoso de Irán en Oriente Medio (Filkins, 2013), es la apuesta más fuerte de Ahmadinejad y Jamenei para rediseñar el mapa geopolítico de la región, especialmente en Siria, Líbano, Iraq y Yemen, aunque acreciente el temor de los países árabes suníes. Esta desconfianza que genera Irán en la vecindad, ya sea en Jordania, Egipto o los países del Golfo, provoca la crítica abierta por el incremento de

poder iraní, poniendo en grave peligro la estabilidad regional (Zweiri, 2008: 121) y elaborando el discurso del arco chií o "creciente chíi", expresión que ha cuajado en la política y en los medios de comunicación, cuyo origen se remonta a poco después de la Revolución de 1979 y que se utiliza como una construcción cómoda y esquemática, aunque reductora.

Este término es un recurso muy utilizado por académicos, analistas y políticos, mediante una estructura sencilla y visual que sirve para explicar un concepto complejo y difícil de definir como es el "mundo chií" (Fernández López, 2013: 214). A su vez, la homogeneidad de este "mundo chií" también es discutible, ya que existe una pluralidad de poblaciones chiíes repartidas por zonas geográficas de África, China o Asia y que no representan un todo en sí mismas, al poseer distintas cosmogonías. El denominado creciente chií comienza a formarse en el año 1982 con Hezbolá en Líbano como un instrumento para la sudur al-enghelab, la exportación de la Revolución, lo que no deja de ser una intervención más o menos directa por parte de Teherán a través de la población chií (Fernández López, 2013: 216). Será tras la invasión de Iraq cuando se dé forma geográfica a este arco que agrupa a Teherán, Bagdad, Damasco y Beirut.

Desde Londres y Washington se intenta desarrollar esta idea como contraposición de un "arco suní", en el que algunos investigadores plantean incluso la posibilidad de que Israel forme parte de esta bóveda de alianzas. Las presiones del rey Abdulá de Jordania a Estados Unidos, así como el recelo de Riad y El Cairo sobre los intereses iraníes en la región pueden hacer suponer que el creciente chií, más que una realidad planificada desde Teherán, es una especie de "evocación mítica" por parte de los países árabes a fin de crear un enemigo común más que las políticas exteriores de un amplio número de países de Oriente Medio (Fernández López, 2013: 219 y ss.). Por tanto, con independencia que el creciente chií sea un factor estratégico o religioso de la política exterior de Irán, es una cuestión geopolítica pragmática, ya que Irán también acepta como agentes proxy a milicias suníes en Palestina, así como cualquier tipo de movimiento político disidente que pueda ser utilizado en favor de sus intereses regionales.

Por otro lado, desde la proclamación de la República, Israel ha sido un adversario constante, con el que se rompieron relaciones diplomáticas, y se promueve una política antisemita, lo que contrasta con el periodo del sah en el que, desde la fundación del Estado en 1948, se estableció una política positiva, motivada por la percepción de amenaza de sus vecinos árabes, siendo necesario fomentar alianzas con países no árabes de la región: Turquía, Líbano e Irán. El despliegue de la dialéctica antisemita por parte de Mahmoud Ahmadinejad no solo es fruto del atrevimiento político del presidente, sino una vía para atraer el foco de la opinión pública internacional hacia una estéril guerra dialéctica que opaca el desarrollo nuclear iraní y sus repercusiones internacionales, así como generar una atmósfera de inseguridad autoprovocada que permita a Teherán justificar su escalada nuclear (Haji-Yousefi, 2010: 13).

La línea dura recuperada por Ahmadinejad crece exponencialmente respecto a Israel, al que denomina el "pequeño satán", utilizando la terminología de Jomeini. Durante sus dos mandatos en la Presidencia de la Nación se pueden diversificar en cinco los principales temas de conflicto: en el plano ideológico se recupera el discurso de la pinza entre Tel Aviv y Washington para desestabilizar el orden interno de Irán y que también se expande a foros internacionales; desde el punto de vista discursivo se amplifica la narrativa de acusaciones antisemitas que abarcan desde la negativa del Holocausto hasta la "desaparición en el mapa"; se agudiza la oposición al programa nuclear iraní que Israel venía liderando en la región, junto a Arabia Saudí, ante la revitalización del mismo; por el supuesto apoyo del que el Gobierno sionista dota a grupos opositores internos en Irán, incluido el Movimiento Verde (Paris, 2011: 7-17); por el conflicto en el ámbito militar en 2006 en el sur del Líbano con Hezbolá, en un momento en el que muchos países de la región, como Qatar, Túnez, Kuwait u Omán, intentan normalizar su diplomacia con Tel Aviv. Israel encuadra la política de Irán dentro del realismo ofensivo debido a la cuestión nuclear y a las alianzas con Siria, Hezbolá y Hamás.

En cuanto a la looking East policy, Irán ensancha notablemente la cosmogonía de este vector de política exterior durante las presidencias de Ahmadinejad mediante su aceptación como

observador en la Organización de la Cooperación de Shanghái (OCS)[11], lo que además le permite compartir un foro de discusión y acercamiento a dos potencias regionales con proyección global como son Rusia y China. La OCS también otorga a Teherán una doble ventaja: una red de aliados que le puedan ayudar a combatir el modelo unipolar implantado por Estados Unidos en Oriente Medio, así como una salida financiera y económica para evitar las sanciones internacionales del programa nuclear (Haji-Yousefi, 2010: 14). Con el apoyo de India y China, la República de Irán ha ido asegurando el transporte de petróleo a través del océano Índico y del mar de la China, un medio para aliviar el embargo económico.

Históricamente, en las relaciones Moscú-Teherán dominaba la desconfianza mutua, la rivalidad y el recuerdo como potencia colonizadora. Desde la Revolución este sistema de percepciones se va transformando hacia posiciones de mayor realismo. En concreto, Ahmadinejad encuentra en Moscú una vía para acallar los criticismos de la política exterior iraní, disminuir el aislamiento internacional y radicalizar más la orientación antioccidental. Pero los dos países se encuentran en la arena internacional con la necesidad de reforzar su cooperación en seguridad y defensa, en un momento en el que ambos buscan un socio estratégico capaz de mantener sus respectivos intereses regionales sin dañar los intereses del otro.

Las zonas de interés de estos dos actores internacionales se extienden de Oriente Medio a Asia Central y al Sudeste Asiático. Ambos han optado por resguardar los problemas de seguridad regionales en sus ámbitos, evitando la capacidad de acción de los países occidentales en los conflictos surgidos en estas zonas de influencia (Esfandiary y Tabatabai, 2018: 39). La alianza ruso-iraní también supone la securitización del Cáucaso, el Gran Kurdistán —con Teherán ejerciendo de garante de la paz entre Armenia y Azerbaiyán, así como de contrapeso de la influencia turca en estos países— y, en menor medida, de Afganistán, país que tiene un valor vital para Rusia en su estrategia sobre el espacio postsoviético. A cambio, Rusia devuelve estas ayudas geopolíticas con apoyo en material nuclear y militar, abasteciendo a la planta nuclear de Bushehr y vendiendo su sistema antiaéreo S300 —aunque la entrega de este armamento quede retrasada hasta la llegada al

poder de Rohaní debido a las sanciones económicas impuestas por la ONU—.

Al comienzo del mandato de Ahmadinejad, los acuerdos militares con Rusia suponen un costo de 368 millones de dólares, incluyendo aviones MiG 29, bombarderos SU-24 y tanques T-27 (Esfandiary y Tabatabai, 2018: 139), pese a que el mercado de armas con Irán no es del todo rentable debido a la cantidad de sanciones que ambos países deben sortear. A Moscú le conviene tener medianamente contento a su socio preferente en Oriente Medio, especialmente porque comparten lógicas de poder complementarias y recíprocas, que se ven reforzadas por la tríada Moscú-Beijing-Teherán, un modelo flexible de compenetración internacional en base a preceptos e hilos conductores de las políticas exteriores de estos países, dejando a un lado la política interna, que no entra en los pactos. Irán contempla en la dupla Moscú-Beijing la oportunidad de amortiguar las sanciones internacionales y construir un modelo contrahegemónico a la unipolaridad norteamericana.

En definitiva, la looking East policy busca encontrar "países amigos" entre los "países enemigos" de Estados Unidos, es decir, crear un subsistema dentro del sistema internacional en donde se pueda jugar un papel contrahegemónico en base a relaciones económicas, políticas y diplomáticas. Para ello, Irán no solo busca a Rusia y China, sino que entabla relaciones con países del Sudeste Asiático como la India —debido al interés de ambos por contrarrestar el poder pakistaní, especialmente en Afganistán, y al interés indio por el acceso a recursos energéticos y por buscar canales para la exportación de sus productos—, aunque la intensificación de las relaciones entre Tel Aviv y Nueva Delhi frena mayor acercamiento entre estas potencias.

Irán se caracteriza por buscar un programa nuclear autóctono que ha derivado en tensiones con la comunidad internacional. El nuevo presidente mantiene la premisa del régimen revolucionario en cuanto al tema nuclear como una pieza cardinal en el ámbito interno e internacional en términos de desarrollo económico y de seguridad, como legítimo derecho a generar energía nuclear con fines pacíficos y civiles conforme al Tratado de No Proliferación, precisando uranio 235 enriquecido al 5% para abastecer las

centrales de Bushehr y Darkovin y para los centros de investigación científica en Teherán y Arak, que sembraron la desconfianza en la comunidad internacional, especialmente de la Administración Bush e Israel, ante la posibilidad de transformar la actividad nuclear civil en fines militares. Pese al Acuerdo de París (2004), en el que Irán reitera su compromiso con el Tratado de No Proliferación Nuclear, continúan las tensiones internacionales respecto a los fines de Irán.

Con la llegada del ultraconservador Ahmadinejad al poder se agudiza una escalada de tensión. Francia, Gran Bretaña y Alemania deciden diseñar un plan de incentivos económicos para evitar que Irán reanude el enriquecimiento de uranio, siendo rechazado por el nuevo Ejecutivo alegando que Irán merece tener las capacidades necesarias para prevenir una situación similar a la vivida durante la guerra Irán-Iraq (Beehner, 2006). Jamenei, Ahmadinejad y los assabiyas provienen del mismo círculo, la llamada "Generación de Guerra", y comparten una visión defensiva y realista de la política exterior iraní. Conforme a esta exégesis, Irán tiene las capacidades necesarias para ser autosuficiente (Sadjadpour, 2009: 11), y la vía más fácil para esto es la consecución del arma nuclear o, en su defecto, hacer creer a la comunidad internacional que pueden estar preparados para conseguirla.

En agosto de 2005, nada más confirmarse la elección de Ahmadinejad como presidente de la República Islámica, la OIEA confirma que Irán ha incumplido el Tratado de No Proliferación Nuclear y verifica que Teherán había estado procesando plutonio desde 1998. Poco más tarde, representantes de Alemania, Francia y Reino Unido entregan a Irán el documento "Marco para un acuerdo de largo plazo", en el cual se afirma la predisposición por parte del EU3 (como se denomina a los tres países anteriormente mencionados) para mantener abierto un canal de discusión, en donde todas las propuestas puedan ser recogidas en un futuro acuerdo de manera satisfactoria (Giavedoni Pita, 2013). Sin embargo, esta propuesta será rechazada por el Ejecutivo iraní bajo la argumentación de ser una interferencia en la soberanía nacional.

Un año después, a comienzos de 2006, se reactiva la producción de uranio en la planta nuclear de Natanz y se reanuda el funcionamiento del reactor de agua pesada en Arak. El 2 de junio

de ese mismo año, el E3/EU3 + 3 o P5 + 1, aunque los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas prefieren las siglas P5 + 1 + UE (es decir, los cinco miembros de Naciones Unidas más Alemania y la Unión Europea), acuerda una propuesta de incentivos con la intención de persuadir a Ahmadinejad para reducir la producción de uranio a cambio de un paquete económico que incluye la provisión de reactores de agua liviana, el apoyo de estos países para la entrada de Irán en la Organización Mundial del Comercio, el levantamiento de sanciones por parte de Washington sobre la importación de tecnologías agrícolas y la disponibilidad de uso de recambios y piezas de repuesto para la aviación iraní de fabricación norteamericana.

En la presidencia de Ahmadinejad se incrementarán las resoluciones por parte del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas conforme al capítulo VII de la Carta, aprobándose en 2006 las dos primeras Resoluciones, la 1696 del 31 de julio y la 1737 del 27 de diciembre, por la que se crea el Comité de Sanciones contra Irán como órgano subsidiario del Consejo de Seguridad para hacer el seguimiento de las mismas, a las que le sigue la Resolución 1747 del 27 de marzo de 2007, que, entre otras medidas, impone sanciones a determinadas personas y entidades relacionadas con el programa nuclear. Alí Lariyani, hasta entonces negociador principal en materia nuclear y portavoz del Majlis, dimite en 2007 debido a los continuos roces que mantiene con Alí Jamenei y el Consejo Supremo, siendo relevado por Saaed Jalili, amigo del líder supremo y defensor de la línea dura con la comunidad internacional. Ese mismo año, la Administración Bush y la Unión Europea, de manera unilateral, imponen nuevas sanciones a Irán[12]. En diciembre de 2007 Rusia, según el acuerdo bilateral suscrito con Teherán, entrega el primer envío de combustible para la central nucleoeléctrica de Bushehr, pero con el compromiso explícito de que la OIEA supervise y controle el uso de esos combustibles.

En los dos años siguientes se producen negociaciones a cambio de terminar con el programa nuclear con incentivos económicos, políticos y securitarios que no se saldan en positivo ante la negativa de Teherán, esgrimiendo su derecho a usar uranio con fines civiles. Este periodo de reuniones coincide con la información por parte de Francia y Estados Unidos a la OIEA sobre los planes iraníes para

construir una nueva planta nuclear secreta cerca de Qoms; con un discurso de Obama, recién elegido presidente, en el que afirma que Irán podría tener la capacidad de crear un arma nuclear en el periodo de uno a cinco años (Sanger y Broad, 2009); y con otras medidas no ortodoxas y acusatorias como el virus informático Stuxnet 278, que afecta a las centrifugadoras de la planta de Natanz durante meses (Sciolino, 2008) o los asesinatos de científicos iraníes.

El segundo mandato de Ahmadinejad continúa con la misma línea dura, poniendo en valor la estrategia nuclear con fines pacíficos como un derecho de Irán. Tras la reunión en Bagdad en 2012 del P5 + 1 (Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido y Francia, además de Alemania y la Unión Europea y, por la otra parte, Irán) para retomar el diálogo y aceptar el compromiso de reuniones internaciones periódicas. Ante la negativa de Teherán, el resultado es la aplicación de nuevas sanciones al petróleo y sus derivados, a las que se suman Rusia y China (Al Jazeera, 2012). La OIEA confirma que Irán no ha disminuido la producción de uranio, sino que tiene la intención de enriquecer hasta un 20% de uranio U-235 en sus reactores de investigación. Irán no solo posee minas de uranio propias, sino que utiliza tecnología de centrifugado para producir uranio de bajo enriquecimiento y continúa con la construcción un cuarto reactor nuclear. Aun así, el régimen iranio niega la posesión de armas nucleares, sin poderse demostrar la existencia de cabezas nucleares, lo que no significa la existencia de evidencias de un programa nuclear cuyo fin es la consecución de armas nucleares en un futuro próximo (Giavedoni Pita, 2013: 23).

ROHANÍ: MAYOR FLEXIBILIDAD Y REVITALIZACIÓN

La llegada de Rohaní al Gobierno de Irán demuestra la tendencia del electorado hacia el voto reformista y a una política interna y externa de mayor flexibilidad. Alí Jamenei y sus principalistas comprendieron que la línea conservadora no podía soportar otro mandato plagado de intervenciones directas por parte de la Guardia Revolucionaria, con la economía asfixiada y amaños políticos en favor de un candidato designado. A su vez, los conservadores concebían esta etapa reformista como un ínterin que volvería a demostrar el fracaso de la gestión económica y abriría nuevas posibilidades a la facción hardliner. Además, las competencias como centro de decisión del Consejo Supremo de Seguridad Nacional en materia de política exterior y de seguridad, donde se verifican muchos intereses contrapuestos, jugarían a su favor (Servitja Roca, 2013). Por su parte, el nuevo presidente necesitaba contrarrestar la insatisfacción de la población en los planos político y económico y presentar resultados positivos que reafirmaran su poder político.

La presidencia de Hasán Rohaní al frente de las negociaciones nucleares durante 2003-2005, un periodo muy delicado, y los diversos cargos desempeñados en el área de seguridad y defensa le convierten en una figura conocida tanto para conservadores y reformistas como para la opinión pública, a lo que se suma su acreditación positiva en muchas cancillerías, gozando de un perfil clave en una época de distensión necesaria tras los turbulentos Gobiernos de Ahmadinejad. Las derivadas de las Primaveras Árabes en muchos países del MENA (Middle East and North Africa) alentaron a los países europeos y al propio Barack Obama a encontrar una vía más favorable al diálogo, sabiendo que esta cuestión se debía abordar con prudencia si quería renovar otra legislatura de Administración demócrata y teniendo la oposición del principal aliado no árabe en la región, Israel, con quien la relación era más compleja por el tema de los asentamientos pese a haber aumentado la cooperación militar[13].

El undécimo Gobierno republicano de Irán, que acaba siendo uno de los más tecnocráticos de la historia del país, no renuncia a actuar en la vecindad mediante actores proxy que le posibilitan la extensión de su poder e influencia. Sin embargo, sí marca dos objetivos centrales diferentes al periodo Ahmadinejad: recuperación económica del país[14] y reconciliación con la sociedad internacional a través de la creación de un clima de confianza mutua y el "acercamiento constructivo y dignificante con el mundo" (Ditto, 2013: 63), generando una imagen positiva y de prestigio. En relación con la acción exterior, Rohaní, en su obra Seguridad nacional y diplomacia nuclear, recoge los principios que deben presidir la política exterior de Irán, siendo el eje central generar una "atmósfera de seguridad" (Ditto, 2013: 64) que evite que Irán sea percibido como un actor disruptivo de la política internacional. En esta lógica, el multilateralismo será también otro de los vectores, como pone de manifiesto un ensayo del ministro de Asuntos Exteriores Javad Zarif, al afirmar que "la búsqueda colectiva de soluciones comunes a problemas comunes, ha probado sobradamente su efectividad tanto a nivel regional como a nivel global. Incluso las grandes potencias han aprendido por la vía dura que ya no pueden conseguir sus objetivos particulares unilateralmente" (Zarif, 2014: 51).

Otra de las líneas sustanciales que va a definir la política exterior iraní en el periodo Rohamí es el tema nuclear, en el que se aprecia la rotación de una política ideologizada a otra pragmática, más propia de un Estado moderno que se puede beneficiar de la adopción de un acuerdo que le permitiría salir del aislamiento internacional y mejoraría la economía de Irán, así como consagraría un resultado óptimo para la diplomacia preventiva que se enfrentaba a un gran desafío en cuanto a seguridad y proliferación nuclear a nivel global. El presidente de Irán apostará por hacer del tema nuclear el mejor paradigma de política conciliadora y cooperativa (González del Miño, 2019). Empero, los sectores conservadores del régimen contrarios a un acuerdo en esta materia realizan una lectura en tono a tres claves: amenaza para la seguridad de Irán, para los principios y valores de la Revolución y para la religión musulmana.

Sin duda, uno de los principales retos para Rohaní es permanecer en

el conflicto sirio hasta la búsqueda de una solución en la que Irán no pierda su influencia sobre Damasco, mientras intenta construir una línea de diálogo con sus vecinos del Golfo en medio de la "pequeña Guerra Fría" con Arabia Saudí. En sus discursos durante la campaña electoral de 2013, el entonces aspirante a la presidencia de Irán elaboraba un relato basado en que el destino de Siria solo corresponde a la lucha del pueblo sirio, aunque en realidad las milicias chiíes como Hezbolá han sido determinantes tanto para la supervivencia de Bashar al-Assad en la presidencia como para mantener enclaves estratégicos y para frenar a Daesh.

Siria significa para Irán un componente geopolítico como único aliado árabe y una de las mejores bazas en la región. Teherán también es el principal socio financiero del Gobierno de la República Árabe de Siria desde el conflicto de 2011, que no solo mantiene la cooperación económica, sino que se incrementan los préstamos suponiendo una ayuda inestimable. En enero de 2013, una de las últimas medidas adoptadas por el Ejecutivo de Ahmadinejad fue la concesión de una línea de crédito por valor de 1.000 millones de dólares, préstamo que ha sido utilizado por Damasco para la importación de productos alimenticios y manufacturados (Saul y Hafezi, 2014). Un segundo crédito se adjudica unos días después de la llegada de Rohaní al palacio de Saad Abad por valor de 3.600 millones de dólares y se emplea para adquirir petróleo y gas (Al-Khalidi, 2013). En 2015, el enviado especial de Naciones Unidas en Siria, Steffan de Mistura, estima que la ayuda de Teherán a Damasco equivale a 6.000 millones de dólares anuales, a lo que hay que añadir las líneas de crédito, unos 4.000 millones más (Milosevich, 2017).

A su vez, la presencia de miembros de la Guardia Revolucionaria y de milicias chiíes al sur de Siria permite a Irán extender —no en un plano físico— las fronteras hasta Israel, que ve con temor la presencia de Hezbolá no solo en Líbano sino además a pocos kilómetros de su frontera. Esta percepción de amenaza también se genera en los Estados vecinos por las fuerzas iraníes desplegadas en territorio sirio. Se calculan unas 2.000 unidades de la Fuerza Quds, a las que se suman fuerzas especiales del Ejército regular, unos 5.000 milicianos de Hezbolá y miles de combatientes procedentes de Afganistán y Pakistán. El apoyo táctico de Irán también incluye a

las Fuerzas de Defensa Nacional, que tienen como modelo operativo las milicias Basij de Irán (Kamali Dehghan, 2015). En 2015, coincidiendo con la firma del Acuerdo de Viena, se recrudece la guerra con la ofensiva del Ejército sirio sobre el norte de Alepo, que supone sucesivas victorias frente a las diferentes facciones islamistas y rebeldes que conforman la oposición al Gobierno de Al-Assad (Castro Torres, 2016).

Un año después de la victoria electoral de Rohaní se va a producir un hito para ensanchar, aún más, la influencia iraní en Iraq, pues en el verano de 2015 Daesh llega a unos 50 km de la frontera con Irán, lo que se traduce no solo en desequilibrios económicos y políticos en el país vecino, sino en mayor presencia de las fuerzas Quds y en el aumento en cuanto a provisión de suministros militares, formación e intercambio en el ámbito de la inteligencia a través de los Guardianes de la Revolución o pasdaran y en el refuerzo de las milicias chiíes que luchan contra Daesh, que se cifran en unos 100.000 combatientes. Las fuerzas de Estados Unidos cooperan también con el Ejército iraquí y los efectivos iraníes contra los contra los yihadistas.

Irán es consciente de que la existencia de Daesh y la ocupación de territorio en Iraq y Siria legitima la presencia de sus tropas y le granjea en este caso concreto una imagen positiva ante la sociedad internacional a la vez que una mayor influencia sobre sus aliados, atando a estos países a una situación en la que Teherán es indispensable como árbitro para su seguridad interna y para la regional (Ben Taleblu, 2015). Incluso, no se puede descartar que los avances de Daesh también supongan una buena coartada para consolidar su presencia en estos vecinos del área (Takeyh, 2017), aunque Teherán enmascare la protección de sus intereses con un relato positivista de apoyo a los musulmanes chiíes ante las fuerzas terroristas y radicales para evitar que se hagan con estos países, que son sustanciales para el poder regional iraní, o para presentar al chiismo y a la Revolución Islámica como una distinción fundamental con respecto al fundamentalismo suní.

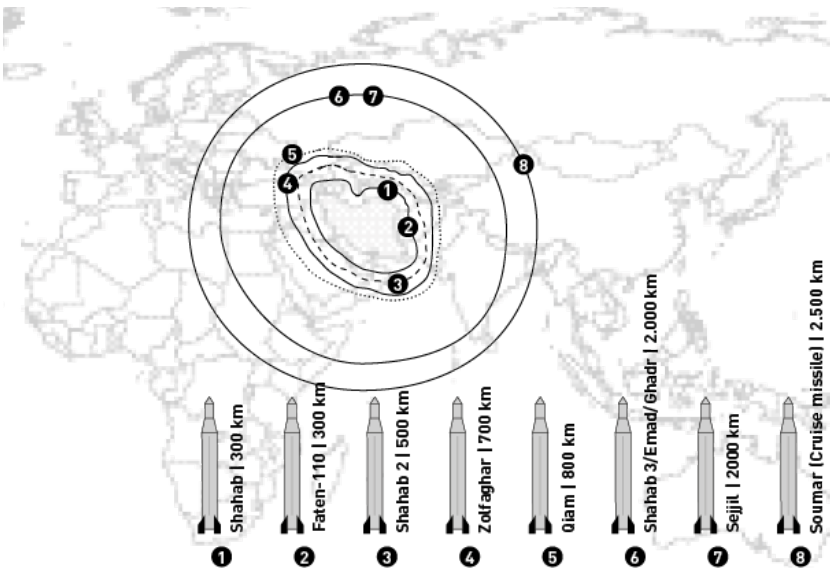
Con respecto a sus vecinos, Irán se encuentra bastante por debajo en cuanto a gasto militar en relación con el PIB, en parte por las sanciones internacionales, recibiendo un importante impulso esta

partida presupuestaria tras la firma del Acuerdo de Viena. Durante la presidencia de Rohaní, en concreto a lo largo de 2016, Teherán realiza varios lanzamientos de misiles, siendo especialmente controvertido el caso del misil Sahab-3, guiado y con capacidad de transportar una cabeza nuclear, acto que será denunciado por Estados Unidos ante la ONU (Castro Torres, 2016). Es el propio Jamenei quien sostiene la apuesta por el programa balístico, argumentando razones de soberanía nacional como un derecho de Irán a defenderse de las agresiones exteriores, no siendo una cuestión de la comunidad internacional.

FIGURA 2

CAPACIDAD BALÍSTICA IRANÍ Y PRINCIPALES MISILES IRANÍES

SEGÚN SU CAPACIDAD



Irán posee el mayor y más diverso arsenal de misiles del Medio Oriente, con miles de misiles balísticos y de crucero de corto y medio alcance, capaces de alcanzar Israel y el sureste de Europa. Los misiles se han convertido en una herramienta

central de la proyección del poder iraní y sus capacidades de denegación de acceso a áreas frente al poder aéreo y naval de EE UU y el Consejo de Cooperación del Golfo en la región.

Fuente: https://missilethreat.csis.org/country/iran/

El programa de misiles balísticos, que aumenta con el apoyo tecnológico de Corea, como han denunciado en el Consejo de Seguridad Israel y Estados Unidos, se convierte también en un tema controvertido. El desarrollo de los misiles de crucero, concretamente los denominados Soumar, creados a partir de una variante de misiles comprados a Ucrania en el año 2001, y los Hoveyzah, producidos durante el mandato de Rohaní y lanzados por primera vez en el 40 aniversario de la Revolución Islámica en febrero del año 2019. Los misiles de medio rango Emad y su otra variante, Ghader, serán revelados a la opinión pública en el año 2015, mientras otro misil, denominado Jorramshahr, está siendo desarrollado a partir de modelos norcoreanos que, a su vez, son variantes de un misil soviético producido en 1968.

TABLA 2

CAPACIDAD Y OPERATIVIDAD BALÍSTICA DE IRÁN

Denominación del misil	Rango	Capacidad operativa
Ra'ad	150 km	operativo
Shahab 1	285-330 km	operativo
Fateh 110	300 km	operativo
Shahab 2	500 km	operativo
Fateh 313	500 km	operativo
Zulfaquir	700 km	operativo
Shahab 3	1.300 km	operativo
Emad (variante Shahab 3)	1.700 km	en desarrollo
Sejjil	2.000 km	operativo
Soumar	2.000-3.000 km	operativo (presumiblemente)
Hoveyzah	1.300 km	operativo (presumiblemente)

Fuente: https://missilethreat.csis.org/country/iran/

EL ACUERDO NUCLEAR. CONSECUENCIAS REGIONALES E INTERNACIONALES

La teoría del equilibrio de poder, como aquellas acciones de los Estados que tratan de impedir la preponderancia de un país manteniendo el equilibrio entre los países dominantes, coloca a la nueva política exterior de Irán en una situación de afirmación de un statu quo regional que permita disminuir el dilema de seguridad que se ha instalado en Oriente Medio desde las fallidas negociaciones nucleares durante el mandato de Ahmadinejad. En su estrategia principal, Rohaní interpreta que tanto Estados Unidos como la Unión Europea están practicando lo que en Relaciones Internacionales se denomina buck passing, y que viene a significar que las grandes potencias, ante el surgimiento de una amenaza seria para sus intereses como puede ser un Irán con un programa nuclear autóctono, van a intentar que otros Estados actúen o asuman el costo de enfrentarse a la amenaza en vez de desgastarse en una oposición directa. Por esto, Estados Unidos y Europa usan a los países del Golfo e Israel como métodos de contención contra la República Islámica de Irán en su búsqueda de la hegemonía regional[15].

El acuerdo internacional sobre el programa nuclear de Irán, Joint Comprehensive Plan of Action (JCPOA), o Plan de Acción Integral Conjunto (PAIC), firmado en Viena el 14 de julio de 2015[16] tras varios años de negociaciones entre Irán y el denominado P5 + 1, integrado por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU más Alemania junto con la Unión Europea[17], y ratificado por el Consejo de Seguridad mediante la Resolución 2231 (2015) supone un antes y un después, tanto en la política interna y regional de Irán como en la política internacional hasta la salida formal de Estados Unidos del mismo en 2019. El acuerdo comprende una doble finalidad: en primer lugar, reorientar el programa nuclear iraní hacia fines pacíficos y comerciales mediante incentivos económicos que también abarcan el final de las sanciones

(Antón Zunzunegui, 2015) y, en segundo lugar, establecer estrictas restricciones materiales al mismo, mediante mecanismos de verificación y transparencia a Irán para imposibilitar, en un periodo entre 10 y 15 años, la producción de material fisionable para fines nucleares.

Con este acuerdo, la comunidad internacional pretende controlar y finalizar el enriquecimiento de uranio para fines militares, estableciendo un programa de verificación y vigilancia por la OIEA "de manera imparcial y objetiva". El JCPOA combina una doble dimensión: política, para garantizar a la comunidad internacional una solución global respecto a la finalidad únicamente pacífica y, técnica, para modificar el programa nuclear. Por tanto, supone para Irán: a) la revitalización en el ámbito interno con consecuencias políticas, sociales y económicas; b) la apertura hacia el exterior con mejor encaje en la comunidad internacional; c) una imagen más positiva en el complejo ámbito regional, disipando la amenaza nuclear entre sus vecinos; d) el levantamiento de las sanciones impuestas desde 2006, que a su vez suponían limitaciones al comercio, al material militar y a las transferencias financieras, principalmente.

La naturaleza jurídica elegida[18] para este acuerdo supera la cuestión procedimental. Se suele señalar que los Estados acogen un enfoque conservador y restrictivo mayor en los tratados internacionales que en los acuerdos políticos. Por ello, en estos últimos, el incumplimiento no supone la responsabilidad internacional, ni otras consecuencias jurídicas. Aunque el JCPOA corrobora su naturaleza no vinculante y pese a la reiterada afirmación de este carácter, el JCPOA "no parecía estar concebido como tal, pues enunciaba compromisos a medio y largo plazo, dirigidos a limitar la capacidad de actuación futura de las Partes. Obama se encontraba a un año de finalizar su segundo mandato y se suscitaba el interrogante de su obligatoriedad para la siguiente Administración. Si se consideraba que era un acuerdo no vinculante, desde la perspectiva del Derecho Internacional no existiría ningún obstáculo para que la Administración Trump se retirara del mismo y restableciera las sanciones previamente adoptadas por Estados Unidos" (Pozo Serrano, 2019: 229).

Por razones diferentes, Rusia y China estaban particularmente interesados en alcanzar una posición común sobre el programa nuclear, aunque ambos en el periodo de sanciones sorteaban el aislamiento, pues a Irán le interesaban mercados donde colocar excedentes de sus hidrocarburos y socios proveedores de productos básicos y de material armamentístico. A su vez, Rusia aprecia dos supuestos: la posibilidad de reducir el foco de tensión internacional por sus acciones en Crimea y Ucrania a través de la participación en la negociación nuclear, y afianzar su posición en Siria mediante el apoyo a Teherán en estas conversaciones a gran escala (Castro Torres, 2018). Por su parte, China, que se había convertido en el primer socio comercial de Irán tras las sanciones —importando el 25% de la producción petrolera— adquiere nuevo protagonismo en la escena internacional con su participación en este acuerdo y apoyando a Teherán como muestra de multilateralismo.

Para la Administración Obama la firma del JCPOA podría suponer uno de los mejores colofones a esta presidencia, a pesar de tener que sortear los intentos de bloqueo por parte del Congreso, así como uno de los acuerdos multilaterales más costosos de firmar, que se traduciría en un triunfo no solo para Estados Unidos, sino para la comunidad internacional, en donde la potencia norteamericana jugaba un papel decisivo. En relación con la Unión Europea, esta llevaba años intentando una postura más conciliadora que favoreciera el diálogo constructivo y rebajara la tensión para construir un acuerdo que supondría uno de los escasos éxitos de la diplomacia europea en los últimos tiempos. Esta política de acercamiento para resolver la crisis iniciada en 2003 —se inicia con el alto representante de Política Exterior y de Seguridad Común[19], continuando con las representantes de Asuntos Exteriores y Política de Seguridad[20] y los tres países miembros—, permite retomar relaciones diplomáticas, políticas y económicas que habían quedado paralizadas por la postura de Teherán (Blockmans y Viaud, 2017). La Unión Europea utiliza el tema nuclear iraní como un factor que mejora su imagen a escala global, al posicionarse como tercer elemento de esta compleja relación.

Desde el ámbito psicológico, y respecto a lo que significa para los iraníes aceptar una imposición normativa de este calibre, asentada en parámetros occidentales basados en la concepción de la

soberanía en unos límites estatales actuales, ven cierta debilidad en el hecho de tener que pactar o acordar cosas, especialmente porque la negociación en el mundo persa es una imposición de criterios, no un acercamiento de posturas (Castro Torres, 2018). Los iraníes tienen un carácter defensivo por naturaleza, y eso se debe al resentimiento histórico de haber sido tratados constantemente con injusticia por las grandes potencias (concretamente durante las guerras del siglo XIX). Por ello, aplican un concepto conocido como zirangi, que no es otra cosa que un método de comunicación usado para que el receptor nunca quede completamente convencido de si han aceptado o no los términos de un acuerdo (Castro Torres, 2018: 13). Los sectores progresistas del régimen, encabezados por el presidente Rohaní, optaron por la racionalidad y el pragmatismo favorable que suponía la firma del acuerdo, defendiendo su soberanía nacional dentro del marco del Derecho Internacional y la cooperación.

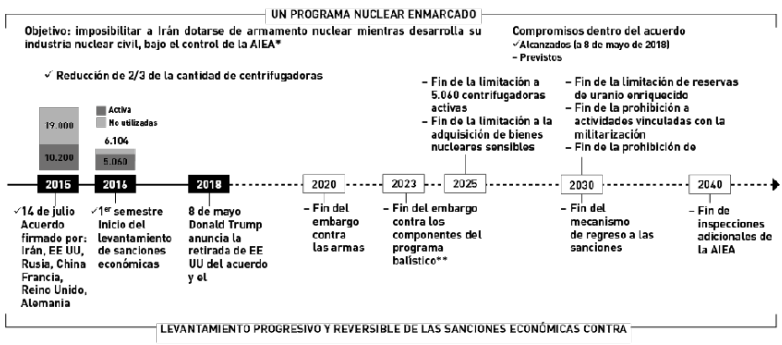
El JCPOA puede ser definido como un acuerdo "win to win", en el que todas las partes cooperan en pro de un objetivo, que es la consecución del beneficio común. Aunque también puede entenderse "como un método way out que pretende encontrar una vía rápida y de suma positiva ante la imposibilidad de obtener ningún beneficio posterior si no se alcanza un pronto acuerdo" (González del Miño, 2019: 197). Contiene más de 100 folios y cinco anexos, regulando las bases para el posterior desarrollo de la actividad nuclear de Irán y los regímenes de retirada de sanciones y control del acuerdo, marcando un marco temporal de aplicación en el anexo V[21]. En cuanto a los compromisos políticos cabe destacar: a) Irán no desarrollará ni adquirirá armas nucleares, aunque se consagra el derecho a la utilización de la energía nuclear con fines pacíficos conforme a lo estipulado en el Tratado de No Proliferación Nuclear; b) será la OIEA la organización que vigila y verifica el cumplimiento del acuerdo, elaborando informes periódicos y quedando reforzado el sistema de inspección mediante un mecanismo complementario integrado por los miembros del E3/UE +3 e Irán; c) se levantan las sanciones multilaterales y nacionales. En relación con las medidas de carácter técnico contempladas "se refieren básicamente a cuatro cuestiones: el nivel de enriquecimiento de uranio; el rediseño del reactor 'plutonígeno' de Arak; las medidas de transparencia y vigilancia; y el régimen de

sanciones” (Garrido Rebolledo, 2018: 376).

Las medidas que examina el JCPOA en relación con la energía nuclear son una de las partes céntricas del mismo puesto que alejan la posibilidad de confrontación militar, una de las amenazas a la seguridad latentes, no solo para los vecinos, sino para la comunidad internacional. La finalidad última “no es privar a Irán de toda capacidad nuclear, sino aumentar el break out time, el tiempo que necesitaría Irán para enriquecer suficiente uranio a un nivel adecuado como para producir una bomba atómica. Antes del acuerdo se estimó que Irán podría lograr suficiente uranio para fabricar el arma nuclear en menos de 3 meses, tras el Acuerdo se calcula que precisaría al menos de 12 meses para ello, tiempo suficiente como para detectar la realización de actividades contrarias al acuerdo y reaccionar” (Rebollo Díez, 2018: 189).

figura 3

ACUERDO SOBRE EL PROGRAMA NUCLEAR IRANÍ



***Agencia Internacional de Energía Atómica **Salvo misiles balísticos con ojiva nuclear**

Fuentes: Acuerdo de Viena, documentos franceses.

Se aplican importantes restricciones al enriquecimiento de uranio,

al programa I + D sobre centrifugadoras, a la cantidad de centrifugadoras ya instaladas y a la construcción de nuevas instalaciones. Aunque no se admite que Irán construya nuevas instalaciones para el enriquecimiento de uranio durante tres lustros, sí que se permite poseer uranio enriquecido hasta el 3,67%, aunque la propuesta iraní quería subir al 5%. Este reconocimiento del derecho de Irán a poseer reservas de uranio "supone una concesión de 'derecho de facto a enriquecer uranio', siendo este sin duda el aspecto más controvertido del acuerdo. El JCPOA supone una concesión importante por parte de Estados Unidos a Irán dado que, en todos los acuerdos de cooperación nuclear en materia civil Washington ha exigido la renuncia de sus contrapartes a desarrollar la tecnología necesaria para enriquecer uranio" (Garrido Rebolledo, 2018: 377).

Desde 2006, Irán estaba condicionado por las sanciones internacionales que incluyen medidas restrictivas al comercio, la tecnología, la financiación y la energía conforme a las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas —1696 (2006), 1737 (2006), 1747 (2007), 1835 (2008) y 1929 (2010)—. En el primer periodo, es decir, de 2006 a 2010, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas ponía énfasis en los incumplimientos de Irán respecto a las exigencias de la OIEA (Garduño, 2011). El programa de sanciones establecido se centraba en los activos militares, energéticos, económicos y diplomáticos, aunque estas restricciones se fueron debilitando en el proceso de negociación, dando lugar a que Teherán pudiera revitalizar sus relaciones exteriores, sobre todo con Estados Unidos y la Unión Europea (González del Miño y Hernández Martínez, 2020).

Aunque algunas sanciones ya fueron levantadas, las que permanecen en el JCPOA solo afectan al programa nuclear y a sus actividades conectadas. Las que aplicó la Unión Europea incidían en la economía[22], la industria, el sector financiero-bancario, el comercio de metales preciosos, los seguros y la tecnología, aunque desde el 31 de julio de 2015 se levantaron las sanciones económicas y financieras. La Unión Europea ha venido aplicando, desde que el Consejo asumió iniciar la negociación con Irán[23], una política de "palo y zanahoria", mediante instrumentos políticos, económicos y diplomáticos (Garrido Rebolledo, 2017: 421-422), aunque el tema

de las sanciones siempre resulta controvertido, pues a pesar de los disensos en esta materia entre los miembros comunitarios, termina prevaleciendo el acuerdo.

Respecto a Estados Unidos: “La situación es más complicada. La legislación estadounidense distingue entre sanciones primarias (aplicadas a ciudadanos estadounidenses o residentes en su territorio, a los que se les impide realizar determinadas transacciones) y secundarias (aplicadas a personas no residentes o no nacionales de EEUU y/o a las transacciones realizadas fuera de su territorio). Con respecto a las sanciones primarias, solo han sido levantadas un número reducido de ellas […]. Las sanciones levantadas a partir de la aplicación del PAIC son principalmente las secundarias, que afectan transacciones bancarias y financieras con determinados actores iraníes (incluyendo el Banco Central, la Compañía Nacional de Petróleos de Irán (NIOC) y otras entidades financieras); las transacciones que impliquen tramitar, mantener fondos o cuentas fuera de Irán en riales iraníes; las operaciones relacionadas con la emisión de deuda soberna iraní y la provisión de servicios de mensajería financiera al Banco Central iraní. EEUU ha levantado también las sanciones secundarias que afectaban al sector de la energía” (Garrido Rebolledo, 2018: 386).

El levantamiento de las sanciones internacionales, como base jurídica y contrapartida a las imposiciones que comporta el acuerdo, constituye un método anticipado para que el régimen de Irán compruebe las ventajas del cumplimiento de las normas internacionales, sin tener que retrotraerse a etapas pretéritas y sin soportar las limitaciones impuestas al programa nuclear y a sus actividades conexas[24], es decir, al comercio, las transacciones financieras y de material militar. Sin embargo, la cuestión es un poco más compleja. En efecto, es cierto que el levantamiento de las sanciones interviene automáticamente una vez que el Informe del OIEA confirme la aplicación por Irán del conjunto de medidas que figuran en los puntos 15.1-15.11 del anexo V. Por lo tanto, si la aplicación por Irán de estas obligaciones se lleva a cabo en su totalidad, las resoluciones del Consejo de Seguridad sobre esta materia se darán por terminadas, tal y como recogen los párrafos 18 del acuerdo y del anexo V, así como por los párrafos 7-8 de la Resolución 2231 (Bermejo García y Gutiérrez Espada, 2015: 56).

En suma:

La UE se compromete a terminar con todas las sanciones económicas y financieras que se aplicaban relacionadas con la energía nuclear en torno a las siguientes materias:

Levantamiento de la prohibición de intercambios bancarios con la Unión Europea, así como las sanciones sobre las transferencias entre particulares, organizaciones e instituciones financieras iraníes y europeos.

Garantía de seguros, créditos y apoyo financiero a la exportación iraní, así como a la exportación petrolera y petroquímica e inversiones en el tejido industrial y petrolero iraní.

Levantamiento de sanciones a la exportación de materiales como grafito, oro y a la importación de tecnologías clave.

Levantamiento de sanciones sobre la importación de tecnologías referidas a la producción petrolera y el recambio de maquinaria extractiva.

Por su parte, Estados Unidos se compromete a:

Levantar las sanciones sobre las transacciones bancarias y financieras entre Washington y Teherán y volver a realizar transacciones en riales iraníes.

Reactivación de la inversión en empresas iraníes y permiso para la creación de empresas conjuntas, sean de bienes, servicios o de tecnología.

Levantamiento de las sanciones sobre la importación y exportación energética.

Permiso para las transacciones con el sector naval y aéreo, así como levantamiento de la prohibición de repostaje de compañías aéreas iraníes sobre suelo estadounidense y/o la reparación de los mismos (Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, 2015).

A partir de la entrada en vigor del JCPOA se aprecian dos tendencias relativas a los efectos del mismo. Una más optimista, al renunciar Irán a las actividades nucleares con fines no pacíficos, que reduce la percepción de amenaza regional e internacional —pese a las reticencias de Estados Unidos, Israel, Arabia Saudí, Egipto y algunas otras monarquías del Golfo— y que podría desembocar en la ampliación de la cooperación en otros ámbitos. La otra tendencia se aproxima a la "desconfianza, al considerar que el Acuerdo se trata, en realidad, de una pieza clave de una estrategia negociadora más global y a más largo plazo por parte de Irán, con el propósito de distraer la atención internacional y ganar tiempo en su camino hacia la construcción de la bomba nuclear, creando al mismo tiempo una nueva geometría de poder en Oriente Medio y en sus relaciones con los países vecinos, como consecuencia del levantamiento de las sanciones económicas a Irán" (Garrido Rebolledo, 2018: 173).

Desde la campaña electoral, Donald Trump convirtió al JCPOA y a Irán en una línea dura de su futura política exterior en contraposición a la Administración demócrata, quebrando la "Doctrina Obama" que, a su entender, resultaba blanda en relación con los intereses de Estados Unidos. La retórica electoral se transformó en realidad al asumir la presidencia (20 de enero de 2017), mostrando la animadversión del presidente hacia el acuerdo, al considerarlo "desastroso" y afirmar que "sería la prioridad número uno de su Administración". A esto cabe sumar, en primer término, las presiones, principalmente del incondicional aliado no árabe de Estados Unidos en la región, Israel, como pivote de la política exterior y de seguridad de la actual Administración republicana y, en segundo término, el hecho de que Irán pueda

convertirse en una potencia nuclear, puesto que el acuerdo no resulta suficientemente efectivo para descontar esta posibilidad. Estos razonamientos constituían motivos suficientes para implementar lo previsto en el anexo II. Además, en este cuadro también cabe incluir otra consideración de carácter político, pues por la Iran Nuclear Agreement Review Act (aprobada en mayo de 2015) el Congreso puede mantener un control sobre el JCPO, dado que cada 90 días ha de ser informado del cumplimiento de lo acordado.

Para Trump el acuerdo resulta insuficiente por varias razones: "Establece una fecha límite (10 años) en lugar de ser indefinido, debería permitir inspecciones inmediatas e irrestrictas a todo tipo de instalación nuclear, no incluye restricciones al programa misilítico iraní y, sobre todo, no establece límites al accionar regional de Irán" (Botta, 2018: 5). Aunque el JCPOA no tiene mecanismo de salida y la reactivación de las sanciones[25] rompe unilateralmente lo suscrito, el presidente anuncia —8 de mayo de 2018— el abandono del acuerdo, reafirmando el periodo de "máxima presión" hacia Irán. El resultado final no resulta fácil de calcular, aunque no se deba a razones tanto técnicas como políticas y geoestratégicas de la política exterior de la Administración republicana, que prefiere quedarse solo en relación con los firmantes frente a mantener la sintonía con la comunidad internacional.

Irán resumió la postura de la potencia norteamericana como "lo que es mío es mío, lo que es tuyo tiene que ser negociado nuevamente y lo que te he dado me debe ser devuelto" (Ministro de Exteriores de Irán, 2018). Las perspectivas de crecimiento económico iraní tras el acuerdo empezaron a materializarse con el levantamiento de las sanciones y la liberalización de las inversiones, recuperando en 2017 el puesto 74 en los Indicadores de Competitividad Global. No obstante, ante la postura de Estados Unidos, la recuperación de las sanciones y el sistema de presión máxima, el régimen de Irán defiende que se mantuvieron fieles al marco del JCPOA, aunque admite, y así lo declara el propio presidente Rohaní, que han defendido con ahínco este acuerdo y lo que supuse la política de apertura. No obstante, y aunque se sigan manteniendo las inspecciones de la OIEA, sí que confirman la reducción gradual de

los compromisos adquiridos y la no adhesión a ninguna limitación, entre ellas la del enriquecimiento de uranio, lo que se puede interpretar como una doble apuesta: un guiño a los ultraconservadores iraníes que vienen tachando de fracaso la política del presidente en materia nuclear y un elemento de presión al resto de signatarios del acuerdo, pero sin que se traduzca en una ruptura total que justifique la reimposición de sanciones por parte de las Naciones Unidas o por la Unión Europea.

La salida de Washington del JCPOA presume una brecha con los socios europeos, a excepción del Reino Unido[26]. La Unión Europea traduce este acuerdo como un éxito del multilateralismo, la reintegración de Irán en la sociedad internacional, a la vez que se amplían las posibilidades de negocios en un mercado de 80 millones de habitantes[27], con una posición geopolítica importante y con un saludable potencial gasístico y petrolero. Bruselas ha mantenido un discurso potenciador de los beneficios que supone el acuerdo como instrumento en pro de la seguridad nacional y regional. En esta línea, la diplomacia europea viene trabajando para fomentar las ventajas de permanecer mancomunados, sin romper el vínculo transatlántico pese al alto grado de polarización. Aunque la estrategia de Bruselas no está dando resultados favorables, continúa dirigiéndose a Washington en busca de lograr una desescalada que permita recuperar el espíritu de cooperación, pese a que Teherán considere que los europeos no están haciendo lo suficiente (Yubero, 2018).

CAPÍTULO 4

VECTORES DE SEGURIDAD EN LA POLÍTICA EXTERIOR DE IRÁN: PRINCIPALES OBSTÁCULOS EN LA CONSECUCIÓN DE LA HEGEMONÍA REGIONAL

La política exterior de Irán se ha ido adaptando a lo largo de las distintas presidencias y de las relaciones que ha mantenido el Ejecutivo con el líder supremo. La lucha por la hegemonía regional no es solo un objetivo presente en la agenda iraní, sino que los intereses nacionales de muchos Estados de la región están en juego en este dilema de seguridad que ya se generó durante la etapa imperial y monárquica. A pesar de los diversos cambios que ha experimentado la política exterior de la República Islámica, los vectores fundamentales permanecen e, incluso, se han reforzado en algunos casos a través del pragmatismo que se instauró durante la década de 1990. Irán tiene intereses nacionales muy definidos en Siria, Iraq, Líbano y Yemen, asumiendo los conflictos político-sociales existentes en la construcción estatal de estos actores regionales con más o menos intensidad dependiendo de su relación con las minorías chiíes presentes en esos territorios o en función de la importancia que suponen para la consecución de sus intereses.

El temor a la expansión de la Revolución Islámica dio paso a la desconfianza mutua con otras potencias de Oriente Medio, especialmente Arabia Saudí, país que se ha erigido como la vanguardia regional contra el expansionismo de Teherán por las capacidades militares, sociopolíticas y financieras que posee. Irán ha ido incorporando paulatinamente a diversos actores estatales y no estatales a su órbita de influencia, en algunos casos favorecido por el contexto regional, tomando cuerpo la estrategia de defensa adelantada, trasladando los conflictos fuera de su territorio, interviniendo en ellos en función del grado de interés que suponen para la política exterior y teniendo mayor capacidad para acercarse a Israel en caso de guerra.

Las alianzas regionales que han surgido durante el transcurso de esta “pequeña Guerra Fría” entre Arabia Saudí e Irán están generando una situación de paz armada, que se plasma mediante actuaciones de agentes proxy, debido especialmente a la expansión

de poder regional, acentuada por la falta de un liderazgo unívoco tras la desaparición de Egipto con Nasser, Iraq con Saddam Hussein o Libia con Gadafi. Realmente, estas intervenciones agudizan los conflictos subsidiarios en los que participan tanto Irán como Arabia Saudí y la coalición de países árabes respaldada por Washington. El Ejecutivo de Donald Trump, desde su salida del Acuerdo de Viena, ha intentado fomentar una especie de OTAN islámica que funcione como la punta de lanza de una política de contención de Irán en la región. El alivio sancionador establecido por el JCPOA ha permitido que Irán refuerce su posición internacional y como país clave en Oriente Medio, tomando ligera ventaja en el enfrentamiento con el reino saudí debido a la mayor capacidad de acción de sus agentes en el exterior y a las oscilaciones en los conflictos de Yemen, Siria, Líbano o Qatar.

Irán no consigue sobreponerse a las sanciones económicas, pero ha logrado dotarse de una capacidad militar con alta operatividad a nivel terrestre, mientras mantiene congelado el programa nuclear del que no pretende deshacerse y que usará como elemento de chantaje en caso de una eventual ruptura de los acuerdos firmados (Núñez Villaverde, 2018). A su vez, el arsenal balístico es un elemento fundamental en la política de deterrence de Teherán, mientras que dispone de Hezbolá en Líbano, del Gobierno de Bashar al-Assad en Siria, de la población chií iraquí y sus milicias, de los hutíes en Yemen y de otras minorías chiíes en Bahréin o Arabia Saudí como instrumentos de su política exterior. Pero estas capacidades no le garantizan la posibilidad de ganar esta eventual guerra regional por la hegemonía, especialmente porque tiene en frente al reino saudí, uno de los países más poderosos financieramente del mundo, al CCG, así como a Washington y a Tel Aviv, con poder militar y tecnológico muy superior al disponible para Teherán (Villaverde, 2018: 2).

LA REPÚBLICA ÁRABE SIRIA: LA APUESTA DE TEHERÁN PARA LA SUPREMACÍA REGIONAL

Las relaciones de Irán y la República Árabe Siria comienzan a tener auge tras la llegada al poder del baazismo panarabista a Bagdad, convirtiendo a Saddam Hussein en un enemigo común tanto para Damasco como para Teherán. A su vez, la firma de la paz entre Egipto e Israel y su reconocimiento mutuo como Estados legítimos se traduce en la finalización de la alianza estratégica entre El Cairo y Damasco, que habían tenido una construcción política unitaria de corta duración, la República Árabe Unida (formada por la unión de Egipto y Siria entre 1958 y 1961) y los Estados Árabes Unidos (que incluye la confederación, desde 1958 a 1961, de Siria, Egipto y Yemen, el cual permaneció como un Estado independiente y soberano manteniendo su adhesión a la ONU, además de continuar con sus propias embajadas y delegaciones diplomáticas).

Háfed al-Assad entendía la Revolución Islámica como una oportunidad para contrarrestar el poder de Bagdad y Tel Aviv. A pesar de que estos países no poseen una ideología común, el eje Teherán-Damasco refleja la necesidad de contrarrestar a sus enemigos a través de una alianza estrecha, ya que ambos tienen mayores posibilidades de supervivencia cooperando juntos en la arena política regional. Damasco se convertirá en una vía diplomática de incalculable valor para Irán durante la guerra con Iraq, alzándose como su único aliado en un momento de aislamiento total impuesto por la comunidad internacional, así como principal proveedor de armas y petróleo en los momentos más difíciles de la guerra.

Pero 1982 es un año clave para la relación entre Siria e Irán. Por un lado, se produce la invasión del sur del Líbano por parte de Israel para expulsar a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de este territorio y, por otro lado, Irán logra construir una milicia leal gracias a la considerable presencia de población chií en

el país del cedro, aglutinando en torno a una sola fuerza a los "grupúsculos" de resistencia antisraelí como la Yihad Islámica, la Organización de los Oprimidos y la Organización de la Justicia Revolucionaria. A su vez, Ruholá Jomeini encarga a varios clérigos chiíes pertenecientes al Movimiento Amal[28], como Musa al-Sadr y Hossein El-Hosseini, la coordinación de un movimiento de resistencia en el sur de Líbano con la ayuda de 1.500 miembros de la Guardia Revolucionaria, que pisarían suelo libanés gracias al apoyo logístico de Damasco. Mediante esta combinación, Irán forma el Partido de Dios o Hezbolá, que se convierte en uno de los instrumentos fundamentales de la política exterior iraní en Oriente Medio.

La guerra civil libanesa acaba en 1985 con la división del país en dos zonas: la de influencia siria, ocupada en su plenitud por el Ejército de Háfed al-Assad, y una zona sur invadida por el Ejército israelí, que se hallaba en constante situación de guerra con las milicias que aún no habían sido desmovilizadas, como era el caso de Hezbolá. El Acuerdo de Taif de 1989 establece un marco de retirada progresiva de las tropas sirias en suelo libanés, encargando a Damasco desarmar a las milicias que tomaron parte en el conflicto, excepto a Hezbolá, a quien permite mantener la financiación, la ayuda armamentística y el apoyo logístico iraní al sur del Líbano.

Este acuerdo supone también el inicio de un trienio de enfrentamientos entre Teherán y Damasco, ya que este último había planeado la construcción de un Estado secular basado en un sistema político de reparto de poderes entre las minorías religiosas del país; mientras que Irán pretende construir un Estado chií revolucionario a su imagen y semejanza. Por ello, Siria decide apoyar a la facción del Movimiento Amal, mucho más secular, y aprovecha el momento de desgaste bélico en la etapa final de la guerra Irán-Iraq presionando a Irán para que acepte un acuerdo formal por el cual en la zona de Levante prevalecerían los intereses de Siria, mientras que en el Golfo Pérsico sería Siria quien apoyaría los intereses de Irán frente al resto de Estados árabes (The Iran Primer, 2015).

Con la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, la bilateralidad entre Damasco y Teherán no solo se hace necesaria,

sino inevitable. Ambos países se necesitan mutuamente para contrarrestar el poder iraquí en Oriente Medio y colaboran en un programa balístico conjunto a través del cual modifican misiles chinos CSS-8 para crear dos variantes propias, el Fateh-110 iraní y el M-600 sirio, proveyendo también a Hezbolá de este armamento para su lucha contra la presencia israelí en Líbano (Missile Defense Project, 2016). Tanto Siria como Irán se benefician de armar a Hezbolá y apoyarla en la guerra de guerrillas que despliega la organización miliciana desde el acuerdo de 1989, así como logran allanar el camino para la constitución de Hezbolá en un partido político que englobe los intereses de la minoría chií en un parlamento democrático.

La guerra de guerrillas de Hezbolá, acompañada también del apoyo a Hamás en Palestina, hizo que la presencia israelí en Líbano se hiciera inviable en muchos aspectos, lo que lleva al ejército israelí a retirarse a principios del año 2000. A pesar del apoyo explícito a estos grupos por parte de ambas potencias, el eje Damasco-Teherán opta por colaborar con los esfuerzos de paz por parte de Washington, coincidiendo con el Gobierno reformista de Jatamí, deseoso de mantener un entendimiento cordial con Estados Unidos (The Iran Primer, 2015).

La invasión de Iraq en el año 2003 estrecha aún más los lazos entre estos dos países, que habían logrado liberarse de la amenaza que suponía Saddam Hussein por medio de Estados Unidos. Desde 2001, Washington incluye a Irán en el llamado “Eje del Mal” junto a Iraq y Corea del Norte, ante lo que Irán reacciona acuñando, casi inmediatamente, el concepto de “Eje de la Resistencia”, un vector más de la política exterior iraní que comporta una alianza formal entre Damasco, Teherán, Hamás y Hezbolá actuando como resistencia a la hegemonía estadounidense y contando con dos pilares principales: los objetivos regionales y los apoyos compartidos, ampliándose en el año 2010 hasta Bagdad y en 2014 a Yemen tras el surgimiento de Ansar Alá.

A partir del año 2003, tanto Irán como Siria tienen un nuevo objetivo común: no convertirse en el próximo Iraq. Estos dos actores parecen cooperar mejor si la región está en conflicto que en periodos de paz, ya que empiezan a surgir diferencias estratégicas

entre ambos cuando no cooperan para defenderse de un enemigo externo. Se perciben a sí mismos como dos países asediados por una comunidad internacional hostil, por lo que una zona en conflicto refuerza un eje fundamentado en intereses comunes ante enemigos exteriores (Pan, 2006).

Alí Akbar Velayatí, ministro de Asuntos Exteriores de Irán, confirmaba el valor estratégico que supone una coalición, afirmando en 2012 que "la cadena de resistencia contra Israel por parte de Irán, Siria, Hezbolá, el nuevo Gobierno iraquí y Hamas atraviesa la carretera siria. Siria es el anillo de oro de la cadena de resistencia contra Israel" (Goodarzi, 2013: 2). Irán se compromete así a devolver los servicios prestados por parte de Siria durante tres décadas mediante el apoyo incondicional tras la crisis política del año 2011 y, por supuesto, tras el estallido de la guerra civil en 2013. La República Islámica de Irán considera a Damasco la pieza fundamental de su entramado proxy en Oriente Medio. Es su aliado más valioso frente a Israel, Estados Unidos y la coalición de países árabes encabezada por Arabia Saudí, que ha intentado tener mayor control de Siria mediante la financiación de la oposición desde el comienzo del largo conflicto (Goodarzi, 2013: 3).

Damasco constituía la parte dominante de la alianza con Irán desde la década de 1980, ya que se convirtió en una potencia regional por su rol fundamental en Líbano entre 1979 y 2005. Además Irán tras la Revolución de 1979 se había convertido en un actor disruptivo en la región y para algunos actores de la comunidad internacional. Pero la llegada de las rebeliones árabes cambia las tornas, convirtiendo a Teherán en el eslabón poderoso de la "cadena de resistencia", suministrando a este país árabe tanto armamento propio como misiles adquiridos a Bielorrusia, Corea del Norte o Rusia y también porque logra ahormar un ejército progubernamental de casi 80.000 voluntarios denominado la Fuerza de Defensa Nacional Siria[29] (FDN) (The Iran Primer, 2015).

Cuando las FDNS llegan a territorio sirio como asesores militares y apoyo al Ejército en 2011, su misión consiste en reforzar a las fuerzas contrainsurgentes que intentan contener la expansión de la rebelión en las zonas alejadas de los centros urbanos, donde el control gubernamental es más fuerte. Al inicio de las protestas

populares en Siria, los agentes iraníes actúan como consejeros y expertos en contramanifestaciones, aunque el Gobierno sirio decide no proceder con dureza al principio de estos levantamientos. Pero cuando Al-Assad comienza a perder poder y control del este y el sur del país en 2012, Irán decide reorientar su estrategia hacia la construcción de una serie de milicias que pudieran sobrevivir al presidente de Siria en el caso de quiebra del Gobierno (Fulton, Holliday y Wyer, 2013).

Irán pretende asegurarse sus intereses nacionales a toda costa y, si bien eso incluye defender a Bashar al-Assad hasta las últimas consecuencias, Teherán prescindiría de dicha figura política siempre y cuando pueda seguir contando con la población drusa y chií para sus milicias. Desde la entrada rusa en el conflicto, la figura de Al-Assad se ha convertido en la única solución viable al frente de la nueva Siria postconflicto, e Irán ha desplegado en consecuencia una política de apuntalamiento del sistema político sirio a través de la construcción de una convergencia miliciana en torno a la defensa del régimen. Al mismo tiempo, y de este modo, Irán se asegura el cumplimiento de sus intereses a corto plazo mientras construye las bases de su estrategia a largo plazo para el Levante, especialmente la presencia de tropas cerca de Israel y Líbano (Fulton, Holliday y Wyer, 2013: 9)

La propia consecución de un Ejército al servicio directo de Teherán cerca de la frontera israelí es una nueva victoria chií en el conflicto latente entre Tel Aviv y Teherán. Tras la caída de Alepo en 2012 por los rebeldes sirios, las Fuerzas Quds comienzan a construir bases militares permanentes en la parte oriental de Siria, cerca de la frontera con Iraq, recibiendo constantes refuerzos desde el país aliado y controlando una posible extensión del conflicto. A su vez, el Gobierno sirio permite a las tropas iraníes el uso de la base militar de Tiyas, también conocida como la Base T-4, desde donde Irán puede usar sus drones —con un alcance de entre 1.000 y 1.500 kilómetros— y que está ubicada a apenas 200 kilómetros de la frontera israelí, lo que supone una seria amenaza para Israel (Uskowi, 2018).

Para llevar a cabo estas políticas, Jamenei designará al general Qasem Soleimani como comandante en jefe de la misión iraní en

Siria, y a Mohsen Chizari como Comandante de las Operaciones de Entrenamiento de las Fuerzas de Seguridad y la Inteligencia de Siria. Ambas figuras políticas ya habían desempeñado papeles de relevancia en Iraq, especialmente Soleimani, quien había creado la estructura política y paramilitar necesaria dentro del nuevo Estado iraquí para que Irán pueda disponer de su red de agentes proxy en el país vecino. Chizari, por su parte, se había centrado en el entrenamiento miliciano de la población chií iraquí, actuando como responsable del armamento de estas milicias y su formación en el uso de explosivos y material balístico (Fulton, Holliday y Wyer, 2013).

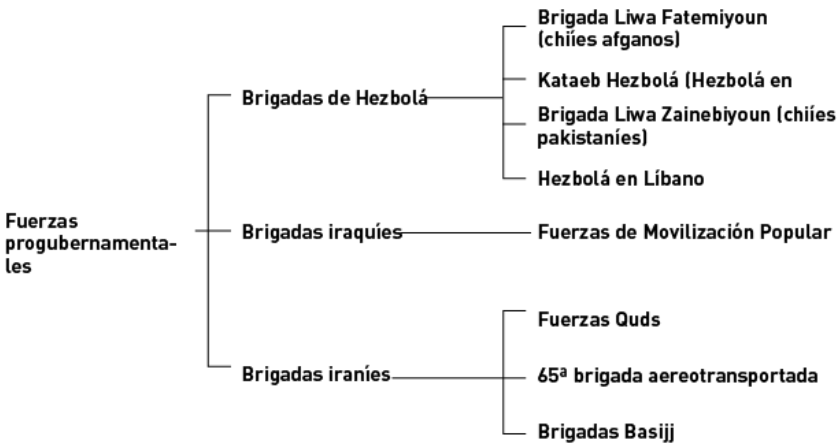
La estrategia iraní en Siria es la consecución del corredor terrestre entre Teherán y el sur del Líbano, alargando así el brazo militar de Irán hasta las mismas puertas de su enemigo israelí. Si bien las capacidades de Tel Aviv en materia militar y tecnológica son abrumadoramente superiores a las de Teherán, las milicias chiíes han demostrado ser claramente efectivas a la hora de combatir con tácticas no convencionales. La guerra de Siria ha supuesto la aspiración de uno de los más antiguos deseos de los revolucionarios iraníes: llevar la guerra hasta Israel, propósito por el cual fueron creadas las mismas Fuerzas Quds. Los altos mandos de esta fuerza de élite han comenzado a desarrollar lo que se conoce como Precision Project, mediante el cual Irán pretende mejorar la precisión y la distancia de la mayor parte del arsenal de Hezbolá en territorio sirio. Las plantas de modificación de los misiles resultan constantemente bombardeadas por la aviación israelí, así como los convoyes de envío hacia Líbano a través de la frontera siria (Uskowi, 2018).

Las Fuerzas Quds llevan el nombre en árabe de Jerusalén, Al-Quds, dejando patente el claro propósito de la existencia de este grupo de élite de la Guardia Revolucionaria de Irán. Soleimani, el poder en la sombra de Irán, como ha sido descrito por Occidente, además de una figura clave para la influencia de Irán en Medio Oriente y el mundo, no solo creó una milicia fundamental para la defensa de Damasco contra la insurgencia suní, sino que además coordinó la importación de milicias desde Líbano y Palestina. El éxito de su estrategia de importación se hace patente cuando se observa la construcción de las llamadas “fuerzas progubernamentales”, que

apoyan tanto a las FDN como al propio Ejército Árabe Sirio.

figura 4

FUERZAS PROGUBERNAMENTALES EN SIRIA



Fuente: Elaboración propia.

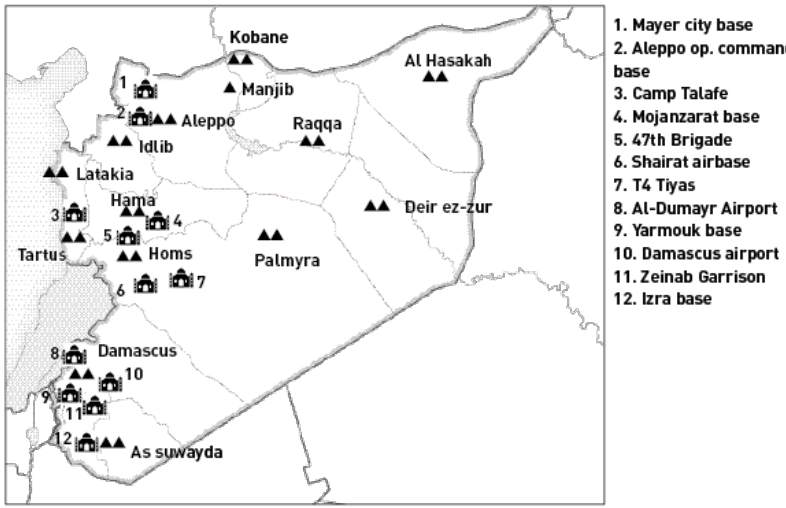
Irán ha logrado crear un Ejército coordinado bajo su mando en territorio sirio, el cual, tras el fin de la guerra, seguirá operando abiertamente al servicio tanto de Bashar al-Assad como de Teherán, aumentando aún más las capacidades móviles de las fuerzas proxy iraníes en Oriente Medio. Estas tropas han participado en batallas clave para la derrota tanto del Daesh como de los rebeldes, siendo especialmente significativas la batalla de Alepo, la ofensiva "Amanecer de la Victoria", que llevó a la toma definitiva de la ciudad, y la Campaña del Desierto Sirio, que logró la liberación del Río Éufrates y la ciudad de Deir Ezzor.

La presencia iraní en Siria, tras las grandes ofensivas gubernamentales victoriosas sobre Alepo y el Éufrates, se ha

transformado en 13 bases militares distribuidas por todo el territorio sirio, pero principalmente en las gobernaciones de Damasco, Hama y Alepo. El centro de operaciones de la Guardia Revolucionaria se sitúa en el aeropuerto de Damasco, conocido como “la Casa de Cristal”, que coordina las otras tres bases clave para la estrategia iraní: la Guarnición del Imán Hosseini al norte de Damasco, la base militar de Yarmouk, donde se encuentran principalmente las milicias chiíes aliadas de Hezbolá al sur del país, y la base de operaciones centrales de Alepo. Estas 13 bases, acompañadas de otros pequeños destacamentos en diversas zonas del desierto sirio, mantienen, provisionan y coordinan a 60.000 o 70.000 milicianos (Iriarte, 2016), que han acabado por convertirse en una fuerza militar mayor que el propio Ejército sirio de Al-Assad, lo que coloca al futuro de la República Árabe Siria en una situación similar a la de Líbano, en donde Hezbolá ha logrado ser más poderosa, en cuanto a efectividad militar y armamento, que el propio Ejército libanés.

mapa 2

BASES MILITARES IRANÍES EN SIRIA



Fuente: https://www.elconfidencial.com/mundo/2016-10-01/guerra-de-siria-iran-bashar-al-assad_1267375/

La guerra en Siria, aparte de los créditos otorgados por Teherán a Damasco, ha costado la vida a unos de 2.100 soldados iraníes (Sökmen, Martínez y de Pedro, 2018), incluyendo a mandos relevantes de la Guardia Revolucionaria como el propio Qasem Soleimani, víctima de un atentado por parte de Estados Unidos en Bagdad que eliminó al creador del poder iraní en Oriente Medio así como al general Hossein Hamedani. Pero las compensaciones por los gastos y las vidas perdidas en el conflicto formarán parte de la capacidad negociadora de Irán durante las conversaciones de paz de Astaná, que llevan realizándose periódicamente desde el año 2017 patrocinadas por Turquía, Rusia y el propio Irán. La participación en la reconstrucción de Siria traerá a los tres países implicados grandes beneficios económicos, pero los costes de la guerra para Ankara y Moscú son mucho menores que la inversión realizada por Teherán en el transcurso del conflicto. Según estimaciones del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, Irán ha invertido 16.000 millones de dólares desde el año 2012 en apoyar a Bashar al-Assad (Hatahet, 2019), mientras que las estimaciones dadas por el ministro de Exteriores iraní, Alí Velayatí, sostienen que Irán ha gastado 8.000 millones de dólares al año (Hatahet, 2019: 3). A cambio, Teherán espera disponer de grandes concesiones económicas en materia de energía y telecomunicaciones, así como concesiones comerciales a la importación de productos.

Siria ha intentado obtener beneficios enfrentando los intereses económicos de Rusia e Irán por los recursos del país levantino. En enero de 2017, Irán y Siria lograron un acuerdo por el cual Damasco permitía la explotación de la mina de fosfatos de Sharquiyah, cercana a la ciudad de Palmira, pero seis meses después concedería a la compañía rusa Stroytransgaz la explotación de las mismas minas por un periodo de 50 años. Irán parte con desventaja competitiva respecto de Ankara o Moscú debido a su débil economía y a las sanciones financieras impuestas por Washington, pero ve en Siria un mercado fundamental de futuro para los productos iraníes poco competitivos en los mercados

internacionales (Hatahet, 2019).

Teherán ha ideado un método para evitar la falta de competitividad contra el gigante ruso mediante una estrategia con dos líneas de actuación: a) expandiendo sus inversiones en zonas remotas del desierto sirio, donde las empresas rusas parecen carecer de interés por la explotación de sus recursos. Las principales zonas de explotación iraní se hallan en las afueras de la ciudad de Alepo y en Deir Ezzor, en donde Teherán ha conseguido generar dependencia a los habitantes de estas regiones abandonadas por el poder central mediante la construcción de infraestructuras fundamentales para la vida en comunidad, estrechando lazos de gratitud con estas poblaciones, y b) estableciendo alianzas con tribus ubicadas en franjas alejadas de los núcleos urbanos, especialmente en la zona del Éufrates, donde Irán se ha granjeado la lealtad de estos grupos —Nawaf al-Bashir o Al-Baqqara—.

Si algo está claro es que el papel de Irán en Siria no tiene carácter netamente económico, aunque sigue siendo un socio comercial vital para Damasco como proveedor de materias primas, principalmente petróleo y en menor medida productos agrícolas, muy necesarios para el mantenimiento de Siria como un Estado viable. Su presencia tiene una vertiente de carácter mucho más militar y de seguridad. Irán necesita el suelo sirio para mantener viva su política exterior en Oriente Medio y preservar los lazos con sus milicias libanesas y palestinas. Pero la República Árabe Siria no parece querer convertirse en un satélite iraní y, por eso, juega con una línea muy fina entre los intereses rusos e iraníes, intentando alejarse del control de Teherán sobre los designios de su política regional.

Al-Assad es muy consciente de que para evitar el aislamiento internacional que conllevará una victoria por su parte en la guerra debe ofrecer algo al resto de países de la región, especialmente a los Estados del Golfo. Los primeros en lanzarse al reparto sirio han sido los Emiratos Árabes Unidos y Bahréin, que han reabierto sus embajadas en Damasco y realizado visitas semioficiales para contrarrestar la influencia rusa e iraní en este país árabe, buscando recuperar los lazos económicos que unían a las finanzas sirias con las inversiones emiratíes (Hatahet, 2019: 8). Irán, por su parte, ha intentado convencer a su aliado sirio de que no acepte inversiones

de estos países, pues no hace mucho estaban financiando a los rebeldes que se alzaron contra su Gobierno. Pero Teherán no puede convertirse en un polo de atracción viable sin tener la capacidad financiera que poseen los Estados del Golfo, por lo que previsiblemente esta vía fallará.

El principal reto de Irán cuando se produzca el final del conflicto sirio va a ser la transición entre un Estado de guerra y hostilidades, donde Irán se desenvuelve mucho mejor —por medio de sus milicias y la legitimidad conseguida por estas en la lucha contra el Daesh—, al apoyo para la construcción de estructuras estatales y el control efectivo sobre el territorio por parte del Gobierno. El enfoque ruso se centra en la reconstrucción del Estado y en volver a centralizar el poder del Gobierno sirio sobre la infinidad de grupos armados que ha generado el conflicto. Irán, por su parte, prefiere mantener una política de infiltración a gran escala tanto en las instituciones estatales como en los múltiples agentes con capacidad y poder suficiente para ser decisivos en el futuro de Siria a fin de mantenerlos bajo su control directo (Lister, 2019). Los intereses de Rusia e Irán en Siria están enfrentados y sus alianzas son muy dependientes del contexto bélico.

Irán ha de estar preparado para la fase postconflicto en Siria, que seguro derivará en un problema de intereses tanto con Moscú como con Ankara y, por supuesto, con Israel, país que presionará abiertamente al futuro Ejecutivo ruso para mantener a raya la presencia iraní cerca de los Altos del Golán. Por lo pronto, Vladímir Putin ya cedió ante las presiones de su homólogo israelí, Benjamín Netanyahu, para desplazar varios kilómetros hacia dentro del territorio sirio las posiciones iraníes que estaban cercanas a la frontera israelí en el Golán, reemplazando a una parte de las milicias chiíes por destacamentos de soldados sirios. Así mismo, Irán ha entendido que la alianza entre Siria y Rusia es mucho más profunda que la que Moscú tiene con ellos y que en un eventual conflicto de intereses Bashar al-Assad buscará mantener su relación con el gigante ruso, pese a que Teherán reclame sus millonarias deudas y el apoyo brindado. Por mucho que el Ejecutivo sirio pretenda desprenderse de la dependencia iraní, la República Islámica ha jugado bien sus cartas, convirtiendo al Ejército sirio en rehén de sus milicias (Armanian, 2018).

LÍBANO, PALESTINA Y HEZBOLÁ: EL TRIÁNGULO DE LA DEPENDENCIA Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESTADO PROXY

Líbano y Palestina están estrechamente insertados en la política exterior iraní. Para Teherán, la importancia de Líbano como base operaciones de sus milicias para las acciones en Palestina e Israel es determinante. Si bien el Estado libanés, que alcanza la independencia en 1946, es producto de la intervención occidental en el Oriente Medio postcolonial como vía divisoria del mundo árabe de modo que no fuera una amenaza para las potencias surgidas de la Segunda Guerra Mundial. Su existencia y desarrollo estatal se encuentran estrechamente ligados a la creación de otro Estado por parte de Occidente con importante arraigo histórico: Israel.

Pero si algo marca el designio del país del cedro es la creación de un Estado judío en un espacio musulmán, que deriva en diversas guerras árabo-israelíes. En este contexto, el 28 de mayo de 1964 nace la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), con el objetivo de centralizar la dirección de diversos grupos palestinos que hasta entonces operaban como movimientos clandestinos contra Israel (Avon y Khatchadourian, 2012: 14). Por otra parte, en Líbano, como respuesta a la intervención israelí en este país, en 1982 nace Hezbolá o Partido de Dios, que se ha convertido en un actor fundamental en el sistema político libanés, así como para el eje de resistencia de Irán. Esta organización islámica musulmana chií cuenta con un brazo político y otro paramilitar, estando entrenada, organizada, financiada y fundada por la Guardia Revolucionaria de Irán en una de sus iniciativas más audaces, y convirtiéndose en una de las milicias mejor armadas de Oriente Medio. Tanto la Unión Europea como Estados Unidos y numerosos países de la comunidad internacional consideran a Hezbolá como

una organización terrorista, frente a parte de los Gobiernos del mundo árabe que la catalogan como un movimiento de resistencia.

Hezbolá y sus líderes logran adaptar el discurso revolucionario iraní a la causa libanesa, e incluso han conseguido que gran parte de la población chií acepte el vilayat al-Faqih de la Revolución Islámica a través de la llamada "sociedad de resistencia" (Shaery-Eisenlohr, 2009) frente a Israel y Estados Unidos. Pero el Partido de Dios ha evolucionado considerablemente desde su primera acción contra una base militar estadounidense en Líbano en 1983 hasta su posición como principal bloque político en el sistema parlamentario del país levantino. Beneficiándose del modelo político del Líbano, Hezbolá es un actor fundamental del sistema político que afronta una doble función, pues, por un lado, se asienta no solo como un elemento clave para la defensa del país, sino como una agrupación política con capacidad para crear un bloque político estable y, por otro lado, ha conseguido ser un factor cohesionador en la fragmentada sociedad libanesa (Early, 2006), a la que además presta servicios sociales.

Hezbolá es un raro ejemplo de un agente proxy o milicia que acaba por convertirse en un cuasi Estado paralelo en Líbano. Tanto Israel como Estados Unidos han intentado desmantelar por la fuerza el entramado sociopolítico que ha construido la organización, con escaso éxito, y ambas potencias se han dado cuenta de un factor determinante para entender qué significa Hezbolá para Líbano y, por extensión, para Irán, pues Líbano es un caso de sociedad con arraigo y lazos comunitarios fuertes, construida en torno a un Estado ficticio. El Partido de Dios ha sabido, primero, insertarse en la sociedad en torno a una causa común, para luego ganar el poder político.

Esta milicia chií ha logrado echar raíces en la sociedad libanesa de tal modo que son difícilmente distinguibles los límites del Estado libanés y los de la propia Hezbolá. La organización consigue asegurarse un rol clave en la sociedad libanesa debido principalmente a tres factores (Early, 2006: 116):

Líbano es una democracia consociativista, esto es, una democracia

construida en torno a una realidad de divisiones sectarias sociales. Tras las oleadas de refugiados palestinos, el cambio demográfico ha dejado una segmentación favorable al islam en una proporción de 70-30, siendo los chiíes la minoría más consolidada en el Líbano. La división de poder en cuotas según afinidad religiosa, más que solucionar el problema, agrava las tensiones sociales, y Hezbolá logra explotar esas diferencias con gran éxito, llegando a ganar 13 escaños de un total de 128, convirtiéndose en el líder del Bloque de Leales a la Resistencia, movimiento político que gana las elecciones en 2018.

A diferencia de otros grupos islamistas, Hezbolá no ataca objetivos civiles en sus acciones milicianas, teniendo como objetivo combatientes o soldados, por lo que se ha granjeado el respeto de la sociedad libanesa, que considera al Partido de Dios como un movimiento de liberación. Durante la guerra civil de Líbano y la guerra de 2006, este grupo redujo sus zonas de acción a las áreas ocupadas por Israel, lo que ha ido construyendo en la población del país un sentimiento patriótico en torno a Hezbolá y su lucha contra la ocupación.

La figura de Hasán Nasrallah, actual secretario general, es el elemento fundamental cohesionador para la estrategia iraní en Líbano. Considerado como un líder pragmático, ha participado directamente en los procesos de paz para mantener la estabilidad política necesaria que permitiera la funcionalidad del Estado y el fin del derramamiento de sangre en guerras confesionales internas. Así mismo, está estrechamente ligado a Jamenei y a Qasem Soleimani, con quienes coordinó la participación del Hezbolá tanto en Gaza como en Siria e Iraq.

Con Hezbolá situado en el epicentro del sistema político y social libanés, la República Islámica de Irán mantiene un ancla en la política del país levantino. En muchos casos, Teherán ha logrado imponer sus intereses a través de la intervención de Hezbolá en los asuntos del Estado. Sin embargo, en otros conflictos los intereses del tándem Hezbolá-Irán no resultaron tan satisfactorios, pues en La Revolución del Cedro (2005), la salida de Beirut de las tropas sirias, que habían entrado en 1976, podía suponer el acceso al poder de un

bloque antiiraní. Igualmente, la conocida como “guerra Israel-Hezbolá” en 2006 supone la desmilitarización de la frontera sur de Líbano, no aportando resultados positivos para la dupla Hezbolá-Irán, ya que la organización miliciana perderá su razón de ser al verse alejada de la frontera con Israel (Deeb, 2013), pues la Resolución del Consejo de Seguridad de la ONU 1701 (2006) comprendía la retirada de Israel, el desarme del Hezbolá y el despliegue en el sur del país de soldados libaneses y de una fuerza de Naciones Unidas (FPNUL).

El año 2006 simboliza el inicio del proceso de transición auspiciado por Teherán para reconvertir a su grupo militar en un actor político, participando en los procesos electorales que se celebren en Líbano y dedicando mayor esfuerzo para ampliar el apoyo social, sin abandonar su rol clásico de resistencia armada contra Israel. Las últimas elecciones parlamentarias, celebradas en 2018 (nueve años después de las anteriores elecciones, que habían acontecido en 2009, y tras las que sucedieron tres ampliaciones del mandato del Parlamento), confirman una dinámica pretérita que Arabia Saudí no ha logrado modificar: el balance interno libanés, favorable a Hezbolá y, por tanto, a Irán. Estos comicios apenas contaron con un 49% de participación, lo que favorecía enormemente a la candidatura del Partido de Dios, con un electorado muy movilizado, mejorando los resultados de 2009. Además, Hezbolá logra mayor influencia en la organización en el Gobierno, anulando así la posibilidad de un desarme del brazo armado del partido (Quiñones, 2018). Por tanto, se perpetúa la posibilidad de Irán de seguir contando con Líbano como un aliado fundamental en su estrategia para la subregión geopolítica del Mediterráneo Oriental (MEDOR).

La unión de escaños entre Hezbolá y el Movimiento Amal, ligado de manera espiritual y política a la Revolución iraní, iguala prácticamente el número de escaños conseguidos por el principal partido político libanés, el Movimiento Patriótico, al que pertenece el presidente del país, Michel Aoun, por lo que los intereses del chiismo quedan ligados a una coalición de Gobierno en la que la minoría apoyada por Teherán tiene un peso determinante para el futuro del país (Kranz, 2019). El partido más perjudicado ha sido el del primer ministro Saad Hariri, que provocó un gran escándalo político tras renunciar a su cargo y fugarse a Arabia Saudí,

declarando que existía una conjura por parte de Hezbolá y otros grupos chiíes (Meneses, 2017).

Desde el análisis regional, Irán introdujo a Hezbolá en su Eje de la Resistencia, jugando este actor un papel relevante en la región. A través de Hezbolá, Irán posee un ejército móvil, el denominado creciente chií, cuyas ramificaciones pueden verse en Siria, Iraq y la propia Palestina, otro país fundamental para la política belicista iraní contra Israel. Si bien la ideología posee importante peso en la política exterior de la República Islámica, no es menos evidente que el principal objetivo del régimen es proyectar el poder en todo el Oriente Medio para contrarrestar la influencia de Estados Unidos, Israel y Arabia Saudí. En este sentido, Hezbolá supone el proyecto más exitoso de representación externa iraní desde la guerra civil de Líbano en 1982, convirtiéndose en el mayor aliado no estatal, al que destina, según el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, "700 millones de dólares anuales" (Parker y Noac, 2020).

En cuanto a la relación Irán-Palestina, también supone un juego de suma positiva para ambos, pero inclinado hacia el primero. Remontando a la época de la Revolución de 1979, uno sus de eslóganes era "Irán hoy, Palestina mañana" (Rostami-Povey, 2010). Los discursos de Jomeini sobre Israel y la causa libanesa granjearon al Gobierno revolucionario un gran respeto por parte de la población palestina. Yaser Arafat, líder de Fatah y primer presidente de la Autoridad Nacional Palestina, visitaría al líder supremo de Irán en varias ocasiones. Pero los lazos de Irán con Palestina y la lucha antiisraelí se hacen más fuertes con el surgimiento de Harakat al-Muqawama al-Islamiya, más conocido como Hamás, durante la Primera Intifada (1987-1993). En un principio, esta organización militarizada cuenta con el apoyo de Estados Unidos e Israel como una manera de contrarrestar el poder de la OLP y dividir a los palestinos, pero en 1989 Tel-Aviv declarará a Hamás grupo terrorista, empujándolo hacia la órbita iraní. La relación inicial entre Hamás e Irán es meramente espiritual, estando mucho más ligada a la hazaña que supuso la Revolución Islámica y sus consecuencias políticas que al propio interés del grupo por mantener contactos con Teherán. Sin embargo, esta postura cambia tras la decisión de Saddam Husein de declarar la guerra a Kuwait contando con el rechazo frontal de Hamás. Este hecho provoca que

la República Islámica decida continuar su lucha antisionista apoyando y financiando a Hamás en su guerrilla contra el Ejército israelí (Gleis y Berti, 2012).

Gradualmente, Hamás va ganando apoyo entre los estudiantes universitarios y logra una gran capacidad de movilización a través de las mezquitas. En 1992, Irán acepta una delegación del grupo militar y acuerdan financiar 30 millones de dólares anuales para armamento y entrenamiento avanzado por parte de la Guardia Revolucionaria en sus bases de Líbano, Irán y Sudán (Gleis y Berti, 2012). A finales del mismo año, Hamás se alza como el principal grupo de resistencia en la zona ocupada, especialmente durante las luchas internas de Fatah y la OLP. Los Acuerdos de Oslo de 1993 suponen para el Eje de la Resistencia la legitimación internacional en su lucha contra la anexión de Palestina por parte de Israel. Irán pretende usar a Hamás como su grupo armado prioritario en las zonas ocupadas a fin de canalizar la ira popular que se ha asentado en los territorios palestinos tras la Primera Intifada y la imposibilidad de retorno de los más de 5 millones de refugiados palestinos a sus hogares (Rostami-Povey, 2010).

Hamás, por su parte, decide emular a Hezbolá en sus tácticas guerrilleras, convirtiéndose en el primer grupo miliciano suní en usar la vía del martirio, muy practicada en el chiismo, como la única posibilidad de combatir los indiscriminados ataques del Ejército israelí contra población de la Franja de Gaza. En respuesta a los ataques bomba contra objetivos israelíes, Israel impone castigos colectivos en los territorios ocupados, así como el aumento de la financiación a otras organizaciones para eliminar a Hamás de la ecuación palestina. El deterioro de la causa palestina debido a la falta de reconocimiento formal por parte de un gran número de Estados de la comunidad internacional juega a favor de Irán para hacerse con el liderazgo espiritual y político de la lucha palestina. Irán es un claro benefactor de esta organización, aunque con una ayuda muy condicionada por el duro bloqueo al que Israel y Egipto han sometido a Gaza y Cisjordania (Muñoz, 2009), incrementándose la cooperación durante el mandato de Ahmadinejad.

No solo Teherán refuerza sus lazos con el grupo islamista palestino,

sino que también Hezbolá, con sus fondos financieros, subvenciona a Hamás para que realice ataques desde Gaza contra Israel (Geis y Berti, 2012). Esta situación sui géneris, en la que un agente proxy financia a otro actor proxy para llevar a cabo acciones contra un enemigo concreto, demuestra la fuerza y capacidad que tiene todo el entramado creado desde Teherán y las distintas variaciones y opciones que posee para defender sus intereses por medio de guerras asimétricas allá donde no puede desarrollar su política exterior mediante métodos más convencionales, siendo esta otra de las mejores bazas que tiene el país de los ayatolás para asegurar su carrera expansionista.

Hamás sigue siendo una pieza clave para Irán en Palestina, pero la llegada del reformismo de Rohaní al poder y el rechazo constante por parte de esta organización a apoyar al Gobierno de Bashar al-Assad en la guerra civil siria reducirá considerablemente las relaciones entre Gaza y Teherán. Irán encarga a las Fuerzas Quds la creación de una nueva milicia palestina más acorde con sus intereses, y para ello cuentan con la ayuda del Departamento de Operaciones Palestinas de Hezbolá en Líbano (Yaari, 2015). La idea principal de la Guardia Revolucionaria y de Qasem Soleimani, encargado de esta operación para triangular definitivamente los destinos de Siria, Iraq, Líbano y Palestina con la política exterior iraní, es crear una versión de Hezbolá en suelo palestino sin usar movimientos políticos y milicianos creados previamente. Algunas estimaciones sostienen que Al Sibirín cuenta con entre 400 y 600 miembros en Gaza, pero que, a pesar de su reducido tamaño, la nueva organización es ya un elemento preocupante tanto para Hamás como para Israel, quienes observan cómo el discurso de su líder, Hisham Salem, atrae a más palestinos descontentos con la manera en que se está llevando la causa palestina (Abu Toameh, 2015).

Irán ha diseñado esta organización con un objetivo: reemplazar los viejos movimientos suníes de lucha palestinos ganándose “el corazón y las mentes” de la población palestina mediante un discurso que evoca los valores del chiismo. El propio nombre del grupo, Harakat as-Sabirin li-Nasran Filistin (Movimiento de los Pacientes por la Liberación de Palestina) es una alineación directa con uno de los lemas de Yaser Arafat, quien constantemente

evocaba esta frase del Corán “Alá está con aquellos que soportan con paciencia” (Yaari, 2015). La paciencia es una virtud fundamental en los valores del chiismo duodecimano y, por ello, se ha acusado a los integrantes de Al Sabirín de pretender la conversión de la Franja de Gaza al chiismo, lo que no ha sido desmentido por parte de los líderes de la organización. Al Sabirín ha entrado en conflicto directo con Hamás en la Franja de Gaza. En cambio, la organización ha optado por maniobrar en la sombra y entablar conversaciones con otras pequeñas milicias de la zona —los Batallones de Muyahidines o el Movimiento de Resistencia Popular—, a fin de unirse en torno a un consejo militar encabezado por Hisham Salem (Yaari, 2015).

Las intenciones de la República Islámica de Irán son crear no solo un eje de resistencia contra Estados Unidos e Israel, sino también el “triángulo de la dependencia” que una Teherán con Beirut y Gaza. Irán puede esperar a construir un Hezbolá palestino porque es consciente de que en Líbano necesitó cerca de tres décadas para consolidar su milicia como un agente ligado al propio Estado libanés. La situación actual no es muy favorable a la causa iraní, especialmente porque el conflicto palestino ha quedado eclipsado en la vorágine hostil de Oriente Medio. Los actores proxy de Irán son especialistas en ganar influencia en situaciones bélicas o prebélicas, pero en los periodos de paz y reconstrucción social tienen dificultades a la hora de ejercer un rol de liderazgo. En Palestina, la correlación de fuerzas ha hecho que Teherán tenga que replantearse sus alianzas e inventar un nuevo actor político con el que poder presionar a sus antiguos aliados para reforzar su Eje de la Resistencia, pero cuenta a su favor que ya ha logrado insertarse en el sustrato social de Gaza a través de Hamás y Al Sabirín. Hezbolá, a las puertas de Israel, es uno de los elementos fundamentales para mantener la República Islámica en el epicentro de la geopolítica del Levante y Oriente Medio.

IRAQ: EL NÚCLEO CENTRAL DE LA POLÍTICA EXTERIOR IRANÍ EN LA REGIÓN

Irán e Iraq han tenido una historia convulsa, especialmente a partir del surgimiento de este último como un estado baazista en 1968, debido a que Bagdad y Teherán rivalizaban por la hegemonía en Oriente Medio y el mundo árabe. Pero las hostilidades aumentaron a un punto álgido tras la Revolución Islámica y el chiismo revolucionario, ideología que suponía un grave peligro para la minoría suní que gobernaba en Iraq a través del Partido Baaz panarabista. El enfrentamiento en la guerra Irán-Iraq, que se prolonga durante casi una década, convierte a ambos países en enemigos incompatibles, especialmente por parte de los iraníes, que vieron como Saddam Husein y las fuerzas armadas invaden su territorio y realizan ataques químicos contra población indefensa ante la pasividad de Naciones Unidas en una guerra de desgaste.

Cuando Saddam Hussein deja de contar con el apoyo de Washington tras la invasión de Kuwait en 1991, Irán comprende que debe jugar a favor, por primera vez, de los intereses estadounidenses en la región desde un punto de vista claramente pragmático: el enemigo de mi enemigo es mi amigo. La segunda guerra del Golfo, si consideramos que la primera es el conflicto entre Bagdad y Teherán, reducirá claramente la percepción iraní de Iraq como un enemigo potencial militarmente superior. Pero al igual que Washington, la República Islámica parece no saber encontrar una política de seguridad acorde a las amenazas que supone Iraq en la década de los años noventa con la posesión de armas químicas y las reclamaciones territoriales sobre territorios vecinos (Gelb, 2003).

A pesar de que Iraq queda económicamente destruido por las deudas millonarias contraídas con Estados Unidos por la ayuda militar prestada durante la guerra con Irán, así como las reparaciones de guerra tras la invasión de Kuwait, continúa

financiando a la oposición iraní, buscando la quiebra social. Los iraníes, por su parte, responsabilizan a Iraq de todos los problemas que arrastra su "economía postguerra" impidiendo posteriormente los intentos de reforma de Rafsanyaní y Jatamí. Tras la invasión de Iraq se acrecienta el temor a que el nuevo Gobierno fuera denodadamente antiiraní, especialmente si Estados Unidos jugaba bien sus cartas sobre las minorías árabes del país (Ehteshami, 2003), lo que la Administración Bush no supo leer correctamente.

De una manera u otra, la guerra de 2003 termina siendo una oportunidad para Irán y sus intereses geopolíticos en Oriente Medio. El derrocamiento de su principal enemigo anuló cualquier posibilidad de rivalidad regional con su vecino, pero también había dejado a Irán incrustado entre dos países con presencia militar estadounidense y sobre los que la República Islámica tenía intereses estratégicos: Iraq y Afganistán. La hipótesis que se maneja por el régimen iraní es si este país se convertirá en el próximo objetivo militar de Estados Unidos, que además decide incluir a Teherán en el Eje del Mal, por lo que Irán comienza a ver a Bagdad como una de sus mejores bazas para construir una primera línea de defensa contra Estados Unidos (Hinnenbusch y Ehteshami, 2014), aunque si dejaba a Iraq completamente en manos de los estadounidenses, Teherán se movería en los márgenes de un sistema de seguridad que podía volverse en su contra, rodeado de bases militares de la potencia norteamericana y con la mayoría de los Estados del Golfo recelosos de los intereses iraníes sobre sus minorías chiíes. Por tanto, tenía que utilizar la baza de la mayoría chií iraquí para posicionarse como un aliado fundamental en el nuevo Estado iraquí creando lazos de dependencia política y militar.

Durante el bienio 2003-2005, para cumplir los intereses iraníes en materia de política regional debe apoyar la entrada de agrupaciones políticas chiíes en el proceso electoral diseñado por Washington para conformar el nuevo parlamento iraquí. El número de población chií iraquí, un 60%, debía ser suficiente para asegurar la preponderancia parlamentaria del chiismo por encima de los grupos suníes, demográficamente inferiores. Teherán promovió y apoyó la creación de la Alianza Iraquí Unida, que agrupaba bajo el mismo bloque político a las facciones chiíes mayoritarias —el Consejo Islámico Supremo de Iraq (CISI), el Da'wa ("La Llamada", en árabe)

y la facción de Muqtada al-Sadr, a cargo de uno de los clérigos y políticos chiíes más importantes desde la caída de Saddam Husein y fundador del Movimiento Sadrista, con gran arraigo en los barrios pobres de las afueras de Bagdad—.

El bloque apoyado por Irán obtiene 128 de los 275 escaños del parlamento de Iraq. Se nombra al candidato del partido Da'wa, Nouri al-Maliki, como primer ministro, y a varios miembros sadristas y del CISI para importantes puestos ministeriales. La mayoría de los componentes del CISI habían pasado muchos años en Irán huyendo de la represión de Saddam Hussein, por lo que entablaron lazos más estrechos con la República Islámica. Durante el Gobierno de Saddam Husein, el CISI forma una milicia secreta conocida como Milicia Badr, entrenada, financiada y armada por la Guardia Revolucionaria iraní y las Fuerzas Quds. Esta milicia participa tanto en la guerra Irán-Iraq como en la segunda guerra del Golfo —mediante una fallida sublevación— y también en la Guerra de Iraq, en donde se estima que su número oscilaba entre 14.000 y 15.000 soldados (Katzman, 2010).

Tras la invasión de Iraq, comienza Irán a invertir capital en la financiación de un gran número de pequeñas milicias que, en muchos casos, están en constante enfrentamiento entre sí. La estrategia iraní es no intervenir en los enfrentamientos internos, sino asegurarse que quien se convierta en grupo dominante sea afín a su causa (IISS, 2019). Las milicias proiraníes cumplen con el propósito de contrarrestar las amenazas a los intereses de Teherán —concretamente el salafismo de Daesh—, así como cumplir los objetivos de seguridad de la República Islámica. En muchos casos, los objetivos han estado alineados con los intereses nacionales iraquíes, pero generalmente sirven como instrumento para empantanar a Estados Unidos en la lucha contra un sinfín de grupúsculos armados que permiten a Teherán disponer de un corredor terrestre y asegurarse de que Iraq no será utilizado para amenazar la soberanía nacional iraní.

Estas milicias acaban siendo integradas en los cuerpos de seguridad del Estado, conocidas como las ISF, a la vez que forman una parte importante de la construcción política del país como instrumento de presión iraní en materia política. En cuanto al Movimiento Sadrista

y su líder Muqtada, Irán tiene una limitada capacidad de acción sobre este grupo, lo que provoca que la relación sea fría, aunque cordial. El Movimiento Sadrista pretende canalizar el descontento de la población chií empobrecida durante el régimen de Saddam Husein hacia las tropas de la coalición internacional. Pronto logran hacerse con el control de las mezquitas y asumen gran parte de las instituciones locales, poniendo en marcha políticas de servicios sociales a imitación de Hezbolá en Líbano. El sadrismo intentó alzarse militarmente en dos ocasiones contra las tropas internacionales en 2004, con grandes pérdidas humanas en la milicia y provocando la ira de muchos ayatolás, lo que genera una brecha social entre el movimiento y las mezquitas, su principal fuente de financiación. Esta fue la causa principal de la quiebra del movimiento y el abandono de la vía miliciana para convertirse en un movimiento político de cara a las elecciones de 2005 (Cochrane, 2009).

Al-Sadr controla de manera directa a una milicia conocida como Jaysh al-Mahdi (JAM) o Ejército de Mahdi, compuesta por cerca de 60.000 personas, recurso utilizado entre 2005 y 2008 como parte de su estrategia de confrontación de la presencia estadounidense en el país árabe. Por ello, Irán considera a este clérigo y su movimiento político-militante como un elemento a tener en cuenta tanto a su favor como ante una posible amenaza a sus intereses, ya que posee 34 de 328 escaños en el parlamento iraquí y 43 de 440 en los consejos provinciales. Por ello, Irán ha mantenido sus lazos con Al-Sadr y su movimiento miliciano (Katzman, 2010), especialmente ante una eventual confrontación con Estados Unidos —como ha ocurrido en enero de 2020 tras el asesinato de Soleimani, cuando el propio Al-Sadr forzó al parlamento iraquí a iniciar un proceso legislativo para pedir la salida de las tropas estadounidenses—. Jaysh al-Mahdi ha demostrado ser una unidad de combate formidable en el uso de misiles y el combate guerrillero, por lo que Teherán comenzó a armar y entrenar a este grupo militar a través de la Guardia Revolucionaria en 2005.

Según datos manejados por el Gobierno estadounidense (Katzman, 2010: 5), en Iraq se encuentran 150 entrenadores de las Fuerzas Quds y miembros de la inteligencia iraní dando apoyo tanto a las milicias del CISI como a Jayhs al-Mahdi, cumpliendo también

funciones de reclutamiento y captación de posibles militantes. La organización se centra en combatir lo que denominan “ocupación extranjera”, es decir, a la coalición internacional que, hasta la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca, se encontraba en territorio iraquí. Pero la entrada en vigor del “Acuerdo sobre el Estado de las Fuerzas de Estados Unidos e Iraq” en 2008 —que señala el 31 de diciembre de 2011 como fecha límite para la salida de las tropas occidentales de Iraq— hará que Al-Sadr tenga que reorientar la causa de estas milicias JAM hacia un movimiento mucho más sociopolítico (CISAC, 2019). Es decir, de nuevo se observa un proceso de hezbolización de un grupo armado militar en un agente cohesionador de la política nacional del país que lo ha albergado. A partir de 2018 cambian su nombre por Brigadas de la Paz, en un intento por dejar atrás el pasado sangriento de los enfrentamientos sectarios.

En cuanto a las Brigadas Badr, en 2008 comienzan a desligarse políticamente del CISI para operar de manera autónoma. Un año después, Washington introduce a dichas brigadas en la lista de grupos terroristas perseguidos por la CIA, pero eso no ha impedido a la organización pro iraní convertirse actualmente en la milicia más poderosa dentro de las Fuerzas de Movilización Popular, otra coalición creada por la intervención de las Fuerzas Quds y el mismo Qasem Soleimani, en 2014, debido a la urgencia de combatir a Daesh en suelo iraquí. Las Brigadas Badr engrosan el mayor número de tropas de esta fuerza militar auxiliar a las Fuerzas Nacionales Iraquíes, que se vieron sobrepasadas por el Daesh (Counter Extremism Project, 2019).

Una tercera fuerza destacable que mantiene lazos políticos y económicos con Teherán y que juega un rol fundamental a partir de 2014 es Kataeb Hezbolá o Hezbolá en Iraq, cuyo líder, Abu Mahdi al-Muhandis, también desempeñaba una posición de liderazgo en las Brigadas Badr, a partir de la cual forma el brazo iraquí de Hezbolá en 2007 junto a una escisión de militantes del sadrismo. Kataeb Hezbolá trabaja directamente para el líder supremo de Irán a través de su coordinación con la Guardia Revolucionaria y, a diferencia de Hezbolá en Líbano, ha optado por mantenerse alejado de la política iraní para usar su poder militar como una vía de presión directa al Ejecutivo iraquí (CISAC, 2019). Desde su

fundación en 2004, su objetivo principal son las fuerzas estadounidenses, convirtiéndose en 2009 en organización terrorista para Estados Unidos (Nada y Mattisan, 2018). Compuesta por cerca de 20.000 milicianos, es una de las fuerzas mejor preparadas y movilizadas durante el conflicto con Daesh, participando en la Ofensiva Dhuluiya (2014) o la Segunda Batalla de Tikrit (2015).

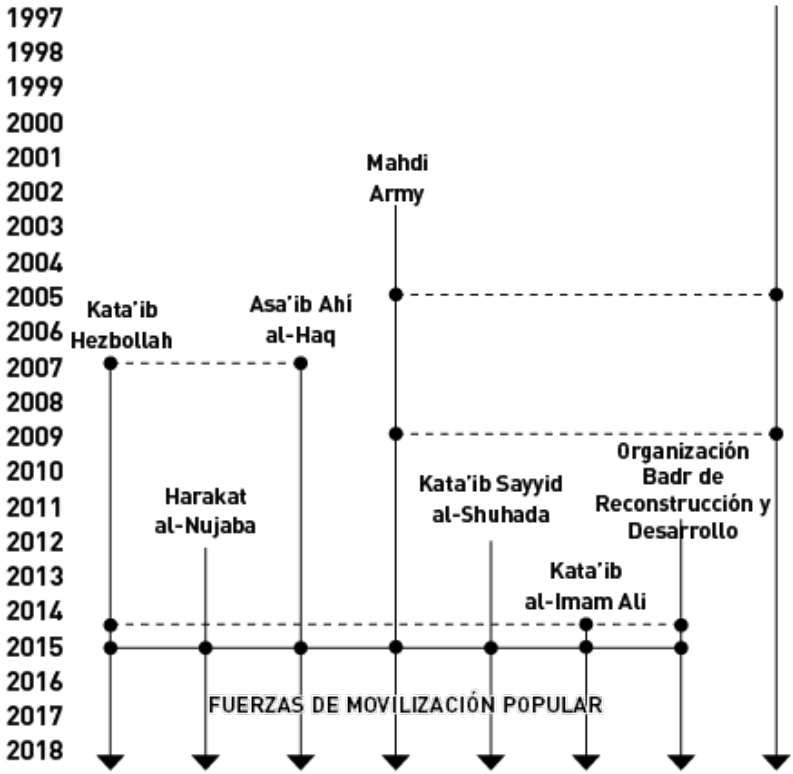
Será a partir de 2016 cuando comiencen sus acciones militares en suelo sirio, dando apoyo al Gobierno de Bashar al-Assad y las fuerzas pro iraníes en Siria, recibiendo financiación, entrenamiento y apoyo de la inteligencia de Irán como ha declarado el propio Mahdi al-Muhandis (Nada y Mattisan, 2018). Se estima que en 2018 recibió 25 millones de dólares por parte de Qatar en calidad de rescate de funcionarios qataríes liberados por la organización ese mismo año, y que recibe 50 millones de dólares anuales por parte de Teherán (CISAC, 2019). Desde que la organización entró en el conflicto sirio, han entablado relaciones con otros grupos milicianos chiíes que operan tanto en Iraq como en Siria, encontrándose en este grupo Asa'ib al-Haq, Harakat al-Nujaba ("Movimiento del Partido de los Nobles de Dios"), las Brigadas de la Paz de Al-Sadr y otros subgrupos milicianos chiíes.

GRÁFICO 3

MILICIAS CHIÍES QUE MANTIENEN RELACIONES DIRECTAS

O INDIRECTAS CON IRÁN Y SUS AGENTES PROXY EN IRAQ

Y SIRIA (2002-2020)



Fuente: http://web.stanford.edu/group/mappingmilitants/cgi-bin/maps/view/iraq

Irán tiene asegurado el control sobre los designios políticos de Bagdad, al igual que sucede con Hezbolá en Líbano. Ha logrado que sus agentes proxy adquieran un cariz político de suficiente nivel para generar estabilidades o inestabilidades en los Gobiernos iraquíes. Tal es la presencia iraní sobre su vecino que el creador del eje chií, Qasem Soleimani, su mejor estratega en política exterior, poseía más poder de decisión militar que muchos generales iraquíes. La labor que ha desempeñado este general en la construcción del eje de dependencia de Irán sobre Iraq, Siria y Líbano ha sido encomiable. La dupla de poder entre Soleimani y Al-Muhandis puede considerarse como el verdadero brazo político y militar de Teherán en Iraq. Al-Muhandis fue el fiel asesor del líder

de las Fuerzas Quds y el encargado de crear en su nombre la supraestructura miliciana que derivó en las Fuerzas de Movilización Popular (Carrión, 2020). El asesinato de estos dos líderes en el ataque aéreo realizado por Estados Unidos sobre el aeropuerto de Bagdad ha descabezado teóricamente al entramado de influencias que había creado Irán sobre sus principales Estados aliados, pero en la práctica esta acción ha convertido en mártires de la causa iraní a dos figuras por las que muchos chiíes reafirmarán su lucha (Arango, Bergman y Hubbard, 2020).

Qasem Soleimani fue también el artífice de la construcción de la carretera que une Irán con Siria y Líbano. Este proyecto, quizás el más importante para los intereses iraníes en la región, facilita a Teherán el movimiento de sus milicias y la porosidad de las fronteras del creciente chií. Su asesinato facilita el acercamiento entre las dos facciones políticas iraníes enfrentadas —el reformismo y el conservadurismo— bajo la bandera de su martirio (Arango, Bergman y Hubbard, 2020), jurando a la población y al mundo que la República Islámica se vengará. El Gobierno iraquí intenta mediar y suavizar la reacción iraní en el marco de una relación de no retorno entre Teherán y Washington (Paredes, 2020), que se han vuelto a agudizar. Bagdad es muy consciente de que este suceso le afectará, al ser el campo de batalla perfecto entre dos actores que no pretenden enfrentarse de manera directa y que poseen medios y capacidades militares, aunque desequilibradas. Un esbozo de esta posible nueva guerra asimétrica es la respuesta de la Guardia Revolucionaria Iraní como represalia: el lanzamiento de 22 misiles sobre la base aérea estadounidense de Ain al-Asad, sin víctimas mortales gracias a que Irán avisó previamente del lanzamiento al Gobierno iraquí (Guimón, 2020).

En 2019 cuatro países árabes e Irán viven protestas populares. Las que se producen en las ciudades iraquíes de mayoría chií responden a la injerencia interna de Irán en la política de su vecino, así como reclamaban mejoras económicas, aunque terminaron exigiendo un cambio de régimen que se salda con la dimisión del primer ministro Adel Abdul Mahdi y con un coste de vidas humanas alto. Las demandas de los manifestantes se cruzaron con el juego geopolítico de Irán, afectando a la nueva coalición política de Muqtada al-Sadr, Saairun, que engloba al Partido Comunista de Iraq y al Movimiento

Sadrista, colocando en la cabeza de la política nacional iraquí al que había sido hasta entonces un partido de fuertes influencias iraníes. Pero Teherán no parecía estar muy conforme con que el chiismo y el comunismo unieran fuerzas, por lo que Al-Sadr e Irán comenzaron a distanciarse políticamente (Hernández, 2019).

Pero la vía política no es la única herramienta de presión iraní a su vecino árabe. Si bien Irán ha usado a sus aliados políticos en Iraq para establecer lazos económicos con Bagdad, la reimposición de las sanciones por parte de Washington supone redoblar los esfuerzos económicos para mantener a Iraq como socio preferencial de la región. El valor de las exportaciones no petroleras a la República Islámica creció el 13% entre el 21 de marzo de 2017 y el mismo mes un año después (Badawi, 2018), pero la intentona autonomista del Kurdistán iraquí, que provoca el cierre de la frontera por parte de Irán en esta región, sumada a la salida de Estados Unidos del JCPOA, se traduce en que el principal sector beneficiario de la economía iraní después del petróleo, la construcción y sus derivados (industria química, cementera y acero) sufra grandes pérdidas, empujando a Irán a redoblar sus exportaciones hacia Iraq y Siria (Badawi, 2018).

El método que va a emplear Irán para aumentar su peso económico en Iraq se basa en las exportaciones de petróleo y las inversiones. El ministro de Exteriores, Javad Zarif, lidera una comisión económica durante la Conferencia Internacional de Kuwait para la Reconstrucción de Iraq (febrero de 2018), en donde Irán se compromete a formar parte de la reconstrucción a través de una línea de crédito por valor de 3.000 millones de dólares, algo superior a la presentada por Arabia Saudí. El empeoramiento del sistema financiero iraní tras la vuelta al sistema de sanciones cuando Estados Unidos abandona el JCPOA impide que Teherán pueda financiar grandes proyectos de reconstrucción, pero confía en que las ya excelsas deudas contraídas por Bagdad desde 2003 faciliten la aceptación de los créditos (Badawi, 2018). El otro medio que aplica Irán para financiar a su vecino se basa en usar a sus agentes proxy para establecer bonyads o fundaciones de caridad, así como crear una milicia basij que ayude tanto a la reconstrucción del país como a dispensar servicios sociales.

El sector privado iraní no está interesado en expandirse a los mercados iraquíes por dos razones: el retraso en los pagos por parte de Bagdad y la enorme problemática que supone para los iraníes no poder acceder a las divisas internacionales, si bien no ocurre lo mismo con el sector público. Las exportaciones iraníes a su vecino rondan el 10% de las importaciones totales, pero sigue siendo insuficiente si se compara con el 22% de Turquía (Alfoneh, 2018), por no mencionar las de Estados Unidos, que ocupan la primera posición. Irán necesita una solución a sus problema financieros o pronto no podrá erigirse como una alternativa aceptable para sus aliados regionales, aunque siempre le queden sus milicias y grupos políticos.

YEMEN Y QATAR: ALIANZAS LÍQUIDAS Y NUEVAS VERTIENTES DE LA POLÍTICA EXTERIOR IRANÍ

La presencia iraní en Yemen es relativamente corta en el tiempo y se produce con el surgimiento de la milicia chií Ansar Alá, los "Partidarios de Dios", en el año 2014. Este grupo de confesión zaydí —una secta de origen chií a la que pertenece un tercio de la población yemení— están liderados mayoritariamente por la tribu Al-Houthi, cuyo jefe es Abdelmalek Badraddín al-Houthi. Durante las conversaciones de paz previas al conflicto de 2015 se declaran republicanos y demócratas, renunciando a cualquier tipo de pretensión para reconstruir el imanato zaydí derrocado en 1962, desmarcándose así de cualquier lazo con Arabia Saudí; y se mostraron en contra de la instauración de una teocracia, lo que también les separa del proceso revolucionario chií (Ortiz de Zárate, 2015) y dificulta la posibilidad de un acercamiento real entre la causa revolucionaria islámica y este grupo tribal yemení. Ansar Alá se concibe como una agrupación antiimperialista, antisalafista y antisionista, lo que la convierte, en principio, en enemiga de Washington, Riad y Tel Aviv. También rechazan la construcción federal para Yemen, por lo que sus milicias han sido fundamentales para evitar una nueva federalización del Estado, como así pretendían la mayoría de grupos políticos.

El relato de los saudíes respecto de los lazos de Teherán con los hutíes proviene de diversos hechos que acontecen durante el enfrentamiento entre Ansar Alá y Arabia Saudí en la frontera norte de Yemen, cuando los hutíes atacan a Riad por el apoyo financiero y logístico que la Casa Saúd prestó al Gobierno central de Yemen en el ataque lanzado por el Gobierno sobre territorio hutí en el año 2009. Ese mismo año, Irán envía seis barcos al Golfo de Adén, presuntamente, para combatir la piratería, pero tanto el Gobierno yemenita como Riad acusan a Irán de usar estos barcos para suministrar armamento a los rebeldes hutíes rompiendo el bloqueo marítimo.

A su vez, tanto Riad como Saná culpan a Irán de estar presionando a las minorías chiíes en Yemen para alinearse con los rebeldes hutíes, aunque Teherán lo niega constantemente. No ayuda a aceptar la versión iraní que miembros de la propia Guardia Revolucionaria y algunos políticos iraníes presuman de que Irán "ya controla cuatro capitales: Bagdad, Beirut, Damasco y Sanaa" (Soler i Lecha, 2017a). Lo que teme la Casa Saúd es que una victoria de Ansar Alá sobre la coalición internacional prenda la llama de la revolución en las minorías chiíes presentes en el este de la península arábiga —y que han sido sistemáticamente reprimidas por la mayoría suní—, quedando apartadas de los réditos económicos y del petróleo de su país, reservados a los suníes.

Arabia Saudí ha entrado plenamente en un conflicto militar que no está suponiendo una victoria clara para Riad pese a la gran superioridad armamentística y tecnológica del país árabe y sus aliados del Golfo. La raíz de este conflicto armado se ubica en 2015, cuando los hutíes, con el beneplácito del expresidente Alí Abdullah Saleh —que se hallaba en una posición de debilidad tras la crisis arrastrada por el país desde 2011—, se apoderaron de la capital provocando saqueos que encolerizaron a la población yemenita (Al-Batati, 2015) y reteniendo al presidente no electo Abd-Rabbu Mansur al-Hadi como rehén político, hasta que escapó y se exilió en Riad pidiendo la intervención saudita en este conflicto.

La conquista hutí de la capital activa movimientos políticos y grupos terroristas que se encontraban en una situación de inactividad hasta 2011, pero en concreto el estallido de la Guerra Civil provoca que se alcen en armas tanto los movimientos secesionistas de la zona de Adén como los grupos terroristas liderados por el Daesh y Al-Qaeda, localizados en la zona de Hadhramaut. La participación saudita en el conflicto liderando la coalición no ha hecho sino agravar las diferencias entre estos actores implicados, demostrando lo que algunos académicos, desde hace años, vienen definiendo como "alianzas líquidas" (Soler i Lecha, 2017a) en Oriente Medio. Riad ha logrado contar con Egipto, Marruecos, Jordania, Sudán, los Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Kuwait y Bahréin. Lo particular de esta alianza, así como todas las denominadas "líquidas", es que la mayoría de sus integrantes apoyan facciones contrarias en otros conflictos, como el sirio o el

palestino. Por tanto, esta coalición es una alianza construida ex profeso para el tema yemení, lo que hace que surjan ciertas discrepancias entre las partes a la hora de afrontar el desarrollo del conflicto, respecto de la implicación de Irán y la continuación de una guerra sin avances y demasiadas pérdidas económicas.

Dentro del seno de la coalición, Emiratos Árabes Unidos ha sido clave en la contraofensiva de Hodeida en 2017, aunque ha demostrado en varias ocasiones que su permanencia en el conflicto es temporal. Tanto ha sido así que el propio heredero al trono, Mohamed bin Zayed al-Nahyan, declara que su país replegará las tropas en 2018 cumpliendo esta resolución, pues tras la destrucción de varios tanques petroleros saudíes en un ataque por drones aún no clarificado (julio de 2019), Emiratos Árabes Unidos confirma el repliegue de gran parte de las tropas acantonadas en Adén y el sur de Yemen (Middle East Affairs, 2019). Otro de los países que se ha negado a entrar en el conflicto yemenita a pesar de ser un estrecho aliado de Riad es Pakistán, que no encuentra interés alguno en participar en un conflicto que puede alterar los equilibrios sectarios de su propio país.

En cuanto a Irán, los decision makers de la República Islámica ven con satisfacción la posible victoria hutí y la llegada al poder de una rama del islam chií que supondría la ampliación del creciente chií hasta Yemen y, por ende, la consecución de uno de los objetivos principales de la política exterior iraní: crear una red de Estados y redes proxy aliadas rodeando a Arabia Saudí y a los Estados del Golfo. En consecuencia, Irán ha estado implicada de manera intermitente y clandestina en el conflicto yemení. Ejemplos de la participación iraní son la interceptación del barco Jihan I por la armada yemení cargado de misiles Katyusha M112, misiles térmicos tierra-aire, RPG-7, así como sistemas de visión nocturna de fabricación iraní. También en 2014, fuentes de la Guardia Revolucionaria confirman el envío de una centena de entrenadores y personal de inteligencia a Saná, a fin de entrenar en el uso de armas pesadas a los miembros de Ansar Alá y, en 2016, la inteligencia estadounidense reporta que Irán ha logrado proveer con misiles de fabricación propia a los hutíes, aumentando su envío de armamento (Counter Extremism Project, 2020).

A sabiendas de las dificultades que le supone enviar apoyo material a Ansar Alá a través del Golfo, Irán ha buscado nuevas rutas para proveer de armamento a la causa hutí, concretamente a través del Cuerno de África y el Golfo de Adén, donde milicias somalíes parecen haber colaborado con la Guardia Revolucionaria para transportar en pequeñas embarcaciones tanto material militar como dinero (Saul, 2017). Teherán no quiere estar directamente ligada a esta guerra asimétrica financiada por dos potencias que buscan obtener ventaja sobre su rival en la lucha por la hegemonía regional. Pero la realidad es que la República Islámica ha prestado ayuda a Ansar Alá, aunque no en cantidad similar a otros agentes proxy en Iraq, Siria o Líbano, en su guerra contra Riad. El propio Alí Jamenei mostró su "apoyo espiritual" tras una reunión con la delegación hutí (agosto de 2013), afirmando su "apoyo a la resistencia de los hombres y mujeres creyentes de Yemen. […] El pueblo de Yemen […] establecerá un gobierno fuerte. Se debe respaldar un Yemen unificado y coherente con integridad soberana. Dada la diversidad religiosa y étnica […] proteger la integridad de Yemen requiere diálogo interno. Pido fuerte resistencia contra los complots liderados por Arabia Saudita para dividir Yemen" (Hafezi, 2019).

Irán posee intereses en el conflicto yemení al ser una baza importante para contrarrestar la influencia saudí en la península arábiga, además de una manera de desangrar económicamente al reino Saúd, inmerso en una guerra que no solo afecta a su imagen internacional debido a la grave crisis humanitaria de Yemen, sino que también ha supuesto un alto coste para su economía —unos 100.000 millones de dólares— (Guzansky y Heistein, 2018) sin mucho éxito hasta la fecha. Irán ha logrado estar en el conflicto yemenita sin altos costes políticos o internacionales y con grandes réditos en cuanto a influencia, especialmente porque la milicia de Ansar Alá ha demostrado ser un cuerpo militar capaz de combatir contra uno de los ejércitos más avanzados y modernos de Oriente Medio. Esta guerra proxy parece estar dándole la ventaja a Irán, por lo que no desaprovechará nada que le permita imponerse sobre Riad.

Otro nuevo vector de seguridad importante para Irán en el Golfo, con menos tradición temporal, ha sido Qatar y el enfrentamiento

entre la Casa Al-Thani y la Monarquía Saúd. Desde la llegada al poder de Hamad bin Khalifa al-Thani tras un golpe de Estado contra su padre (1995), el nuevo jeque decidió adoptar una política exterior orientada a convertir a Qatar en un actor de relevancia regional, no solo a través de la mayor injerencia en los conflictos regionales, sino mediante políticas de modernización, transformándolo en uno de los países más ricos y poderosos de la región (Khatib, 2013). La política exterior de Hamad al-Thani pretende que Qatar sea mucho más independiente y no se limite a seguir las líneas marcadas por Arabia Saudí en el CCG. Esta política exterior se asienta en cuatro pilares difusos: a) el uso del poder blando a través de la cadena Al-Jazeera, fundada en 1996 como un medio de promoción de Qatar en la región; b) las grandes inversiones realizadas por la familia real en cultura y el fomento de la diplomacia cultural; c) el uso de la Banca Islámica y la captación de aliados en base al poder financiero de Doha; d) la adaptación de la política exterior al pragmatismo para satisfacer intereses en un escenario convulso como Oriente Medio.

El triángulo político creado entre Riad, Doha y Teherán es también un claro ejemplo de "alianza líquida", teniendo mucho que ver con el pragmatismo de las políticas exteriores de Irán y Qatar, y en menor medida de Riad, mucho más dependiente de su rol como líder del mundo suní. Los bloques alineados en la denominada crisis diplomática de Qatar de 2017 son también alianzas fluidas, triangulaciones de poder entre aliados que en otros escenarios son enemigos o contrarios, o lo que también puede entenderse como frenemies[30], amigos de ocasión o puntuales. Esta "liquidez" en la región del Golfo (Soler i Lecha, 2017b) ha provocado el desvanecimiento de los pilares que hasta sostenían las relaciones bilaterales entre países y la ruptura de los bloques de alianzas tradicionales. El año 2017 pasará a la historia por un hecho hasta entonces imposible: la ruptura del bloque árabe-suní que actúa como contraparte y contención del expansionismo iraní en la zona, dejando espacio para grandes cambios regionales como el ocurrido en el CCG.

Las relaciones entre Qatar e Irán eran mínimas entre 1980 y 1989, los años del jomeinismo más duro y de la exportación de la revolución a los países del Golfo. A partir de la siguiente década,

con el cambio interno experimentado por el régimen clerical iraní tras la muerte de Jomeini y la llegada a la presidencia de Rafsanyaní, la República Islámica trata de suavizar las relaciones con los vecinos árabes, y más específicamente durante la presidencia de Jatamí, quien en 1997 intenta convencer a las élites revolucionarias iraníes de que sin llegar a acuerdos con los vecinos del Golfo Irán no puede desempeñar un papel relevante en la región (Zweiri, 2008). Uno de los desencuentros entre Doha y Teherán es el apoyo que Qatar brinda a la causa de Saddam Hussein en la Guerra Irán-Iraq, pasando en una primera fase a declarar su neutralidad para transformarla en ayuda financiera al régimen de Saddam por un valor de 1.000 millones de dólares (Marshall, 2003: 71). A estos hechos hay que sumar que Qatar ha querido utilizar su papel de "país independiente" para ejercer como mediador en una gran cantidad de conflictos regionales en Sudán, Etiopía, Afganistán, Líbano o Palestina (Khatib, 2013), algunos de ellos con una gran presencia e intereses políticos de Irán.

La familia Al-Thani también ha demostrado la intención de ejercer como un contrapeso regional al "bloque antiiraní" conformado por Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Bahréin y Egipto, del mismo modo que lo hace el Sultanato de Omán: ofreciéndose como mediador en los enfrentamientos entre el mundo árabe e Irán por medio de una postura constructiva (Katzman, 2016). Aunque no duda en anteponer sus propios intereses, que pueden atacar directamente a los de Irán, como proporcionar armas y finanzas a los rebeldes y extremistas en Siria. De un modo u otro, Irán y Qatar están unidos por un elemento que minimiza sus diferencias en el campo de los hidrocarburos: el campo petrolífero South Pars / North Field, que engloba el 15% de las reservas mundiales de gas, convirtiéndolo en uno de los más grandes del mundo. Esta enorme bolsa de gas proporciona a ambos países casi 200 años de reservas de gas natural (Jehl, 1997) y unirá los destinos de ambas naciones a través de un gaseoducto una vez que se completen las fases de desarrollo planificadas. Esta cooperación, que se resume en constantes cambios e impulsos por parte de los dos Estados para obtener el mayor beneficio posible, permite que realicen gestos políticos favorables a los intereses del otro (Burt, 2017).

La crisis diplomática de Qatar es un nuevo estadio de la "pequeña

Guerra Fría" entre Irán y Arabia Saudí y ha dejado clara la agresividad que pueden adquirir las relaciones diplomáticas implementadas en el periodo de la Doctrina Salman. Irán, por su parte, apoya a Qatar desde el primer momento, cuando el 5 de junio de 2017 una coalición de países liderados por Arabia Saudí decide romper las relaciones diplomáticas e imponer un bloqueo económico a Qatar con el pretexto de "promoción del terrorismo" por parte de Doha. En realidad, esta acción es una respuesta ante una política qatarí más autónoma y la influencia del canal Al-Jazeera, un instrumento del poder qatarí que daña la imagen de Arabia Saudí en el mundo árabe (Rabbani, 2017). La crisis de Qatar no solo acerca a Qatar e Irán, sino que también le aproxima a Turquía, el gran aliado de Qatar, que teme perder al único país amigo en el Golfo.

mapa 3

PAÍSES QUE HAN ROTO RELACIONES DIPLOMÁTICAS CON QATAR O QUE HAN RETIRADO A SUS EMBAJADORES

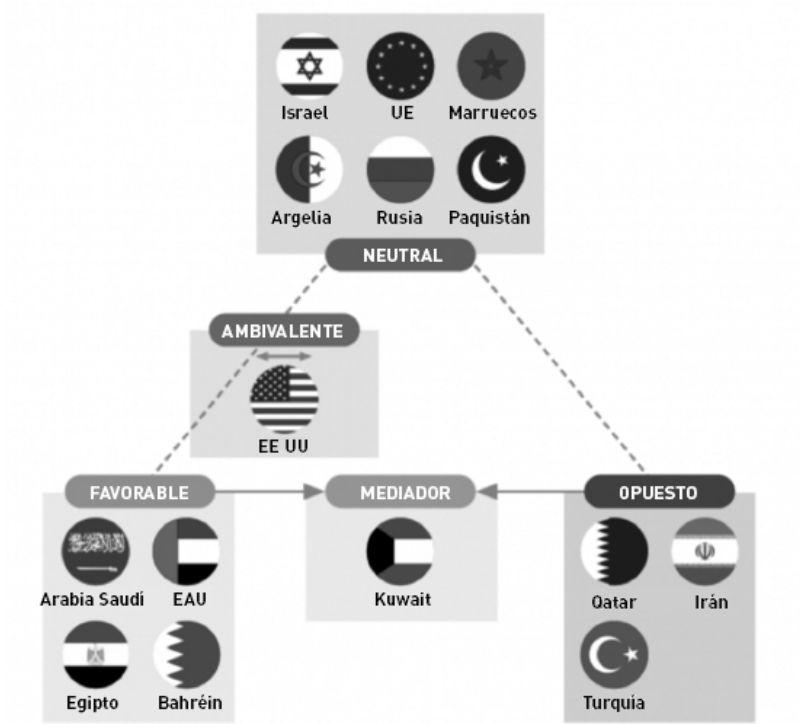
Fuente: Wikicommons.

Qatar y la familia Al-Thani ha sido acusados de tener lazos con los Hermanos Musulmanes y de promover situaciones de inestabilidad en la región (Bruzzone Martínez, 2019). Este pequeño emirato también ha financiado al frente Al-Nusra en Siria, uno de los principales grupos islamistas enfrentado a los actores islámicos que financia Riad o Emiratos Árabes Unidos. Sin embargo, la Crisis Qatarí empuja irremediablemente a Qatar a la esfera iraní por cercanía y por la inevitabilidad del bloqueo comercial terrestre impuesto por sus antiguos socios árabes, aunque tampoco quiere depender de su vecino chií, por lo que ha manejado sus relaciones comerciales de manera positiva con sus otros socios, como por ejemplo Estados Unidos, que le ha ayudado a disminuir su dependencia alimenticia, mientras las relaciones económicas con Irán se basan en un mero intercambio de productos agrícolas y en contratos con Qatar Airways para usar el espacio aéreo de la península arábiga.

FIGURA 5

POSICIONES POLÍTICAS DE LOS PAÍSES IMPLICADOS EN LA CRISIS QATARÍ

Y SUS ROLES



Fuente: Middle East Eye.

Después del acercamiento, Irán y Qatar mantienen intercambios económicos por valor de 200 millones de dólares (The National, 2018), y han acordado la creación de una cámara de comercio conjunta, así como un aumento de las relaciones interbancarias que ayudarán a Irán a evitar las sanciones internacionales impuestas por Washington después de su salida del JCPOA. Por otro lado, Al-Jazeera usó su cobertura internacional de 24 horas para posicionarse a favor del Gobierno iraní durante las protestas que tuvieron lugar en 2019, lo que no ha ayudado a suavizar las tensiones de crisis entre los aliados sauditas y la dupla Doha-Teherán (Shaker, 2018).

En resumen, la dupla Qatar-Irán han dado un giro considerable después de que se mantuviera el pulso entre Doha y Riad, ya que el país iraní ha servido para evitar el aislamiento total de Qatar con

respecto a sus vecinos árabes y, por lo tanto, ha logrado obtener un poderoso aliado financiero frente a sus costas. Como resultado, Irán se va a beneficiar de la banca qatarí como salvaguarda contra las sanciones y utilizará también estas relaciones para asegurar sus nuevas relaciones con Turquía en asuntos como Siria o Iraq, como se verifica durante las diversas reuniones en Astaná. En cuanto a Qatar, el acercamiento a Irán es de alto interés debido al alto costo que implica prescindir de esta relación marítima, la única forma posible de escapar del boicot total que se le impone, al menos. A largo plazo, y dependiendo en gran medida de cómo evolucione el panorama regional y la propia crisis diplomática entre Riad y Doha, es bastante probable que Qatar busque reposicionarse hacia una zona intermedia en su relación con Arabia Saudí e Irán.

ESTADOS UNIDOS E IRÁN: POLÍTICA EXTERIOR

Y HEGEMONÍA REGIONAL

Desde la Revolución de 1979, las relaciones entre Irán y Estados Unidos se inscriben en un largo periodo de tensiones y de desconfianza. El periodo anterior a este acontecimiento, a partir los años cincuenta, tras el golpe de Estado que termina con la destitución del primer ministro y la restauración de la monarquía pro occidental[31] del sah Mohamnad Reza Pahlavi durante 26 años, colocó a Washington en una posición de poder en una región donde no tenía hasta entonces gran influencia. El declive de la bilateralidad se enmarca en un cambio de régimen claramente confesional con una nueva forma de abordar la soberanía y las relaciones con el mundo occidental, continuando con la crisis de los rehenes y el apoyo a Iraq en la guerra con Irán, que desembocaron en la ruptura de relaciones diplomáticas. A partir de aquí, se impone una etapa de enfrentamiento, aislamiento y sanciones por parte de la potencia estadounidense, frente a una política exterior de mayor autonomía y una posición antiestadounidense que incluye a sus dos principales aliados en la región.

Como argumenta Robert Jervis (1978: 169), “muchos de los medios por los que un Estado intenta incrementar su seguridad, hace disminuir la seguridad de otros”. En este sentido, el contexto internacional y la percepción de las amenazas determinan el comportamiento de los Estados. Las relaciones entre Irán y Estados Unidos han complejizado las acciones y reacciones de los países de Oriente Medio frente a los cambios geopolíticos acontecidos desde 2003. El endurecimiento de la política exterior estadounidense tras el 11-S provoca un giro en su acción exterior en esta región y, en concreto, respecto a Irán, aumentando la tensión entre estos actores y agrandando la espiral negativa en sus relaciones, aunque también se aprecian algunas acciones de cooperación indirecta ante un objetivo común, como, por ejemplo, la lucha contra Daesh.

Desde la Revolución Islámica, Irán ha elaborado una doctrina revisionista en su política exterior, que, si bien puede considerarse monolítica en cuanto a actuación, no oculta tres corrientes internas de pensamiento respecto a las relaciones con la potencia estadounidense. La primera parte de la premisa de que Estados Unidos es una superpotencia con tendencias globales hegemónicas, que impone una relación de dependencia a Irán, que, de establecerse una aproximación, puede ocultar su finalidad de obtener una posición de servilismo. La segunda tendencia, más radical, parte de la enemistad estructural entre estos actores, por lo que cualquier tipo de relación que no pase por reconocer a Irán y su concepción de orden mundial se consideraría como una rendición. La tercera postura, más moderada, reconoce que si Estados Unidos pudiera cambiar el régimen no dudaría en llevarlo a cabo, pero esto no obsta para que también haya parcelas donde se puede negociar (como puede ser la lucha contra el yihadismo o el radicalismo islámico suní, compartiendo ambos países enemigos en la zona de Mesopotamia y Levante) y sacar partido de la cooperación (Castro Torres, 2015: 357-358).

Estados Unidos también ha construido una doctrina en política exterior para contener a Irán en Oriente Medio, siendo el primer presidente en aplicarla Ronald Reagan, con planteamientos neoconservadores, que incluyen toques de pensamiento wilsoniano en cuanto a expansión y exportación de la democracia. En la etapa reaganiana se produce el caso Irán-Contra y la intervención durante la guerra civil del Líbano, a donde Washington envía tropas para contrarrestar el poder que Siria e Irán están adquiriendo en la política interna de este país. Las masacres de Sabra y Chatila, perpetradas por las falanges cristianas apoyadas tanto por Israel como por Estados Unidos, empañan la imagen internacional de la causa cristiana libanesa y la misión estadounidense, teniendo como resultado diversos atentados contra las bases militares norteamericanas y la retirada de Estados Unidos del territorio libanés (Tovar Ruiz, 2017).

Pero es George H. W. Bush quien crea las bases de una política estadounidense hacia Oriente Medio y, por ende, hacia Teherán posrevolución. Bajo su Gobierno se acuña la llamada Doctrina Wolfowitz-Khalilzad, a través de la cual Estados Unidos debe

reservar los suficientes recursos presupuestarios para evitar que una eventual potencia no democrática pueda rivalizar con Estados Unidos y su hegemonía (Tovar Ruiz, 2017), que acaba plasmándose en la Estrategia de Defensa Regional (EDR), aplicada a la guerra del Golfo contra Iraq, porque no era conveniente que este actor se pudiera apoderar del 20% de las reservas de petróleo mundial, que quebrara el statu quo regional y atentara contra los intereses de Washington y otros Estados de la región a través de la ocupación de Kuwait.

La intervención estadounidense en Iraq lleva implícita una línea roja, es decir, evitar que haya un cambio de régimen en Bagdad a pesar de la dura derrota de Saddam en la guerra. Esto responde a un deseo fundamental de la Administración republicana: mantener vivo al principal enemigo para la hegemonía iraní en la región, mientras comienza a implantar una política de "refuerzo" a sus aliados del Golfo, con mayor intensidad a Arabia Saudí, proporcionando ayuda para construir su sistema antiaéreo Desert Shield, que a día de hoy sigue siendo una de las mejores bazas defensivas de Riad contra su vecino chií. También durante los mandatos del presidente George H. W. Bush se promulga el Irán-Iraq Arms Nonproliferation Act, "que incluía prohibiciones sobre tecnologías de doble uso y abarcaba a aquellos que prestasen ayuda a Irán para el desarrollo de armamentos sofisticados" (Castro Torres, 2015: 359).

La primera década post Guerra Fría consagra a Estados Unidos como la única superpotencia global. La primera presidencia de Bill Clinton en la Casa Blanca pone más énfasis en el proceso de globalización y en la economía nacional e internacional, siendo acusado de demasiada indecisión en una política exterior más desdibujada, sobre todo en comparación con su antecesor. En el segundo mandato, con Madeleine Albright como Secretaria de Estado, se plantea el concepto de una "comunidad de las democracias", claramente basado en un idealismo wilsoniano. Clinton inserta la premisa de "hacer del mundo un lugar seguro para las democracias" (Tovar Ruiz, 2017). Pero su estrategia se encuentra de frente con la República Islámica de Irán y sus intereses nacionales sobre Oriente Medio. Teherán se opone a todo tipo de proceso de paz liderado por Washington, por lo que las relaciones

entre la Casa Blanca y el Palacio de Saad Abad son sumamente complicadas en este periodo. Irán es visto por Estados Unidos como el potencial enemigo de los intereses de Estados Unidos en el Golfo Pérsico, especialmente por la posibilidad de que el país persa bloquee el Estrecho de Ormuz y, por tanto, provoque una crisis petrolera a escala mundial (Wright, 2007).

La Administración Clinton aumentó más del doble las fuerzas militares en Arabia Saudí y Kuwait, respondiendo al esquema de la Contención Dual, original del periodo Carter, pero que no produjo los resultados esperados, pues tenía que mantener una política hostil tanto con Irán como con Iraq, "que se detestaban, lo que dejaba solo a Estados Unidos frente al cometido de mantener la calma con los dos" (Pollack, 2005: 261). Los objetivos principales con esta Administración demócrata se centraban en implementar el Iran Nonproliferation Act, en aislar a la República Islámica, en reducir su capacidad para apoyar el terrorismo, y en incrementar el descontento de la población por la austeridad económica y fiscal resultado de las sanciones. Los efectos fueron débiles, pues si bien dañaron la economía iraní, no pusieron en peligro la supervivencia del Estado mediante las exportaciones de petróleo y el comercio con diferentes países.

A pesar de los intentos de apertura por parte de Teherán, abriendo sus yacimientos a las inversiones estadounidenses en 1995, el principal problema en la relación Estados Unidos-Irán es la negativa explícita por parte de Irán a la financiación de sus grupos aliados en Oriente Medio, lo que es replicado por la potencia estadounidense con sanciones unilaterales sobre el comercio y el petróleo, prohibiendo a las empresas de su país realizar transacciones comerciales y de inversión en Irán, generando gran hostilidad bilateral (Wright, 2007). Por otro lado, con la aprobación de la Ley D'Amato, se restringe la venta de tecnologías a Irán, así como se aumenta la cuantía de las sanciones económicas. Será durante la presidencia de Clinton cuando se defina con mayor precisión el concepto de rouge States ("Estados canallas"), como Estados acusados de ser una amenaza para la paz y seguridad mundial, que se vio acompañado por una lista de países entre los que figura Irán.

En 1997 se celebran elecciones en Irán con el triunfo de los

moderados, abriendo una oportunidad para mejorar las relaciones. Sin embargo, la reacción de la Administración Clinton no mejora la bilateralidad, temerosa de cómo encajaría el poderoso lobby israelí en Estados Unidos el acercamiento a Irán. No obstante: "Podría haber sido la propia estructura internacional del sistema la que habría llevado a los Estados Unidos de América a rechazar la cooperación con Teherán, principalmente por el miedo de la superpotencia a que una división de ganancias entre los dos Estados beneficiara más a Irán que al propio Estados Unidos por diferentes motivos: las consecuencias de cooperar con Irán, hubiera mermado las relaciones de Estados Unidos con Israel, que estaba en contra de una cooperación entre EEUU e Irán. Y por otro lado Estados Unidos se hubiera visto obligado a levantar las sanciones económicas y comerciales que aplicaba a Irán, lo cual hubiera permitido el crecimiento económico y comercial de Irán, beneficiando a la República" (Fuentes Fernández, 2015: 139).

Es George W. Bush quien, a través de sus dos Estrategias de Seguridad Nacional, reconfigura la geopolítica de Oriente Medio y provoca, por diversos fallos de cálculo, que Irán pueda desplegar su influencia en Afganistán e Iraq. Esta Administración demócrata busca un nuevo sistema de equilibrios internacionales debido a que la unipolaridad estadounidense parece estar siendo lentamente rebatida por países emergentes como China o Rusia. Por esto, Estados Unidos centra gran parte de su política exterior en Oriente Medio, especialmente en la contención de los "Estados canalla", como son Afganistán e Iraq. A diferencia de su padre, George W. Bush posee una visión favorable a los procesos de nation building, es decir, la exportación de la democracia liberal a países que nunca gozaron de ella (Tovar Ruiz, 2017).

La Doctrina Bush será sumamente compleja de llevar a cabo y requerirá del concepto de "guerra preventiva", que no sonaba especialmente bien en la comunidad internacional y, mucho menos, en la opinión pública nacional. Washington diseña el "Eje del Mal", en donde engloba a actores tan dispares como Irán, Iraq, Corea del Norte, Siria y Cuba, lo que significa que la República Islámica es una amenaza para la seguridad de Estados Unidos y para sus aliados regionales. La elección recae en Afganistán e Iraq como objetivos centrales de su doctrina exterior en la zona, llevando a la guerra a

ambos en 2001 y 2003 respectivamente. Entre otros motivos, la invasión de Iraq es un intento de aliviar las presiones dentro de la propia Administración y del lobby israelí, aunque el objetivo principal de Israel no se centre tanto en Bagdad sino en Teherán y el discurso de Bush se enmascare en "ayudar al pueblo iraní en sus aspiraciones democráticas y construir un país próspero que inspire confianza en la comunidad internacional" (Torbat, 2004: 88).

A raíz de que el presidente Jatamí anunciase que Irán había logrado extraer uranio de manera exitosa y que la República Islámica lo iba a usar en su programa nuclear, Estados Unidos parecía haber elaborado una argumentación para la invasión de Iraq: las armas nucleares, recurso ya utilizado en la guerra con Bagdad. Pero, a diferencia de Saddam Hussein, Jatamí rápidamente anuncia que Irán iba a respetar el Tratado de No Proliferación Nuclear, asegurando que el uranio solo sería para fines civiles (Torbat, 2004), lo que reduce las posibilidades de Washington para convencer a la comunidad internacional y a la opinión pública de lo contrario. Aunque Jatamí era proclive a negociar con Estados Unidos diversos temas de una agenda común bajo el principio de la autoprotección, su interlocutor no estaba en la misma sintonía. A lo largo de los dos mandatos de la Administración Bush se planearon actuaciones preventivas contra Irán[32].

La Administración republicana se ha caracterizado por implementar relaciones hostiles con Irán, muy centradas en la cuestión nuclear y sus derivadas. Postura contraria a la Unión Europea, que adopta el papel de mediador hasta conseguir que Teherán detenga el programa de enriquecimiento de uranio, permitiendo que la Agencia Internacional de la Energía Atómica realizara labores de inspección. Pero, a pesar de la labor de la Unión Europea, en agosto de 2005 los acuerdos fracasan, en parte por la firme postura de Ahmadinejad, que había ganado las elecciones ese mismo año. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, a partir de diciembre de 2006 y continuando durante el año 2007, impone un conjunto de sanciones a Irán de carácter técnico y económico por el rechazo a paralizar el programa nuclear, que no fueron del todo del agrado de Estados Unidos, pues quería mayor dureza sancionatoria, frente a Rusia y China, con posturas más flexibles. Estas medidas se refuerzan con la política de Estados Unidos de acercamiento a otras

naciones árabes para que actúen como elementos de presión a Irán.

El contexto internacional que encuentra Barack Obama cuando accede a la presidencia no es el mismo que el de su predecesor, pero no se puede afirmar lo mismo de las amenazas. Aunque existe una corriente analítica que argumenta la importancia del factor psicológico en la toma de decisiones, poniendo en valor el "código operativo", concepto que se refiere al bagaje personal de un político, resaltando en este caso concreto las experiencias con comunidades musulmanas del presidente Obama, que le sirven para suavizar las relaciones con los países musulmanes y generar así un mayor entendimiento entre las partes (Powell, 2015), la política exterior supone un entramado más complejo, máxime si se tiene en cuenta la teoría del realismo estructural de Kenneth, que abarca los cambios en la estructura del sistema internacional, en este caso concreto tras la caída de Saddam Husein, que transforma la distribución de capacidades regionales beneficiando a Teherán.

El primer mandato Obama va a estar marcado en política interna por la crisis financiera mundial, donde se ha de reconstruir la fuerza económica de Estados Unidos, y en la acción exterior se enfrenta a "un sistema internacional cambiante y al síndrome de Iraq" (García Cantalapiedra, 2012: 145). En la primera Estrategia de Seguridad Nacional (2010) de esta Administración demócrata se plasman una serie de planteamientos estratégicos y un cambio en ciertas prioridades, aunque se mantienen la mayoría de las amenazas establecidas en las estrategias de 2002 y 2006. Este documento, considerado como un exponente del "multilateralismo eficaz" o "realismo cooperador", gira en torno a la necesidad de Estados Unidos de redefinir su papel como superpotencia en un mundo en el que su hegemonía ya no es indiscutida y se han posicionado otros actores de importancia con los que se debe cooperar (The National Security Strategy of the United States of America, 2010). En esta lógica, se admite que hay una nueva estructura en el sistema internacional, que supone la existencia de otros núcleos de poder en la política internacional, como son Asia y Pacífico.

La Estrategia Nacional de Seguridad contiene una crítica velada a las intervenciones en Iraq y Afganistán que hay que dejar atrás en busca de "ámbitos de interés mutuo" (The National Security

Strategy of the United States of America, 2010) con otras potencias tanto mundiales como regionales. En este documento se hace referencia a la necesidad de abordar el programa nuclear y fomentar la reincorporación de Irán a la comunidad internacional por medios económicos y políticos, pero no bélicos, dando preferencia a una política desmilitarizada, aunque en el texto se mantiene Irán como un Estado que amenaza la seguridad nacional. Estas intenciones se vieron progresivamente limitadas a una política asertiva hacia Teherán en consonancia con el surgimiento de las Primaveras Árabes, que llevan a Obama a tener que prestar más atención a Oriente Medio, dejando poco espacio a la innovación (Tovar Ruiz, 2017).

El presidente Obama adquiere un doble compromiso con la región: defender la cooperación con el mundo musulmán y avanzar en las políticas de no proliferación. En este sentido, el programa nuclear de Irán se convierte en un elemento clave en la política exterior al ser uno de los principales retos, agravado por no haber funcionado la política de su predecesor, caracterizada por su inclusión como rouge States y el castigo a través de las sanciones. Por tanto, las vías diplomática —ofreciendo un nuevo diálogo— y coercitiva[33] —manteniendo las sanciones— serán las primeras herramientas utilizadas para lograr la contención[34]. Se continúa con la cuarta tanda de sanciones por parte del Consejo de Seguridad de la ONU (junio de 2010), siendo ampliadas por el Congreso de Estados Unidos y por el Acto Integral de Sanciones Transparencia y Desinversión contra Irán del Departamento del Tesoro (2010), mediante el endurecimiento a las empresas que invirtieran en el sector energético de Irán[35]. En la misma tónica se enmarcan la aprobación de la Iran Reduction and Syria Human Rights Act (2012) y la Iran Freedom and Counter Proliferation Act, que sancionan las actividades comerciales y de servicios en el ámbito de los hidrocarburos con Irán. Un año después se intensifica la línea de presión con Irán mediante la Iran Freedom and Counter Proliferation Act y la Nuclear Iran Prevention Act of 2013, la Iran Sanctions Loophole Elimination Act o la Orden Ejecutiva 13645, todas ellas con la intención de ahogar aún más la economía iraní, que desde el punto de vista teórico se inserta en lo que Bradford A. Lee denomina estrategia de ataque del sistema político del enemigo (Lee, 2012).

La crisis bilateral aumenta por tres motivos: en primer lugar, la presiones ejercidas a través de diversas medidas tomadas por Estados Unidos recogidas en diversos tipos de documentos; en segundo lugar, por el informe de la Organización Internacional de la Energía Atómica, en el que esta institución pone de manifiesto que existen indicios de que Irán no utiliza el uranio solamente con fines civiles (noviembre de 2011) y, en tercer lugar, por los ciberataques recibidos afectando a las centrifugadoras y los asesinatos de personal técnico. Sin embargo, la llegada a la Presidencia de la Nación de Rohaní supone un punto de inflexión tanto para reorientar la política exterior como para retomar las negociaciones del grupo 5 + 1 sobre el programa nuclear (14 y 15 de noviembre de 2013). En definitiva, es lo que estaba buscando Obama con la política de presión en un tema central para la política exterior de Estados Unidos, aunque fuera acusada esta Administración de perder poder en la región a favor de Irán, sobre todo en la zona de Mesopotamia y Levante, a lo que se suma la salida de tropas de Iraq y una imagen debilitada debido a la fatiga económica y humana ocasionada por las operaciones militares.

Irán había utilizado el tema nuclear para desarrollar una estrategia integral favorable a sus intereses durante dos décadas, que en este periodo de Rohaní suponía un instrumento de cambio en el contexto de las negociaciones nucleares para el apoyo de la República Islámica en la lucha de los Estados Unidos contra Daesh. Senadores demócratas habían fijado un margen de tiempo en las negociaciones, argumentando que en la política exterior estadounidense existe una franja de actuación, con independencia de la Administración que esté en el poder, fuera de la cual no hay capacidad de ejecución (Castro Torres, 2015). Tanto a Obama como Rohaní les convenía la firma de un acuerdo, que afianzaba sus doctrinas, aunque estuvieran constreñidos por el ámbito interno: la Administración norteamericana no podía conceder grandes prerrogativas ante la opinión pública y los republicanos, mientras que para el presidente iraní suponía eclipsar ciertas vulnerabilidades de su Gobierno provocadas por las tensiones políticas y sociales que padecía Irán.

Aunque puede ser prematuro afirmar que existe una “Doctrina Trump” cuando no ha transcurrido todavía un mandato, sí es

posible analizar las líneas de la política exterior de esta Administración. Trump se retrotrae a políticas neorrealistas donde el Estado es el núcleo del sistema político internacional, lo que hace que Estados Unidos juegue a la contra en un mundo global, interconectado y basado en dependencias entre los actores. Para diferenciarse de su predecesor, claramente multilateralista, Trump opta por aliarse políticamente con posturas neoconservadoras y populistas. En su Ejecutivo cohabitan a la vez dos posturas nítidamente enfrentadas de difícil conciliación, como es la dicotomía entre el populismo conservador y el realismo pragmático. A su vez, esta administración hace gala de un antiintervencionismo en los asuntos internacionales, reemplazándolo por un intento de renegociación en algunos acuerdos internacionales que Washington tiene con sus aliados, bajo el pretexto de que están "estafando" a Estados Unidos para que ponga los medios militares y el gasto público necesario para mantener las alianzas occidentales funcionales y competentes (Tamames, 2018).

El rechazo al proceso de globalización y al multilateralismo es claro desde Washington, sustituyéndolo por un intento de aislacionismo y una visión patriótica del sistema internacional para orientarlo al utilitarismo. Trump también se retrotrae a ciertas reminiscencias de las políticas de Bush, acusando de financiar el terrorismo a Irán, resucitando el revivalismo del Eje del Mal y mediante la salida del Acuerdo Nuclear al considerarlo un fracaso para los intereses nacionales estadounidenses, que ya se convirtió en un referente en su programa electoral. La Administración republicana busca contener el expansionismo iraní en la región, presionado especialmente por Israel y Arabia Saudí, que fueron los perjudicados durante el mandato de Obama. Esto se ha transformado en la venta de grandes cantidades de armamento y en reiteradas muestras de apoyo hacia Riad en el conflicto yemení —a diferencia de Obama, que prefirió "liderar desde la retaguardia"— y en la conversión de Washington en el conseguidor por la vía unilateral de los objetivos de Israel sobre Palestina (Tovar Ruiz, 2018), y más recientemente, en el "acuerdo del siglo" (enero de 2020).

El propio Mike Pompeo en discursos y declaraciones ha dejado claro cuál es la Doctrina Trump hacia Irán. El secretario de Estado tacha

de “regímenes fuera de la legalidad” a Corea del Norte e Irán, argumentando, además, que el JCPOA solo ha servido para darle “ingentes cantidades de dinero al líder supremo, que las ha usado en financiar el terrorismo” (Pompeo, 2018). El Ejecutivo estadounidense sostiene planteamientos que estudiosos de la política exterior iraní contradicen, especialmente la acusación de Washington de que Irán sigue queriendo exportar la Revolución Islámica al extranjero —política que se abandonó a favor del realismo pragmático tras la muerte de Jomeini—, así como comparando al Irán de 2020 con la Unión Soviética de los años ochenta, cuando los líderes contrabandeaban y se beneficiaban de los productos occidentales mientras mantenían al pueblo alejado (Pompeo, 2018).

La actual Administración republicana tras la salida del JCPOA ha implementado la “campaña de máxima presión” hacia Irán, centrada en ahogar la economía, mediante la inflación y las sanciones económicas, y cortar de raíz la financiación de Teherán a los grupos proiraníes presentes en la región en un intento de limitar su expansión. El presidente en el Discurso a la Nación (8 de enero de 2020) afirma: “Mientras yo sea presidente de Estados Unidos, nunca se le permitirá a Irán tener un arma nuclear […]. Durante demasiado tiempo, desde 1979, para ser exactos, los países han tolerado el comportamiento destructivo y desestabilizador de Irán en Oriente Medio y más lejos. Esos días han terminado. Irán ha sido el principal patrocinador del terrorismo y su pretensión de lograr de armas nucleares amenaza al mundo civilizado. Nunca permitiremos que eso suceda (Trump, 2020).

Un tema de preocupación es la disfuncionalidad en cuanto al proceso de toma de decisiones del Ejecutivo de Estados Unidos, donde se percibe una política de luz corta que incita a reflexionar sobre las actuaciones impulsivas e impredecibles del presidente, dominadas por pataletas emocionales que concitan el encomio de sus partidarios neoconservadores. Esto ha quedado patente con los asesinatos de Qasem Soleimani y Al-Muhandis en el bombardeo con drones en Bagdad. Los detractores del presidente manifiestan constantemente sus inquietudes sobre la forma en la que maneja las crisis internacionales (Baker, 2020), pudiéndose prever que esta no ha concluido.

CAPÍTULO 5

IRÁN-ARABIA SAUDÍ: CLAVES DE RIVALIDAD GEOPOLÍTICA

Diversas son las claves explicativas que identifican la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí para ampliar su influencia, competencia y enfrentamiento indirecto y para garantizar su estatus como potencias regionales. Pese a no ser aliados directos, durante la monarquía de Mohammad Reza Pahlavi gozan de una etapa de distensión y mayor acercamiento, que se quiebra desde la Revolución de 1979, compitiendo en los planos ideológico y geopolítico, contribuyendo a complejizar más los diversos conflictos en los que se halla inmerso Oriente Medio y constituyendo una de las características de esta zona en los inicios del siglo XXI. A partir de 2003 se recrudece la confrontación irano-saudí al estar la región inmersa en un proceso de alteración de los equilibrios de poder, donde interactúan actores internos y externos mediante dinámicas complejas que condicionan el resultado final de un statu quo definido en décadas pretéritas.

La situación de enfrentamiento obedece más a factores geopolíticos que a la clásica retórica sectario-religiosa mediante una cobertura calculada, que se utiliza para enconar más la rivalidad irano-saudí y enmascara posiciones de poder. Dicha pugna se acentúa desde la invasión de Iraq, la guerra entre Israel y el movimiento Hezbolá en 2006 —que afecta durante más de un mes al Líbano, norte de Israel y los Altos del Golán— y, por último, las rebeliones árabes que alteran los equilibrios existentes. Estos procesos de pugna aceleran lo que se denomina la "nueva Guerra Fría" en Oriente Medio, en el sentido de tendencia regional hacia la bipolarización y que marca el devenir de un área. Tanto Irán como Arabia Saudí se acusan mutuamente de desestabilizar la zona, aunque ambos, con capacidades económicas, políticas, culturales-ideológicas, energéticas y militares, están condicionando la actuación de otros actores secundarios en los principales conflictos de la región.

Mientras Irán, mediante una ideología revolucionaria, supone el paradigma de un Estado revisionista que a través de un sistema de alianzas ha ido ampliando su influencia y poder regional envuelto en la percepción de actor disruptivo que autogestiona su seguridad,

Arabia Saudí, como potencia conservadora, busca, con el actual monarca Salmán bin Abdulaziz, el mantenimiento de un statu quo que garantice su seguridad y contenga el ascenso de Teherán, lo que se traduce en una política exterior renovada, más ligada a la autonomía estratégica y proactiva. Si hasta la invasión de Iraq el entorno geopolítico del Golfo Pérsico estaba dominado por Irán e Iraq, quedando Arabia Saudí constreñida al área del CCG, con el fin de Bagdad como poder regional árabe dominante, el escenario muta al reforzarse Irán y Arabia Saudí como los actores más determinantes de la región con una doble motivación: aumentar su influencia en la zona y confrontar amenazas a la seguridad.

MARCO INSTITUCIONAL Y ANATOMÍA

DEL PODER EN ARABIA SAUDÍ

Tres pilares interconectados sustentan a Arabia Saudí: monárquico-religioso, económico y político-internacional. El pacto entre la monarquía y el wahabismo, desde antes de la creación del actual Estado, se asienta en una relación de interés mutuo, por el que esta corriente del islam se posiciona como la religión oficial, legitimando al poder político. La segunda alianza, de carácter socioeconómico, descansa en el contrato entre la población y el reino, por el cual los nacionales gozan de un alto modelo de bienestar, derivado de las bonanzas económicas que proporcionan los hidrocarburos, que comporta el no cuestionamiento de este sistema cerrado políticamente. El último pilar ha permitido gozar de estabilidad a Arabia Saudí en un contexto inseguro e inestable, donde los desafíos y amenazas externas provienen de las dinámicas interdependientes de la subregión.

En esta lógica, desde la creación del reino moderno en 1932, la seguridad existencial, el mantenimiento de la Casa Saúd y el islam wahabí como doctrina religiosa y política suní se posicionan como elementos centrales mediante una política pragmática en pro de la estabilidad e identidad nacional para encapsular a este actor de las turbulencias y conflictos de la región. El oficialismo saudí presenta una imagen de estabilidad en su construcción política, en el sentido de entidad independiente como Estado nación reconocido internacionalmente, frente a una historia caracterizada por la fragmentación y el enfrentamiento entre diferentes tribus y clanes.

UN RÉGIMEN AUTORITARIO CERRADO

Aunque cuenta con una excelsa historia, serán los miembros de la familia Saúd los cofundadores de la entidad estatal actual. Dada la ubicación y el control de este clan en el centro de la península arábiga, en el siglo XVII se realizan diversos intentos de unificación mediante la alianza con el wahabismo del reformador islámico Muhammad ibn Abd-al-Wahhab y el gobernante local Muhammad bin Saúd, quienes instituyeron en 1774 el Emirato de Diriyah, considerado como primer Estado saudí, al que le sigue el Emirato de Nechd (1824-1891), que cuenta con la oposición del Imperio otomano, de los gobernantes de Egipto y de diversos linajes de la península. La última fase en el proceso fundacional se corresponde con la anexión de diversos territorios del área por Abdelaziz bin Saúd, que, con la aceptación del Reino Unido, aglutina las zonas que gobierna (Wynbrandt, 2004), dando lugar a la constitución del Estado moderno en 1932.

Arabia Saudí representa un modelo singular en la región, pues no ha tenido un pasado colonial como otros países del área, solo marginalmente bajo el Imperio otomano. Históricamente se aprecian tres grupos principales que caracterizaron la sociedad saudí creando un sistema de alianzas: los Al-Saúd, los ulemas y los umares (jefes tribales), que se incorporan a la creación estatal (Fabietti, 1982). La familia gobernante, buscando conseguir un tejido de lealtad y estabilidad en los inicios del reinado, promociona una política de tolerancia interna que no durará mucho, imponiéndose la jurisprudencia hanabalí que ha contribuido a afianzar los objetivos políticos dentro y fuera del reino (Domínguez de Olazabal, 2017: 7).

Siguiendo a Hernández Martínez, se pueden distinguir cinco etapas en la historia saudí. La primera, de consolidación, llevada a cabo por Abdulaziz bin Saúd y su hijo Saúd bin Abdulaziz, correspondiente al periodo 1932-1964, centrada en afianzar la autoridad de la monarquía y cimentar los pilares del Estado mediante el control del territorio y la creación de instituciones. La segunda comprende el reinado de Fáisal bin Abdulaziz (1964-1975), un periodo ascendente en cuanto a las capacidades y el fortalecimiento de la agenda estatal, reforzando los dispositivos de seguridad y ampliando la presencia internacional. La tercera (1975-2005) abarca el reinado de Jálid bin Abdulaziz (1975-1982)

y Fahd bin Abdulaziz (1982-2005), aunque, debido a la enfermedad de este monarca, desde 1995 deriva la regencia en Abdalá bin Abdulaziz. En el orden interno, se agrandan las estructuras estatales (nacionalización de empresas, control absoluto de la economía, internacionalización del wahabismo) y en el externo, se liga la estabilidad y la seguridad a los desafíos del entorno en un contexto de cambios regionales. El cuarto ciclo transcurre con Abdalá bin Abdulaziz (2005-2015), centrado en la modernización paulatina a través del aumento de las capacidades militares, la diversificación de las relaciones comerciales y un proceso de reformas político-administrativas, sin afectar la esencia del régimen (Hernández, 2019: 69-86) y teniendo que afrontar desafíos como el extremismo islámico, el terrorismo, la inestabilidad regional y algunos disturbios internos. El último periodo comienza en 2015 con Salmán bin Abdulaziz, que proyecta un ciclo de reformas internas y en política exterior.

En el plano político, los Saúd han conseguido equiparar sus intereses con los nacionales, consolidando una élite dirigente en un complejo sistema Estado-monarquía, controlando los ámbitos políticos-sociales, los espacios económicos y los ritmos de transformación que caracterizan a este país y que mantiene como principio inamovible la perdurabilidad de la monarquía. Arabia Saudí se posiciona como un modelo sui géneris de autoritarismo cerrado y jerarquizado con limitación de derechos políticos, civiles y libertades en pro de un contrato social alterado, que supone el consentimiento de los ciudadanos a un régimen no consultivo basado en el Estado rentista garante de altos niveles de confort a los nacionales. Una alianza entre el reino y la población por la “cual gracias a las rentas obtenidas por la explotación de los hidrocarburos los saudíes han gozado de un nivel de bienestar que conlleva el no cuestionamiento del sistema político” (Priego, 2017: 466).

Será con los ingresos provenientes de la exportación de hidrocarburos cuando Arabia Saudí comience a crecer sustancialmente. Va a ser la monarquía la que gestione los beneficios de los hidrocarburos, en una ecuación singular entre el régimen y la población, asegurando la estabilidad social mediante la distribución de las rentas petroleras entre los nacionales,

obteniendo recursos para implementar planes de desarrollo a través de un sistema económico-político rentista donde los ciudadanos saudíes gozan de un elevado bienestar económico y privilegios (becas, exenciones en tasas e impuestos, subsidios, etc.). Esto se traduce en un eficaz instrumento de seguridad y paz social, así como de control de la disidencia, en una sociedad civil poco articulada donde este Estado islámico monopoliza el ámbito social, económico y político, con supremacía de la monarquía sobre las demás instituciones y con sumisión por parte de los súbditos, negándoles la participación política.

El férreo control ejercido por la monarquía en el ámbito interno imposibilita obtener una visión clara de las competencias reales de las instituciones estatales y de las divergencias ideológicas. En este Estado patrimonialista y rentista, de funcionamiento clientelar, no existe la clásica división de poderes, al tener el monarca el poder político y las últimas responsabilidades en el ámbito legislativo, ejecutivo y judicial (Yom y Gause, 2012: 76-77), cooperando entre ellos —artículo 6.44 de la Constitución de 1992—. El poder emana de Dios, sin existir antagonismo entre el poder espiritual y el terrenal, correspondiendo al monarca la dirección de la nación, según los principios del islam y la aplicación de la sharía islámica —artículo 6.55 de la Ley Fundamental de 1992—.

La familia reinante —con el monarca como actor dominante del poder político, jefe del Estado y guardián de los Santos Lugares—, controla los espacios políticos y sociales como clase distinguida respecto a los ciudadanos. Arabia Saudí ha construido un sistema de Gobierno centralizado. La condición bicéfala del monarca abarca la jefatura del Estado y del Gobierno de la nación, compuesto por personas que gozan de su confianza, respondiendo cada ministro ante el rey, sin ser un órgano estatal de debate y consenso. En el reparto ministerial priman las diversas familias de la monarquía —formada por unos 14.000 miembros, aunque la riqueza y el poder están concentrados en unos 2.000—, así como las demandas del wahabismo, que tradicionalmente tiene reservadas las carteras relacionadas de educación, justicia y asuntos de fe, recayendo en los miembros de la Casa Saúd áreas afines con la acción exterior, la seguridad, la defensa, los servicios de inteligencia, el Ejército y la economía.

Las leyes son promulgadas por el Consejo de Ministros, ratificadas por Real Decreto y deben ser compatibles con la sharía, siendo esta y el Corán las principales fuentes de derecho, bajo la interpretación del wahabismo. El escaso entramado de leyes se articula a partir de tres círculos interconectados: islam, tradiciones y decretos reales. El reino no tuvo Constitución escrita hasta marzo de 1992, un texto muy corto, con apenas 83 artículos, pudiéndose considerar como una carta otorgada que consagra la figura del monarca, cuyo poder está limitado por los preceptos de la ley islámica, posicionando al monarca por encima de las demás élites, legitimando su autoridad por el wahabismo, así como haciéndole portador y protector de la verdad. Al monarca también le corresponden competencias en defensa, seguridad del reino —artículo 6.61 de la Ley Fundamental — y aprobar el presupuesto del Estado mediante decreto real.

El poder legislativo está representado por el Consejo Consultivo (Majlis al-Shura) como órgano que limita las funciones del monarca en su capacidad legislativa y supervisor de la actividad de los distintos Ministerios, además de sugerir políticas sobre el desarrollo social y político del reino, aunque de facto actúa como una asamblea consultiva presidida por un ulema y compuesta por 150 miembros designados directamente por el monarca. En el poder judicial la sharía es la principal fuente de derecho en las áreas penal, familiar, comercial y mercantil, que se complementa con leyes promulgadas por el ejecutivo, particularmente en lo relativo a delitos y penas y, también a los asuntos económicos. Bajo el principio de imparcialidad e independencia que rige el poder judicial, se consideran legales la pena de muerte, la mutilación y el castigo corporal.

Arabia Saudí representa un Estado construido sobre un sistema neopatriarcal con arreglos corporativos de poder. Se define como una monarquía absoluta donde la familia real controla el Gobierno y la riqueza proveniente del petróleo. Este Estado rentista configura grupos sociales con lazos de dependencia con el Estado, mediante una estructura corporativista basada en la comunidad (Galindo, 2006). Además, el grupo dominante sostiene una política de incorporación para lograr cohesión social que resulte favorable a sus propios intereses, aunque implemente algún proceso de modernización y liberalización política que también respeta las

formas tradicionales de autoridad (Niblock, 1982: 85-86). En esta lógica, ocupa el puesto 159 en un cómputo de 167 en el Índice de Democracia (2019), sin que en los últimos años se hayan producido avances significativos en términos de promoción de la democracia.

EL WAHABISMO: UNA ALIANZA ASENTADA EN INTERESES MUTUOS

El factor religioso es un tema clásico en el análisis de la estructura de poder y en el desarrollo institucional de Arabia Saudí. Viene marcado por la alianza de los Saúd con el wahabismo desde el siglo XVIII y con mayor empuje desde la fundación del Estado moderno, al convertirse en un pilar central de sustento de la nación. El pacto supuso un escudo protector contra los detractores de esta corriente del islam, a la vez que otorgaba la legitimidad religiosa de la que carecía el jeque tribal, convirtiéndose con el tiempo en el único custodio de los Santos Lugares. Desde entonces, esta relación bilateral, de compleja lealtad entre los actores, condiciona, en primer lugar, el devenir de los poderes temporales y espirituales; en segundo lugar, el desarrollo de los ámbitos políticos, sociales, económicos y culturales; y, en tercer lugar, determina unas costumbres sociales dominadas por unos códigos rigoristas y conservadores.

El clan familiar se compromete a proteger y difundir los preceptos religiosos, mientras que los estamentos wahabíes garantizan ante los fieles un discurso congruente con la autoridad política saudí. El islam suní wahabí, que descansa en la interpretación rigurosa de la sharía, ha alcanzado un importante auge y expansión debido a la relación con los Saúd y al apoyo mutuo que se prestan, aunque solamente sea mayoritario en Arabia Saudí y Qatar. El régimen saudí y el wahabismo han marcado una relación referencial y compleja, aunque leal, motivada por intereses mutuos que se cimientan en un pacto de estabilidad inquebrantable, pese a los desencuentros también acontecidos, debido a las ventajas que comporta para estos actores. El objetivo es doble: unificar a la población en un credo mayoritario y garantizar, como sustrato de la

nación, la lealtad política y religiosa. En el ámbito interno, el wahabismo, además de factor legitimador del régimen (Albentosa Vidal, 2015: 183-185), goza de cuantiosa presencia institucional, de potente control en diversos campos —cultura, justicia y educación —, de importante capacidad de adoctrinamiento y de fuerte representación social.

La religión también actúa como elemento de cohesión social en Arabia Saudí, afectando a la minoría chií, que representa entre el 15% y el 20% de la población y que está sometida a la sospecha permanente, a la marginación y a la segregación sistemática en religión, educación, justicia, empleo e igualdad como resultado de la represión religiosa y de la marginación política. Además, conforme a los mapas comparativos que dibuja la distribución de creencias religiosas y los campos petroleros elaborados por el orientalista y cartógrafo Michael Mehrdad Izady, esta población se ubica en el Golfo en la zona este, estratégica en cuanto a reservas de petróleo y, en Arabia Saudí, en la costa este y en la provincia del sur de Nayran (Wehrey, 2014). El discurso oficial elabora una narrativa de conexión de esta minoría con Irán, temiendo su diseminación y suponiendo una amenaza para la estabilidad interna por una población tan próxima a las fronteras con Qatar y Bahréin. La cuestión de esta minoría ha cobrado gran protagonismo en la agenda saudí, sobre todo con el auge de la tensión con Irán y desde la primavera árabe, producto de décadas de discriminación, que reivindica su representación y funciones, pero sin cuestionar el papel que ocupa la monarquía.

En el ámbito externo, la exportación del modelo wahabí como dispositivo de la diplomacia religiosa, con altas dosis de proselitismo desde la década de 1970 gracias a los réditos del petróleo, obedece a la fuerte financiación que recibe por parte de Arabia Saudí y por la familia real (Baskan y Wright, 2011: 96-98) y, en menor medida, por Qatar, en lo que George Corm denomina “la santa alianza entre el petróleo y la religión”. Esta exportación del credo religioso y la abundante financiación económica, tanto estatal como privada, ha adquirido importante dinamismo y crecimiento a través de agrupaciones, redes religiosas o movimientos islamistas radicales suníes que alimentan el terrorismo transnacional, siendo estos últimos los que evidencian preocupantes conexiones por su

radicalización dogmática y política e inducen a evaluar la responsabilidad de Arabia Saudí en este fenómeno peligroso y destructivo para el orden internacional y para el equilibrio de la región.

Occidente, y Estados Unidos en concreto, en épocas pretéritas no fueron muy ortodoxos en la condena a Arabia Saudí en relación con este tema, primando la seguridad energética y la política exterior. En el contexto post 11-S, bajo la cobertura de lucha contra el terror, la conexión saudí con estos movimientos y redes yihadistas, tanto en estos atentados como los cometidos por Al-Qaeda y movimientos afines, que también provocaron una oleada de atentados terroristas en el propio territorio de Arabia Saudí desde 2003 a 2004, provocando centenares de víctimas, desencadenaron por un lado las críticas de la influencia saudí con estos grupos yihadistas como la percepción de amenaza estratégica para el propio reino. En esta lógica de seguridad, se implementaron medidas y programas para neutralizar el extremismo violento de raíz religiosa y reformas de carácter educativo.

Los países occidentales siguen necesitando la colaboración de los servicios de inteligencia de Arabia Saudí para combatir este fenómeno, así como reprochando las medidas implementadas por ser tímidas y contener deficiencias estructurales en cuanto al lavado de dinero y financiación de actividades terroristas. El debate académico se inscribe en la dualidad analítica: “Oscilando continuamente entre aquellos que han creído vislumbrar en la actuación de los saudíes una calculada ambigüedad destinada a fomentar el yihadismo global al tiempo que se evitan las represalias internacionales y se continúan obteniendo los suculentos beneficios del comercio del crudo, y entre aquellos otros, que han detectado una sincera y clara voluntad de combatir el terrorismo que, sin embargo, ha quedado atenuada por las limitaciones de un Estado débil incapaz de responder de manera contundente al creciente influjo de los sectores más radicales de su sociedad” (Torres Soriano, 2006: 3).

LA ESTRATEGIA DEL PETRÓLEO: DE MOTOR ECONÓMICO

INTERNO A LA PETRODIPLOMACIA

El petróleo es el tercer pilar sobre el que se asienta Arabia Saudí y el principal motor económico. El reino ocupa el segundo lugar tanto en producción mundial por detrás de Estados Unidos como en número de reservas a nivel global, además del primero en exportación (British Petroleum, 2019: 14-15). La historia económica del país va ligada a este mineral desde 1938, cuando se descubren las mayores reservas mundiales. La inicial relación con Estados Unidos se traduce en petróleo y seguridad, verificada desde 1945 con la entrevista entre el presidente Roosevelt y el rey Abdulaziz ibn Saúd abordo del USS Quincy, que supone una ecuación positiva por la que Riad pasa a proveer hidrocarburos y convertirse en un socio preferente a cambio de que Washington garantice la seguridad del reino frente a enemigos externos e internos.

Con este pacto de necesidades mutuas, explicitado en cinco puntos, el presidente norteamericano reconocía la importancia estratégica de Arabia Saudí en la estabilidad del Golfo y como proveedor de petróleo, ofertando asistencia militar y jurídica en caso de conflicto. En definitiva, la superpotencia norteamericana demandaba petróleo barato, además de un aliado regional "que en un primer momento compensara la influencia británica en la región y más tarde le permitiera reforzar su propia autoridad. Se fue gestando así una relación privilegiada que se ha mantenido estable y ha hecho valer su resiliencia a lo largo de las últimas décadas" (Domínguez de Olazábal, 2017: 28). Durante más de 70 años, la cercana y compleja relación bilateral Washington-Riad se asienta en la percepción de aliados fiables, ampliando los campos de cooperación, donde la potencia norteamericana promueve su estrategia en Oriente Medio con la influencia de los saudíes en el mundo árabe musulmán, especialmente en el CCG.

Estados Unidos ha intentado que no exista en la zona del Golfo ningún otro país dominante en la producción de petróleo para evitar cualquier tipo de presión a la economía occidental, lección asumida por Arabia Saudí, que fue uno de los principales creadores de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) para intentar controlar tanto la producción, alrededor del 30% del

mercado mundial en la actualidad, como el precio. El petróleo juega un papel cardinal en los mercados internacionales y en la política exterior saudí mediante la petrodiplomacia. A partir de la fundación de la industria petrolera en 1938, a cargo de la Arabian American Oil Company (ARAMCO), tras el descubrimiento de los yacimientos en Dammam, la influencia de este país se centra en su rol de productor "péndulo", compensando las subidas y bajadas en el mundo (Seznec, 2016). ARAMCO en sus orígenes era propiedad de cuatro compañías de Estados Unidos, aunque en 1974, tras la primera crisis del petróleo y el apoyo de Estados Unidos a Israel en la guerra del Yom Kipur, el Estado saudí por iniciativa del rey Fáisal se hace con el 60% del accionariado para terminar nacionalizándola en 1980, lo que supone mayor margen de maniobra y un papel no solamente económico sino también político en la OPEP.

Algo más de 10 millones de barriles diarios produce Arabia Saudí (enero de 2020), según datos del Observatorio de Complejidad Económica, exportados principalmente a Japón, China, Corea del Sur, Estados Unidos e India, y representando el 13% de la producción mundial. Sin embargo, la demanda ha ido disminuyendo en función del aumento de otras fuentes de energía alternativas. Además, Estados Unidos normalizó en 2010 el sistema fracking, mostrando la viabilidad técnica e incrementando las exportaciones, lo que se traduce en la recuperación del liderazgo perdido. En esta tesitura, el reino saudí no ha disminuido la producción para ajustar el precio del crudo, aunque necesitaría que el barril estuviera a unos 80 dólares para no tener déficit presupuestario y que tampoco se viera afectada la política rentista que tuvo su origen en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo ante el aumento de los movimientos nacionalistas en el mundo árabe (Hertog, 2018: 73).

Se estima que entre el 70% y el 80% del presupuesto del Estado proviene de los ingresos del petróleo, así como el 80% de las exportaciones. Desde el desplome de los precios del crudo, a mediados de 2014, cuando la cotización rondaba los 100 o 110 dólares por barril, hasta superados los 60 dólares a comienzos de 2020, Arabia Saudí ha experimentado un déficit presupuestario en una economía monoproductora y poco diversificada. Esta caída paulatina del precio del crudo en los últimos años demanda una

economía secundaria que no recaiga en la producción de petróleo como núcleo y en las oscilaciones del precio, “teniendo en cuenta que el sector petrolero emplea alrededor del 40% de la población” (García Reina, 2020) y supone un importante rédito político y económico[36]. Frente a la agricultura, que significa el 2,2% del PIB y emplea a 4,8% de la población activa, el sector industrial representa el 49% del PIB, dominado por las actividades petroleras, siendo algo más del 40% del PIB. La economía saudí en 2020 está situada en el puesto 18 de 196 países computables, teniendo un presupuesto para este mismo año de 50.000 millones de dólares, según declaración del ministro de Finanzas (8 de diciembre de 2019). Esto supone 272.000 millones de dólares y una recaudación de 222.000 millones de dólares (Ministerio de Finanzas, 2019).

La petrodiplomacia, entendida como recurso de poder e instrumento de acción exterior mediante la utilización política del crudo y, en menor medida, del gas para ganar influencia, es un factor que contribuye al fomento de los objetivos saudíes más allá de las fronteras, ensanchando su dominio no solamente en los países exportadores, que en el caso saudí se ve beneficiado por estar ubicado en una región cuyo petróleo es el de mejor calidad del mundo y el que se extrae con menores costos. El reino saudí ha utilizado esta herramienta como un medio que refuerza su política exterior, “dejando claro que considera los mercados del petróleo como una primera línea de batalla contra Irán. Su táctica predilecta consistiría en inundar de crudo el mercado para estrangular la economía iraní y, de paso, socavar tanto la política energética rusa como la industria estadounidense” (Dominguez de Olazábal, 2017: 11).

Con el actual monarca, Salmán bin Abdulaziz, y su política de modernización y reconfiguración en diversos ámbitos, se impone una de las actuaciones de mayor calado, como es un nuevo enfoque económico, que abarca la necesidad de diversificar la economía, modificando la relación entre la política exterior y la política energética, evitando que la parte fundamental del presupuesto público provenga de los hidrocarburos y decantándose por manejar con mayor profusión el uso político de los mismos. Arabia Saudí tradicionalmente se enfrentaba al dilema de productor oscilante, reduciendo drásticamente su propia producción para estrechar el

mercado del petróleo y, así, incrementar el costo, o haciendo todo lo contrario, aumentar la producción y abaratar precios. La nueva política petrolera cambia entre la prioridad en defensa de los precios y el volumen. Si durante décadas el régimen saudí ha sido un notable defensor de separar la política exterior y la energética, se aprecia la mutación hacia el uso político de sus reservas de hidrocarburos, "lo que se conoce como el paso a la Swing Producer a la Petro-Politics Doctrine. Este cambio de orientación está condicionado por la utilización que Irán y Rusia están haciendo de la energía al considerarla como herramienta privilegiada de su proyección exterior" (Priego Moreno, 2017: 9).

Previendo la salida a bolsa de ARAMCO, la mayor empresa petrolera del mundo[37], el ministro de Energía de Arabia Saudí, Khalid al-Falih, facilita una nota de prensa (10 de enero de 2019) y compadece ante los medios de comunicación, ofreciendo el resultado de una auditoría encargada a la consultora DeGolyer and MacNaugton, con sede en Dalas. El informe confirma los resultados de las reservas de gas y petróleo, mayores de lo previsto, con un total de 268.500 millones de barriles de crudo en reservas a cierre de 2017. Estos datos contradicen en algo más de 2.000 millones los reportados anualmente en los últimos 30 años conforme a las estadísticas elaboradas por British Petroleum en sus informes anuales. Con este aumento, el reino saudí se aproxima a Venezuela, que ostenta el record de país con las mayores reservas mundiales, con aproximadamente 309.000 millones de barriles de petróleo por año según la CIA (2019), a quien le sigue Canadá (167 millones), Irán (156 millones), Iraq (147 millones) y Rusia (106 millones).

Los ataques en septiembre de 2019 a las plantas petroleras de Khurais y Abqaiq (situadas en la provincia Oriental[38]), reivindicados por los rebeldes hutíes de Yemen, han puesto en jaque algunas bases sobre las que se asienta el mercado mundial del crudo, es decir, cuestiona la tesis de que la producción de crudo en Arabia Saudí es segura, tambaleando los precios del crudo. El petróleo constituye una baza estratégica en la política interna y externa saudí, en un juego geoestratégico que crea alianzas para ganar influencias —por ejemplo, entre Riad y Moscú— o perjudica a los competidores energéticos —siendo el caso las sanciones de Estados Unidos a Venezuela o Irán—. La región del Golfo seguirá

siendo crucial en esta materia mientras suponga la principal fuente de energía mundial (Ortega Carcelén, 2013) y el reino saudí uno de los epicentros geoestratégicos.

MUTACIONES EN LA POLÍTICA EXTERIOR

DE ARABIA SAUDÍ

Arabia Saudí, uno de los actores más notables del mundo árabe e islámico, así como uno de los más estables desde su creación si se compara con sus vecinos regionales, se ha caracterizado por respaldar el orden estatal imperante desde la Segunda Guerra Mundial. Este Estado, relativamente joven, ha sido partidario de fortalecer los marcos de seguridad regionales árabes, tanto en la política exterior como en las organizaciones regionales, ya sea en el CCG o en la Liga Árabe, para garantizar el statu quo de la zona y un equilibrio de poderes que contrarreste las amenazas internas y externas a su seguridad, debido a la tradicional dependencia en este tema. El poder geopolítico, religioso y económico, sumado a la relación de aliado fiel de Occidente, le ha garantizado posicionarse como un peso clave en la región.

A Arabia Saudí se la consideraba como una potencia conservadora (Echague, 2016). Sin embargo, desde la llegada al trono de Salmán bin Abdelaziz en 2015 se apuesta por una estrategia diferente con un enfoque más activista y de línea dura debido a los cambios sísmicos que se han producido en Oriente Medio, desde la invasión de Iraq a las rebeliones árabes; a la posición de Estados Unidos, que muestra un menor compromiso con la seguridad saudí, aunque sigan ligados a esta superpotencia como garante de seguridad; al ascenso de Irán y el acuerdo nuclear; a los diversos movimientos transnacionales ligados al extremismo violento. En suma, las múltiples amenazas y el relevo monárquico en la Casa Saúd están configurando una fase diferente, que se refleja en el ámbito doméstico y en la política regional. En el primero de los aspectos mencionados se apuesta por una estrategia diferente centrada en la modernización y la mayor apertura económica que se traduzca en competitividad, diversificación y modernización, a conseguir en el horizonte de 2030. En el plano externo, a través de un proyecto de

política exterior expansiva, asertiva y de mayor autonomía en los principales temas de la agenda regional.

UNA POTENCIA CONSERVADORA

En un contexto regional que ha experimentado sustanciales cambios en las últimas décadas al quebrarse los equilibrios regionales, la evolución de la política exterior de Arabia Saudí se ha convertido en un punto nuclear de análisis por condicionar las dinámicas de una de las zonas de mayor conflictividad e inestabilidad mundial debido a la multiplicidad de las amenazas y a la permeabilidad de la inseguridad. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos organizó el subsistema regional estableciendo las jerarquías y manteniendo al reino Saúd como un socio prioritario. Los cambios que acontecen en la zona desde finales del siglo pasado van reconfigurando un marco regional complejo y cambiante en el que se percibe el hundimiento de algunos centros tradicionales de autoridad política, dando paso a dos tendencias principales: la mayor influencia de determinados actores externos y la competencia entre Arabia Saudí e Irán.

Arabia Saudí tradicionalmente implementaba una política exterior tendente a mantener el statu quo gestado en décadas pasadas. Por tanto, esta potencia regional venía practicando una acción exterior que se podría calificar como conservadora respecto al orden regional, oponiéndose desde mediados del siglo pasado a los movimientos transnacionales “revolucionarios e izquierdistas” (republicanismo y nacionalismo), percibidos como amenazas, utilizando estratégicamente el poder blando y resguardando su seguridad como principio básico de actuación (González del Miño, 2018). Además, gozaba de “influencia sin paralelo en los mercados internacionales del petróleo y al hábil uso del capital que obtiene gracias al petróleo para consolidar alianzas políticas” (Kinninmont, 2016-17: 1). La Revolución Islámica supone un punto de inflexión para Arabia Saudí, provocando por un lado el afianzamiento de la rivalidad con Irán y, por otro lado, la percepción de una amenaza a la seguridad. En esta lógica de verificación en cuanto a enfrentamiento indirecto que va a desarrollarse entre estos dos

actores regionales, los saudíes se posicionarán con Iraq en la guerra de desgaste con Irán para terminar rompiendo relaciones diplomáticas en abril de 1988.

La ocupación de Kuwait confirma una nueva amenaza para Arabia Saudí y las otras petromonarquías, necesitando confiar su seguridad a la potencia estadounidense que se encuentra ampliada por la política de contención dual de Irán e Iraq implementada por los Estados Unidos. Unos años después, la invasión de Iraq, con el temor de que Irán se beneficiara de la caída de Sadam Hussein, provoca una reacción dual: Riad no se encuentran cómodo con esta iniciativa, aunque la termine apoyando, y se genera la percepción de que Washington no los defiende adecuadamente ante el afianzamiento de la expansión regional iraní. Desde entonces Arabia Saudí prefiere el estatus anterior a 2003, más acorde con sus intereses. Igualmente, los levantamientos populares que dan lugar a las rebeliones árabes complejizan aún más el escenario, agravándose los marcos de seguridad, por lo que es necesario encapsular cualquier movimiento interno y ayudar a otras monarquías, como en el caso de Bahréin.

La política exterior de Arabia Saudí se estructura en torno a cuatro círculos: el del Golfo, el árabe, el islámico y el internacional. Así mismo, se diversifica en torno a unos parámetros concretos, que se han mantenido como constantes —geográficos, históricos, religiosos, económicos, securitarios y principios políticos—, cuyo objetivo es alcanzar una posición nuclear en el balance de poder regional y en su esfera de influencia. Por tanto, la acción exterior ha de buscar la conjunción entre la centralidad en el poder regional y las transformaciones de la región.

En este sistema de círculos, la importancia del Golfo se debe a diversas razones. En primer lugar, destaca el factor geográfico, al compartir fronteras con todos los actores árabes y porque supone un espacio de relevancia estratégica. En segundo lugar, priman consideraciones de carácter histórico y cultural, así como cierta homogeneidad en cuanto a sistemas políticos y económicos (Albentosa Vidal, 2015: 201). En tercer lugar, por la dependencia y cooperación en el ámbito de la seguridad, que ha recaído en actores externos. En cuarto lugar, por significar una palanca de respaldo a

la política exterior saudí, aunque algunos Estados hayan ido buscando mayor autonomía. El CCG desde su creación proporciona consistencia y respaldo a las estrategias saudíes, evitando que los desencuentros bilaterales se transformen en hostilidades regionales y favoreciendo los marcos de seguridad colectiva para garantizar la independencia de los Estados miembros y la defensa de las amenazas externas. Desde la creación de esta organización regional, Arabia Saudí es el actor más significativo por riqueza, tamaño, población y recursos, cimentando su liderazgo, aunque los otros miembros hayan ido desarrollando capacidades para reducir su vulnerabilidad.

En el círculo árabe se insertan las relaciones con los países de la región, mientras que el islámico incluye a las naciones donde el islam suní tiene un peso considerable. Arabia Saudí practica una diplomacia tendente a coordinar espacios multilaterales donde pueda ejercer el liderazgo, marcando líneas de actuación colectivas que a la vez fortalecen su imagen, prioritariamente en organizaciones regionales como la Liga Árabe y la Organización para la Cooperación Islámica (Gallarotti y Al Filali, 2013: 11). Tradicionalmente la política exterior en estos espacios recae en elementos históricos, culturales, religiosos, y en principios de solidaridad, utilizando instrumentos de soft power (Bonnefoy, 2013), donde procede como un potente poder financiador de estas instituciones que se asientan en el principio de solidaridad islámica entre los Estados miembros con el fin de satisfacer intereses comunes.

En el último círculo, el internacional, Arabia Saudí ha implementado relaciones multilaterales y hábiles alianzas con las principales potencias de Occidente, avaladas por su potencial energético (en particular con Estados Unidos, como protector de su seguridad) y que no solamente se ciñen a este apartado, sino que también incluyen la cooperación política, militar y económica (Mabon, 2015: 20). Esta sintonía no ha estado exenta de desencuentros puntuales y de que la monarquía tuviera que lidiar con las críticas del oficialismo wahabí por su estrecha unión al bloque occidental en temas tan delicados como la presencia de tropas norteamericanas en territorio saudí y el desacuerdo con la invasión de Iraq.

Los intereses nacionales de Arabia Saudí desde su fundación se han mantenido constantes bajo la premisa de que la fragilidad en cualquiera de ellos repercute en el liderazgo de la monarquía, del reino y en la propia seguridad. Efectivamente, en el plano doméstico el amplio concepto de seguridad existencial es una de las matrices sobre la que se asientan los principios base de la nación: la defensa de la soberanía, la integridad territorial, la identidad árabe, la protección y el bienestar económico y social de los ciudadanos, la garantía de la estabilidad y el orden interno, la alianza con el wahabismo y la perdurabilidad de la autoridad monárquica y de su linaje (Hernández, 2019: 62-67). Estos intereses también suponen un aval de cohesión y estabilidad del régimen (Aarts, 2016: 10-11).

En cuanto a política exterior, los objetivos están fuertemente influenciados tanto por los propios del régimen monárquico —para afianzar y resguardar su autoridad en el reino y en otros espacios regionales— como por la percepción que tienen del mundo y del papel que han de ejercer preservando su autonomía, seguridad e independencia. Arabia Saudí se considera un actor rodeado de potenciales enemigos, siendo alguno de ellos de mayor tamaño y población. En esta lógica, cobra especial relevancia el concepto de omniequilibrio, es decir, "la necesidad percibida de contrarrestar simultáneamente todas las amenazas internas y externas a su seguridad, en el contexto de un sistema internacional en el que sus aliados occidentales son mucho más proclives a defenderlos de las amenazas externas que de las internas" (Kinninmont, 2017: 207-208).

El sustrato teórico de la política exterior saudí se asienta en tres líneas rectoras: seguridad, economía y fundamentos culturales. Desde que el Reino Unido abandonara su presencia colonial en el Golfo, esta zona se convirtió en prioridad de la política exterior, buscando mantener el statu quo diseñado en la zona. Durante décadas, la acción exterior practicada por Arabia Saudí se puede calificar como prudente y táctica o, dicho en otros términos, cauta y poco combativa, lo que le permite tener una posición relevante en la región sin implicarse directamente en los conflictos, potenciando el poder blando en un orden regional imperfecto, pero con mayor estructura que el actual (Hippler, 2013), en la que otros actores como Iraq, Siria o Egipto tenían la iniciativa en el área, permitiendo

afrontar menos riesgos. Esta política también se encuentra favorecida por el aislamiento del Irán postrevolución.

La utilización de herramientas de poder blando asentadas en la identidad nacional que sustenta la política exterior, avaladas por el factor religioso, posibilitan a este Estado generar alianzas y una diplomacia religiosa de apoyo a las causas árabes e islámicas para aquilatar su peso en la geopolítica del islam suní. La expansión del wahabismo, que se inicia con Fáisal, se ha ido incrementando mediante el apoyo y financiación a heterogéneos actores políticos, fundaciones, universidades, mezquitas, agrupaciones, etc., que suponen una punta de lanza de la presencia saudí en el exterior. Por último, el papel que juegan algunas redes religiosas radicalizadas y los grupos yihadistas armados con una agenda ampliamente sectaria son uno de los temas más polémicos y complejos que erosionan la reputación saudí (Blanchard, 2004) tratando de desentrañar las conexiones entre el wahabismo y estos movimientos.

La relación con Estados Unidos es un elemento estructural de la política exterior saudí desde la creación del reino, respondiendo a la ecuación petróleo-seguridad. Si la estrategia de los dos pilares creada por Washington se asentaba en Irán y Arabia Saudí como garantes de la seguridad del área, la Revolución Islámica altera los planes dando paso a la Doctrina Carter. La potencia norteamericana en la post Guerra Fría continuó consagrando el aislamiento de Irán, Iraq y Siria, así como el mantenimiento de la arquitectura de seguridad mediante la triangulación del orden regional en torno a sus tres alianzas tradicionales: Israel, Arabia Saudí y Egipto, que han venido consagrando un régimen de relaciones donde priman los aspectos funcionales, y que coincide con la posición militar y económica dominante de Estados Unidos, quedando asegurada tras la guerra del Golfo de 1991.

Desde la invasión de Iraq, las relaciones de Washington con los países árabes del Golfo quedaron dañadas al considerar “Arabia Saudí y sus vecinos más pequeños, la decisión de Estados Unidos de derrocar a Saddam Hussein sin consultarles y sin tener en cuenta las repercusiones para el resto de la región minaron la seguridad en el Golfo al debilitar al único país de la zona suficientemente poderoso para actuar como contrapeso de Irán. Tras la invasión, Iraq se

convirtió en un país gravemente incapacitado, dividido e inestable, lo cual reforzó la influencia iraní y alimentó sus aspiraciones hegemónicas" (Ottaway, 2014-15: 49). Asimismo, el conflicto de Iraq lleva a "los países occidentales a incrementar las ventas de armamento a Arabia Saudí para asegurarse una respuesta efectiva en caso de un posible ataque. El Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) afirma que durante el periodo entre 2006-2010 la compra de armas por parte de Arabia Saudí se incrementó en un 275%. Otro dato significativo es que casi el 10% de las exportaciones durante los años 2011-2015 tuvieron como destinatario a su principal aliado del Golfo" (Igualada Tolosa, 2016: 9).

Con la Administración Obama, y sin erosionar los intereses petroleros y de defensa, las relaciones norteamericanas-saudíes comienzan una etapa de mayor frialdad y desgaste, salpicadas de controversias en el tema de Siria, la financiación de grupos terroristas, los derechos humanos, el informe de la Comisión Nacional sobre los atentados del 11-S, o la acusación de free riders a los Estados del Golfo al beneficiarse de las coyunturas de la región sin poner en riesgo sus intereses. Esto no significa ningún viraje en la venta de armamento militar, que en los ocho años de presidencia Obama suponen un récord de ventas a Arabia Saudí en la historia de Estados Unidos, con un importe de 11.000 millones de dólares (Hartun, 2016). En este contexto no se puede descontar la postura de la Administración demócrata en las rebeliones árabes (González del Miño, 2015), ni la firma del acuerdo JCPOA, ni la percepción saudí de que la potencia norteamericana estaba menos interesada en los asuntos de la región invirtiendo hacia otras áreas en política exterior.

En la visita de Obama a Riad en abril de 2016, con el actual monarca Salmán en el poder, el foco se centra en la geopolítica de Oriente Medio, con especial atención a la situación de Siria, Yemen e Irán, donde se aprecian puntos de vista divergentes. En el primer caso, ambos Estados parten de la necesidad de estabilizar este país; sin embargo, Estados Unidos tiene como prioridad combatir a Daesh, mientras que Arabia Saudí prefiere la derrota del presidente Al-Assad por su relación con Teherán. En cuanto a Yemen, la Administración norteamericana no comparten el papel que juega

Riad, más centrado en defender sus propios intereses, prefiriendo que ampliara sus esfuerzos en evitar el resurgimiento de Al-Qaeda en este territorio, por lo que implica para la seguridad regional e internacional. Respecto a las relaciones entre Irán y Arabia Saudí, el presidente Obama se mostró más partidario de "compartir" la región, en lugar de arrastrarla hacia guerras por delegación en sus disputas hegemónicas.

LA DOCTRINA SALMÁN

El 23 de enero de 2015 acede al trono el séptimo monarca de Arabia Saudí, Salmán bin Abdulaziz, hermano por parte de padre del rey Abdalá. Desde entonces se inicia un giro estratégico tanto en política exterior como en el ámbito interno mediante la conjunción de un proceso político de refuerzo institucional, una economía diversificada y tímidos cambios socioculturales. En este contexto se inscribe la reforma del orden sucesorio dinástico, rompiendo la gerontocracia en la que se había convertido el reino a través de un salto generacional en la estructura sucesoria de la monarquía, que conforme a la Ley Básica de 1990 es horizontal entre hermanos, siendo modificada por la sucesión vertical de padres a hijos. Se nombra como príncipe heredero a Mohamed bin Salmán (MBS), hombre clave y líder político, que fue elegido en junio de 2017, después de la decisión del rey Salmán de destituir a Mohamed bin Naif Abdulaziz al Saúd.

El heredero, MBS, que concentra un poder sin precedentes —en los órdenes de defensa, energía, seguridad, economía y política exterior — ha ido consolidando su posición, convirtiéndose en el "hombre fuerte del reino", implementando un modelo de remodelación que se centra, en el ámbito interno, en modernizar y hacer más competitivo el reino mediante un ambicioso y excelso plan de reforma económica y social, Saudí Visión 2030, para reducir la monodependencia del petróleo mediante la diversificación económica y facilitando la creación de un sector privado robusto que pase del 40% al 60% del PIB, que cree empleo y mejore el pesado sector público. Visión 2030 es asumido por los miembros de

la familia real y comprende un sistema de proyectos sin alterar los principios del régimen y la estabilidad social, de acuerdo con el paradigma que promueve el mentor de MBS, el jeque Mohamed bin Zayed, heredero de Abu Dabi y figura central de Emiratos Árabes Unidos.

El proyecto saudí, que también supone un vector de refuerzo de MBS, se asienta en la redefinición de las capacidades y la funcionalidad estatal mediante la desestatalización económica y la reducción del peso de la administración a la vez que incrementa la competitividad del país, aprovechando su posición para elevar la clasificación global en el índice de desempeño logístico de 49 a 25, además de asegurar el liderazgo del reino a nivel regional aprovechando su ubicación estratégica para desarrollar el papel de impulsor integral del comercio internacional y para conectar tres continentes: África, Asia y Europa. En suma, como se recoge en el propio proyecto, se pretende impulsar las fortalezas propias del reino, que se conectan en tres temas que encarnan la agenda innovadora de Visión 2030: “una sociedad vibrante, una economía próspera y una nación ambiciosa”.

En cuanto a política exterior, el rey Salmán y MBS están introduciendo significativos cambios, marcados por el contexto regional y la apuesta por ejercer mayor poder e influencia para preservar los principales intereses saudíes en Oriente Medio. Los últimos años de reinado del anterior monarca, Abdalá bin Abdulaziz, dividieron a la élite del reino al considerar la incapacidad para mantener una política exterior consistente, sobre todo por las tendencias de la zona y los efectos de la primavera árabe, optando por la seguridad y la estabilidad interna, elementos clásicos que caracterizan esta política en Arabia Saudí y que algún autor ha denominado como una “política de statu quo” (Hinesbuch, 2003: 123). Sin embargo, la exégesis que realizan su sucesor y MBS es el rechazo a este planteamiento al considerar que solo supone el debilitamiento de la hegemonía saudí.

Con la denominada Doctrina Salmán, como se conoce la renovada política exterior impulsada por el actual monarca y su heredero, se observa un giro significativo mediante una lectura renovada de las causas y condicionantes. En esta lógica, los problemas, desafíos y

amenazas provienen de la región. Esta línea de análisis conecta con la Regional Security Complex Theory de Barry Buzan y Ole Waever, que estudian la seguridad desde perspectivas regionales y como una construcción social. Los complejos de seguridad regional (RSC) como patrones de interacción de seguridad de los actores se generan principalmente en su vecindario inmediato, existiendo fuerte interdependencia, intereses y dinámicas propias de su seguridad en los RSC, interpretados como sistemas en sí mismos que se integran en un sistema global (Buzan y Waever, 2003). Para estos autores la seguridad es una construcción social, intersubjetiva de los acontecimientos, amenazas y desafíos interconectados que afectan a todos los Estados, máxime a los de una misma región.

La Doctrina Salmán proyecta una política exterior más autónoma, con mayor musculatura y menos predecible a pesar de la tradicional dependencia en materia de seguridad, que reactive el papel Arabia Saudí en los principales temas de la agenda de una región convulsa y carente de una redefinición unívoca en la que han aumentado los desafíos a la seguridad. Esta mayor inseguridad que sacude a Oriente Medio ha derivado en una acción exterior por parte de Riad de corte más nacionalista, que huye de las alianzas asimétricas y mejora las relaciones comerciales-diplomáticas con otras potencias externas al área ante las percepciones de amenazas a la seguridad y la ruptura de los equilibrios de poder regional (González del Miño y Hernández, 2019). Nunca antes se cuestionó de manera tan abierta el modelo de relación del reino con el mundo.

En este sentido, el nuevo enfoque incluye: a) diversificación de las alianzas que suponen menor dependencia de Estados Unidos y el fortalecimiento de las relaciones con otros actores extra regionales; b) incremento de las capacidades militares e intervencionismo en algunos conflictos de la región, así como mayor presencia en el Cuerno de África; c) utilización del factor energético en la competición con Rusia e Irán y en los mercados de los hidrocarburos; d) consolidación del papel de Arabia Saudí en el espacio regional, contrarrestando la fuerza de otros movimientos propiciados por actores internacionales, regionales y no estatales; e) competencia geopolítica con Irán, que es el único actor con capacidades y poder dominante en la zona que, además, tiene también vocación de hegemón beneficiado por la dinámicas

fragmentadas regionales; f) refuerzo del gasto en armamento militar como herramienta de poder; g) mejora de su imagen a través de la mayor implicación en la lucha contra el terrorismo (González de Miño y Hernández, 2019).

También se aprecia en la Doctrina Salmán la agudización del discurso arabista y suní mediante un mayor enfoque securitario, dada la percepción saudí del expansionismo que ha conseguido la alianza del creciente chií (Walker, 2006: 16-17), fomentando la dicotomía entre el eje pro saudí-suní y el opositor iranio-chií. Riad no va a abandonar el membrete ante las comunidades musulmanas y la movilización de identidades que siguen gozando de gran relevancia como fundamento cultural y religioso. A esto se suma el turismo religioso y la inversión en nuevas tecnologías o la televisión Al Arabiya, instrumentos de diplomacia pública y contrapeso a Al-Jazeera. El turismo religioso se inserta en los objetivos Visión 2030 como mecanismo de diversificación económica, según los cuales se espera alcanzar la visita de hasta seis millones de fieles anuales a la Meca, y 20 millones en la peregrinación menor, Umrah. Según el Informe Anual de Impacto Económico (EIR) que publica del Consejo Mundial de Viajes y Turismo (2020), el impacto del turismo representó en el año 2019 en Arabia Saudí el 3% del PIB, generando 0,6 millones de nuevos empleos en el sector.

El interés estratégico de Estados Unidos por Oriente Medio se remonta al periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, principalmente en materia energética. La implicación aumentó con la Revolución Islámica, la Doctrina Carter, la liberación de Kuwait y el estacionamiento de tropas en la región. Los países del CCG, y en concreto Arabia Saudí, afianzaron las garantías a la seguridad que proporcionaba la relación con la potencia estadounidense, aunque han traducido durante la Administración Obama cierta desviación de su modus operandi necesario y aprobado, así como determinados desencuentros. Con el presidente Trump, partidario de una política de endurecimiento mediante el principio de “máxima presión” contra Irán tras la firma del JCPOA para frenar la política de proyección de poder y restablecer un orden regional favorable a los aliados norteamericanos —a fin de proteger los intereses energéticos en el Golfo—, se bascula hacia un mayor acercamiento con Arabia Saudí.

Aunque la militarización de la política exterior saudí hay que situarla hace dos décadas, se aprecia un cambio cuantitativo con la Doctrina Salmán, invirtiendo en la modernización y ampliación de sus capacidades militares, que se manifiesta mediante el despliegue realizado en sus principales frentes de vecindad y en los recursos designados al presupuesto de defensa, ocupando el tercer lugar entre los países que más dedican al gasto de defensa, con 58.137,8 millones de dólares en 2018, es decir, el 24,9% del presupuesto total, aunque haya disminuido el 2,73% en relación con el año anterior (SIPRI, 2018). El 61% de las importaciones saudíes proceden de Estados Unidos; el 23%, de Reino Unido; el 3,6%, de Francia; el 2,4%, de España, que ocupa el cuarto lugar. Aunque con menor volumen, también se encuentran Alemania, Suiza, Italia, Canadá, Turquía y Suecia, con cifras que giran en torno al 1%.

Al igual que en épocas pretéritas, para la Doctrina Salmán el actor regional que despierta mayores temores es Irán. Pese a ser un adversario consagrado para Estados Unidos y otros países de la región, la firma del JCPOA, que coincide con el final del mandato Obama y el inicio del reinado del monarca saudí, supone un punto de inflexión ante la mejora de la posición internacional de Irán. Desde entonces, se aprecia un viraje de la Administración Trump mediante el refuerzo de la alianza entre Estados Unidos, Israel, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí, que tiene como prioridades la lucha contra el terrorismo, el mantenimiento de las alianzas con los países del CCG e Israel y la mayor confrontación con Teherán, aprovechando los condicionantes y oportunidades del entorno. Arabia Saudí temía que la quiebra del aislamiento diplomático de Teherán reportara mayores ingresos a la economía por el levantamiento de las sanciones, pudiendo ser catalizadas mediante el acceso a los mercados de armamento, así como un aumento de la injerencia en la provincia occidental de Hasa, de población mayoritariamente chií y que supone un bastión en cuanto a riqueza petrolera.

Para Arabia Saudí, son cuatro los escenarios clave en la región, que posibilitan el nuevo statu quo y las posibilidades de mantener el liderazgo utilizando diferentes estrategias: Siria, Yemen, Iraq y el CCG.

La guerra en Siria, un conflicto multidimensional con variados actores implicados y con intereses distintos, engloba tres dimensiones: doméstica, regional e internacional. Arabia Saudí apoya a los grupos rebeldes, mientras que Irán al régimen de Bashar al-Assad; un valor instrumental pero no intrínseco en un enfrentamiento que también supone la pugna por la hegemonía regional entre estas dos potencias. La financiación saudí a la oposición externa e interna y a los grupos salafistas canalizados en el Frente Islámico, así como la exacerbación de las tensiones sectarias no producen los efectos deseados y solo representan un puntal más en su estrategia regional, traduciéndose en una reputación negativa que no incrementa su peso en el escenario sirio, pero que también supone un envite a la monarquía por parte de Daesh, que cuenta con unos 2.000 combatientes saudíes (Álvarez-Ossorio, 2015-2016).

La intervención de la coalición de Estados encabezada por Arabia Saudí en Yemen el 25 de marzo de 2015, coincidiendo con la fase final de las negociaciones del JCPOA, supone la regionalización de un conflicto armado y el refuerzo de actores proxy favoreciendo la proliferación de diversas milicias armadas. Los orígenes de la guerra civil se sitúan en la primavera árabe, continúan con la destitución del presidente Saleh, que había ostentado el poder durante tres décadas, la situación se agrava con la ola de protestas (julio de 2014) por la retirada de los subsidios al carburante y termina con la salida del nuevo presidente Mansur al-Hadi, a la vez que la aprovechan los rebeldes del norte para tomar la capital. Todo esto ante la desidia de los garantes del proceso de diálogo político nacional.

Yemen supone un tema de seguridad nacional y la versión simplificada esgrimida por Riad se inscribe en la restitución de Al-Hadi, a la que se oponen los rebeldes hutíes, considerados como peones de Irán para expandir su dominio en la región. Sin embargo, no hay que descontar los intereses de orden estratégico de Arabia Saudí, que históricamente se ha ocupado de mantener su influencia en la zona meridional de la península arábiga —vital para su seguridad y para las rutas marítimas de hidrocarburos con el

estrecho Bab el Mandeb—, y en el régimen de Saná, actuando mediante intromisiones desestabilizadoras cuando percibía a su vecino del sur como un actor refractario y recelando de un Yemen unido y vigoroso. Con todas sus paradojas y contradicciones, este país "se comporta como un estado rotante de una galaxia presidida por Arabia Saudí" (Gutierrez de Teherán, 2010: 201).

La operación Tempestad Decisiva, que atentó contra objetivos civiles y militares, centrada sobre todo en ataques aéreos —sobrepasando los 160.000 según la ONU—, también supone la exhibición del poderío militar de Arabia Saudí y de su política exterior, aunque no ha reportado mucho en los planos militar y político, pese al respaldo a la Coalición mediante la Resolución 2216 (2015) del Consejo de Seguridad de la ONU. Esta guerra de desgaste ha provocado la mayor crisis humanitaria de los últimos años.

En suma, la estrategia saudí en Yemen supone, en primer lugar, una desviación importante en su política exterior, que se ha caracterizado históricamente por la cautela y la actuación a través de terceros. En segundo lugar, ha contribuido a deteriorar la imagen de Arabia Saudí, sin conseguir sus objetivos y empleando cuantiosos recursos. En tercer lugar, algunos miembros de la Coalición como Emiratos Árabes Unidos han cambiado su intervención de modo directo a indirecto, ante la falta de avances sustanciales. En cuarto lugar, no se ha conseguido el apoyo incondicional de Estados Unidos; incluso el Congreso aprobó una resolución que urgía a la Administración Trump a cesar en su apoyo militar (4 de abril de 2019), aunque fue vetada por el Presidente. En quinto lugar, Yemen está suponiendo un ejemplo del fracaso de la política regional saudí más que el éxito de la política de Irán, que aprovecha para acrecentar su influencia, pero un tanto sobredimensionada, sin que Yemen suponga un objetivo de primer orden en su estrategia regional, invirtiendo recursos limitados, aunque preste apoyos políticos y militares.

Iraq significa otro de los núcleos de poder e influencia en la pugna hegemónica de Oriente Medio. Arabia Saudí rompió relaciones diplomáticas tras la invasión de Kuwait, aunque las dinámicas regionales han impuesto quebrar un complejo pasado bilateral de

tensiones en pro de contrarrestar el poder iraní en Iraq, reanudando las relaciones diplomáticas en 2016. Desde la expulsión de Daesh del territorio iraquí, el reino saudí viene implementando una estrategia de acercamiento y de alianzas mediante la utilización del capital económico (inversiones) o cultural (disminución de la retórica antichiita), aprovechando la ola de orgullo nacionalista y la necesidad de buscar inversión desplegada por Iraq, cuya población demanda menor influencia de Irán.

El CCG constituye un elemento central en la política exterior saudí, con el firme propósito de reforzar su zona de influencia y liderazgo, aunque algunos miembros en la última década manifiesten su voluntad de abandonar un papel secundario en esta organización en pro de una política exterior más autónoma y robusta, pese a la imagen de unidad que pretende externalizar esta organización, donde resulta débil construir una estrategia regional conjunta. Arabia Saudí no consigue imponer sus intereses por encima de las prioridades de los otros actores, aunque Bahréin y Emiratos Árabes Unidos satisfagan posiciones próximas a los saudíes, frente a Omán y Kuwait, que se podría decir que mantienen un enfoque intermedio a las tesis saudíes, mientras que Qatar representa el actor de disenso.

Otro caso que visualiza la renovada política exterior de Arabia Saudí es el bloqueo a Qatar. Lo que en un principio parecía una crisis puntual entre vecinos que ya venían manifestando desencuentros por la mayor autonomía qatarí con unos objetivos en política exterior cada vez más explícitos se ha convertido en un conflicto, teniendo como telón de fondo la relación irano-qatarí, las acusaciones de apoyo a grupos terroristas, las presuntas injerencias de este pequeño Estado en políticas de sus vecinos y el controvertido papel de Al-Jazeera, con influencia política en el mundo árabe (Álvarez-Ossorio, 2018) al romper moldes informativos y otras consideraciones geoestratégicas. La política exterior qatarí ha experimentado una evolución sustancial en los últimos 20 años, pasando de ser un actor regional poco relevante a irrumpir ulteriormente como mediador y, por último, tomando parte activa en los principales conflictos acontecidos desde las

primaveras árabes (Roberts, 2016).

El bloqueo se inicia en junio de 2017 por parte del Cuarteto Árabe (Arabia Saudí, Emiratos Árabes, Bahréin y Egipto), al que se suman Yemen, Libia y las Islas Maldivas a instancias saudíes, que interpretan el ascenso qatarí como una amenaza a su liderazgo, no solamente en el ámbito geopolítico regional, sino también en los mercados mundiales de capitales. El cierre de la frontera, que es la única conexión terrestre que posee este país, y que está dominada por Arabia Saudí, supuso una situación preocupante para las importaciones, especialmente de alimentos. Qatar queda aislado diplomática y geográficamente por el empeño saudí. El discurso que se difunde desde Qatar es la sustitución del actual monarca por un gobernante más complaciente con los intereses saudíes y menos con los iraníes.

El trasfondo viene marcado por las profundas e históricas rivalidades con el más poderoso de sus vecinos, Arabia Saudí. Sin embargo, son tres razones centrales las que provocan el bloqueo: en primer lugar, el aumento de la agenda qatarí con una política más autónoma y con un peso no acorde con la proporción de su geografía, demografía e incluso con su economía; en segundo lugar, la proyección internacional de su imagen mediante el poder blando e incluso ofreciéndose como mediador en diversos conflictos enquistados; y, en tercer lugar, la política de alianzas con actores de la región como Turquía e Irán —que pese a algunas discrepancias, comparten la explotación del mayor yacimiento de gas del mundo —, que sobre todo supone en el ámbito geoestratégico la modificación del sistema de contrapesos en la región. A esto se pueden añadir las acusaciones que pesan sobre el pequeño emirato, que incluyen desde la mayor influencia en la Liga Árabe a la financiación de grupos armados de oposición en Siria o a actores políticos islamistas como los Hermanos Musulmanes, con una concepción de la política islamista diferente a la practicada por los regímenes del Golfo.

LA COMPETITIVIDAD IRÁN-ARABIA SAUDÍ

Irán y Arabia Saudí vienen destinando recursos políticos, económicos y culturales para consolidar su poder en Oriente Medio, ya sea mediante actuaciones directas o por actores interpuestos en un escenario caracterizado por la fragmentación y la debilidad de otros países. Esta dualidad competitiva antagónica se inserta en un planteamiento de juego de suma cero, que aumenta y condiciona las dinámicas conflictivas de la región. Ambos consideran que la zona del Golfo y el gran Sham son su pivot area de proyección para ensanchar las cuotas de influencia y poder, en un enfoque analítico asentado en el realismo político como metodología de garantía de los intereses nacionales y la acumulación de poder como factores centrales de la política exterior (Barbé, 2007: 62).

Estos dos actores, que poseen una trayectoria de rivalidad y conflictividad excelsa, implementan sus capacidades y se benefician de una coyuntura favorable dada la segmentación y fragilidad del sistema de Estados en Oriente Medio, actuando mediante actores interpuestos en países débiles, pobres y con divisiones internas (Katulis, 2014: 25) para ampliar posiciones de influencia en la escenografía regional. Los dos modelos que representan en el plano interno y en el internacional, revolucionario-antiimperialista frente a conservador-prooccidental, les permiten desarrollar diferentes políticas exteriores en un contexto de dispersión del poder en el área y de disenso ideológico-religioso.

Una serie de vectores intensifican la dicotomía. Cuentan con diferente factor étnico (árabes/persas) y la población de Irán (82.360.000 de habitantes en el año 2019) es superior a la del total de los países del CCG (55.998.000) y a la saudí (33.699.947 en 2020), aunque ambos rivales comparten el hecho que los menores de 30 años suponen casi el 50% de la misma. En cuanto a superficie geográfica, es Arabia Saudí (2.149.690 km^2) quien supera a su adversario (1.745.500 km^2), si bien posee más kilómetros de litoral

en el Golfo. Arabia Saudí "cuenta con la segunda economía más grande del mundo musulmán después de la economía turca. La economía saudí representa el 23% de la región MENA (sin Turquía) frente a la iraní que alcanza el 15%. Por su parte, el PIB iraní se queda por debajo del 60% del PIB saudí. Irán produce 3,7 millones de barriles de petróleo diarios, un poco más de la tercera parte de los que produce Arabia Saudí" (Masegosa, 2018). En reservas probadas el reino saudí ocupa el segundo lugar mundial, seguido por Irán.

El músculo económico saudí y el acceso ilimitado a los mercados internacionales de armamento, principalmente estadounidense y británico, le han permitido disponer, de acuerdo con el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (IISS), de las Fuerzas Armadas mejor equipadas de la región del Golfo, con la excepción de Israel, gracias al suministro de armas de alta gama proporcionado por Estados Unidos y en menor medida por los países europeos (The Military Balance, 2018: 358). Riad gasta en armamento cinco veces más que Teherán, aunque se plantea el análisis sobre si lo que verdaderamente quieren es rearmarse o si lo que buscan es consolidar el apoyo de sus países socios. La fragilidad económica, el aislamiento y las sanciones han frustrado la modernización de los sistemas de armas iraníes, una debilidad que se ha paliado, en parte, con medios no convencionales.

Los dos Estados dependen económicamente de los hidrocarburos. Tradicionalmente Arabia Saudí no ha estado interesada en aumentar el precio del petróleo, siendo su estrategia garantizar el suministro estable a sus compradores, ejerciendo el rol de actor que adapta fácilmente su producción de crudo sin costes excesivos, es decir, "swing producer". Empero, Irán tiene su capacidad disminuida desde finales de la década de 1970, aunque ha pretendido maximizar los ingresos de los hidrocarburos tanto para financiar el presupuesto nacional como para minimizar los efectos perniciosos en su economía, derivadas de las sanciones económicas. Aunque el reino saudí ha optado de manera recurrente por ampliar significativamente la producción del crudo para reducir su precio y castigar a Teherán, será a partir de 2014, con la caída de los precios, cuando estos dos países amplíen su grado de conflictividad en este terreno al mantener dos posturas antagónicas: mientras Irán

busca acrecentar la producción para recuperar mercado debido al endurecimiento del régimen de sanciones impuesto, Arabia Saudí opta por reducir la producción para mantener el precio.

La Revolución de 1979 supone un desafío ideológico y religioso a la estabilidad, y a la propia legitimidad de la institución monárquica como forma de Gobierno frente a la propuesta de Jomeini de la teoría vilayat al-Faqih. En cuanto al factor religioso, el papel del islam suní, que dista de ser unívoco y monolítico bajo el liderazgo de Arabia Saudí, se ha visto cuestionado por su rigorismo. El pluralismo de esta corriente religiosa no ha contribuido a formar un frente suní que actúe como contrapeso al creciente chií. Sin embargo, la confrontación religiosa supera el binomio sectario chiísmo-sunismo[39], al ser utilizado de manera instrumental como cobertura de ampliación de las estrategias regionales o apoyando a grupos no afines desde el punto de vista religioso, siendo el caso de Arabia Saudí en Líbano y Siria para contener a su adversario iraní, y en Iraq se ha acercado al Gobierno de Bagdad primando los intereses políticos frente a los religiosos. Por su parte, Irán fomenta a Hamás y a los chiíes pakistaníes y afganos en los conflictos de Iraq y Siria.

Ambos utilizan a sus comunidades confesionales para ganar influencia, sabedores de la fuerza de que gozan las identidades religiosas, pero principalmente con un sentido pragmático, que en el orden interno se traduce en ganar cohesión para estos regímenes y, en el exterior, en ampliar su influencia regional, aunque en los conflictos actuales que sacuden Oriente Medio el sectarismo no forma parte del origen de los mismos. En el campo de la comunicación externa, el régimen iraní, consciente de la posición minoritaria que supone el chiismo, "ha evitado una retórica sectaria que pudiese alejarles de la mayoría suní […] en contraste con la retórica saudí de negación de los chiíes. La República Islámica pretende proyectar una imagen de país musulmán a secas" (Masegosa, 2018).

Tanto Irán como Arabia Saudí se perciben como líderes naturales. Sin embargo, mantienen una visión divergente de cómo debe de ser el orden regional y la proporción de su poder. Las prioridades de Riad se centran en restablecer el equilibrio de poder anterior a

2003, frente a Teherán, que defiende la profundidad estratégica para asegurarse una posición de predominio en la reconfiguración del área. La República Islámica nació como un actor revisionista del orden impuesto primero por Reino Unido y posteriormente por Estados Unidos, mientras que tras los acuerdos de Camp David con la paz entre Israel y Egipto se despeja el camino para que Arabia Saudí se posicione en la carrera por la hegemonía regional, acaparando el liderazgo en el CCG y del bloque prooccidental.

La política de seguridad iraní responde a un esquema de oposición a la potencia estadounidense y a sus principales aliados regionales, las petromonarquías e Israel. Por tanto, asienta esta política en la defensa avanzada, por la cual, "en vez de esperar a sus rivales pasivamente, Irán los combates a nivel regional. Esta defensa adelantada tiene carácter disuasorio y permite a Teherán elevar el coste de cualquier acción militar de Estados Unidos contra Irán. Una lectura más propia del realismo defensivo. En esta estrategia juega un papel estelar el concepto de profundidad estratégica que va más allá de las capacidades materiales y descansa en los apoyos externos con los que cuenta Irán, en razón de su credo chií, la religión musulmana y el panislamismo, su identidad persa, o su ideología revolucionaria" (Masegosa, 2018), fomentando el llamado eje de resistencia con Estados, movimientos islamistas y milicias afines en los países árabes.

El régimen saudí ha convertido la contención de Irán en un principal eje de su política exterior y de seguridad, agudizada desde la Doctrina Salmán, contrarrestando el expansionismo de esta República Islámica a través de diversos medios. En el plano interno, mediante el incremento del presupuesto militar, y en el externo: a) destinando recursos a otros países árabes, encabezando el ranking de donaciones junto a Emiratos Árabes Unidos; b) interviniendo en conflictos regionales como en los casos de Siria y Yemen o anteriormente en Bahréin; c) utilizando la diplomacia del petróleo para satisfacer sus intereses económicos y deteriorar aún más la economía iraní; d) manejando el factor religioso en su vertiente utilitarista; e) reforzando la alianza estratégica con aquellos actores que conciben a Irán como el principal problema de la región y el sujeto disruptivo a contener, por lo que se ve reforzado por Emiratos Estados Unidos, Israel, de manera más soterrada, y Estados

Unidos, cuyas relaciones han mejorado con la Administración Trump respecto a la de Obama, pasando de una estrategia moderadora entre Teherán y Riad a otra de apoyo a Arabia Saudí.

BIBLIOGRAFÍA

Aarts, P. (2016): "Tiempos de cambios en Arabia Saudí", La Vanguardia Dossier: "Arabia Saudí ante sus desafíos", nº 61, julio/septiembre, pp. 6-15.

Al-Batati, P. (2015): "Yemenis are shocked by Houthis' quick capture of Sana'a", Middle East Eye, 13 de febrero. Disponible en: https://www.middleeasteye.net/fr/in-depth/features/yemenis-are-shocked-houthi-s-quick-capture-sanaa-690971750

Abrahamian, E. (1980): "The Guerrilla Movement in Iran, 1963-1977", Middle East Research and Information Programme (MERIP), 86, marzo-abril, pp. 3-15. Disponible en: https://mideast-africa.tau.ac.il/sites/humanities.tau.ac.il/files/media_server/mideast_africa/untitled%20folder/7.1.1.%20Guerilla%20Movement%20%5BAbrahamian%5D%20-%203-15.pdf

— (1999): Tortured Confessions: Prisons and Public Recantations in Modern Iran, Berkeley-Oxford-Los Ángeles, University of California Press.

Abu Toameh, J. (2015): "El nuevo grupo terrorista palestino de Irán: Al Sabirín", El Medio, 2 de noviembre. Disponible en: http://elmed.io/el-nuevo-grupo-terrorista-palestino-de-iran-al-sabirin/

Álvarez-Ossorio, I. (2015-2016): "La triple dimensión del conflicto sirio", Economía Exterior, nº 75.

— (2018): "Catar: un año de bloqueo", Política Exterior, nº 185, septiembre-octubre.

Al-Rasheed, M. (2018): "La impredecible política exterior saudí", Anuario Internacional CIDOB, CIDOB, pp. 162-163.

Albentosa Vidal, J. A. (2015): "Arabia Saudita: pilares y desafíos del

reino del desierto", Panorama geopolítico de los conflictos 2015, Instituto Español de Estudios Estratégicos, Ministerio de Defensa, pp. 179-234.

Al Jazeera (2012): "Iran nuclear talks in Baghdad go down to wire", Al Jazeera News, 24 de mayo. Disponible en: https://www.aljazeera.com/news/middleeast/2012/05/2012524710804385.html

Alfoneh, A. (2018): "Iran's negligible role in Iraq's postwar reconstruction", Middle East Institute, 21 de febrero. Disponible en: https://www.mei.edu/publications/irans-negligible-role-iraqs-postwar-reconstruction

Al-Khalidi, S. (2013): "Iran grants Syria $3.6 billion credit to buy oil products", Reuters, 31 de julio. Disponible en: https://www.reuters.com/article/us-syria-crisis-iran/iran-grants-syria-3-6-billion-credit-to-buy-oil-products-idUSBRE96U0XN20130731

Almukhtar, S.; Peçanha, S. y Wallace, T. (2016): "Behind Stark Political Divisions, a More Complex Map of Sunnis and Shiites", The New York Times, 5 de enero. Disponible en: https://www.nytimes.com/interactive/2016/01/04/world/middleeast/sunni-shiite-map-middle-east-iran-saudi-arabia.html

Amirahmadi, H. (1995): "Iran's First Development Plan: An Evaluation", Middle East Executive Report, 18 (4), abril, pp. 6-19. Disponible en: http://amirahmadi.com/en/wp-content/uploads/2015/10/Irans-First-Development-Plan-An-Evaluation.pdf

Ansari, A. (2001): "The Myth of the White Revolution: Mohammad Reza Shah, 'Modernization' and the Consolidation of Power", Middle Eastern Studies, 37 (3), julio, pp. 1-24. Disponible en: https://www.jstor.org/stable/4284172?seq=2#metadata_info_tab_contents

Antón Zunzunegui, S. (2015): "Vigilancia y límites al programa nuclear de Irán: el Plan de Acción Integral Conjunto (Joint Comprehensive Plan of Action, JCPOA)", ARI, nº 52/2015, Real Instituto Elcano, 21 de octubre, p. 1. Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/

d1462a004a49f2c1a979af207baccc4cARI52-2015-AntonZunzuneguiVigilancia-limites-programa-nuclear-Iran-JCPOA.pdf?MOD = AJPERES&CA CHEID = d1462 a004a49f2c1a979af207baccc4c

Arango, T.; Bergman, R. y Hubbard, B. (2020): "Qasem Soleimani, maestro de la intriga de Irán, creó un eje chiita de poder en Medio Oriente", The New York Times, 6 de enero. Disponible en: https:// www.nytimes.com/es/2020/01/06/espanol/mundo/muerte-suleimani.html

Arjomand, S. A. (2012): After Khomeini: Iran under His Successors, Oxford, Oxford University Press.

Armanian, N. (2018): "Rusia, en un giro radical, asimila la agenda anti-iraní de Israel", Público, 6 de junio. Disponible en: https:// blogs.publico.es/puntoyseguido/4934/rusia-en-un-giro-radical-asimila-la-agenda-anti-irani-de-israel/

Ashwarya, S. (2016): "Rehabilitation of Iran Oil Sector in the Post Nuclear Deal Era. Perceptions", Journal of International Affairs, XXI (3-4), otoño-invierno, pp. 33-63.

Assadollahi, S. (2019): "A Pivotal Day In Iranian History—Cinema Rex fire: August 19, 1978", The Times of Israel, 28 de febrero. Disponible en: https://blogs.timesofisrael.com/a-pivotal-day- in-iranian-history- cinema-rex-fire-august-19-1978/

Avon, D. y Khatchadourian, A.-T. (2012): Hezbollah: A History of the "Party of God", Cambridge, Massachusetts y Londres, Harvard University Press.

Azadi, S.; Maghsoodi, M. y Mehrpouyan, A. (2015): "Performance Analysis of Cultural Diplomacy of Iran in Central Asia", International Journal of Humanities and Cultural Studies, 2 (2), septiembre, pp. 663-690. Disponible en: https:// pdfs.semanticscholar.org/68b9/45fa93991dafe3fba67d088ad86842e83dac.

Badawi, T. (2018): "Iran's Economic Leverage in Iraq", Carnegie Endowment for International Peace, 23 de mayo. Disponible en: https://carnegieendowment.org/sada/76436

Baker, P. (2020): “Donald Trump, Irán y el momento decisivo que sus detractores predijeron”, The New York Times, 7 de enero. Disponible en: https://www.nytimes.com/es/2020/01/07/espanol/mundo/trump-iran.html

Barbé, E. (2007): Relaciones Internacionales, Madrid, Tecnos.

Barzegar, K. (2008): “Iran and The Shiite Crescent: Myths and Realities”, Brown Journal of World Affairs, XV (1), otoño/invierno, pp. 87-99. Disponible en: https://www.belfercenter.org/sites/default/files/files/publication/BRZ.BJWA.2008.pdf

Baskan, B. y Wright, S. (2011): “Seeds of change: comparing state-religion relations in Qatar and Saudi Arabia”, Arab Studies Quartely, vol. 33, nº 2, pp. 96-111.

BBC (2009): “Iran backs first woman minister”, BBC News, 3 de septiembre. Disponible en: http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/8235264.stm

— (2017): “La fiesta más extravagante de la historia moderna que le costó un imperio al sha de Irán”, BBC News, 2 de julio. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias-40457994

— (2018): “Cómo ha sobrevivido Qatar a un año de bloqueo de sus vecinos del Golfo”, BBC News, 6 de junio. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-44374266

— (2019): “Protestas en Líbano: 4 claves para entender las marchas sin precedentes en el país asiático (y por qué se conocen como ‘la revolución del WhatsApp’)”, BBC News, 23 de octubre. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-50142441

— (2019b): “Irak: miles de manifestantes atacan la embajada de Estados Unidos en Bagdad”, BBC News, 31 de diciembre.

— (2020): “Qasem Soleimani: la reacción de Rusia, China y otros países ante la muerte del general de Irán a manos de EE.UU.”, BBC News Mundo, 20 de enero. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-50981701

Beehner, L. (2006): “Iran’s Multifaceted Foreign Policy”, Council on

Foreign Relations, 7 de abril. Disponible en: https://www.cfr.org/backgrounder/irans-multifaceted-foreign-policy [Recuperado: 17 de septiembre de 2019]

Ben Taleblu, B. (2015): “Enemy Of Convenience: Iran’s Fight Against Islamic State – Analysis”, Eurasia Review, 24 de diciembre. Disponible en: https://www.eurasiareview.com/24122015-enemy-of-convenience-irans-fight-against-islamic-state-analysis/

Bermejo, R. y Gutiérrez Espada, R. (2015): “Del programa nuclear de la República Islámica de Irán y de su evolución (política y derecho)”, Anuario Español de Derecho Internacional, vol. 31, 2015, pp. 7-63. Disponible en: http://dadun.unav.edu/bitstream/10171/42233/ 1/01.pdf

Blanchard, C. (2004): “Al Qaeda: Statements and Evolving Ideology”, Council Foreign Relations.

Blockmans, S. y Viaud, A. (2017): “EU Diplomacy and the Iran Nuclear Deal: Staying power?”, Center for European Policy Studies (CEPS):

Bonnefoy, L. (2013): “Saudi Arabia and the export of religious ideologies”, Norwegian Peacebuilding Resource Center, septiembre. Disponible en: http://noref.no/var/ezflow_site/storage/original/application/7d3d4b2a06bdbe58f83d6d97b393a6bf.pdf

Botta, P. (2018): “El abandono del acuerdo nuclear con Irán en el ámbito de la seguridad internacional”, Instituto Español de Estudios Estratégicos, 8 de junio, pp. 1-15.

Bruzzone Martínez, S. (2019): “Las claves de la crisis diplomática de Catar desde 2017”, Global Affairs Strategic Studies, 4 de septiembre. Disponible en: https://www.unav.edu/web/global-affairs/detalle/-/blogs/las-claves-de-la-crisis-diplomatica-de-catar-desde-2017

Burt, E. (2017): “Qatar and Iran: Odd Bedfellows”, Wilson Center, 7 de agosto. Disponible en: https://www.wilsoncenter.org/article/qatar-and-iran-odd-bedfellows

British Petroleum (2019): “Statistical Review of World Energy”. Disponible en: https://www.bp.com/en/global/corporate/energy-economics/statistical-review-of-world-energy.html

Buzan, B. y Waever, O. (2003): Regiones y poderes: la estructura de la sociedad internacional, Cambridge University Press, pp. 1-400.

Capehart, J. (1985): “Syrians Go to Tehran On Mediation Mission”, The Washington Post, 24 de mayo. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1984/05/24/syrians-go-to-tehran-on-mediation-mission/b98fbb9c-f2a9-4964-9f56-594a354fa26c/

Carmical, J. H. (1951): “World Eyes Iran on Oil Seizure Bid”, The New York Times, 25 de marzo. Disponible en: https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/library/world/mideast/032551iran-oil-vote.html

Carrión, F. (2015): “Los tres ‘estados’ de Irak”, El Mundo, 12 de agosto. Disponible en: https://www.elmundo.es/internacional/2015/08/12/55ca4b26e2704e1d5f8b459f.html

— (2020): “Abu Mahdi al Muhandis, el fiel escudero de Qasem Soleimani en Irak”, El Mundo, 3 de enero. Disponible en: https://www.elmundo.es/internacional/2020/01/03/5e0f7281fc6c83712f8b45f7.html

Castro Torres, J. I. (2016): “El resurgimiento de Irán como potencia tras el levantamiento de las sanciones internacionales”, Revista de Estudios en Seguridad Internacional, pp. 11-30. DOI: http://dx.doi.org/10.18847/1.4.2

— (2018): “Las negociaciones con Irán después del 4 de noviembre: Nuevas cartas para una vieja partida”, Documentos Análisis (36/2018), octubre, pp. 1-23.

— (2019): “Diez años del Movimiento Verde en Irán”, Instituto Español de Estudios Estratégicos, 12 de junio. Disponible en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_informativos/2019/DIEEEI14_2019CASTRO-VerdeIran.pdf

Central Inteligence Agency (1991): “Iran Under Rafsanjani: Seeking a New Role in the World Community?”, Gobierno de los Estados Unidos de América, Departamento de Estado. Washington DC: National Intelligence Estimate. Disponible en: https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC_0000602664.pdf

— (1983): “Bringing Real Muscle To Bear Against Syria”, Gobierno de los Estados Unidos de América, Departamento de Estado, Washington DC. Disponible en: https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/CIA-RDP88B004 43R001404090133-0.pdf

Cimino-Isaacs, C., Katzman, K. y Mix, D. (2019): “Iran: Efforts to Preserve Economic Benefits of the Nuclear Deal”, Congressional Research Service, Washington DC: Congreso de los Estados Unidos de América. Disponible en: https://fas.org/sgp/crs/nuke/IF10916.pdf

CISAC (2019): “Mahdi Army”, Mapping Militant Organizations, mayo, Stanford University. Disponible en: https://cisac.fsi.stanford.edu/mappingmilitants/profiles/mahdi-army#highlight_text_17010

CISAC (2019): “Kata’ib Hezbollah”, Mapping Militant Organizations, mayo, Stanford University. Disponible en: https://cisac.fsi.stanford.edu/mappingmilitants/profiles/kataib-hezbollah#highlight_text_16911

CNN (2005): “Hezbollah rallies Lebanese to support Syria”, CNN, 9 de marzo. Disponible en: http://edition.cnn.com/2005/WORLD/meast/03/08/lebanon.syria/index.html

Congreso de los Estados Unidos de América (1996): Departamento del Tesoro de los Estados Unidos de América, 5 de agosto. Disponible en: https://www.treasury.gov/resource-center/sanctions/Programs/Documents/isa_1996.pdf

Consejo Mundial de Viajes y Turismo (2020): Informe Anual de Impacto Económico (EIR), Londres.

Constitution of Islamic Republic of Iran (1989): “Iran: Constitution”, 28 de julio. Disponible en: http://www.servat.unibe.ch/icl/ir00

000_.html

Council on Foreign Relations (2009): “Presidential Power in Iran”, 17 de junio. Disponible en: https://www.cfr.org/backgrounder/presidential-power-iran

Counter Extremism Project (2019): “Badr Organization: Overview”, Counter Extremism Project, noviembre. Disponible en: https://www.counterextremism.com/threat/badr-organization

— (2020): “Islamic Revolutionary Guard Corps (IRGC): Report”, Disponible en: https://www.counterextremism.com/threat/islamic-revolutionary-guard-corps-irgc#associations

Deeb, M. (2013): Syria, Iran, and Hezbollah: The Unholy Alliance and Its War on Lebanon, Stanford, California, Hoover Institution Press.

Dehghan, S. K. (2011): “Iran’s supreme leader tells Ahmadinejad: accept minister or quit”, The Guardian, 11 de mayo. Disponible en: https://www.theguardian.com/world/2011/may/06/iran-supreme-leader-ahmadinejad-minister

Departamento de Estado de los Estados Unidos de América (2015): “Joint Comprehensive Plan of Action”, Gobierno de los Estados Unidos. Disponible en: https://www.state.gov/e/eb/tfs/spi/iran/jcpoa/

Ditto, S. (2013): “Reading Rouhani: The Promise and Peril of Iran’s New President”, Policy Focus (129), octubre, pp. 1-88. Disponible en: https://www.washingtoninstitute.org/uploads/Documents/pubs/PolicyFocus129_Ditto_5.pdf

Domínguez de Olazábal, I. (2017): “Arabia saudí: un gigante con pies de petróleo. Dinámicas internas y retos regionales”, Fundación Alternativas, Documento de Trabajo Opex nº 83/2017, pp. 1-53.

Early, B. R. (2006): “Larger than a Party, yet Smaller than a State: Locating Hezbollah’s Place within Lebanon State and Society”, World Affairs, 168 (3), invierno, pp. 115-128. DOI: 10.3200

Echagüe, A. (2016): “Arabia Saudí se planta”, Afkar/Ideas, nº 49,

pp. 22-24.

Ehteshami, A. (2003): “Iran-Iraq Relations after Saddam”, Washington Quarterly, 26(4), 1 de octubre, pp. 115-129.

— (2008): “Iran and its inmediate neighbourhood”, en Ehteshami, A. y Zweiri, M., Iran’s Foreign Policy from Khatami to Ahmadinejad, Reading, Berkshire, Ithaca Press, pp. 129-140.

Ehteshami, A. y Zweiri, M. (2008): Iran’s Foreign Policy: From Khatami to Admadinejad, Londres, Garnet Publishing.

Eldiario.es (2019): “Irán e Irak apuestan por fortalecer sus lazos pese a la presión de EE. UU.”, eldiario.es, 6 de abril. Disponible en: https://www.eldiario.es/politica/Iran-Irak-fortalecer-EE-UU_0_885761673.html

El País (1980): “Irán, 54 años bajo la dinastía Pahlevi”, El País, 29 de julio. Disponible en: https://elpais.com/diario/1980/07/29/internacional/333669606_850215.html

Encyclopaedia Britannica (2005): “Shah Mohammad Reza Pahlavi: Shah of Iran”, Encyclopaedia Britannica, 22 de mayo. Disponible en: https://www.britannica.com/biography/Mohammad-Reza-Shah-Pahlavi

Esfahani, H. S. y Pesaran, H. (2009): “Iranian Economy in the Twentieth Century: A Global Perspective”, Iranian Studies, XX (X), abril. Disponible en: http://faculty.las.illinois.edu/esfahani/IndexFiles/Esfahani%20and%20Pesaran%20-%20Iranian%20Economy%20in%20Twentieth%20Century.pdf

Esfandiary, D. y Tabatabai, A. (2018): Triple Axis: Iran’s Relations with Russia and China, Londres y Nueva York: I.B. Tauris. DOI: 978 1 78831 239 4

Eshraghi, A. R. y Baji, Y. (2010): “The Cleric Who Changed: Ayatollah Ali Khamenei, Iran’s Supreme Leader, Was Not Always So Conservative”, Payvand, 4 de junio. Disponible en: http://www.payvand.com/news/10/jun/1032.html

Europapress (2020): “El Parlamento iraquí aprueba una moción

para expulsar a las tropas de EEUU", Europapress Internacional, 5 de enero. Disponible en: https://www.europapress.es/internacional/noticia-parlamento-iraqui-aprueba-mocion-expulsar-tropas-eeuu-20200105155127.html

Fabietti, U. (1982): "Sedentarisation as a means of detribalization. Some policies of the Saudi Arabian government towards the nomads", en Niblock, T. (ed.), State, society and economy in Saudi Arabia, Londres, Croom Helm.

Farahmand, M. (2016): "Explaining the Iran Nuclear Deal: A Case of Mutual Agreement After a Decade of Grindlock", Departamento de Ciencia Política, Unviersidad de Estocolmo. Disponible en: http://www.diva-portal.org/smash/get/diva2:1064741/FULLTEXT01.pdf

Fernández López, H. (2013): "La Teoría del 'Creciente Chií' a la luz de la Primavera Árabe en el Mashrek: Irán, Arabia Saudí y Turquía. Lucha por la hegemonía regional", Cuadernos de la Escuela Diplomática (49), pp. 203-267.

Feueherd, P. (2017): "How Great Was The Great Society?", JSTOR Daily, 4 de enero. Disponible en: https://daily.jstor.org/how-great-was-the-great-society/

Filkins, D. (2013): "The Shadow Commander", The New Yorker, 23 de septiembre. Disponible en: https://www.newyorker.com/magazine/2013/09/ 30/the-shadow-commander

Financial Tribune (2018): "Iran Ready to Pledge $3b for Iraq's Reconstruction", Financial Tribune, 9 de marzo. Disponible en: https://financialtribune.com/articles/economy-business-and-markets/83301/iran-ready- to- pledge- 3b-for-iraq-s-reconstruction

Firooz-Abadi, D. (2011): "The Islamic Republic of Iran and the ideal International System", en Ehteshami, A. y Molavi, R., Iran and the International System, Routledge, pp. 42-58. DOI: 9780415559669

Fite, B. y Coughlin-Schulte, C. (2013): "US and iranian Strategic: Competition. The Impact of Latin America, and the Peripheral States", Center for Strategic and International Studies.

Fondo Monetario Internacional (2019): “Islamic Republic of Iran”. Disponible en: https://www.imf.org/en/Countries/IRN

— (2018): “Islamic Republic of Iran: 2018 Article IV Consultation - Press Release; Staff Report; and Statement by the Executive Director for the Islamic Republic of Iran”, IMF, Departamento de Medio Oriente y Asia Central. Disponible en: https://www.imf.org/en/Publications/CR/Issues/2018/03/29/Islamic-Republic-of-Iran-2018-Article-IV-Consultation-Press-Release-Staff-Report-and-45767

Fox News (2009): “Iran Sends 6 Warships to International Waters in ‘Saber Rattling’ Move”, Fox News, 25 de mayo. Disponible en: https://web.archive.org/web/20121022150919/http://www.foxnews.com/story/0,2933,5 21730,00.html

Frankowski, P. (2010): “One World-Many Orders?”, en Krishna-Hensel, S. F., Order and Disorder in the International System, Taylor & Francis Group, pp. 97-115. Obtenido de: 9781409405061

Friedman, B. (2010): “The Principles and Practice of Iran’s Post-Revolutionary Foreign Policy”, The Yale University for the Interdisciplinary Study of Antisemitism Working Paper Series (6), pp. 1-17. Disponible en: https://isgap.org/wp-content/uploads/2011/10/brandon-friedman-online-working-paper-july-20101.pdf

Fulton, W., Holliday, J. y Wyer, S. (2013): “Iranian Strategy in Syria”, Washington DC: AEI’s Critical Threats Project & Institute for Study of War. Disponible en: https://web.archive.org/web/2015092404 0421/http://www.irantracker.org/sites/default/files/imce-images/Iranian_Strategy_in_Syria.pdf

Galindo, A. (2006): “La liberalización política como estrategia del gobierno de Arabia Saudita”, en Cornejo, R., Los intersticios de la democracia y el autoritarismo. Algunos casos de Asia, África y América Latina, Cornejo, Buenos Aires, CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales).

Gallarotti, G. y Al Filali, I. Y. (2013): “The Soft Power of Saudi Arabia”, Division II Faculty Publications, Wesleyan University. Disponible en: http://wesscholar.wesleyan.edu/cgi/

viewcontent.cgi?ar ticle = 1140&context = div2facpubs

García Reina, M. (2020): “Is a shift to a more moderate form of Islam possible for Saudi Arabia?”, Global Affairs. Strategic Studies, Informes, Universidad de Navarra.

Garduño, M. (2011): “La crisis de confianza y el balance de poder entre Irán y las Grandes Potencias en la ‘cuestión nuclear’”, Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos (REIM), nº 10, enero-junio, pp. 72-81.

Garrido Rebolledo, V. (2017): “El programa nuclear iraní y las implicaciones del Plan de Acción Integral Conjunto (PAIC)”, Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz 2016, Thomson-Reuters Aranzadi, Universidad del País Vasco (UPV), Bilbao, pp. 349-433.

— (2018): “La (des)iranización de la política exterior de Estados Unidos: el futor del acuerdo nuclear con Irán bajo la presidencia de Trump”, Anuario Español de Derecho Internacional, Universidad de Navarra, vol. 34, pp. 371-396.

Gause, G. (2015): “Ideologies, alliances and underbalancing in the new Middle East cold war”, International Relations Theory and a Changing Middle East, Pompers, pp. 16-20.

Geis, J. y Berti, B. (2012): Hezbollah and Hamas: a comparative study, Baltimore, The Johns Hopkins University Press. DOI: 9781421406145 1421406144

Gelb, L. H. (2003): “The Three States Solution”, The New York Times, 25 de noviembre.

Ghasemi, S. (s.f.): “History of Iran: Pahlavi Dinasty”, Iran Chamber Society. Disponible en: http://www.iranchamber.com/history/pahlavi/pahlavi.php

Giavedoni Pita, M. (2013): “Irán. La clave geoestratégica del Golfo”. Disponible en: https://www.academia.edu/15106074/Iran._La_clave_geopolitica_del_Golfo_Persico

Gohel, S. M. (2010): “Iran’s Ambiguous Role in Afghanistan”, CTC

Sentinel, 3 (3), marzo, pp. 13-16. Disponible en: https://ctc.usma.edu/irans-ambiguous-role-in-afghanistan/

González del Miño, P. (2015): "El alcance de las rebeliones árabes en el escenario regional: dinámicas, actores y diferentes respuestas", Cursos de derecho internacional y relaciones internacionales de Vitoria-Gasteiz, Aranzadi, pp. 333-392.

— (2018): "La competitividad geoestratégica Irán-Arabia Saudí en Oriente Medio. Rivalidad entre potencias regionales", Política y Sociedad, nº 55 (3), pp. 733-753.

— (2019): "Impacto de la política exterior de Irán en las dinámicas de poder y seguridad en Oriente Medio", Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos, nº 27, pp. 184-202. Disponible en: https://doi.org/10.15366/reim2019.27.012

González del Miño, P. y Hernández Martínez, D. (2019): "The Salman Doctrine in Saudi Arabia's Foreign Policy: Objectives and the Use of Military Forces", AUSTRAL, Brazilian Journal of Strategy & International Relations, vol. 8, nº 16, julio/diciembre, pp. 106-129.

— (2020): "Las sanciones internacionales a Irán. Efectos sobre las relaciones con la Unión Europea", Revista CIDOB D'Afers Internacionals, septiembre.

González del Miño, P. (ed.): Tres años de revoluciones árabes. Procesos de cambio, repercusiones internas y regionales, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 1-238.

Goodarzi, J. (2013): "Iran and Syria at the Crossroads: The Fall of the Tehran-Damascus Axis?" Viewpoints (35), agosto, pp. 1-5. Disponible en: https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/iran_syria_crossroads_fall_tehran_damascus_axis.pdf

Guimón, P. (2020): "Irán responde a Estados Unidos con un ataque con misiles a dos bases en Irak", El País, 9 de enero. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2020/01/08/actualidad/1578440858_600831.html

Guittard, A. (2010): “Iran and the Nixon Doctrine: American Arms and the Rise and Fall of the Shah”, Boston College Libraries Research Journal. DOI: https://doi.org/10.6017/eurj.v6i1.9025

Gutiérrez de Terán, I. (2010): “Yemen, la política estadounidense en Oriente Medio y el equilibrio imposible”, Yemen. Situación actual y perspectivas de Futuro, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, pp. 191-248.

Guzansky, Y. y Heistein, A. (2018): “Saudi Arabia’s War in Yemen Has Been a Disaster”, The National Interest, 25 de marzo. Disponible en: https://nationalinterest.org/feature/saudi-arabias-war-yemen-has-been-disaster-25064

Habibi, N. (2016): “The Ahmadinejad Presidency and the Future of Iran’s Economy”, Georgetown Journal of International Affairs, 28 de enero. Disponible en: https://www.georgetownjournalofinternationalaffairs.org/online-edition/the-ahmadinejad-presidency-and-the-future-of-irans-economy

Hafezi, P. (2019): “Iran’s Khamenei backs Yemen’s Houthi movement, calls for dialogue”, Reuters, 13 de agosto. Disponible en: https://www.reuters.com/article/us-yemen-security-iran/irans-khamenei-backs-yemens-houthi-movement-calls-for-dialogue-idUSKCN1V31W3

Haji-Yousefi, A. (2010): “Iran’s Foreign Policy during Ahmadinejad: From Confrontation to Accommodation”, Annual Conference of the Canadian Political Science Association, Montreal, Concordia University, pp. 1-25. Disponible en: https://www.cpsa-acsp.ca/papers-2010/Haji-Yousefi1.pdf

Halliday, F. (1981): “Iranian Revolution in International Affairs: Programme and practice”, The Turkish Yearbook of International Relations, 17, pp. 48-70. DOI: 10.1501

— (2007): “Contexto sociopolítico: La política interna iraní y sus efectos en su política exterior”, Cuadernos de Estrategia, 137, Ministerio de Defensa.

Hartung, W. C. (2016): “U.S. Arms Transfers to Saudi Arabia and

the War in Yemen", Security Assistance Monitor. Disponible en: http://securityassistance.org/fact_sheet/us-arms-transfers-saudi-arabia-and-war-yemen

Hatahet, S. (2019): "Russia and Iran: Economic Influence in Syria", Real Instituto de Asuntos Internacionales, Chatman House, marzo. Disponible en: https://www.chathamhouse.org/sites/default/files/publications/
research/2019-03-08RussiaAndIranEconomicInfluenceInSyria.pdf

Hellenic Shipping News (2016): "China Sets Sight on 50% of Iran's Oil Exports", Hellenic Shipping News Worldwide, 17 de mayo. Disponible en: https://www.hellenicshippingnews.com/china-sets-sight-on-50-of-irans-oil-exports/

Hernández, D. (2019): "La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe. Objetivos y estrategias regionales (2011-2016)", tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

Hernández, H. (2019): "Las protestas en Irak se ceban contra la injerencia iraní", Atalayar, 28 de noviembre. Disponible en: https://atalayar.com/content/las-protestas-en-irak-se-ceban-contra-la-injerencia-iran%C3%AD

Hertog, S. (2018): "Challenges to the Saudi Distributional State in the Age of Austerity", en Al-Raseed, M., Salman's Legacy: The dilemmas of a new era in Saudi Arabia, Londres, Oxford University.

Hinnebusch, R. (2003): The International Politics of the Middle East, Manchester University Press, pp. 1-273.

Hinnebusch, R. y Ehteshami, A. (2014): The Foreign Policies of Middle East States, Londres, Lynne Rienner Publishers.

Hippler, J. (2013): "Change in the Middle East-Between democratization and civil war", Working Paper 1, 25 de mayo, Institute for Development and Peace (INEF), University of Duisburg-Essen, Alemania. Disponible en: http://www.jochenhippler.de/Hippler_-_WP_1-_Change_in_the_Middle_East.pdf

Hooglund, E. y Stenberg, L. (2012): Navigating Contemporary Iran: Challenging Economic, Social and Political Perceptions, Londres y Nueva York, Routledge.

Hurtado, L. M. (2019): “Irán acepta el plan Emmanuel Macron para salvar el pacto atómico”, El Mundo, 2 de octubre. Disponible en: https://www.elmundo.es/internacional/2019/10/02/5d94c8aafdddffad5b8b46a7.html

Igualada Tolosa, C. (2016): “La relación de Estados Unidos y Arabia Saudí: evolución y motivos de su desgaste”, IEEE, Documento de Opinión, 114/2016.

Irán Actual (2016): “Asamblea de Expertos en Irán”, Irán Actual, 29 de febrero. Disponible en: https://iranactual.wordpress.com/2016/02/29/asamblea-de-expertos-en-iran/

Iran Review (2016): “After 65 Years: Mosaddegh’s Speech at The Hague (June 1951)”, Iran Review, 8 de junio. Disponible en: http://www.iranreview.org/content/Documents/Mosaddegh-s-Speech-at-The-Hague-June-1951-.htm

Iran Chamber Society (2001): “White Revolution”, Iran Chamber Society. Disponible en: http://www.iranchamber.com/history/white_revolution/white_revolution.php

Iriarte, D. (2016): “Dentro de las Bases Secretas de Irán en Siria”, El Confidencial, 1 de noviembre. Disponible en: https://www.elconfidencial.com/mundo/2016-10-01/guerra-de-siria-iran-bashar-al-assad_1267375/

Jehl, D. (1997): “Tiny Gulf Emirate May Have a 200-Year Supply”, The New York Times, 23 de julio. Disponible en: https://www.nytimes.com/1997/ 07/23/business/tiny-gulf-emirate-may-have-a-200-year-supply.html

Joan Baños, J. (2019): “Erdogan quiere la bomba nuclear”, La Vanguardia, 4 de septiembre. Disponible en: https://www.lavanguardia.com/internacional/20190904/47186623669/erdogan-bom ba-nuclear-armas.html

Kamali Dehghan, S. (2015): “Senior Iranian commander killed in Syria”, The Guardian, 9 de octubre. Disponible en: https://www.theguardian.com/world/2015/oct/09/senior-iranian-commander-killedin-syria-hossein-hamedani

Katouzian, H. (2009): “The Iranian Revolution of February 1979”, Middle East Institute, 29 de enero. Disponible en: https://www.mei.edu/publications/iranian-revolution-february-1979

Katulis, B. (2014): “Alianzas y equilibrios de poder en Oriente Medio”, Afkar/Ideas, nº 44, pp. 24-26.

Katzman, K. (2010): “Iran-Iraq Relations”, Congressional Research Service, Washington DC: Congress of United States of America. Disponible en: https://fas.org/sgp/crs/mideast/RS22323.pdf

— (2016): “Iran’s Foreign Policy”, Congressional Research Service, Washington DC: Congreso de los Estados Unidos de América. Disponible en: https://www.everycrsreport.com/files/20160627_R44017_f37be3e5ccbf6b9555216b40d03abaa31a990742.pd

— (2019): “Iran’s Foreign and Defense Policies”, Congressional Research Service, octubre, pp. 1-64. Disponible en: https://fas.org/sgp/crs/mideast/R44017.pdf

Khatib, L. (2013): “Qatar’s foreign policy: the limits of pragmatism”, International Affairs, 89 (2), marzo, pp. 417-431.

Kinninmont, J. (2016-2017): “La política exterior saudí”, Anuario Internacional CIDOB, pp. 205-215.

Kranz, M. (2019): “Hezbollah’s Old Tricks Won’t Work in Lebanon”, Foreign Policy, 4 de noviembre. Disponible en: https://foreignpolicy.com/2019/11/04/lebanon-shiite-hezbollah-resistance-establishment-protest/

La mirada a Oriente (2018): “Diez Razones por las que salvar el Pacto Nuclear con Irán”, La Mirada a Oriente: Blog de actualidad del Norte de África, Oriente Medio y Asia, 10 de marzo. Disponible en: https://lamiradaaoriente.com/2018/04/10/diez-argumentos-para-salvar-el-pacto-nuclear-con-iran/

La Vanguardia (2020): “El Parlamento iraquí vota para expulsar a las tropas estadounidenses”, La Vanguardia, 5 de enero. Disponible en: https://www.lavanguardia.com/internacional/20200105/472720824713/parlamento-iraqui-vota-expulsar-tropas-estadounidenses.html

Lal, R. (2006): Central Asia and Its Asian Neighbors: Security and Commerce at the Crossroads, Santa Mónica, RAND Corporation.

Lister, C. (2019): “Russia, Iran, and the competition to shape Syria’s future”, Middle East Institute, 12 de septiembre. Disponible en: https://www.mei.edu/publications/russia-iran-and-competition-shape-syrias-future

López Martín, A. G. (2013): “El ‘cierre’ del estrecho de Ormuz: un análisis desde el derecho internacional”. Revista Electrónica de Estudios Internacionales (REEI), nº 25, pp. 1-42.

Lorenzo Cuesta, J.A. (2018): “El wahabismo. La religión como elemento legitimador del poder político en Arabia Saudí, 1744-1932”, Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea, nº 38, pp. 349-376.

Mabon, S. (2015): “Arabia Saudí, Irán y la geopolítica cambiante de Oriente Medio”, Afkar/Ideas, nº 46, pp. 18-20.

Marcus, J. (2013): “Hassan Rouhani and Iran’s nuclear opportunity”, BBC News, 13 de agosto. Disponible en: https://www.bbc.com/news/world-middle-east-23702871

Marshall, C. (2003): Iran’s Persian Gulf Policy, Londres y Nueva York, Routledge, Courzon.

Martin, M. (12 de julio de 2019): “Instex: un sistema alternativo de comercio con Irán que aún no despega”, DW, 12 de julio. Disponible en: https://www.dw.com/es/instex-un-sistema-alternativo-de-comercio-con-ir%C3%A1n-que-a%C3%BAn-no-despega/a-49574339

Masegosa, J. L. (2018): “Claves del conflicto entre Arabia Saudí e Irán”, GESI, nº 35, octubre. Disponible en: http://

www.seguridadinternacional.es/?q=es/content/claves-del-conflicto-entre-arabia-saud%C3%AD-e-ir%C3%A1n

Meneses, R. (2017): “El primer ministro libanés, Saad Hariri, retira su dimisión y desactiva la crisis política”, El Mundo, 5 de diciembre. Disponible en: https://www.elmundo.es/internacional/2017/12 /05/5a26909d468aeb4b098b4585.html

Merinero Marín, M. (2014): Irán (2005-2013): De Ahmadineyad a Rouhani, Síntesis.

Mesbahi, M. (2004): “Iran and Central Asia: paradigm and policy”, Central Asian Survey, 23 (2), pp. 109-139. DOI: 10.1080

Middle East Affairs (2019): “UAE Reduces Military Forces In Yemen Amid Gulf Tensions: Report”, MEA, 28 de junio. Disponible en: https://middleeastaffairs.net/2019/06/28/uae-reduces-military-forces-in-yemen-amid-gulf-tensions-report/

Middle East Research and Information Project (1980): “Khomeini: ‘We Shall Confront the World with Our Ideology’”, MERIP Report. Iran’s Revolution: The First Year (88), junio, pp. 21-25. Disponible en: https://mideast-africa.tau.ac.il/sites/humanities.tau.ac.il/files/media_server/mideast_africa/untitled%20folder/Khomeini%20We%20Shall%20Confront%20the%20World%20with%20Our%20Ideology.pdf

Milosevich, M. (2017): “La finalidad estratégica de Rusia en Siria y las perspectivas de cumplimiento del acuerdo de Astaná”, Real Instituto Elcano.

Ministro de Exteriores de Irán (2018): “America is Already Violating the Nuclear Deal”, The National Interest, 23 de abril. Disponible en: http//nationalinterest.org/feature/irans-foreign-minister-america-already-violating-the-nuclear-25521

Misión Permanente de Irán en Naciones Unidas (2013): “Statement by H. E. Dr. Hassan Rouhani President of the Islamic Republic of Iran”, Sixty-eight Session of the United Nations General Assembly, 24 de septiembre, Nueva York. Disponible en: https://gadebate.un.org/sites/default/files/gastatements/68/IR_en.pdf

Missile Defense Project (2016): “Fateh-110”, Misile Threat: CSIS Missile Defense Project, 9 de agosto. Disponible en: https://missilethreat.csis.org/missile/fateh-110/

Montero, R. (2011): “Jomeini, los últimos días del exilio”, El País, 24 de noviembre. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2011/11/ 24/actualidad/1322089234_850215.html

Mossadegh.com (2012): “Mossadegh Prime Minister”, Mossadegh.com. Disponible en: http://www.mossadegh.com/index.php/en/moham mad-mossadegh/mossadegh-prime-minister

Muñoz, J. M. (2009): “Hezbolá y Hamás guardan silencio ante la crisis iraní”, El País, 19 de junio. Disponible en: https://elpais.com/diario/2009/06/19/internacional/1245362403_850215.html

Niblock, T. (1982): “Social structure and the development of the Saudi Arabian political system”, en Niblock, T. (ed.), State, society and economy in Saudi Arabia, Londres, Croom Helm.

Núñez Villaverde, J. A. (2017): “Hipertensión entre Estados Unidos e Irán”, Real Instituto Elcano, 20 de febrero. Disponible en: blog.realinstitutoelcano.org/hipertension-entre-estados-unidos-iran

— (2018): “Irán en la diana”, Real Instituto Elcano, 23 de abril. Disponible en: https://blog.realinstitutoelcano.org/iran-en-la-diana/

Ortega Carcelén, M. (2013): “Geoestrategia del petróleo: un factor de riesgo”, Real Instituto Elcano. Documento de Trabajo, nº 15/2013, noviembre.

Ortiz de Zárate, R. (2010): “Mohammad Jatamí”, Anuario CIDOB. Disponible en: https://www.cidob.org/biografias_lideres_politicos/asia/iran/mohammad_jatami

— (2015a): “Mahmoud Ahmadinejad”, CIDOB, diciembre. Disponible en: https://www.cidob.org/biografias_lideres_politicos/asia/iran/mahmoud_ahmadinejad

— (2015b): “Quién es quién en el conflicto de Yemen”, CIDOB, 17 de abril. Disponible en: https://www.cidob.org/biografias_lideres_politicos/asia/yemen/

quien_es_quien_en_el_conflicto_de_yemen

Ottaway, M. (2014-2015): “Estados Unidos en Oriente Medio: el factor militar”, Política Exterior, invierno 2014-2015.

Paris, J. (2011): Prospects for Iran, Londres, Legatium Institute.

Paredes, N. (2020): “Qasem Soleimani: por qué su muerte es más importante que la de Osama bin Laden”, BBC Mundo, 7 de enero. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-51007831

Peterson, S. (9 de mayo de 2011): “Iran’s Ahmadinejad survives worst storm of his presidency”, The Cristian Science Monitor, 9 de mayo. Disponible en: https://www.csmonitor.com/World/Middle-East/2011/0509/Iran-s-Ahmadinejad-survives-worst-storm-of-his-presidency

Pompeo, M. (2018): “La estrategia del Gobierno del Presidente Trump frente a Irán”, Embajada de Estados Unidos en España y Andorra, 15 de octubre. Disponible en: https://es.usembassy.gov/es/confontando-a-iran-la-estrategia-del-gobierno-del-presidente-trump/

Powell, C. (2015): “La política exterior y de seguridad de Barack Obama: ¿Hacia un nuevo paradigma geopolítico estadounidense?”, Documento de trabajo 20/2015, 29 de diciembre. Disponible en: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/1b1c7e804b1dd3e09782d7c12a87c07d/DT20-2015-Powell-Politica-exterior-seguridad-Barack-Obama-hacia-nuevo-paradigma-geopolitico-estadounidense.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=1b1c7e804b1dd3e09782d7c12a87c07d

Priego Moreno, A. (2017): “La reconfiguración de Arabia Saudí. Del ‘Modelo de los Tres Pactos’ a la ‘Visión 2030’”, IEEE, Documentos de Opinión, 05/2017, pp. 464-477.

Público.es (2020): “Arrestado el embajador británico en Teherán, acusado de ‘acciones radicales’ contra el Gobierno de Irán”, Público, 12 de enero. Disponible en: https://www.publico.es/internacional/

arrestado-embajador-britanico-teheran-acusado-acciones-radicales-gobierno-iran.html

Quiñones, F. J. (2018): "Elecciones parlamentarias del 6 de mayo de 2018 en Líbano: la historia interminable", Instituto Español de Estudios Estratégicos, Documento de Opinión, pp. 1-12. Disponible en: http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2018/DIEEEO111_FRAQUI-Libano.pdf

Rabbani, M. (2017): "Qatar, Arabia Saudí, y la Crisis del Consejo de Cooperación del Golfo", Sinpermiso, 9 de julio. Disponible en: http://www.sinpermiso.info/textos/qatar-arabia-saudi-y-la-crisis-del-consejo-de-cooperacion-del-golfo

Radio Farda (2018): "Rouhani Defends Economic Policy Before Harsh Criticism From Parliament", Radio Farda, 28 de agosto. Disponible en: https://en.radiofarda.com/a/rouhani-defends-economic-policy-before-harsh-criticism-from-parliament/29457484.html

Ramazani, R. K. (2008): "Iran Foreign Policy: Independance, freedom and Islamic Republic", en Ehteshami, A. y Zweiri, M., Iran's foreign policy: from Khatami to Ahmadinejad, pp 1-16.

Ramezanzadeh, A. (1996): "Iran's Role as Mediator in the Nagorno-Karabakh Crisis", en Coppieters, B., Contested Borders in the Caucasus, VUB University Press.

Rebollo Díez, G. (2018): "Consecuencias regionales e internacionales del acuerdo nuclear iraní", Cuadernos de la Escuela Diplomática, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, nº 60, pp. 105-200.

Reynolds Wolfe, Lisa (2014): "The White Revolution in Iran", Iran Review. Disponible en: http://www.iranreview.org/content/Documents/The-White-Revolution-in-Iran.htm

Riedel, B. (2017): "In Yemen, Iran Outsmarts Saudi Arabia Again", Brooking Institution, 6 de diciembre. Disponible en: www.brookings.edu/blog/marka/2017/12/06/in-yemen-iran-outsmarts-saudi-arabia-again

Riseeuw, R. (2018): “The Syrian-Iranian Nexus: a Historical Overview of Strategic Cooperation”, Brussels International Center For Research and Human Rights, diciembre, pp. 1-16. Disponible en: http://www.bic-rhr.com/sites/default/files/The-Syria-Iran-Nexus-1.pdf

Ritter, D. P. (2010): Why the Iranian Revolution was Nonviolent: Internationalized Social Change and the Iron Cage of Liberalism, Austin, University of Texas at Austin. Disponible en: https://repositories.lib.utexas.edu/handle/2152/21097

Roberts, D. B. (2016): “The four eras of Qatar´s foreign policy”, Comillas Journal of International Relations, nº 5, 2016, pp. 1-17

Rosenfeld, E. (2011): “Top 10 most influential protests”, Time, 28 de junio. Disponible en: http://content.time.com/time/specials/packages/article/0,28804,2080036_2080037_2080043,00.html

Rostami-Povey, E. (2010): Iran’s Influence: A Religious-Political State and Society in its Region, Zed Books. DOI: 9781848132214

RTVE (2020): “Oleada de reacciones tras el asesinato del general Soleimani en un bombardeo en Bagdad”, RTVE, 3 de enero. Disponible en: http://www.rtve.es/noticias/20200103/oleada-reacciones-tras-asesinato-del-general-soleimani-bombardeo-bagdad/1994830.shtml

Ruiz Figueroa, M. (1984): “Irán-Iraq”, Asia y África Actuales, XIX (3), pp. 414-421.

Sadat, M. (2010): “U.S.-Iran Engagement Through Afghanistan”, Middle East Policy, XVII (1), marzo, pp. 31-51. DOI: 10.1111

Sadjadpour, K. (2009): “Reading Khamenei: The World View of the Most Powerful Leader”, Carnegie Endowment for International Peace, pp. 1-35. Disponible en: http://carnegieendowment.org/files/sadjadpour_iran_final2.pdf

— (2011): “The rise and fall of Iran’s Ahmadinejad”, The Washington Post, 13 de julio. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/opinions/the-rise-and-fall-of-irans-

ahmadinejad/2011/07/08/gIQACK4ADI_story.html

Sahebonar, H.; Fard, A. y Farimani, F. (2016): “Economic Analysis of New Iranian Petroleum Contract (IPC): The Case Study of Caspian Sea Fields”, Energy Economics Emerging from the Caspian Region: Challenges and Opportunities, Bakú.

Sáinz de la Peña, J. A. (2000): Estabilidad y cambio en la República Islámica de Irán, UNISCI, pp. 1-87.

Sanger, D. y Broad, W. (2009): “U.S and Allies warn Iran over Nuclear ‘Deception’”, The New York Times, 25 de septiembre. Disponible en: https://www.nytimes.com/2009/09/26/world/middleeast/26nuke.html?pagewanted=all

Saul, J. (2017): “Exclusive: Iran Revolutionary Guards find new route to arm Yemen rebels”, Reuters, 1 de agosto. Disponible en: https://www.reuters.com/article/us-gulf-kuwait-iran-exclusive-idUSKBN1AH4I4

Saul, J. y Hafezi, P. (2014): “Iran boosts military support in Syria to bolster Assad”, Reuters, 14 de febrero. Disponible en: https://www.reuters.com/article/us-syria-crisis-iran/iran-boosts-military-support-in-syria-to-bolster-assad-idUSBREA1K09U20140221

Sciolino, E. (2008): “Nuclear Talks With Iran End in a Deadlock”, The New York Times, 20 de julio. Disponible en: https://www.nytimes.com/2008/07/20/world/middleeast/20nuke.html

Servitja Roca, J. (2013): “El impacto del nuevo presidente Hassan Rohani en la política exterior y de seguridad iraní”, Documentos de Opinión (61), pp. 1-24.

Seyedin, S. (2015): “Khomeini and the Iranian revolution: his ideas and acts. Mediterrán tanulmányok”, Études sur la Région Mediterraneenne (24), pp. 121-132. Disponible en: http://acta.bibl.u-szeged.hu/37996/1/mediterran_024.pdf

Seznec, J. F. (2016): “La necesidad de modernizar y diversificar una economía dependiente del petróleo”, La Vanguardia Dossier, nº 61, julio/septiembre, pp. 58-63.

Shaery-Eisenlohr, R. (2009): “Iranian-Lebanese Shi’ite Relations”, Middle East Institute, 29 de enero. Disponible en: https://www.mei.edu/publications/iranian-lebanese-shiite-relations

Shariolghalam, M. (2015): “La posición geopolítica de Irán en Oriente Medio”, Anuario internacional CIDOB. Disponible en: http://anuariocidob.org/la-posicion-geopolitica-de-iran-en-oriente-medio

Shirazi, H.; Azaerbaiejani, K. y Sameti, M. (2016): “The Effect of Economic Sanctions on Iran’s Exports”, Iran Economic Review, 20, invierno, pp. 111-124. Disponible en: https://ier.ut.ac.ir/article_58273.html

Shoamanesh, S. S. (2015): “Soft Power is Key to Iran’s Success”, The Huffington Post. Disponible en: https://www.huffpost.com/entry/soft-power-is-key-to-iran_b_11965208?guccounter=1

Simbar, R. y Ghorbani, A. (2010): “Intellectual Bases and Practical Policy of the Iranian 9th Government in International Relations”, Journal of International and Area Studies, 17 (1), pp. 17-30. Disponible en: http://sspace.snu.ac.kr/bitstream/10371/96487/1/2.Intellectual-Bases-and-Practical-Policyof-the-Iranian-9th-Government-in-International-Relations-Simbar.pdf

Sick, G. (1987): “Iran’s Quest for Superpower Status”, Foreign Affairs, primavera. Disponible en: https://www.foreignaffairs.com/articles/iran/1987-03-01/irans-quest-superpower-status

SIPRI (2019): “Military expenditure by country, in constant (2017) US$ m., 1988-2018”, SIPRI Database. Disponible en: https://www.sipri.org/sites/default/files/Data%20for%20all%20countries%20from%201988%E2%80%932018%20in%20constant%20%282017%29%20USD%20%28pdf%29.pdf

Sökmen, M. J.; Martínez, I. y De Pedro, N. (2018): “Rusia, Irán y Turquía ¿una estrategia común en Siria?”, Notes Internacionals CIDOB, mayo.

Soler i Lecha, E. (2017a): “Alianzas líquidas en Oriente Medio”,

Anuario internacional CIDOB, abril. Disponible en: https://www.cidob.org/articulos/anuario_internacional_cidob/2016/alianzas_liquidas_en_oriente_medio/(language)/esl-ES

— (2017b): "The Qatar crisis: Welcome to the liquid Middle East", Middle East Eye, 6 de julio. Disponible en: https://www.middleeasteye.net/opinion/qatar-crisis-welcome-liquid-middle-east

Soltani, F. y Amiri, R. E. (2010): "Foreign Policy of Iran after Islamic Revolution", Journal of Politics and Law, 3 (2), septiembre, pp. 199-206. DOI: ISSN 1913-9047

Stampa Piñeiro, L. (2007): "La nuclearización de Irán y su repercusión como actor regional", Cuadernos de Estrategia (137), pp. 99-130.

Takeyh, R. (2009): Guardians of the Revolution: Iran and the World in the Age of the Ayatollahs, Nueva York, Oxford University Press.

— (2010): "The Iran-Iraq War: A Reassessment", The Middle East Journal, 64 (3), pp. 365-383. DOI: 10.3751/64.3.12

— (2017): "The Nuclear Deal Fallout: The Global Threat of Iran", Council on Foreign Relations. Disponible en: https://www.cfr.org/report/nuclear-deal-fallout-global-threat-iran

Tamames, J. (2018): "¿La Doctrina Trump?", Política Exterior, 6 de abril. Disponible en: https://www.politicaexterior.com/actualidad/la-doctrina-trump/

Tamandonfar, M. (2015): Islamic Law and Governance in Contemporary Iran: Transcending Islam for Social, Economic, and Political Order, Nueva York, Lexington Books. DOI: 9781498507561

Tasnim News Agency (2018): "China Reports Rise in Annual trade with Iran", Tasnim Agency, 10 de febrero. Disponible en: https://www.tasnimnews.com/en/news/2018/02/10/1652894/china-reports-rise-in-annual-trade-with-iran

The Iran Primer (2015): "Iran and Syria", The Iran Primer, agosto.

Disponible en: https://iranprimer.usip.org/resource/iran-and-syria [Recuperado: 13 de enero de 2020]

— (2015b): “Iran’s Economy, By the Numbers”, The Iran Primer, 11 de mayo. Disponible en: https://iranprimer.usip.org/blog/2015/may/11/irans-economy-numbers

The National (2018): “Iran and Qatar reinforce alliance, increasing Doha’s isolation”, The National, 14 de marzo. Disponible en: https://www.thenational.ae/world/mena/iran-and-qatar-reinforce-alliance-increasing-doha-s-isolation-1.713033

The New York Times (1987): “Iran-Contra Report; Arms, Hostages and Contras: How a Secret Foreign Policy Unraveled”, The New York Times, 19 de noviembre. Disponible en: https://www.nytimes.com/1987/11/19/world/iran-contra-report-arms-hostages-contras-secret-foreign-policy-unraveled.html

— (2000): “Secrets of History: the CIA in Iran”, The New York Times. Disponible en: https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/library/world/mideast/041600iran-cia-chapter3.html

The Observatory of Economic Complexity (2017): “Iran”, OEC. Disponible en: https://oec.world/en/profile/country/irn/

Torbat, A. (2004): “A Glance at US Policies Towards Iran: Past and Present”, Journal of Iranian Research Analysis, 20 (1), abril, pp. 85-94. Disponible en: http://www.calstatela.edu/sites/default/files/users/u15276/a_glance_at_us_policies_towars_iran.pdf

Torres Soriano, M. R. (2006): “Arabia Saudí frente a la segunda oleada del terrorismo yihadista”, Estudios Internacionales de la Complutense, vol. 8 nº 1, enero-abril, pp. 187-209.

Tovar Ruiz, J. (2017): La doctrina en la Política Exterior de Estados Unidos: de Truman a Trump, Madrid, Los Libros de la Catarata.

— (2018): “La doctrina Trump en política exterior: fundamentos, rupturas y continuidades”, Revista CIDOB d’Afers Internacionals, septiembre, pp. 259-283. DOI: doi.org/10.24241/rcai.2018.120.

Trading Economics (2018): “Iran GDP Annual Growth Rate”. Disponible en: https://tradingeconomics.com/iran/gdp-growth-annual

— (2019): “Iran Crude Oil Production”. Disponible en: https://tradingeconomics.com/iran/crude-oil-production

Uzun, Ö. S. y Eksi, M. (2017): “Continuities and changes in Iran’s Foreign Policy: Analysis of Syrian case”. ANKASAM. Bölgesel Araştırmalar Dergisi, Journal of Regional Studies, 3 (1), pp. 205-228. Disponible en: https://dergipark.org.tr/download/article-file/391708

Wehrey, F. (2015): “The autoritarian resurgence. Saudi Arabia’s anxioux autocrats”, Journal of Democracy, abril.

Wells, M. C. (1999): “Thermidor in the Islamic Republic of Iran: The Rise of Muhammad Khatami”, British Journal of Middle Eastern Studies, 26 (1), mayo, pp. 27-39. Disponible en: https://www-jstor-org.bucm.idm.oclc.org/stable/195599?seq=3#metadata_info_tab_contents

Western, C. (2006): Concentrating on the Enemy. The Transformation Under-fire of Former Regime Militias into Post-Conflict Guerrillas, School of Advanced Military Studies, Fort Leavenworth, United States Army Command and General Staff College.

Wright, S. (2007): The United States and Persian Gulf Security: The Foundations of the War on Terror, Reading, Berkshire, Ithaca Press. DOI: 9780863724756

Wroughton, L. y Wilkin, S. (2015): “Iran will need to spend most of any post-sanctions windfall at home”, Reuters, 25 de mayo. Disponible en: https://www.reuters.com/article/us-iran-nuclear-funding/iran-will-need-to-spend-most-of-any-post-sanctions-windfall-at-home-idUSKBN0OA0Z720150525

Wynbrandt, J. (2004): A Brief History of Saudi Arabia, Nueva York,

Facts on File.

Yaari, E. (2015): “Replacing Hamas. Iran’s New Proxy Militia in Gaza”, Foreign Policy. Disponible en: https://www.foreignaffairs.com/articles/palestinian-authority/2015-09-28/replacing-hamas

Yaphe, J. (2008): “The United States and Iran in Iraq: Risk and Opportunities”, en Ehteshami, A. y Mahjoob, Z., Iran’s Foreign Policy: from Khatami to Ahmadineyad Reading, Berkshire, Ithaca Press, pp. 37-54.

Yom, S. L. y Gause, F. G. (2012): “Resilient royals: how arab monarchies hang on”, Journal of Democracy, octubre, vol. 23, nº 4, pp. 74-88.

Yubero, B. (2018): “Acuerdo nuclear con Irán: consecuencias de la ruptura”, Política Exterior, 16 de mayo. Disponible en: https://www.politicaexterior.com/actualidad/acuerdo-nuclear-iran-consecuencias-la-ruptura/

Zabir, S. (2011): The Iranian Military in Revolution and War, Nueva York, Routledge. DOI: 9780203829066

Zaccara, L. (2010): La política exterior de Irán: de Khomeini a Ahmadinejad (1979-2009): Un análisis de la composición de las élites y unidades de decisión, Universidad Autónoma de Madrid.

— (2015): “Irán: política interior, economía y sociedad”, Anuario Internacional CIDOB. Disponible en: http://anuariocidob.org/iran-perfil-de-pais-politica-interior-economia-y-sociedad/

Zarif, M. J. (2014): “What Iran Really Wants: Iranian Foreign Policy in The Rouhani Era Essay”, Foreign Policy (93), pp. 49-60.

Zunes, S. (2009): “The Iranian Revolution (1977-1979)”, International Center of Non Violent Conflicts, ICNC, abril. Disponible en: https://www.nonviolent-conflict.org/iranian-revolution-1977- 1979/

Zweiri, M. (2008): “Arab-Iranian Relations”, en Ehteshami, A., y Zweiri, M., Iran’s Foreign Policy: from Khatami to Ahmadinejad,

Reading, Berkshire, Ithaca Press, pp. 115-128.

NOTAS

1 . Las similitudes con la posterior Revolución Islámica son claras. Las élites chiíes duodecimanas, siempre contrariadas por una monarquía absoluta que les resta poder, encabezan un movimiento civil para instaurar la separación de poderes en base a los preceptos del islam.

2 . El Partido Tudeh es el partido comunista iraní, que participó activamente durante las protestas antimonárquicas, así como en el periodo de la revolución del ayatolá Jomeini, quien luego lo convertiría en enemigo del Estado.

3 . Salman Rushdie, escritor indobritánico autor de Los versos satánicos. Este libro, considerado por muchos ayatolás iraníes como irrespetuoso hacia la figura del profeta Mahoma, estuvo prohibido en muchos países musulmanes. Jomeini lanzó una fatwa hacia él, alentando a todos los musulmanes a ganarse el cielo si lograban su asesinato.

4 . La escuela hanafí, presente en la gran mayoría de los países de Asia Central y Asia Oriental, es la más liberal dentro del sunismo.

5 . Alí Jamenei justifica la resistencia hacia Estados Unidos por tres motivos: la excelsa presencia militar en la zona, la diplomacia coercitiva y amenazante si no concluía el programa nuclear y los hostigamientos para provocar un cambio de régimen.

6 . Independientemente de las sanciones sobre hidrocarburos, también están las que afectan a las transacciones y cuentas bancarias de determinadas personas y grupos iraníes, e incluso sobre aquellas entidades extranjeras que tengan negocios con los que recaen las sanciones. Las sanciones bancarias dificultan las operaciones, por lo que hay que optar por pago en oro o a través de mecanismos de intercambio, lo que condiciona a Irán, apartándolo de los circuitos económicos internacionales.

7 . El nuevo sistema islámico mundial se asentaba en el esfuerzo personal del individuo, la consecución de los valores islámicos de la justicia y el respeto a la dignidad humana y los intereses comunes.

8 . Estas zonas eran Líbano, Palestina, Iraq, la Península arábiga o Afganistán.

9 . También llamada tank war. En esta guerra, tanto aviones iraníes como iraquíes comenzaron a bombardear campos petrolíferos y barcos petroleros. Esta práctica también se extiende a barcos y tanques de otros Estados del Golfo, que sufren represalias por su apoyo a Saddam Hussein.

10 . Solamente a Venezuela realiza nueve visitas oficiales. También viaja a Nicaragua, Guatemala o Cuba.

11 . Solicitando su candidatura como miembro permanente el 24 de marzo de 2008.

12 . Las sanciones de Estados Unidos van orientadas al sector bancario y financiero, así como a la Guardia Revolucionaria y a

nueve empresas iraníes relacionadas con la misma. Igualmente, las Resoluciones 1887 del 24 de septiembre de 2009 y 1929 del 9 de junio de 2010 reconocen la participación de la Guardia Revolucionaria en actividades estratégicas de proliferación y en el desarrollo de vectores de armas nucleares.

13 . En 2010, el importe por asistencia militar supone 2.775 millones de dólares.

14 . La población iraní demanda mejoras ante una economía de resistencia achacable tanto a la gestión del Gobierno de Ahmadinejad, sobre todo en su segundo mandato, como a las sanciones internacionales provocadas por el programa nuclear, que se traducen en el incremento de la desigualdad, el desempleo y el descenso de casi un 30% del PIB per cápita según los datos del Banco Mundial. Aparte de la recuperación económica, Rohaní tendrá que enfrentarse al faccionalismo interno del propio régimen.

15 . Uno de los ejemplos más claros de buck passing en las relaciones internacionales se dio durante los años treinta, cuando Gran Bretaña y Francia decidieron pactar en los Acuerdos de Múnich con la Alemania nazi para que recayera el peso de la ofensiva en la Unión Soviética. La sorpresa fue cuando Hitler y Stalin alcanzaron un acuerdo de no agresión por medio del pacto Ribbentrop-Molotov, que devolvió la iniciativa a las potencias europeas. Otro ejemplo de buck passing fue la decisión del alto mando militar estadounidense de posponer el desembarco de Normandía hasta los momentos finales de la guerra, cuando la Unión Soviética y Alemania habían sufrido la mayor parte del desgaste bélico.

16 . El Acuerdo entra en vigor el 18 de octubre de 2015.

17 . En principio los tres Estados de la Unión Europea fueron los que lideraron el proceso de negociación, junto con el alto representante del Consejo para la Política Exterior y de Seguridad Común. Posteriormente, a partir de 2006 se suman Estados Unidos, Rusia y China mediante el E3, lo que supone una fusión de siglas, derivando en “E3/UE”.

18 . A pesar del dilatado proceso de negociaciones del JCPOA, de 20 meses, facilita el hecho de que Hasán Rohaní fuese el presidente de la delegación iraní durante el periodo que más cerca estuvo la comunidad internacional de llegar a un acuerdo entre las partes (2003-2005) y que su presidencia tenía como un objetivo marcado los beneficios que traería este acuerdo. El nombramiento del reformista y ministro de Asuntos Exteriores de Irán, Javad Zarif, también supone un acicate para impulsar las negociaciones políticas que contaron con el secretario de Estado norteamericano, John Kerry, en un proceso negociador por plazos semestrales para alcanzar el resultado final. Si los demócratas veían el acuerdo como positivo, gran parte de los republicanos en el Congreso no compartían la opinión al considerarlo un acuerdo perjudicial tanto para Estados Unidos como para los aliados regionales.

19 . Javier Solana.

20 . Catherine Ashton y Federica Mogherini, desde 2014.

21 . “Día de la finalización” es la fecha en la que concluyen las negociaciones del JCPOA, el 14 de julio de 2015; día de la adopción: 90 días desde la adopción del acuerdo por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, es decir, el 18 de octubre de 2015; día de la implementación, cuando el Consejo de Seguridad de

Naciones Unidas recibe el informe del director general de la OIEA, 16 de enero de 2016; día de la transición: 8 años después del día de la adopción, el 18 de octubre de 2023; día de la terminación, al cumplirse 10 años del día de la aprobación, el 18 de octubre de 2025, siendo este plazo de vigencia uno de los temas más controvertidos, pues si Irán ha cumplido los términos del JCPOA en este espacio de tiempo, tiene derecho a enriquecer uranio, a usar las plantas y capacidades nucleares con fines pacíficos y como cualquier Estado parte del Tratado de No Proliferación.

22 . Se calcula que las sanciones impuestas por Naciones Unidas, Estados Unidos y la Unión Europea en el periodo 2012-2016 cuestan a Irán más de 160.000 millones de dólares en ingresos por petróleo.

23 . A través de un Acuerdo Global de Comercio y Cooperación y el Acuerdo de Diálogo Político.

24 . No incluyen las relativas a violación de derechos humanos o el apoyo al terrorismo, que no son parte del JCPOA, y que por tanto se podrían seguir aplicando.

25 . Las sanciones de Estados Unidos están estrangulando la economía iraní, que ha visto reducidas en un 80% las exportaciones de crudo, su principal fuente de ingresos.

26 . Gran Bretaña se ha desmarcado de los términos del acuerdo, sobre todo desde el inicio del Brexit, manteniendo posturas cercanas a las de Washington.

27 . El intercambio comercial de la Unión Europea con Irán se triplicó desde 2015, pasando de 8.000 millones de dólares en 2015 a 24.000 en 2017. En “términos políticos, el acuerdo nuclear también está dando resultados económicos. En los primeros 16 meses desde la entrada en vigor del PAIC en enero de 2016, el comercio bilateral ha aumentado un 79% en comparación con 2015, superando los 13.000 millones de euros. Han aumentado particularmente las exportaciones iraníes a territorio comunitario más de un 340%, representado los hidrocarburos el 77% de las ventas iraníes a Europa. Las exportaciones comunitarias a Irán, en cambio, solo han crecido un 27%. Además, numerosas multinacionales de Estados miembros están firmando contratos de inversión. No obstante, el peso de la Unión Europea en la economía iraní ha retrocedido a lo largo de los pasados años. Con anterioridad a las sanciones la Unión Europea era el primer socio comercial de Teherán, sin embargo, actualmente ocupa el 5º lugar representado un 6% del comercio iraní” (Rebollo Díez, 2018: 156).

28 . El Movimiento Amal es un partido político chií fundado por la unión en 1975 de los Regimientos Libaneses de Resistencia (Afwaj al-Muqawama Al-Lubnaniyya) y por el Movimiento de los Desheredados, un grupo secular apoyado no solo por chiíes, sino incluso por drusos y cristianos ortodoxos.

29 . La formación de las FDN se supervisa personalmente por el general de las Fuerzas Quds iraníes, antaño Qasem Soleimani, mientras que la instrucción en combate es provista por dichas fuerzas especiales iraníes y Hezbolá, que se encarga de formar a estas milicias en tácticas de guerrilla. Las milicias están compuestas por voluntarios de etnia alauita y drusa, etnias que son las principales perseguidas tanto por los ejércitos opositores como por Daesh. Para su construcción, los servicios de inteligencia sirios cuentan con ayuda logística iraní desde Líbano, intentando imitar a la milicia basij que tan buenos resultados dio durante la invasión iraquí en suelo iraní.

30 . Concepto creado a partir de la unión entre friends (“amigos” en inglés) y enemies (“enemigos”).

31 . Bajo el mandato del sah tres presidentes visitarán Irán: Eisenhower, Nixon y Carter.

32 . Entre las que cabe mencionar: ataques aéreos, el establecimiento de posibles objetivos militares y el refuerzo de contactos con grupos étnicos minoritarios contrarios al Gobierno de Teherán.

33 . Irán reconoce tener una planta de enriquecimiento de uranio en Qom, ante lo que Estados Unidos amenaza con nuevas sanciones si no permite la inspección de la Organización Internacional de la Energía Atómica.

34 . En el discurso pronunciado por el presidente Obama en El Cairo, reconoce el papel jugado por Estados Unidos en el golpe de Estado de 1953.

35 . Afectando a quienes invirtieran en Irán 20 millones de dólares en la industria del petróleo, más de un millón de dólares en tecnología para el refinamiento y más de un millón de dólares en exportación de gasolina.

36 . Pese al abultado número de yacimientos ubicados en el país, el 90% de la extracción se concentra en cinco yacimientos, recayendo la mayor producción en el campo de Ghawar, con cerca del 60% del total. Analizar la capacidad saudí en relación con los pozos y las reservas no resulta fácil debido a la retención de datos desde 1982,

año a partir del cual no se permite a los expertos externos verificar el tamaño y la producción. Algunos análisis siembran dudas y cuestionan la caducidad y disminución de las reservas.

37 . Además de extraer gas y petróleo, lo refina, distribuye, comercializa, participa en la obtención de derivados químicos y transporta los hidrocarburos a través de 20.000 km. de oleoductos y tuberías. Emplea a 76.000 trabajadores en todo el mundo. La compañía produce 10 millones de barriles diarios.

38 . Situada a unos 60 km de Dhahran, en la provincia Oriental, es una instalación vital para el suministro global, donde el crudo amargo se transforma en dulce, es decir, el que contiene menos del 0,5% de azufre. Por cuestiones de seguridad, el crudo amargo se ha de estabilizar antes de ser transportado en los barcos petroleros. Esta planta tiene capacidad para procesar hasta siete millones de barriles al día.

39 . Desde que el sah Ismail (1487-1524) promulgara la conversión oficial de Irán a la corriente chií, este país se ha identificado con Alí y la shia, aunque también supuso el reforzamiento de la identidad persa frente a los turcos y árabes.

Índice

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

UNA EVOLUCIÓN HISTÓRICA COMPLEJA: HACIA LA REPÚBLICA ISLÁMICA DE IRÁN

Reza Pahlavi: nuevo Estado, caudillismo y contención de Occidente

Mohammad Reza Pahlavi: nacionalismo, " política de gendarmes" y hegemonía.

El impacto de la Revolución de 1979 a nivel regional

CAPÍTULO 2

LA ‘DESJOMEINIZACIÓN’ DEL RÉGIMEN Y LA CIMENTACIÓN DE IRÁN COMO POTENCIA REGIONAL

Rafsanyaní: de la normalización a la búsqueda de la influencia de Irán en el área

Jatamí: reformismo, detente con Occidente y coversión en potencia

ahmadinejad: conservadurismo, confrontación y desarrollo nuclear

Hasán Rohani: teoría del way out, "diálogo constructivo" y retorno al sistema político internacional

CAPÍTULO 3

POLÍTICA EXTERIOR DE IRÁN: DEL IDEALISMO AL REALISMO HEGEMÓNICO

Pirmera etapa de la política exterior: del ímpetu revolucionario al realismo pragmático

La eterna revolución: Banisadr, Rayaí, Jamenei y la guerra con Iraq

La década de 1990: pragmatismo y contrahegemonía

La etapa neconservadora (2005-2013): "creciente chií", "eje del mal" y transformación de Irán en potencia regional

Rohaní: mayor flexibilidad y revitalización

El acuerdo nuclear. Consecuencias regionales e internacionales

CAPÍTULO 4

VECTORES DE SEGURIDAD EN LA POLÍTICA EXTERIOR DE IRÁN: PRINCIPALES OBSTÁCULOS EN LA CONSECUCIÓN DE LA HEGEMONÍA REGIONAL

La República Árabe Siria: la apuesta de Teherán para la supremacía regional

Líbano, Palestina y Hezbolá: el triángulo de la dependencia y la construcción de un estado proxy

Iraq: el núcleo central de la política exterior iraní en la región

Yemen y Qatar: alizanzas líquidas y nuevas vertientes de la política exteiror iraní

Estdos Unidos e Irán: política exterior y hegemonía regional

CAPÍTULO 5

IRÁN-ARABIA SAUDÍ: CLAVES DE RIVALIDAD GEOPOLÍTICA

Marco institucional y anatomía del poder en Arabia Saudí

Mutaciones en la política exterior de arabía Saudí

La competitividad Irán-Arabia Saudí

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS